

Ana Verónica

H.G. Wells

Capítulo Primero

ANA VERÓNICA HABLA CON SU PADRE

1

Una tarde de cierto miércoles, a últimos de septiembre, Ana Verónica Stanley volvía de Londres en un estado de profunda agitación, y firmemente decidida a hablar con su padre aquella misma noche. Antes de aquel día, había temblado al tomar tal resolución, pero esta vez nada podría alterarla. La crisis había llegado y casi se alegraba de que así fuera. En el tren que la traía de vuelta a su casa se dijo a sí misma que iba a ser una crisis decisiva. Ésta es la razón de que la presente novela comience aquí y no antes ni después, porque lo que constituye su sustancia es la historia de esta crisis y de sus consecuencias.

Volvía sola en un compartimiento desde Londres a Morningside Park y estaba sentada con los dos pies en el asiento, postura que hubiera disgustado a su madre si la hubiese visto y horrorizado a su abuela más allá de toda medida; tenía la barbilla apoyada en las rodillas y las manos entrelazadas, y estaba tan sumida en sus pensamientos que descubrió con sobresalto, al leer el letrero en un farol, que se hallaba ya en Morningside Park. Por un momento pensó que el tren salía de la estación, cuando en realidad no hacía sino entrar en ella.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se puso en pie de un salto, cogió un paquete atado con una correa que contenía varios cuadernos, un libro de texto y un folleto con cubierta de color castaño amarillento y saltó del tren, para descubrir que éste aminoraba la marcha y que, como resultado de su precipitación, ahora tenía que recorrer el andén en toda su longitud.

«Me equivoqué de nuevo —se dijo—. ¡Idiota!».

Se increpó duramente a sí misma mientras se ponía en marcha con el aire de externa serenidad que deben asumir las jóvenes de veintidós años a la vista del público.

Salió de la estación, pasó junto a las oficinas de los comerciantes en carbones y llegó a la verja que se alzaba junto a la carnicería, detrás de la cual discurría el camino hasta su casa. A la puerta del estanco se hallaba un hombre joven y sin sombrero, vestido de gris, que en aquel momento pegaba un sello a una carta. Al verla se puso rígido y su rostro adquirió un tono rubicundo. Ella aparentó no darse cuenta de su existencia, aunque fue probablemente su persona lo que la indujo a dar

un rodeo en lugar de tomar el camino directo de la avenida.

—¡Uf! —exclamó el joven contemplando la carta dubitativamente antes de echarla al buzón—. ¡Allá va!

Después permaneció indeciso unos instantes con las manos en los bolsillos y la boca dispuesta para silbar, antes de echar a andar por la avenida.

Ana Verónica se olvidó de él en cuanto cruzó la verja y sus ojos volvieron a expresar su preocupación.

«Ha de ser ahora o nunca», se dijo.

Morningside Park era un suburbio que no había llegado a desarrollarse totalmente. Como la Galia prerrománica, consistía en tres partes. Primeramente estaba la avenida que, trazando una elegante curva, partía de la estación del ferrocarril hasta llegar al campo abierto. A ambos lados se levantaban pequeñas villas de ladrillos. Después venía un grupo de casas alrededor del estanque y junto a las arcadas de la estación se hallaban las viviendas de los obreros, a través de las cuales corría el camino de Surbiton hasta Epsom. Ahora, como un hongo brillante, estaba surgiendo una especie de cuarto estado, compuesto de villas encarnadas y blancas, con alegres aleros y persianas. Por detrás de la avenida se elevaba una pequeña colina atravesada por un camino que llegaba hasta una serie de escalones. Allí se dividía en dos ramas, una de las cuales volvía una vez más a la avenida.

«Ahora o nunca —se repitió Ana Verónica subiendo los escalones—. A pesar de que detesto toda clase de discusión, he de hacer valer mis derechos, o ceder para siempre».

Se sentó un momento y contempló la parte posterior de las casas; a continuación dirigió la vista al lugar en donde se levantaban, entre los árboles, las nuevas villas encamadas y blancas. Parecía estar haciendo el inventario del lugar.

«¡Dios santo! —exclamó al fin—. ¡Qué sitio! Me extraña no haberme ahogado ya. Quisiera saber por quién me toma».

Cuando al fin descendió las escaleras, su rostro tenía la expresión clara y tranquila de quien ha tomado una decisión definitiva. Se mantenía erguida y sus ojos castaños miraban con firmeza hacia delante.

Al aproximarse a la avenida, se encontró cara a cara junto al joven rubio y sin sombrero vestido de gris. Toda su actitud parecía pedir disculpas por el encuentro, puramente fortuito. Saludó con timidez.

—Hola, Vee —dijo.

—¡Hola, Teddy! —repuso ella.

El muchacho permaneció indeciso mientras ella pasaba junto a él. Era evidente que no se hallaba en estado de ánimo propicio para sostener una conversación. Teddy comprendió que tendría que dirigirse a su casa por el sendero que cruzaba el campo.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Maldición...! —repitió amargamente al echar a andar.

Ana Verónica Stanley tenía veintiún años y medio. Su cabello era negro, sus cejas de elegante dibujo y su cutis transparente; y las fuerzas que habían modelado sus facciones lo habían hecho con ilusión y cariño, dando como resultado algo verdaderamente hermoso. Era muy esbelta, a veces parecía alta y andaba y se movía con gracia y ligereza, como todo ser que se siente contento de vivir. Sus labios se unían con una expresión en parte de contento y en parte de ironía, dibujando la sombra de una sonrisa; su actitud era siempre de tranquila reserva; pero detrás de esta máscara se sentía descontenta de su suerte y ansiosa de libertad y de vida.

Quería vivir. Sentía una vehemente impaciencia de no sabía qué, de hacer, de ser, de experimentar. Pero la experiencia anhelada tardaba en aparecer. El mundo que la rodeaba parecía como una casa que sus moradores han abandonado para pasar el verano en otro lugar. Las persianas estaban bajadas, la luz del sol permanecía fuera y no se podía discernir cuáles eran los colores que las paredes encerraban. Ella quería saberlo. Pero no podía estar segura de que las persianas se alzaran alguna vez, de que las puertas y ventanas llegaran a abrirse, o de que las lámparas, que parecían prometer un resplandor de fuego y de luz, fueran sacadas de sus fundas y encendidas. Un millón de seres minúsculos revoloteaba a su alrededor, no sólo hablando, sino pensando en voz baja...

Durante sus días escolares, especialmente durante sus primeros años, el mundo había sido muy explícito con ella, diciéndole lo que había de hacer y lo que no había de hacer, señalándole lecciones que había de aprender, juegos que había de jugar e intereses de todas clases. Pero pronto descubrió que existía un grupo de intereses llamado amor y matrimonio, que llevaba consigo ciertas fases muy atractivas, de coqueteos y conversaciones con personas de sexo opuesto. Se aproximó a este campo de intereses con su característica naturalidad. Y entonces tropezó con una sorpresa. Muy pronto su mundo, por medio de las maestras, de sus compañeras de más edad, de su tía y de un gran número de otras personas responsables y autorizadas, le aseguró que de ningún modo debía permitirse pensar en aquellos intereses. *Miss Moffatt*, la profesora de Historia e instructora de Moral, fue especialmente explícita en este tema. Todos estaban de acuerdo en mostrar desprecio o compasión hacia las jóvenes que sentían interés por tales asuntos y que traicionaban este interés en su conversación, sus vestidos o su comportamiento. En resumen, se trataba de un grupo de intereses distinto a todos los demás, extraño y especial, del que uno debía avergonzarse. Pero, a pesar de todo esto, a Ana Verónica le resultaba extraordinariamente difícil no pensar en estas cosas. Sin embargo, por poseer una gran cantidad de orgullo, decidió que no pensaría en estos desagradables tópicos y se esforzó con todas sus fuerzas por no hacerlo. Pero al final de sus días escolares aquello le dejó la sensación de expectación y vacío que ya he descrito, junto con

cierto interrogante en la imaginación.

Descubrió que el mundo, desterrando estos asuntos, carecía de mucho atractivo para ella. No tenía gran cosa que hacer, excepto vegetar en una existencia amenizada por visitas de los vecinos, juegos de tenis, lecturas de novelas, paseos y cuidados de la casa de su padre. Pensó que sería mejor dedicarse a los estudios. Su inteligencia era brillante y se esforzó por convencer a su padre de que la permitiera asistir a los cursos de Somerville o Newnham; pero su padre había conocido a una joven que había estudiado en Somerville, había hablado con ella y había sacado la consecuencia de que los estudios restan atractivo a la mujer. Dijo simplemente que prefería que se quedara en casa. Tuvieron varias disputas y, mientras tanto, ella siguió en el colegio. Al fin llegaron a una fórmula de compromiso y Ana Verónica se matriculó en un curso de Ciencias en el Instituto Femenino de Tredgold. (En el colegio se había ya graduado en la Universidad de Londres). Alcanzó la mayoría de edad y tuvo varios altercados con su tía hasta que logró convencerla de que le permitiera tener su propia llave para entrar y salir de la casa con libertad. Su mente comenzó a sentir de nuevo curiosidades vergonzosas disfrazándolas con la apariencia de arte y literatura. Leía con voracidad, y, a causa de la censura de su tía, comenzó a ocultar los libros que temía le fueran prohibidos, en lugar de traerlos a casa abiertamente. También iba al teatro siempre que conseguía encontrar una persona conveniente que la acompañara. Aprobó el examen general de Ciencias con toda clase de honores y se especializó en Biología. Poseía un agudo sentido de la forma y una lucidez mental poco corriente, por lo que la Biología y sobre toda la Anatomía comparada, le inspiraron un profundo interés, aunque no influían directamente en su vida privada. Trabajaba bien y al cabo de un año había adelantado en conocimientos a su propia profesora. Comprendió que ésta no tenía nada que enseñarle, y como buena anatomista descubrió que la forma de su cráneo dejaba que desear. Sintió el deseo de inscribirse como estudiante en el Colegio Imperial de Westminster, donde enseñaba Russell, para allí ampliar sus estudios.

Había hecho ya la propuesta en casa, y la contestación de su padre había sido bastante evasiva:

—Lo pensaré, *Vee*; lo pensaré despacio...

Lo estuvo pensando durante tanto tiempo que Ana Verónica se vio forzada a inscribirse de nuevo en el Instituto Tredgold. Mientras tanto, surgió un conflicto de menor importancia, que sacó a relucir la cuestión de la llave propia y en general la posición que Ana Verónica ocupaba en la casa de su padre.

Además de los varios hombres de negocios, abogados, militares y viudas que vivían en la avenida de Morningside Park, había allí cierta familia de dotes artísticas, con la que Ana Verónica había contraído una gran amistad. *Mr. Widgeott* era periodista y crítico de arte; iba siempre vestido con un traje a cuadros de color gris verdoso acompañado de corbata marrón; fumaba en pipa al pasear por la avenida los domingos por la mañana, viajaba a Londres en tercera clase y despreciaba

abiertamente el golf. Ocupaba una de las pequeñas viviendas que quedaban junto a la estación. Tenía un hijo y tres hijas, cuyo cabello rojo Ana Verónica encontraba adorable. Dos de ellas habían sido íntimas amigas suyas en el colegio y habían cooperado para que su mente explorara más allá de los límites de la literatura que tenía en su casa. Era una familia alegre, irresponsable y pobre, y las chicas salieron del colegio para entrar en la Escuela de Arte de Fadden. Su vida se componía de bailes con los estudiantes de Arte, de reuniones socialistas, de museos y teatros, de charlas sobre el trabajo, e incluso, en ocasiones, de trabajar. De vez en cuando arrastraban a Ana Verónica al círculo de sus experiencias. Le habían pedido que acudiera al primero de los dos grandes bailes anuales de Fadden que tendría lugar el 1º de octubre. Ana Verónica había aceptado la invitación con entusiasmo, pero su padre le había dicho que no podría ir.

Se había mostrado firme y había insistido en que de ningún modo iría al baile.

Asistir al baile incluía dos cosas que con todo su tacto Ana Verónica había sido incapaz de ocultar a su tía y a su padre. Su característica reserva llena de dignidad no le había servido de nada aquella vez. Una de estas cosas era que pensaba lucir un traje de mujer pirata, y la otra, que tendría que pasar en Londres lo que quedara de noche después del baile, con las chicas Widgett y un grupo de amigos, en un hotel cerca de Fitzroy Square.

—¡Pero, querida! —exclamó la tía Mollie.

—Es que —dijo Ana Verónica con el aire de quien comparte con otros sus problemas— he prometido ir. No pensé que... No sé de qué forma voy a volverme atrás ahora.

Y fue entonces cuando su padre presentó su ultimátum. No lo hizo verbalmente, sino por medio de una carta, lo que a ella le pareció un método verdaderamente innoble.

«No ha podido hacerlo mirándome a los ojos —se dijo Ana Verónica—. Claro que en realidad todo esto es obra de tía Mollie».

Y por esta razón, cuando Ana Verónica se acercaba a la puerta de su casa, se dijo una vez más:

«Lo aclararé con él de algún modo. Tengo que aclararlo. Y si no quiere...».

Pero no llegó a formular la alternativa con palabras.

3

El padre de Ana Verónica era un abogado muy atareado. Era un hombre de cincuenta y tres años, delgado, serio y de aspecto preocupado. Iba siempre cuidadosamente afeitado. Su boca ofrecía una expresión de dureza, tenía la nariz aguileña, el cabello y los ojos grises, llevaba gafas con montura de oro y presentaba una pequeña calvicie circular en medio de la cabeza. Se llamaba Peter. Había tenido cinco hijos a intervalos regulares, de los cuales Ana Verónica era la menor, de modo

que su nacimiento carecía para él de toda sorpresa y no le prestó mucha atención. La llamaba su «pequeña Vee», le daba palmaditas siempre que estaba a su lado y la trataba como puede tratarse a una persona de cualquier edad entre los once y los veintiocho años. Su trabajo le tenía siempre preocupado, y cuando volvía de la ciudad, dedicaba sus reservas de energía, en parte, al golf, juego que se tomaba muy en serio, y en parte a la práctica de la petrografía microscópica.

Se dedicaba a la microscopía, al antifilosófico estilo Victoriano, y la denominaba su «afición». El hecho de que en su decimotercero cumpleaños le regalaran un microscopio, le había hecho dedicarse a la microscopía técnica y una amistad casual con un tratante en microscopios de Holborn había confirmado aquella inclinación. Poseía manos expertas y hábiles y se había convertido en uno de los aficionados clasificadores de piedras más diestros del mundo. Pasaba mucho más tiempo y gastaba mucho más dinero del que podía permitirse, en una habitación en lo alto de la casa, haciendo nuevos aparatos lapidatorios y nuevos accesorios microscópicos, reduciendo trozos de roca a una delgadez casi transparente y montándolos de nuevo hasta lograr objetos verdaderamente bellos. Explicaba que lo hacía por distraerse. Exhibió sus mejores creaciones en la Sociedad Microscópica de Lowndean, donde su mérito técnico siempre causaba admiración. Su valor científico no era muy grande, puesto que al elegir las rocas consideraba primero la dificultad de su manejo, y su atractivo una vez terminado el trabajo. Manifestaba gran desprecio hacia las secciones que exhibían los «teóricos». Es posible que demostraran muchas cosas, pero sus obras estaban muy por debajo de las suyas propias. Sin embargo, un mundo equivocado concedía a aquellos competidores toda clase de distinciones...

No era un lector asiduo y lo poco que leía eran novelas ligeras como *La espada roja*, *El casco negro*, *La túnica escarlata*, también para distraerse. Leía, en invierno, después de la cena, y Ana Verónica asociaba siempre sus lecturas con la tendencia a monopolizar la luz y a exhibir ante el guardafuegos de la chimenea un raído par de zapatillas de piel de varios colores. A veces se preguntaba por qué su padre necesitaba tanta distracción. Su periódico favorito era el *Times*, que comenzaba a leer todas las mañanas, mientras desayunaba (manifestando casi siempre una profunda irritación), y se lo llevaba para terminarlo después en el tren, dejando a los habitantes de la casa sin periódico.

Ana Verónica recordó en alguna ocasión que le había conocido cuando era más joven, pero un día había seguido a otro y cada uno de ellos había borrado la impresión de su predecesor. Recordaba, eso sí, que cuando era muy niña le había visto algunas veces con pantalón blanco de tenis y que solía volver del trabajo en bicicleta. En aquellos días también ayudaba a su madre en los trabajos de jardinería. Mientras ella le contemplaba desde la escalinata, él clavaba alambres en la pared para que trepara la enredadera.

Como hija menor, a Ana Verónica le había caído en suerte vivir en un hogar que iba haciéndose menos animado y variado según crecía. Su madre murió cuando ella

tenía trece años. Sus dos hermanas mayores se habían casado: una, sumisa; la otra, no. Sus dos hermanos habían salido al mundo años atrás y ella había sacado todo el partido posible de su padre. Pero no era éste un padre de quien se pudiera sacar mucho partido, a pesar de que Ana Verónica estudió sus puntos flacos.

Sus ideas sobre las mujeres eran sentimentales y anticuadas. Pensaba que eran criaturas, o bien demasiado malas, tan malas que no había en el vocabulario moderno palabras con que describirlas (y en ese caso, con frecuencia vergonzosamente deseables), o demasiado puras y buenas para vivir en este mundo. Había hecho esta sencilla clasificación del sexo femenino excluyendo toda clase intermedia y sostenía que estas dos especies de mujeres habían de mantenerse apartadas incluso en los pensamientos. Las mujeres están hechas como vasijas de porcelana, para ser adoradas o para ser despreciadas, pero en ambos casos son vasijas muy frágiles. Él no había querido tener hijas. Cada vez que le había nacido una, había ocultado ante su mujer su desilusión con gran ternura y cariño, pero en la soledad del cuarto de baño se había desahogado, lanzando maldiciones apasionadamente sinceras. Era un hombre profundamente masculino, desprovisto de toda sensibilidad maternal. Había amado a su esposa, de ojos negros y rojas mejillas, con auténtica devoción, pero siempre había sentido, aunque nunca se había permitido pensar en ello, que el darle tantos hijos era poco delicado por su parte y en cierto sentido una intrusión en su vida. Sea como fuere, había dado carrera a sus dos hijos, que salían a flote, si no con brillantez, al menos con normalidad. Uno había ingresado en el Servicio Civil de la India y el otro en una empresa dedicada al negocio de motores, que iba adquiriendo importancia por días. Suponía que las hijas quedarían al cuidado de su madre. No tenía idea de lo que debía hacer respecto a ellas.

Tener una hija es un accidente en la vida de un hombre.

Naturalmente una hijita es algo delicioso. Corretea alegremente por la casa, salta, es muy linda, tiene enormes cantidades de pelo rubio y mayor facilidad para expresar afecto que sus hermanos. Es un apéndice decorativo de la madre, sabe imitarla y hace sus mismos gestos. Pronuncia frases ingeniosas que pueden repetirse en la oficina y que harían reír publicadas en el *Punch*. Se le puede dar nombres cariñosos como *Babs* y *Bibs*, y *Viddles* y *Vee*. Les gusta sentarse en las rodillas de su padre. Todo esto es muy agradable y como debe ser.

Pero una hijita es una cosa y una hija es otra muy distinta. Las relaciones de una hija con su padre constituyen algo sobre lo que *Mr. Stanley* nunca había reflexionado. Cuando al fin se vio obligado a pensar en ello, tuvo que recurrir a distraer su mente. Las novelas que le gustaba leer no consideraban este aspecto de la vida, ni podrían servirle de guía. Sus protagonistas no tenían hijas, sino que les bastaba con las hijas de los demás. En su opinión, el defecto de esta clase de literatura era que consideraba con ligereza los derechos paternos. Él, instintivamente, consideraba a sus hijas como su propiedad absoluta, propiedad cuya obligación era obedecerle. Eran suyas, podía entregarlas si así lo consideraba conveniente o guardarlas a su lado para consuelo de

su vejez, si así lo prefería. La propiedad absoluta le parecía el resultado natural de todos los cuidados y dispendios que llevaba consigo la educación de una hija. Las hijas no eran como los hijos. No obstante, advirtió que tanto las novelas como el mundo en que vivía se hallaban en desacuerdo con estas ideas. Por lo tanto, todo esto llegó a preocuparle. Lo antiguo y lo moderno se hallaba en oposición; sus hijas se habían convertido en seres casi independientes... dependientes, lo que es absurdo. Una se había casado de acuerdo con sus deseos y la otra en contra de ellos. Y ahora Ana Verónica, su pequeña *Vee*, insatisfecha con su hogar estable, firme y seguro, se dedicaba a asistir a reuniones socialistas y a bailes de arte con amigas que van por la calle sin sombrero, y tenía la tendencia de llevar sus ambiciones científicas hasta un límite francamente antifemenino. Debía pensar que él no era más que el hombre que debía pagar sus cheques y proveerla de medios para disfrutar de su libertad. Insistía en que debía abandonar la seguridad del Instituto Femenino de Tredgold cambiándolo por las clases de Russell, y pretendía asistir a un baile de disfraces vestida de pirata y pasar el resto de la noche acompañada por las atolondradas hijas de Widgett en cualquier indescriptible hotel del Soho.

Se había esforzado por no pensar en ello, pero la situación y su hermana ya no se lo permitían. Finalmente había dejado a un lado *El sombrero lila*, se había retirado a su estudio, había encendido la luz de gas y escrito la carta que fue la causa de que sus poco satisfactorias relaciones con su hija llegaran a una crisis definitiva.

4

«**M**i querida *Vee*», escribió.
¡Estas hijas! Contempló la punta de la pluma, reflexionó, rasgó la cuartilla y comenzó de nuevo.

«Mi querida Verónica: Me ha dicho tu tía que te has comprometido con las chicas Widgett a asistir a un baile de disfraces en Londres. He creído entender que quieres ir vestida con un fantástico disfraz bajo la capa de noche, y que después de la fiesta te propones quedarte en un hotel con tus amigos y amigas, sin ninguna persona mayor que os acompañe. Siento tener que disgustarte en algo que te ilusiona, pero tengo que decirte...».

«¡Hum!», reflexionó mientras tachaba las tres últimas palabras.

«... pero todo esto es imposible».

—No —dijo.

Lo tachó de nuevo y añadió:

«... pero debo decirte que considero mi deber prohibir tales placeres».

—¡Maldita sea! —exclamo al contemplar la carta llena de tachaduras.

Cogiendo una nueva cuartilla copió cuanto había escrito, mientras la irritación se apoderaba de él.

«Lamento que hayas podido considerar una cosa semejante...», continuó.

Reflexionó y comenzó un nuevo párrafo.

«La verdad es que has empezado a albergar ideas muy extrañas sobre lo que una joven de tu posición puede y no puede hacer, y tu absurdo proyecto evidencia estas ideas. Creo que no comprendes del todo mis ideales y las relaciones que deben existir entre padre e hija. Tu actitud hacia mí...».

Se interrumpió y mordisqueó la pluma. Era difícil escribir con claridad sus pensamientos.

«... hacia tu tía...».

Durante unos instantes buscó la palabra adecuada.

«... y hacia la mayoría de las cosas establecidas en la vida, es, francamente, muy poco satisfactoria. Eres inquieta, agresiva y censora, con el irreflexivo y rudo sentido crítico de la juventud. No conoces los factores esenciales de la vida (ruego a Dios que tardes en conocerlos), y en medio de tu ignorancia estás dispuesta a actuar de un modo que lamentarás durante mucho tiempo. La vida de una joven está llena de trampas y añagazas en las que puede caer en cualquier momento...».

Al llegar aquí se detuvo, imaginándose la expresión de Verónica al leer esta última frase. Pero estaba ya demasiado conmovido para poder advertir si cometía un error escribiendo aquellas metáforas.

«Al fin y al cabo, así es —se dijo—. Es la verdad. Y ya es hora de que ella lo sepa».

«La vida de una joven está llena de trampas y añagazas en las que puede caer en cualquier momento y de las que debe apartarse a toda costa».

Apretó los labios y frunció las cejas con solemne decisión.

«Mientras yo sea tu padre, mientras sea responsable de tu vida, me creeré siempre en la obligación de poner en juego toda mi autoridad para cortar tu extraña tendencia a hacer cosas extravagantes. Llegará un día en que me lo agradecerás. No es que crea, mi querida Verónica, que haya en ti alguna maldad innata; no la hay. Pero no es sólo el mal lo que contamina a la juventud, sino la proximidad del mal. Una reputación de indiscreta puede hacerte tanto daño como si tu conducta fuera verdaderamente reprehensible. Por lo tanto, te ruego que comprendas que en este asunto obró por tu bien».

Firmó con su nombre y meditó. Después abrió la puerta del estudio y llamó:

—¡Mollie!

Volvió entonces a asumir una vez más su actitud autoritaria junto a la chimenea, ante los reflejos azulados de la luz del gas.

Su hermana apareció en la puerta.

Iba vestida con un complicado traje, compuesto todo él de encaje y bordados y confusos dibujos negros, rojos y crema. Mollie era, en muchos aspectos, una versión femenina, mucho más joven, de su hermano. Tenía la misma nariz afilada, de la que solamente Ana Verónica, de toda la familia, había logrado escapar. Su porte era elegante y tenía cierta aristocrática dignidad adquirida durante su largo compromiso

matrimonial con un vicario descendiente de los Edmondshaws de Wiltshire. Su prometido murió antes de que pudieran casarse, y cuando su hermano se quedó viudo ella acudió en su ayuda y se dedicó al cuidado de su hija menor. Pero desde el principio su concepto de la vida, relativamente anticuado, había chocado con la atmósfera suburbana, el espíritu de la juventud y el recuerdo de la pequeña *Mrs. Stanley*, cuya familia no había sido precisamente presentable... utilizando la forma menos dura de clasificarla. *Miss Stanley* decidió sentir un cálido afecto por su sobrina menor y ser una segunda madre en su vida... una segunda madre y una madre mejor. Pero no había encontrado el terreno muy propicio y había mucho en su persona que Ana Verónica no lograba comprender.

En aquel momento entró en la habitación con aire de reservada solicitud.

Mr. Stanley señaló la carta con una pipa que había sacado del bolsillo de su chaqueta.

—Léela y dime lo que te parece —dijo.

Su hermana la cogió con una mano llena de anillos y la leyó con aire de crítica, mientras él llenaba la pipa.

—Sí —dijo al fin—, es firme y al mismo tiempo afectuosa.

—Podía haber dicho muchas más cosas.

—Has dicho lo que tenías que decir. Nada más que lo necesario. Creo que de ningún modo debe ir a esa fiesta.

Hizo una pausa y *Mr. Stanley* esperó a que continuara.

—No creo que se dé cuenta del daño que esa gente puede hacerle o de la clase de vida a que la arrastraría —dijo—; echarían por tierra todas sus oportunidades.

—¿Crees que se le ofrecerá alguna?

—Es una joven extraordinariamente atractiva —dijo su hermana, añadiendo a continuación—. O al menos así lo creen algunas personas. Claro que es mejor no hablar de ciertas cosas hasta que éstas existan y sean tangibles.

—Razón de más para que no dé qué hablar ahora.

—Ésa es exactamente mi opinión.

Mr. Stanley cogió la carta y la sostuvo en la mano pensativo, durante unos instantes.

—Daría cualquier cosa por ver a nuestra pequeña *Vee* feliz y bien casada.

A la mañana siguiente entregó la nota a la criada al abandonar la casa para tomar el tren de Londres. Cuando Ana Verónica la recibió tuvo al principio la fantástica idea de que contenía un regalo de dinero.

5

La decisión de Ana Verónica de aclarar las cosas con su padre no pudo llevarse a cabo sin alguna dificultad.

Como no volvía de la ciudad hasta las seis de la tarde, se fue a jugar al tenis con

sus amigas las Widdett hasta la hora de la cena, el ambiente durante la comida tampoco le fue propicio. Su tía se mostró extraordinariamente amable y le habló como si se tratara de una visita de cumplido acerca del alarmante desarrollo de los clavelones aquel verano, lo que constituía una especie de «peligro amarillo» para las plantas más pequeñas, mientras su padre estudiaba unos papeles.

—Me parece que tendremos que pasarnos sin clavelones el año que viene — repitió la tía Mollie por tercera vez— y sin margaritas. También éstas han crecido demasiado.

Elizabeth, la criada, entraba para servir la cena cada vez que Ana Verónica tenía la oportunidad de pedir una entrevista. En cuanto hubieron terminado de cenar, Mr. Stanley, después de haber fingido que pensaba quedarse a fumar una pipa, subió de pronto a su estudio para sumirse en la petrografía, y cuando Verónica llamó con los nudillos, contestó desde el otro lado de la puerta cerrada con llave:

—¡Vete, Vete! Estoy ocupado.

También durante el desayuno le fue imposible hablar con él. Su padre se dedicó a leer el *Times* con exagerada atención y se levantó inmediatamente para tomar el primero de los dos trenes que solía tomar para ir a Londres.

—Iré contigo a la estación —declaró Ana Verónica—. También yo puedo tomar este tren.

—Tendremos que correr —dijo su padre mirando el reloj.

—¡Correremos!

Pero no hubo necesidad de tal cosa y se limitaron a andar de prisa.

—Mira, papá... —comenzó a decir. Pero se interrumpió sin saber cómo continuar.

—Si se trata de tus planes para el baile, es inútil todo lo que digas, Verónica. Estoy decidido.

—Me harás quedar en ridículo ante todos mis amigos.

—No debías haberte comprometido a nada sin consultar con tu tía.

—Creía que ya tenía edad suficiente para decidir por mí misma —dijo Ana Verónica vacilando entre la risa y el llanto.

Su padre apresuró el paso.

—No quiero discusiones ni llantos en la avenida —ordenó—. ¡Basta! Si tienes algo que decir, díselo a tu tía.

—¡Pero, oye, papá!

Él hizo con el *Times* un ademán imperioso.

—Está decidido. No irás a ese baile. ¡No irás!

—Es que tengo que hablarte de otras cosas.

—No me importa. Éste no es el lugar adecuado.

—¿Entonces puedo ir a verte al estudio esta noche después de cenar?

—Estaré ocupado.

—Es muy importante. Y no puedo hablar contigo en ningún otro momento.

Quiero que lleguemos a un acuerdo.

Frente a ellos caminaba un caballero a quien evidentemente adelantarían muy pronto si seguían andando a aquel paso. Se trataba de *Mr. Ramage*, el morador de la gran mansión que se alzaba al final de la avenida. Había conocido recientemente a *Mr. Stanley* en el tren, donde cambiaron frases corteses. Era un corredor de seguros y el propietario de un periódico financiero; había prosperado rápidamente en los últimos años y *Mr. Stanley* le admiraba y detestaba por igual. Era intolerable pensar que podía oír su conversación. *Mr. Stanley* acortó el paso.

—No tienes derecho a molestarme de este modo, Verónica —dijo—. No veo qué beneficio puedes sacar de un asunto que ya está zanjado. Si necesitas consejo, tienes a tu tía. Sin embargo, si crees que debes airear tus opiniones...

—Entonces, esta noche, papá.

Su padre produjo un sonido con el que probablemente quiso expresar asentimiento, y entonces *Ramage* volvió la vista para atrás, se detuvo, saludó y esperó que le alcanzaran. Era un hombre de unos cincuenta años, de pelo gris, boca expresiva y salientes ojos negros, que fijó escudriñadores en Ana Verónica. Vestía a la moda del West End y afectaba una urbanidad y cortesía que desconcertaba e irritaba al padre de Ana Verónica. No jugaba al golf, pero hacía ejercicio practicando la equitación, detalle también antipático.

—Hay demasiada frondosidad en la avenida —dijo *Mr. Stanley* mientras avanzaban—. Debían haber podado los árboles en primavera.

—Todavía tienen tiempo —dijo *Ramage*—. ¿Viene con nosotros. *Miss Stanley*?

—Yo voy en segunda y cambio de Wimbledon.

—En ese caso, iremos todos en segunda, si nos lo permite —dijo *Ramage*.

Mr. Stanley estuvo a punto de intervenir, pero no se le ocurrió de qué modo hacerlo, y se contentó con gruñir mientras preguntaba:

—¿Cómo está *Mrs. Ramage*?

—Como de costumbre. Le resulta muy molesto estar incorporada en la cama. Pero no tiene más remedio que hacerlo.

Como el tópico de su esposa inválida le aburría, se volvió inmediatamente hacia Ana Verónica.

—¿A dónde va usted? —preguntó—. ¿Piensa proseguir este invierno su trabajo científico? Supongo que la tendencia es hereditaria. —Durante unos instantes *Mr. Stanley* casi sintió simpatía por *Ramage*—. Estudia usted Biología, ¿no es cierto?

Comenzó a hablar de sus conocimientos de Biología como un lector de revistas que se ve reducido a obtener la información que en éstas se publica y se alegra de encontrarse con alguien que puede ampliarla.

Poco después los dos estaban en los mejores términos de amistad. Continuaron su conversación en el tren, lo que *Mr. Stanley* consideró como una nota de mal gusto teniendo en cuenta su presencia, y por ello fingió sumirse en la lectura del *Times* mientras la escuchaba. Le sorprendió desagradablemente la galante atención que

Ramage concedía a Ana Verónica y las inteligentes respuestas de ésta. Eran cosas que no encajaban con sus ideas preconcebidas sobre la próxima entrevista que había de celebrar con su hija, caso de no poder evitarlo. De pronto comprendió de mala gana que, en cierto sentido, Ana Verónica podía ser considerada como una persona mayor. Él era un hombre que clasificaba todas las cosas sin tener en cuenta fases intermedias, y para él, en cuestión de edad, no había más que dos clases femeninas: niñas y mujeres. La diferencia estaba en si se tenía o no derecho a acariciarlas. Pero he aquí que una niña (tenía que ser una niña, puesto que era su hija y era acariciable) imitaba perfectamente a una mujer. Siguió escuchando. En aquel momento estaba comentando, con extraordinaria y asombrosa seguridad una de las últimas comedias.

—Su manera de hacer el amor me pareció poco convincente —comentaba—. Acentuaba demasiado la mímica.

Mr. Stanley no comprendió inmediatamente el significado de aquellas palabras, pero un momento después se hizo la luz en su cerebro. ¡Santo cielo! ¡Estaba hablando de la manera de hacer el amor! Durante algún tiempo no oyó nada más y permaneció mirando fijamente con pétreos ojos el artículo de fondo del *Times* de aquel día. ¿Entendería ella algo de lo que había dicho? Afortunadamente iban en un vagón de segunda clase y sus habituales compañeros de viaje no se hallaban presentes. Aun así se imaginó que todos los viajeros estaban escuchando escondidos detrás de sus periódicos.

Por supuesto, las niñas repiten frases y opiniones cuyo significado no pueden comprender totalmente. Pero un hombre de edad madura como Ramage debía tener más sentido común y no hacer hablar de aquel modo a la hija de un amigo y vecino.

¡Ah! Después de todo, parecía que cambiaba de tema.

—Brodick es muy pesado —estaba diciendo—, y el interés principal de la comedia está en el desfalco.

¡Gracias a Dios! *Mr. Stanley* bajó el periódico y escudriñó los sombreros y las cejas de sus tres compañeros de viaje.

Llegaron a Wimbledon. Ramage ayudó a Ana Verónica a descender de la plataforma como si se tratara de una duquesa. Ella aceptó sus atenciones como tales deferencias por parte de hombres de edad madura todavía galantes fueran la cosa más natural del mundo. Cuando Ramage volvió a acomodarse en su rincón, comentó:

—La juventud crece de prisa, Stanley. Me parece que era ayer cuando corría por la avenida toda piernas y pelo.

Mr. Stanley le contempló a través de sus gafas con un sentimiento parecido a la animosidad.

—Ahora es toda sombrero e ideas —dijo con un toque de humorismo.

—Parece una muchacha de inteligencia poco común —comentó Ramage.

Mr. Stanley contempló con cansancio la cara perfectamente afeitada de su vecino.

—No estoy seguro de la conveniencia de todos estos estudios superiores... —dijo con el tono de quien da a su frase un profundo significado.

Pero según fueron pasando las horas de aquel día llegó a alcanzar una especie de acumulación de reflexiones. Se sorprendió a sí mismo pensando en su hija menor durante toda la mañana y más aún durante la tarde. Se representó varias veces su espalda joven y esbelta al descender del tren sin mirarle siquiera, y recordó la visión fugaz que tuvo de su cara, alegre y serena, cuando el tren salía de Wimbledon. Volvió a oír con exasperante perplejidad el tono natural de su voz al declarar que aquel actor no hacía el amor de un modo convincente. En realidad *Mr. Stanley* se sentía muy orgulloso de su hija, pero también profundamente enfadado y resentido ante la audaz seguridad en sí misma con la que la joven parecía dar a entender su absoluta independencia de él. Después de todo, no era una mujer; sólo lo parecía. Era imprudente e ignorante; no tenía ninguna experiencia. Ninguna. Comenzó a pensar las cosas firmes y enérgicas que le diría aquella noche.

Almorzó en el «Legal Club» de Chancery Lane, donde se encontró con Ogilvy. Estaba visto que aquel día las hijas eran la principal preocupación de sus padres. Ogilvy le habló del terrible problema de uno de sus clientes a aquel respecto, y le contó los detalles.

—Un caso curioso —dijo Ogilvy poniendo mantequilla en el pan y cortándolo de un modo que le era característico—. Un caso curioso que me ha hecho pensar.

Comió unos segundos en silencio y prosiguió:

—Se trata de una muchacha de dieciséis o diecisiete años, diecisiete y medio para ser exactos, que anda suelta por Londres. Una colegiala. Su familia es buena gente del West End. Gente de Kensington. El padre ha muerto. Ella sale del colegio y viene a casa. Después se matricula en Oxford. Veintiún años, veintidós años. ¿Por qué no se casa? Su padre le ha dejado mucho dinero en el testamento y además es una joven atractiva.

Ogilvy se interrumpió y se dedicó a cortar la carne.

—Estaba casada en secreto con un empleado —dijo con la boca llena.

—¡Santo Dios! —exclamó *Mr. Stanley*.

—Un joven muy guapo a quien conoció en Worthing. Muy romántico y todo eso. Él fue quien arregló la cosa.

—Pero...

—Puro romanticismo por parte de ella. Puro cálculo por parte de él. Tuvo la precaución de leer el testamento antes de hacerlo. Sí, como ve es un asunto muy bonito.

—¿Y ella no le quiere ahora?

—En absoluto. A una chica de dieciséis años le impresiona un cabello ondulado, la luz de la luna y una voz de tenor. Supongo que la mayoría de nuestras hijas se casarían con afinadores de órganos a esa edad, si tuvieran la ocasión de hacerlo. Mi

hijo quiso casarse con una mujer de treinta años, empleada en un estanco. Pero un hijo es muy distinto y se puede arreglar, como nosotros lo arreglamos. Bien, ésta es la situación. Mis clientes no saben qué hacer, no podrían soportar el escándalo. No pueden permitir una bigamia. El tipo dio edad y dirección falsas, pero no se le puede condenar por una cosa así... ¡Y ahí tiene! Una mujer con la vida deshecha. ¡Al pensar en ello entran deseos de volver al sistema oriental!

Mr. Stanley sirvió el vino.

—¡Maldito canalla! —exclamó—. ¿No hay un hermano que pueda darle de patadas?

—Eso no es más que una mera satisfacción personal —reflexionó *Ogilvy*—. Mera satisfacción sensual. Y por el tono de algunas de las cartas, deduzco que ya lo han hecho. Pero esto no altera la situación.

—Estos canallas... —dijo *Mr. Stanley*, que hizo una pausa.

—Nuestra tarea principal debe ser alejar a nuestras hijas de ellos.

—Hubo un tiempo en que las jóvenes no tenían las ideas extravagantes que tienen hoy en día.

—Como *Lydia Languish*, por ejemplo. Sí, es cierto que no tenían tanta libertad como ahora.

—De todo tienen la culpa las malditas novelas y el torrente de noticias espúreas e intencionadas que aparecen en la prensa. Todos los ideales nuevos e ideas avanzadas sobre los derechos de la mujer y cosas de este estilo...

Ogilvy reflexionó.

—La joven de quien le hablo, que es en realidad de una franqueza encantadora, fue influida, según me dijo, por una representación escolar de *Romeo y luneta*.

Mr. Stanley consideró aquello como algo ajeno a la cuestión.

—Debería haber una censura de libros. Es muy necesaria. Aun con la censura de las obras de teatro, representan muy pocas cosas que podamos ver con nuestras esposas e hijas. ¿Qué pasaría si no existiera la censura?

Ogilvy siguió el curso de sus pensamientos.

—Me inclino a creer, *Stanley*, que fue la versión abreviada de *Romeo y Julieta* lo que hizo el daño. Si no hubieran suprimido la parte de la nodriza, la chica hubiera sabido más y hubiera hecho menos. No dejaron del drama más que la luna y las estrellas, la escena del balcón y aquello de: «¡Mi *Romeo!*».

—*Shakespeare* es completamente distinto de los escritores modernos. Yo no tengo nada en contra de *Shakespeare*. Pero este miasma moderno...

Mr. Stanley se sirvió mostaza sin terminar la frase.

—No discutiremos sobre *Shakespeare* —dijo *Ogilvy*—. Lo que me llama la atención es que hoy en día las jóvenes andan por todas partes tan libres como el aire y pueden casarse y hacer toda clase de cosas sin que nadie se lo impida. No tienen más barrera que la costumbre, cada vez menos extendida, de decir la verdad, y las limitaciones de su imaginación. Y en este aspecto se influyen las unas a las otras.

Aunque no es de mi incumbencia, creo que deberíamos enseñarlas más, o restringirlas más. Una de las dos cosas. Están demasiado libres para ser tan inocentes, o son demasiado inocentes para estar tan libres. Éste es mi punto de vista. ¿Va usted a tomar tarta de manzana, Stanley? Últimamente la tarta de manzana era magnífica... ¡verdaderamente magnífica!

7

Aquella noche, después de la cena, Ana Verónica exclamó:
—¡Papá!

Su padre la miró por encima de sus gafas y habló gravemente:

—Si tienes que decirme algo, guárdalo para el estudio. Voy a fumar aquí un rato y después subiré. No sé qué puedes tener que decirme. Creo que mi carta debe haber dejado las cosas suficientemente aclaradas. Esta noche tengo que estudiar varios documentos importantes, muy importantes.

—No te entretendré mucho, papá —dijo Ana Verónica.

—Mollie —comentó *Mr.* Stanley cogiendo un cigarro de la caja, mientras su hija y su hermana se ponían en pie—, no comprendo por qué *Vee* y tú no resolvéis este asunto, sea lo que sea, sin molestarme a mí.

Era la primera vez que la controversia se hacía triangular, ya que los tres eran tímidos por naturaleza.

Mr. Stanley se detuvo en mitad de la frase y Ana Verónica mantuvo la puerta abierta para que saliera su tía. La atmósfera estaba cargada. Su tía salió de la habitación con dignidad y subió en seguida a refugiarse en su habitación. Estaba completamente de acuerdo con su hermano. Le disgustaba profundamente que la muchacha no se dirigiera a ella. Aquello parecía demostrar una falta de afecto, una ofensa deliberada e inmerecida que le hacía sentirse justamente ofendida.

Cuando Ana Verónica entró en el estudio vio que la escena había sido cuidadosamente preparada. Las dos butacas se hallaban, una frente a otra, a ambos lados de la chimenea, y en medio del reflejo circular producido por la lámpara se hallaba un montón de papeles atado con una cinta. Stanley tenía un documento en la mano y fingió no darse por enterado de la llegada de su hija.

—Siéntate —dijo al fin. Jugueteeó con los papeles y al cabo de unos momentos se volvió de nuevo hacia ella—. ¿De qué se trata, Verónica? —preguntó en tono de deliberada ironía, contemplándola burlonamente por encima de las gafas.

Ana Verónica no hizo caso de la invitación de su padre a sentarse. Permaneció de pie en la alfombra y le miró.

—Mira, papá —dijo con toda naturalidad—. Yo tengo que ir a ese baile.

Mr. Stanley acentuó su ironía.

—¿Por qué? —preguntó.

La muchacha tardó unos segundos en contestar.

—Porque no veo que haya razón alguna en contra para que yo asista.

—Basta con que yo lo vea.

—¿Por qué no puedo ir?

—Porque ni el lugar ni la compañía son adecuadas.

—Pero, papá, ¿qué sabes tú cómo es la compañía y el lugar?

—Está fuera de toda discusión. No está bien, no es correcto, es imposible que duermas en Londres en un hotel. La idea no puede ser más absurda. No comprendo qué idea se ha adueñado de ti, Verónica.

Ladeó ligeramente la cabeza, hizo descender las comisuras de sus labios y la miró de nuevo por encima de las gafas.

—Pero ¿por qué es absurdo? —preguntó Ana Verónica jugueteando con la pipa que se hallaba encima de la chimenea.

—No creo necesario que te lo explique.

—Pero, papá, es que yo no creo que sea absurdo. De esto es de lo que quiero que hablemos. La cuestión se reduce a lo siguiente: ¿vas a permitirme que sea yo quien juzgue lo que me conviene y lo que no me conviene, o no?

—A juzgar por lo que te habías propuesto hacer, es evidente que no.

—Pues yo creo que ya tengo edad para ello.

—Mientras vivas en mi casa... —comenzó a decir *Mr. Stanley*. Pero no llegó a terminar la frase.

—Me estás tratando como si no viviera en ella. Y creo que no es justo.

—Tus ideas sobre la justicia son muy curiosas —comentó su padre—. Mi querida Verónica —añadió asumiendo un tono de paternal paciencia—, no eres más que una niña. No sabes nada de la vida ni de sus peligros y posibilidades. Crees que todo es inofensivo y sencillo. Pero no lo es. No lo es. Estás equivocada. En algunas cosas, en muchas cosas, tienes que confiar en las personas mayores que tú, en los que saben más que tú de la vida. Tu tía y yo hemos hablado de este asunto. No hay nada más que decir. No irás a ese baile.

La conversación cesó durante algunos minutos. Ana Verónica se esforzó por dominar la complicada situación y no perder la cabeza. Se había vuelto para contemplar el fuego.

—Papá —dijo—, tienes que comprender que no se trata solamente del asunto del baile. Quiero asistir a él porque es una experiencia nueva para mí, porque creo que resultará interesante y aprenderé cosas nuevas. Tú dices que no sé nada, lo que probablemente es cierto. Y ¿de qué modo voy a aprenderlo?

—Hay cosas que espero no llegues nunca a aprender.

—Yo no estoy tan segura. Quiero saber todo cuanto haya que saber.

—¡Tonterías! —exclamó su padre alargando la mano hacia el montón de papeles.

—Éste es mi modo de pensar y es lo que quería decirte. Quiero ser un ser humano; quiero aprender cosas y saber cosas y no estar protegida como si fuera algo demasiado precioso para vivir en este mundo. No sentirme encerrada en un rincón

oscuro.

—¡Encerrada! ¿Hice alguna objeción cuando quisiste ir al Instituto? ¿Te he prohibido alguna vez que salgas a horas razonables? ¡Incluso te he dado una bicicleta!

—Deseo que me tomes en serio —dijo Ana Verónica—. A mi edad soy ya una persona mayor. Quiero continuar mi trabajo universitario en condiciones apropiadas, ahora que he pasado el grado intermedio. Creo que no tendrás queja de mí en cuanto a los estudios. Nunca me han suspendido en un examen. Y a Roddy le suspendieron dos veces.

Su padre la interrumpió.

—Mira, Verónica, seamos francos el uno con el otro. No vas a asistir a las clases de ese hereje llamado Russell. Asistirás únicamente a las clases del «Instituto Tredgold». Lo he pensado bien y no cambiaré de opinión. Mientras vivas en mi casa tendrás que hacer lo que yo quiera. Estás equivocada incluso en tu opinión sobre la talla científica de ese hombre y su trabajo. Hay hombres en Lowndean que se ríen de él. Y yo mismo he visto trabajos terminados por sus discípulos que parecen casi vergonzosos. También he oído rumores sobre su ayudante. Toda clase de rumores. Es un hombre llamado Capes que no contento con la ciencia, escribe artículos en revistas mensuales. Pero todo esto no viene al caso. No vas a asistir a sus clases y ¡basta!

La joven escuchó en silencio este discurso, pero la cara que contemplaba el fuego adquirió una expresión obstinada y terca que hizo resaltar el parecido entre padre e hija. Cuando al fin habló sus labios temblaban.

—Entonces, supongo que cuando me haya graduado tendré que volver a casa.

—Creo que es lo natural.

—¿Y a no hacer nada?

—Una mujer siempre encuentra cosas que hacer en casa.

—Hasta que alguien se compadezca de mí y se case conmigo.

Mr. Stanley levantó las cejas, golpeó impacientemente el suelo y cogió los documentos dando por terminada la discusión.

—Escúchame, papá —dijo Ana Verónica con la voz alterada—. ¿Qué ocurrirá si no me someto a lo que pretendes?

Su padre la contempló, como si éste fuera un nuevo aspecto de la cuestión.

—¿Qué ocurrirá si, por ejemplo, asisto a este baile?

—No harás tal cosa.

—Bien... Pero —durante un instante le faltó respiración— ¿de qué modo vas a evitarlo?

—¡Te lo he prohibido! —exclamó *Mr. Stanley* levantando la voz.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿qué harás si voy de todos modos?

—¡Vamos, Verónica! No, no. Esto es imposible. ¡Compréndeme! ¡Te lo prohíbo! No quiero oír que me amenazas con la desobediencia —hablaba casi a gritos—. ¡Te lo he prohibido!

—Estoy dispuesta a renunciar a cualquier cosa si me demuestras que en ella hay algún mal.

—¡Renunciarás a lo que yo quiera que renuncies!

Los dos se miraron durante una pausa, con expresión dura y obstinada.

Por medio de una asombrosa e inmóvil gimnasia interior ella se esforzaba en contener las lágrimas. Pero cuando habló con labios temblorosos, no logró impedir que asomaran a sus ojos.

—Pienso ir a ese baile —dijo entre sollozos—. ¡Pienso ir a ese baile! Quería razonar contigo, pero tú no quieres razonar. Te crees dogmático.

Al contemplar sus lágrimas la expresión de su padre cambió, haciéndose triunfante y un poco preocupada. Se puso en pie para rodearla con sus brazos, pero ella se apartó de él. Sacó un pañuelo y, sirviéndose de él mientras tragaba las lágrimas, logró poner fin a su llanto. La voz de *Mr. Stanley* había perdido toda su ironía.

—¡Vamos, Verónica! —rogó—. No seas irrazonable, Verónica. Todo esto es por tu bien. Tu tía y yo no pensamos más que en lo que te conviene.

—Y no me dejáis vivir. No me dejáis existir.

Mr. Stanley perdió la paciencia y se enfadó francamente.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? Mi querida niña, vives y existes. Tienes un hogar. Tienes amigos, conocidos, posición social, hermanos y hermanas y todas las ventajas. Y en lugar de limitarte a gozar de todo esto, quieres asistir a clases donde disecan conejos y ratones e ir a bailar por la noche con disfraces absurdos acompañada de Dios sabe quién. ¡Eso no es vivir! Estás fuera de ti. No sabes lo que pides ni lo que dices. No tienes razón ni lógica. Lamento tener que herir tus sentimientos, pero todo lo que te digo es por tu bien. No debes ir al baile, y no irás. En esto estoy completamente decidido. Y llegará un día, Verónica, hazme caso, llegará un día en que me agradecerás mi firmeza de esta noche. Me duele tener que decepcionarte, pero lo que te propones no debe ser.

Dio un paso hacia ella, pero Ana Verónica se apartó de él.

—Muy bien —dijo—. Buenas noches, padre.

—¡Cómo! ¿No me das un beso?

Ana Verónica fingió no oír.

La puerta se cerró tras de ella y durante largo rato *Mr. Stanley* permaneció de pie ante el fuego, reflexionando sobre la situación. Al fin se sentó y llenó la pipa con lentitud y meticulosidad...

«No sé qué otra cosa podía haber dicho», comentó para sí.

Capítulo II

ANA VERÓNICA ESCUCHA DISTINTAS OPINIONES

1

—¿**V**as a venir con nosotros al baile de Fadden, Ana Verónica? —preguntó Constance Widgett.

Ana Verónica reflexionó antes de contestar.

—Ésa es mi intención —dijo al fin.

—¿Te estás haciendo el traje?

Ana Verónica dijo sin dudar:

—Sí.

Estaban en el dormitorio de la mayor de las Widgett. Hetty se había distendido un tobillo y varias personas le hacían compañía.

Era una habitación grande y clara decorada con dibujos de pintores desconocidos. Tenía una librería que bajo varias figuras de escayola y la mitad de un cráneo humano, exhibía una variada colección de libros. Bernard Shaw, Swinburne, Tom Jones, *Los Ensayos* de la Sociedad Fabiana, Pope y Dumas, se hallaban mezclados. Constance Widgett inclinaba su cabello rojo sobre su trabajo. Estaba pintando en colores en una mesa de cocina que había subido para ese fin. Y en la otra cama se sentaba una mujer de unos treinta años, vestida de verde, a quien Constance había presentado como *Miss Miniver*. *Miss Miniver* contemplaba el mundo con grandes ojos azules y emotivos que resultaban aún más agrandados por las gafas que usaba. Su nariz exhibía un tono rosado, su boca era de caprichoso dibujo y sus gafas se movían con rapidez cuando su mirada se fijaba en las caras de sus amigas. Parecía estallar en deseos de hablar y estar esperando la oportunidad para hacerlo. En la solapa lucía una insignia de marfil con las palabras «Derecho femenino al Voto». Ana Verónica estaba sentada al pie de la cama de la paciente, mientras Teddy Widgett ocupaba la única silla de la habitación, fumaba cigarrillos y se esforzaba por disimular el hecho de que sólo miraba a Ana Verónica. Teddy era el joven sin sombrero que se había encontrado con Ana Verónica días antes en la avenida. Era menor que sus hermanas, había sido educado con ellas y por lo tanto estaba acostumbrado a la compañía femenina. Un ramo de flores, obsequio de Ana Verónica, adornaba la mesa de tocador. Ana Verónica se había acicalado con especial cuidado, ya que debía hacer una visita social aquella tarde en compañía de su tía.

La joven decidió mostrarse más explícita.

—Me han prohibido que vaya al baile —dijo.

—¡Oh! —exclamó Hetty volviendo la cabeza, mientras Teddy decía con profunda emoción:

—¡Dios mío!

—Sí —dijo Ana Verónica—, y esto complica la situación.

—¿Tu tía? —preguntó Constance, que estaba al corriente de los asuntos de su amiga.

—No, mi padre. La prohibición es en serio.

—¿Por qué? —preguntó Hetty.

—Ésa es la cuestión. Le pregunté por qué, pero no pudo darme ninguna razón.

—¡Se atrevió usted a pedir razones a su padre...! —exclamó *Miss Miniver* en un tono de voz acalorado—. Sí. Intenté razonar con él, pero no lo conseguí.

Ana Verónica reflexionó un instante.

—Por eso mismo creo que debo ir.

—¡Se atrevió usted a pedir razones a su padre! —repitió *Miss Miniver*.

—Nosotros siempre discutimos con nuestro padre. ¡Pobrecillo! —dijo Hetty—. Casi ha llegado a gustarme discutir con él.

—Los hombres no atienden nunca a razones —dijo *Miss Miniver*—. Y nunca tienen razones que dar. ¡Nunca! Y ni siquiera lo saben. No tienen la menor idea. Ésta es una de sus peores características; una de las peores.

—Pero oye, *Vee* —dijo Constance—. Si vienes con nosotros después de esa prohibición se va a armar un escándalo.

Ana Verónica se preguntó si debía hacer más confidencias. Su situación la tenía indecisa y la atmósfera de los *Widgett* invitaba a la sinceridad.

—No se trata sólo del baile —dijo.

—Sino también de las clases —dijo Constance, siempre bien informada.

—Se trata de la situación en general. Por lo visto, no quieren que yo exista todavía. No quieren que estudie y no quieren que crezca. Tengo que quedarme en casa y permanecer al margen de todo.

—¡Dedicada a las tareas del hogar! —dijo *Miss Miniver* con tono sepulcral.

—Hasta que te cases, *Vee* —dijo Hetty.

—Bien, pues no creo que pueda soportarlo.

Miles de mujeres se han casado para obtener la libertad —dijo *Miss Miniver*—. ¡Miles y miles! ¡Uf! Y se han encontrado con que el matrimonio es una esclavitud mucho peor.

—Supongo que éste es nuestro sino —dijo Constance pintando de rosa los pétalos de una flor—. Pero es injusto.

—¿Qué es nuestro sino? —preguntó su hermana.

—¡La esclavitud! ¡La sujeción! Cuando pienso en ello siento en mi cuerpo huellas de pisadas... de pisadas de hombres. Procuramos olvidar esta verdad, pero ya no es posible ignorarla. ¡Maldición! ¡Me he equivocado!

Miss Miniver se dirigió a Ana Verónica y comenzó a hablar como quien revela

profundos secretos.

—Tal como las cosas están hoy día, eso es cierto —dijo—. Vivimos gobernadas por instituciones hechas por el hombre. Casi todas las mujeres del mundo viven así, excepto unas cuantas que enseñan o saben escribir a máquina, pero aun a éstas las pagan muy poco y las explotan. ¡Es horrible pensar cómo nos explotan! —Calló unos instantes y al fin terminó de este modo—: Así estarán las cosas hasta que se nos conceda el derecho al voto.

—Yo soy partidario del voto femenino —dijo Teddy.

—Sí, supongo que nos pagan poco y nos explotan —dijo Ana Verónica—. Supongo que no hay manera de ganar dinero de un modo independiente.

—Las mujeres carecen de libertad económica porque carecen de libertad política —explicó *Miss Miniver*—. Los hombres se han preocupado de que así sea. La única profesión decente a la que puede recurrir la mujer (excepto el teatro) es la enseñanza, y en ésta ya somos demasiadas. De todas las demás, el Derecho, la Medicina, la Bolsa, nos destierran los prejuicios.

—Queda el Arte —dijo Ana Verónica—, y la Literatura.

—No todo el mundo tiene esos dones. Y, de todas formas, ni aun allí a la mujer se le da lo que se le debe. Los hombres están en contra de ella. A todo cuanto hace se le quita importancia. Casi todas las mejores novelas han sido escritas por mujeres y, sin embargo, ya ve como los hombres se ríen todavía de la mujer novelista. Sólo hay un medio para que la mujer progrese, y es agradar a los hombres. ¡Para esto creen ellos que existimos!

—Somos unos animales —dijo Teddy—. ¡Unos animales!

Pero *Miss Miniver* no hizo caso de esta admisión.

—Naturalmente —siguió diciendo con voz monótona—, agradamos a los hombres. Tenemos esta ventaja. Les conocemos demasiado bien y la mayoría de nosotras utilizamos este conocimiento para conseguir nuestros fines. No lo hacemos todas, pero sí algunas. Demasiadas. Me gustaría saber lo que harían los hombres si nos despojáramos de nuestras caretas y les dijéramos lo que opinamos de ellos, si les demostráramos lo que somos y lo que valemos. —Sus mejillas se tiñeron de color—. Nuestro punto flaco ha sido la maternidad.

Pronunció un discurso largo, confuso y enfático sobre la situación de las mujeres, mientras Constance trabajaba, Ana Verónica y Hetty escuchaban y Teddy emitía sonidos comprensivos y consumía cigarrillos baratos. Mientras hablaba, accionaba con las manos e inclinaba la cabeza hacia adelante; a veces miraba a Ana Verónica, y otras veces contemplaba una fotografía de la Axenstrasse, cerca de Flüelen, que colgaba de la pared. Ana Verónica la miraba, vagamente de acuerdo con ella y al mismo tiempo despreciando su insuficiencia física y sus movimientos convulsivos. En realidad, el discurso era una mezcla de frases hechas, de pasajes leídos, de argumentos sugeridos más que expuestos, y todo ello servido en una salsa de extraño entusiasmo; en fin, algo informe, pero intenso. Ana Verónica se había acostumbrado

en el Instituto Tredgold a desenredar madejas de argumentaciones confusas, y en aquella ocasión tuvo el curioso convencimiento de que en el fondo de todo aquello había algo real, algo que tenía significado. Pero resultaba muy difícil sacarlo de la maraña. No comprendía la nota de hostilidad hacia los hombres que vibraba en las palabras de *Miss Miniver*, ni la malignidad amarga que iluminaba sus ojos y sus mejillas, ni la insinuación de que había sufrido una serie de ofensas que habían ido acumulándose hasta hacerse insoportables.

—Nosotras somos la especie —decía *Miss Miniver*—. Los hombres no son más que incidentes. Se dan importancia, pero ésta es la verdad. En todas las especies animales, las hembras son más importantes que los machos; los machos han de esforzarse por agradarles. Recordad las plumas del gallo, recordad la competencia que se hacen todos los animales, excepto los humanos. Los ciervos, los toros, todos tienen que luchar por las hembras, en todas partes. Típicamente en la humanidad es el macho el más importante. Y esto ocurre a causa de nuestra maternidad; lo que nos degrada es nuestra misma importancia. Mientras cuidábamos de los niños, nos robaron nuestros derechos y libertades. Los niños nos hicieron esclavas y los hombres se aprovecharon de ello. Es, según dice *Mrs. Shalford*, lo accidental conquistando lo esencial. En un principio no había machos entre los primeros animales. Está demostrado. Más tarde aparecen entre las especies inferiores, entre los crustáceos y otros animales semejantes, como pequeñas criaturas inferiores a las hembras. Eran objeto de risa. Y también entre los seres humanos eran las mujeres las que gobernaban al principio; eran dueñas de todo, inventaron las Artes. El gobierno primitivo era el Matriarcado. ¡El Matriarcado! Los Señores de la Creación corrían de un lado para otro y no hacían más que obedecer.

—Pero ¿es eso cierto? —preguntó Ana Verónica.

—Está demostrado —dijo *Miss Miniver*, que añadió a continuación—: Está demostrado por profesores americanos.

—Pero ¿cómo lo han demostrado?

—Por medio de la Ciencia —respondió *Miss Miniver*, que se apresuró a continuar, alargando una mano retórica que exhibía parte de un dedo a través del guante—. Y ahora ¡ved lo que ha sido de nosotras! ¡Ved en lo que nos hemos convertido! ¡En juguetes! ¡En delicadas naderías! Somos un sexo de inválidas. Nos hemos convertido en parásitos.

Ana Verónica pensó que aquello era al mismo tiempo absurdo y exacto. Hetty, que tenía períodos de lúcida expresión, aprovechó la pausa retórica de *Miss Miniver*.

—No estoy de acuerdo en eso de que seamos juguetes. Nadie juega conmigo. Nadie considera a Constance o a *Vee* como una delicada nadería.

Teddy produjo un sonido confuso, pero su comentario fue ahogado por un carraspeo de garganta y enterrado precipitadamente bajo un oportuno golpe de tos.

—Y más vale que no lo hagan —prosiguió Hetty—. No somos juguetes. Juguetes no es la palabra. Estamos consideradas como material inflamable que no puede

dejarse en cualquier parte. Somos la especie y la maternidad en nuestro papel; esto es cierto, pero nadie quiere confesarlo por miedo a que nos inflamemos y nos dediquemos a jugar este papel sin esperar a que se nos dé ninguna otra explicación. ¡Como si nosotras lo ignoráramos! El problema más importante es la edad, antes nos casaban a los diecisiete años, induciéndonos a hacer ciertas cosas sin darnos tiempo a protestar. Ahora no lo hacen, sabe Dios por qué razón. Ahora no nos casan hasta que hayamos pasado los veinte. En el intervalo no hacemos nada. Hay un gran abismo de años y nadie sabe en qué ocuparse. Por lo tanto, el mundo está lleno de hijas en espera. Hijas que empiezan a pensar y a hacerse preguntas y no son una cosa ni otra. Somos en parte seres humanos y en parte hembras en suspenso.

Miss Miniver escuchaba con expresión de perplejidad. El método de exposición de la familia *Widgett* no resultaba muy claro para su mente retórica.

—Para todo esto no hay más remedio que el voto —dijo sin aliento—. Cuando tengamos esto...

Pero Ana Verónica la interrumpió sin prestar atención.

—¡Eso es! —dijo—. No saben qué hacer con nosotras. No tienen la menor idea de cuáles son sus propósitos respecto a nosotras.

—Excepto mantenemos alejadas del fuego para evitar que nos inflamemos —dijo *Constance* contemplando su obra con la cabeza inclinada.

—Y no permiten que seamos nosotras quienes gobernemos nuestras vidas.

—Pero lo haremos —dijo *Miss Miniver*, resistiéndose a ser silenciada—. Aunque algunas de nosotras tengamos que morir para conseguirlo.

Apretó los labios con decisión, haciendo que para todos resultara evidente que se hallaba consumida por la misma pasión de sacrificio que ha dado mártires al mundo desde el principio de las cosas.

—Quisiera hacer comprender a cada mujer, a cada niña, lo que el voto significa para nosotras.

2

Cuando Ana Verónica se dirigía por la avenida al encuentro de su tía, advirtió que alguien corría tras ella intentando alcanzarla. Volvió la cabeza y vio a *Teddy* que llegó hasta ella, y se detuvo, casi sin aliento, con las mejillas rojas y el pajizo cabello en desorden. Comenzó a hablar entrecortadamente.

—Oye, *Vee*. Medio minuto, *Vee*. Tú deseas la libertad. Escucha. Si deseas la libertad... He tenido una idea. ¿Sabes lo que hacen los estudiantes en Rusia? Llevan a cabo un matrimonio legal. Puro trámite. Algo que libera a la mujer del control de sus padres. ¿Comprendes? Te casas conmigo. Sencillamente. Sin ninguna responsabilidad. Sin ninguna desventaja. ¿Por qué no? Yo estoy dispuesto y conseguiría la licencia. No ha sido más que una idea. No tiene importancia. Haría cualquier cosa por complacerte, *Vee*. Cualquier cosa. No soy digno de besar el polvo

de tus botas.

Hizo una pausa.

El deseo de Ana Verónica de echarse a reír se vio reprimido por la profunda seriedad de la expresión del muchacho.

—Eres muy bueno, Teddy —dijo.

Él afirmó en silencio, demasiado conmovido para hablar.

—Pero no veo de qué modo esto puede ser la solución del problema —dijo Ana Verónica.

—¿No? Bueno, no era más que una propuesta. Olvídalo. Naturalmente, si en algún momento cambias de opinión... estaré siempre a tus órdenes. Espero que no te hayas ofendido. Muy bien... Adiós. Tengo que jugar al *hockey* con Jackson. Adiós, Fee. No era más que una idea. ¿Comprendes? Algo sin importancia. Una idea pasajera.

—¡Eres un encanto, Teddy!

—¡Oh, nada de eso! —repuso Teddy quitándose un imaginario sombrero y dejándola sola.

3

La visita que Ana Verónica hizo con su tía aquella tarde, tuvo al principio la misma relación con la conversación celebrada en casa de las Widdett que la que podría tener una estatua de *Mr. Gladstone* con el interior de un animal en una mesa de disección. Las Widdett hablaban sin conceder importancia alguna a las apariencias externas; los Palsworthy hallaban todo el sentido de la vida en su superficie. Eran los seres más artificiales que se movían en el mundo artificial que rodeaba a Ana Verónica. Es posible que la capacidad mental de los Widdett fuera escasa y pobre, pero se presentaban ante el mundo sin disfraz. *Lady Palsworthy* era la viuda de un caballero que había prosperado en el comercio al por mayor de carbón; ella pertenecía a una buena familia del siglo XVII y era pariente lejana del fallecido prometido de la tía Mollie. Era la figura social eminente de Morningside Park, y a su modo superficial y alambicado una mujer extremadamente bondadosa y agradable. Con ella vivía una tal *Mrs. Pramlay*, hermana del médico de Morningside Park y miembro muy activo del Comité de la Sociedad para Ayuda de Mujeres Desvalidas. Ambas damas se hallaban en términos de amistad con todo lo mejor de la sociedad de Morningside Park; recibían una vez al mes, a veces ofrecían reuniones musicales, eran invitadas a todas partes, poseían un campo de tenis y otro de cricquet y eran expertas en el arte de reunir a la gente. No hablaban nunca de nada profundo, nunca discutían, nunca alentaban la crítica. Eran simplemente dos mujeres agradables.

Ana Verónica se sorprendió recorriendo al lado de su tía la avenida que acababa de ser el escenario de su primera declaración amorosa, y especulando por primera vez en su vida sobre las actitudes mentales de la hermana de su padre. El efecto que

producía al principio era que se trataba de alguien completamente seguro de sí mismo, como si lo supiera todo y únicamente su instintiva delicadeza le impidiera decir lo que sabía. Pero las limitaciones de su instintiva delicadeza eran muy grandes; además de a los asuntos sexuales, se extendían a la religión, la política y a cualquier mención de dinero o de crímenes. Ana Verónica se sorprendió preguntándose si estas exclusiones representarían, después de todo, algo más que supresiones. ¿Había algo en las estancias cerradas y selladas de la mente de su tía? ¿Estaban completamente amuebladas y sólo un poco polvorientas y necesitadas de aire, o estaban vacías y pobladas únicamente por una cucaracha o alguna rata? ¿Cuál sería el equivalente mental del roído de una rata? La imagen no era muy brillante. ¿Qué pensaría su tía de la reciente proposición matrimonial de Teddy? ¿Qué pensaría de la conversación sostenida con las Widgett? ¿Qué diría si le hablaba de los machos parásitos de los crustáceos? La muchacha reprimió una risa que hubiera sido inexplicable.

Su cerebro se sumió en la ciencia antropológica con un destello de humorismo. Uno de los secretos interrogantes de su mente era el grotesco curso que de vez en cuando seguían sus ideas, como si se rebelaran y amotinaran. Después de todo —se sorprendió reflexionando—, detrás del complaciente rostro de su tía se alzaba un pasado fantástico (no el pasado personal de su tía, naturalmente, que se limitaba a su compromiso matrimonial y era casi increíblemente insípido), sino un pasado ancestral que contenía toda clase de cosas escandalosas: juegos y matanzas, exogamia, matrimonios por captura, canibalismo. Un número de antecesores que quizá tuvieran algún leve parecido con su tía, con el cabello no tan cuidadosamente arreglado y con gestos y actitudes todavía indisciplinados, pero antecesoras al fin en línea directa, habían bailado durante una breve y emocionante vida en el campo salvaje. ¿No quedaría un eco de aquello en algún rincón del cerebro de *Miss Stanley*? Aquellas estancias vacías, si estaban vacías, eran los equivalentes de predecesores asombrosamente decorados. Quizá fuera mejor que no quedara recuerdo alguno...

Al llegar aquí Ana Verónica estaba ya asustada de sus propios pensamientos que, no obstante, no podía contener. En su imaginación ella y su tía estaban a punto de volver a la primitiva vida vegetal, apasionada y completamente indecorosa, saltaban de rama en rama y disfrutaban de una total libertad. Sin embargo, su llegada a la casa de los Palsworthy interrumpió estas imágenes y trajo una vez más a Ana Verónica a las exigencias de su vida artificial.

A *Lady Palsworthy* le gustaba Ana Verónica porque siempre sabía cómo comportarse, su mirada era digna y sus vestidos de buen porte. Pensaba de ella que era tan tímida como debían de ser todas las jóvenes, que no era ni demasiado habladora ni demasiado callada y que carecía de toda la agresividad, el egoísmo y la falta de consideración de la típica joven moderna. Pero *Lady Palsworthy* no había visto nunca a Ana Verónica corriendo tan veloz como el viento cuando jugaba al *hockey*. No la había oído discutir de Teología y no había observado que su esbelta figura era natural y no debida a un corsé. Daba por hecho que Ana Verónica usaba un

corsé de ballenas, no muy fuerte quizá, pero ballenas de todos modos, y no pensó más en el asunto. En realidad sólo la había visto en sus té, cuando la artificialidad de los Stanley se hallaba en su cénit. Hay demasiadas jóvenes hoy en día que a la hora del té resultan impresentables por sus risas estridentes, la descarada postura de sus piernas al sentarse y su vulgar falta de respeto; cierto que ya no fuman como las jóvenes de finales del siglo pasado, pero a pesar de ello parece que huelen a tabaco. No entienden de afabilidades y atacan la superficie de las cosas como si lo hicieran con un propósito definido. *Lady Palsworthy* y *Mrs. Pramlay* vivían para las amenidades y las superficies de las cosas. Ana Verónica era una de las pocas jóvenes (y hay que invitar siempre a alguna joven, del mismo modo que hay que exhibir siempre algún ramo de flores) que uno podía invitar a sus reuniones sin arriesgarse a traer con ella una nota discordante. Además, su relación con *Miss Stanley* le daba a uno una ligera pero agradable sensación de propiedad sobre la muchacha; e incluso se podían alimentar ciertos sueños respecto a ella.

Mrs. Pramlay las recibió en una agradable sala, cuyas puertas vidrieras daban al jardín y permitían contemplar el campo de cricquet, la pista de tenis a lo lejos y el caminillo bordeado de rosales, dalias y girasoles. Su mirada se encontró con la de *Miss Stanley* y se mostró más afectuosa que nunca al saludar a Ana Verónica. Ésta se dirigió a continuación al jardín, donde se hallaba la *élite* de la sociedad de Morningside Park. Allí se encontró con *Lady Palsworthy*, que le ofreció una taza de té y la condujo por entre los grupos de gente. Al otro lado del césped y moviéndose indeciso de un lado para otro, Ana Verónica distinguió, e inmediatamente fingió no verle, a *Mr. Manning*, el sobrino de *Lady Palsworthy*, un joven alto, de unos treinta y siete años, con rostro atrayente y pensativo, bigote negro y cierta ampulosidad de ademanes. Desde aquel momento la fiesta se redujo para Ana Verónica a un juego en el que tuvo que maniobrar inadvertida y por fin inútilmente, para impedir una conversación a solas con aquel caballero.

En anteriores ocasiones, *Mr. Manning* había dado a entender que Ana Verónica le resultaba interesante y que por su parte deseaba interesarle también. Pertenecía al Servicio Civil y después de varias conversaciones sobre la estética, de carácter sentencioso, agradable y difuso, le había enviado un pequeño volumen que describió como el fruto de su inspiración y que en realidad consistía en poesías cuidadosamente elaboradas. Se refería a los aspectos más bellos de los sentimientos de *Mr. Manning*, y como la mente de Ana Verónica se hallaba ocupada en temas fundamentales y no hallaba placer en formas métricas, todavía no había encontrado el momento de cortar sus páginas. Así que, al verle, exclamó para sí:

«¡Cielos!».

Se dispuso a esquivarle por todos los medios, pero *Mr. Manning* se dirigió hacia ella en línea recta, mientras hablaba con la tía del vicario del olor que despedían las nuevas lámparas de la iglesia. No puede decirse que cortó la conversación, sino más bien que se cernió sobre ella, ya que era hombre de elevada estatura.

Los ojos que contemplaron a Ana Verónica desde aquella altura, estaban sin duda llenos de amables intenciones.

—Tiene usted hoy un aspecto espléndido, *Miss Stanley* —dijo—. Debe de sentirse muy bien.

Resplandeciente de alegría, le tendió las manos con efusión y *Lady Palsworthy*, que en aquel momento apareció en su ayuda, se llevó consigo a la tía del vicario.

—Amo el final del verano más de lo que pueden expresar las palabras —dijo—. He intentado describirlo con palabras, pero es inútil. Es como una bendición. Me hace pensar en la música.

Ana Verónica asintió y se esforzó por hacer que aquel asentimiento implicara que había leído alguno de sus poemas.

—Debe de ser espléndido poder componer música... ¡Magnífico! Beethoven es el mejor, ¿no cree usted? La Pastoral...

Ana Verónica asintió de nuevo.

—¿Qué ha hecho usted desde nuestra última conversación? ¿Sigue cortando conejos y estudiando su interior? He pensado desde entonces a menudo en aquella charla.

Mr. Manning no pareció necesitar respuesta alguna a su pregunta, y repitió:

—Muy a menudo.

—Estas flores de otoño son muy hermosas —dijo Ana Verónica, después de una pausa que resultó algo violenta.

—Venga a ver las margaritas que crecen al fondo del jardín —dijo *Mr. Manning*—. Son un sueño.

Y Ana Verónica se vio de este modo reducida a un aislamiento aún más remoto que el extremo del jardín, mientras toda la reunión les miraba y hacía comentarios.

«¡Maldita sea!», se dijo Ana Verónica preparándose para la discusión.

Mr. Manning le dijo que amaba la belleza y la obligó a hacer una admisión similar. Conseguido esto, se dedicó a hablar de su propio amor por la belleza. Explicó que en su opinión la belleza justificaba la vida, que no podría imaginar una buena acción que no fuera bella, ni una cosa bella que fuera completamente mala. Ana Verónica dijo que, según la historia, algunas personas que poseían la belleza habían poseído también una gran dosis de maldad, pero *Mr. Manning* expresó su duda de que los que fueran malos fueran verdaderamente bellos, o de que los que fueran bellos fueran verdaderamente malos. Ana Verónica no logró mantener completamente fija su atención, mientras él explicaba que se sentía casi un esclavo en presencia de la belleza. Al fin llegaron al lugar donde crecían las margaritas de San Miguel. Eran verdaderamente muy hermosas y abundantes y lucían sobre un fondo de girasoles.

—Siento deseos de gritar —dijo *Mr. Manning* con ampuloso ademán.

—Han salido muy bien este año —asintió Ana Verónica evitando toda controversia.

—Cuando veo cosas bellas, siempre siento deseos de gritar o de llorar —dijo *Mr.*

Manning. Hizo una pausa y la miró, añadiendo después en tono confidencial—: También siento deseos de rezar.

—¿Cuándo es el día de San Miguel? —preguntó Ana Verónica con cierta incoherencia.

—¡Sabe Dios! —exclamó *Mr. Manning*, que añadió a continuación—: El 29.

—Creí que era antes. ¿No tenía que reunirse el Parlamento?

Su acompañante hizo un nuevo ademán con la mano que apoyó en un árbol, y cruzó las piernas.

—¿Le interesa la política? —preguntó casi en tono de protesta.

—Sí, bastante —afirmó Ana Verónica—. Me resulta... Es... interesante.

—¿Lo cree usted así? Por mi parte siento que mi interés en esas cosas decae de día en día.

—A mí me inspira una gran curiosidad. Es posible que se deba a mi ignorancia. Creo que toda persona inteligente debería interesarse por la política. Es algo que nos interesa a todos.

—No lo sé —dijo *Mr. Manning* con una sonrisa indescifrable.

—Yo lo creo así. Después de todo, la política es la historia del futuro.

—Cierta clase de historia —objetó *Mr. Manning*—. Cierta clase de historia. ¡Pero mire estas maravillosas margaritas!

—¿Acaso no cree usted que las cuestiones políticas son importantes?

—No creo que lo sean esta tarde, y menos aún para usted.

Ana Verónica dio la espalda a las margaritas de San Miguel y contempló la casa con el aire de quien ha cumplido un deber.

—Acerquémonos a aquel macizo, ya que hemos llegado hasta aquí, *Miss Stanley*. Son más hermosas aún, si tal cosa es posible.

Ana Verónica hizo lo que le indicaban.

—Ya sabe usted que yo soy un poco anticuado. *Miss Stanley*. Creo que las mujeres no deben ocuparse de cosas como la política.

—Yo soy partidaria del voto —dijo Ana Verónica.

—¿Es posible? —preguntó *Mr. Manning* moviendo el brazo en dirección a las flores—. Desearía que no lo fuera.

—¿Por qué no? —preguntó volviéndose hacia él.

—Porque choca con todas mis ideas. Para mí las mujeres son algo tan femenino, tan sereno, tan elevado, y la política algo tan sórdido, tan fatigoso y tan polvoriento, que no pueden tener relación alguna entre sí. Creo que el deber de toda mujer es ser bella. Ser bella y comportarse como conviene a su belleza. La política es, por su misma naturaleza, una cosa fea. Yo... yo soy un adorador de las mujeres. He adorado a las mujeres desde mucho antes de encontrar a la mujer que algún día podría adorar. Hace mucho tiempo. Y no me agrada que se dediquen a asistir a comités, a hacer discursos y propaganda.

—No veo por qué la responsabilidad de la belleza debe caer únicamente sobre las

mujeres —dijo Ana Verónica, acordándose de pronto de una parte del discurso de *Miss Miniver*.

—Esa responsabilidad está en ustedes por la naturaleza de las cosas. ¿Por qué habían de descender de su trono, ustedes que son reinas? Si a ustedes no les importa, a nosotros, sí. No queremos que nuestras mujeres, nuestras Madonnas, nuestras Santa Catalinas, nuestras Mona Lisa, nuestras diosas y ángeles y princesas de cuentos de hadas se conviertan en una especie de hombres. Para mí, la mujer es sagrada. Yo no daría el voto a la mujer. Soy socialista, *Miss Stanley*.

—¿Qué ha dicho...? —preguntó Ana Verónica, alarmada.

—Soy un socialista de la orden de John Ruskin. ¡Sí, lo soy! Yo convertiría a este país en una monarquía colectiva, en la que todas las mujeres serían reinas. Nunca se pondrían en contacto con la política o la economía. Nosotros, los hombres, trabajaríamos para ellas y les serviríamos con incommovible lealtad.

—Sí, eso es muy bonito en teoría —dijo Ana Verónica—, pero la mayoría de los hombres se olvidan de sus deberes.

—Sí —repuso *Mr. Manning* en el tono de quien llega a un resultado después de hacer una elaborada demostración—. Y por lo tanto, cada uno de nosotros, aunque sirva y respete a todas las mujeres, debe elegir para sí una reina propia a quien adorar.

—A juzgar por el sistema llevado a la práctica —comentó Ana Verónica, hablando con indiferencia y comenzando a andar lenta pero decididamente hacia la casa—, la cosa no da resultado. Todo eso está muy bien mientras no es uno mismo el material con que se hace el experimento.

—Las mujeres tienen más poder del que creen, sólo con limitarse a ser la influencia y la inspiración de los hombres.

Ana Verónica guardó silencio.

—Dice usted que desea tener voto —dijo *Mr. Manning* de pronto.

—Creo que debería tenerlo.

—Bien, pues yo tengo dos, uno en la Universidad de Oxford y otro en Kensington. —Se puso al nivel de su compañera y prosiguió con cierta torpeza—: Permita que se los ofrezca.

Siguió una breve pausa durante la cual Ana Verónica decidió dar a aquellas palabras otra interpretación.

—Deseo el voto para mí —dijo—. No sé por qué habría de recibirlo de segunda mano, aunque es muy amable por su parte. ¿Ha votado usted alguna vez, *Mr. Manning*? Supongo que debe haber algo así como una oficina. Y una urna electoral...

—Su cara asumió una expresión de conflicto interno—. ¿Qué es exactamente una urna electoral? —preguntó, como si aquello fuera de primordial importancia para ella.

Mr. Manning la contempló pensativo durante un momento, acariciándose el bigote.

—Una urna es una especie de caja. —Hizo una larga pausa y siguió con un

suspiro—: A todos los votantes se les da un papel...

Habían llegado a donde se hallaban reunidos los demás invitados.

—Sí —dijo Ana Verónica—. Sí, comprendo.

Al otro lado del césped distinguió a *Lady Palsworthy* que estaba hablando con su tía. Las dos mujeres miraban fijamente a los dos jóvenes mientras se acercaban al grupo.

Capítulo III

LA MAÑANA DE LA CRISIS

1

Los días después amaneció el día de la crisis, el día del baile de Fadden. De cualquier modo hubiera habido una crisis, pero las cosas se complicaron para Ana Verónica por el hecho de que había una carta en la mesa del desayuno dirigida a ella con la escritura de *Mr. Manning*, que su tía pretendió con gran tacto y delicadeza no haber advertido. Ana Verónica había bajado sin pensar en otra cosa más que en su inflexible decisión de ir al baile, se opusiera quien se opusiera. No conocía la letra de *Mr. Manning* y tuvo que abrir la carta y leer unas líneas para darse cuenta de su significado. Entonces, durante algún tiempo, olvidó completamente el asunto de Fadden. Con bien fingida indiferencia y las mejillas arreboladas terminó el desayuno.

No tenía que ir al «Instituto Tredgold», porque las clases de la temporada no habían comenzado todavía. Después del desayuno salió al jardín y habiendo descubierto un lugar cerca del invernadero que tenía la ventaja de estar fuera del campo visual de las ventanas de la casa, segura de no sufrir interrupción alguna, reanudó la lectura de la carta.

La escritura de *Mr. Manning* era clara, sin ser fácilmente legible; grande y redonda, indicaba falta de decisión y trataba las letras mayúsculas del mismo modo que la gente liberal trata hoy en día las opiniones, como si no tuvieran importancia; era la mano de un niño, en vez de la de un hombre maduro, y llenaba siete hojas de papel escritas únicamente por un lado:

Mi querida Miss Stanley:

Espero que me perdone si le molesto con una carta, pero he estado recordando nuestra conversación en casa de Lady Palsworthy. Hay cosas que deseo que usted sepa y no puedo esperar hasta que volvamos a vernos. Lo peor de las conversaciones en reuniones sociales, es que se cortan cuando no han hecho más que empezar. Aquella tarde volví a mi casa con la sensación de que no había dicho nada, absolutamente nada de todo lo que pensaba decirle a usted, de los pensamientos que cruzaban por mi imaginación. Eran cosas que había decidido revelarle, por lo que volví a casa irritado y decepcionado y sólo conseguí aliviar mi

irritación escribiendo unos cuantos versos. ¿Se ofendería si le dijera que fueron inspirados por usted? Debe perdonar las licencias poéticas de que abuso. He aquí uno de esos versos. La irregularidad métrica es intencionada, porque desearía, por así decirlo, mantenerla a usted aparte de todo; quisiera cambiar totalmente, incluso hablar de otra manera cuando hablo de usted.

A SONG OF LADIES AND MY LADY

*Saintly white and a lily is Mary,
Margaret's violets, sweet and shy;
Green and dewy is Nellie bud fairy,
Forget-me-nots live in Gwendolen's eyes.
Annabel shines like a star in the darkness,
Rosamund queens it a rose, deep rose;
But the Lady I love is like sunshine in April weather
She gleams and gladdens, she warms and goes.*

Que este verso le revele mi secreto. Todos los versos malos son escritos en un estado de irreprimible emoción.

Mi querida Miss Stanley: cuando la otra tarde hablaba con usted de trabajo, de política y de cosas semejantes, todo ello me inspiró un profundo resentimiento. Discutíamos si debía o no tener voto. La vez anterior hablamos de sus perspectivas de triunfo en la profesión médica o como empleada del Gobierno. Y, mientras tanto, el corazón me gritaba: «¡Aquí está la reina de tu vida!». Deseé con una intensidad de deseo que no había conocido anteriormente, cogerla, hacerla mía, llevármela conmigo y apartarla del torbellino de la vida. Porque nada logrará convencerme de que el destino del hombre en el mundo no es proteger, escuchar, trabajar, vigilar y luchar contra el mundo, en defensa de la mujer. Deseo ser su esclavo, su caballero, su protector, su —apenas me atrevo a escribir la palabra—, su esposo. Por lo tanto, me dirijo a usted suplicante. Tengo treinta y cinco años, he andado por el mundo y he probado el sabor de la vida. Me costó mucho trabajo abrirme camino en mi carrera (era el tercero en una lista de cuarenta y siete), y desde entonces he ido ascendiendo casi cada año, y cada vez con mejores perspectivas, en el servicio social. Antes de conocerla a usted no había conocido a nadie capaz de inspirarme amor. Usted me ha revelado profundidades de mi naturaleza cuya existencia yo no había llegado a sospechar. Exceptuando varias tempranas ebulliciones de pasión, naturales en quien, como yo, tiene una disposición romántica y cálida, que no dejaron huella alguna (que a juzgar por mi opinión, severa en este aspecto, no merecen ser atacadas y de las que de

ningún modo me avergüenzo), vengo a usted puro y libre de toda traba. La amo. Además de mi sueldo, disfruto de cierta propiedad privada que espero incrementar por medio de mi tía. Por lo tanto, puedo ofrecerle una vida de amplio y generoso refinamiento, viajes, libros, estudios, y relaciones en un círculo de personas inteligentes, brillantes y comprensivas con quienes mi trabajo literario me ha puesto en contacto y de cuya existencia, por haberme visto únicamente en Morningside Park, usted no tiene ninguna idea. Tengo cierto renombre, no sólo como lírico, sino como crítico, y pertenezco a uno de los clubs más brillantes de la época, en el que bohemios de éxito, políticos, hombres de negocios, artistas, escultores y miembros de la nobleza en general se mezclan con la mayor naturalidad. Éste es mi verdadero ambiente y estoy convencido de que usted no solamente lo embellecería, sino que se sentiría dichosa en él.

Me resulta difícil escribir esta carta. Hay tantas cosas que desearía decirle, alcanzan éstas niveles tan diferentes, que el efecto es necesariamente confuso y discordante, y me pregunto si sentirá usted la emoción de que esta carta está impregnada. Porque aunque confieso que parece una petición oficial o algo semejante, le aseguro que estoy escribiéndola presa de miedo y con mano temblorosa. Mi imaginación está llena de ideas e imágenes que he ido atesorando y acumulando. Sueños de viajes juntos, de comidas en algún alegre restaurante, de luna y música en ese aspecto de la vida, de verla vestida como una reina y resplandeciendo en el centro de una recepción..., toda mía y yo de usted, contemplando las flores en un jardín..., en nuestro jardín. En Surrey hay propiedades muy bonitas y un automóvil pequeño está al alcance de mis medios. Como ya le he dicho, he oído decir que toda poesía está escrita en un estado emotivo, y no me cabe duda de que lo mismo ocurre con las ofertas de matrimonio. He comprobado a menudo que sólo cuando uno no tiene nada que decir se escriben versos con facilidad. No hay más que leer a Browning. No consigo reunir en una carta los complejos deseos acumulados durante casi dieciséis meses (según mi diario) de pensar únicamente en usted, desde aquella fiesta de Surbiton donde hicimos carreras de canoas. Hasta mis frases se quiebran y me traicionan. Pero no me importa parecer absurdo. Soy hombre de firme voluntad y hasta ahora he conseguido todos mis deseos; pero nunca he deseado poseer una cosa en la vida con la intensidad con que deseo poseerla a usted. No es lo mismo. Porque la amo, la misma idea de que no me sea posible hacerla mía me hace sufrir. Si no la amara tanto, creo que podría conquistarla por medio de mi

fuerza de carácter. Muchas veces me han dicho que soy hombre dominador y casi todos mis éxitos en la vida se deben a mi indomable vigor.

He dicho ya lo que tenía que decir, aunque lo haya dicho a tropezones y mal. Pero estoy cansado de romper cartas y convencido de que no podré, por más que lo intente, decirlo mejor. Me resultaría muy fácil escribir una carta elocuente sobre cualquier otra cosa. Pero no quiero escribir sobre ninguna otra cosa. Permítame que le haga ahora la pregunta que no pude hacerle la otra tarde. ¿Quiere casarse conmigo, Ana Verónica?

Sinceramente suyo,

HUBERT MANNING

Ana Verónica leyó esta carta con ojos graves y atentos. Su interés fue en aumento con la lectura y su disgusto desapareció. Sonrió dos veces, pero no irónicamente. Cuando hubo terminado comenzó de nuevo y mezcló las páginas buscando frases sueltas. Por último comenzó a reflexionar.

«¡Es curioso! Supongo que tendré que darle alguna respuesta. ¡Es todo tan distinto de lo que nos hacían esperar nuestras ilusiones!».

En aquel momento, a través de los paneles del invernadero, vio a su tía, que avanzaba con serenidad entre los frambuesos.

—¡Ah, no! —exclamó Ana Verónica saliendo de su rincón y dirigiéndose con rápidos pasos hacia la casa—. Voy a dar un largo paseo, tía —dijo.

—¿Tú sola, querida?

—Sí tía. Tengo muchas cosas en que pensar.

Miss Stanley reflexionó mientras contemplaba a Ana Verónica dirigirse hacia la casa. Pensó que su sobrina estaba demasiado segura de sí misma, tenía demasiada confianza en sus posibilidades. En la fase de la vida que estaba atravesando, debía ser más suave, más tierna, debía hacer más confidencias. Por lo visto, no tenía idea alguna de los estados y motivos que convenían a su edad y posición. Miss Stanley paseó por el jardín pensando en estas cosas y por fin oyó el portazo dado por Ana Verónica al cerrar la puerta.

«Quisiera saber...», se dijo Miss Stanley.

Durante largo rato permaneció examinando una fila de malvarrosas, como si ellas pudieran darle la explicación. Después entró en la casa y subió las escaleras, titubeó en el descansillo y por último, casi sin aliento pero asumiendo un aire de gran dignidad, abrió la puerta y se introdujo en la habitación de Ana Verónica. Estaba arreglada y limpia. Había un escritorio situado delante de la ventana y una estantería decorada con la calavera de un cerdo, una rana disecada en una botella y una pila de cuadernos de brillantes tapas negras. En una esquina se veían dos palos de hockey y

una raqueta de tenis, y por las paredes, y valiéndose de autotipos, Ana Verónica había expuesto los resultados de sus incursiones en el campo del arte. Pero *Miss Stanley* no prestó atención a ninguna de estas cosas. Se dirigió directamente al armario y lo abrió. Allí, colgado entre los vestidos de Ana Verónica, había un traje del rojo más llamativo, adornado con vivos colores. Era muy corto..., tan corto que no llegaría a cubrir la rodilla. En la misma percha había una chaqueta de terciopelo negro que evidentemente pertenecía al conjunto. Debajo, se veía una prenda que seguramente sería una segunda falda.

Miss Stanley titubeó, cogió primero una y después otra de las piezas de aquel traje y las contempló. Cogió la tercera con mano temblorosa por la cintura y, al levantarla, su parte inferior se dividió en dos cuerpos de color escarlata.

—¡Oh! ¡Unos pantalones! —exclamó.

Sus ojos vagaron por la habitación, como si quisiera que hasta las sillas fueran testigos de lo que acababa de presenciar.

Debajo de la mesa escritorio le llamó la atención un par de zapatillas turcas de color amarillo y oro y de aspecto ordinario y llamativo. Se acercó a ellas, todavía con los pantalones en la mano, y se inclinó para examinarlas. Se trataba de los mejores zapatos de baile de Ana Verónica cubiertos con papel dorado.

Miss Stanley volvió a concentrar su atención en los pantalones.

«¿Cómo podré atreverme a decírselo a mi hermano?», se preguntó.

2

Ana Verónica llevaba un ligero bastón. Recorrió con paso rápido la avenida y el barrio proletario de Morningside Park y cruzando los campos llegó a una pradera que conducía a Caddington y los Downs. Al llegar allí redujo el paso. Se colocó el bastón debajo del brazo y releyó la carta de Manning.

«Tengo que reflexionar —se dijo—. Quisiera que esto no hubiera sucedido precisamente hoy».

Le resultó muy difícil empezar a meditar y, además, no sabía claramente sobre qué debía hacerlo. En realidad se había propuesto resolver en aquella meditación pedestre los principales intereses de la vida. En primer lugar, tenía que resolver su propio problema y la respuesta que había que dar a la carta de *Mr. Manning*; mas para esto, por hallarse en posesión de un cerebro lógico y ordenado, comprendió que tendría que meditar sobre las relaciones generales entre los hombres y mujeres, el objeto y las condiciones del matrimonio y su papel en el bienestar de la raza, el objetivo de la raza, el objetivo de todo lo que existe en el mundo...

«Son demasiadas las cosas que hay que resolver», murmuró para sí.

Además, el asunto del baile de Fadden, fuera de toda proporción, ocupaba el fondo de sus pensamientos y lo teñía todo con tintes de rebelión. Ella creía que estaba pensando en la proposición matrimonial de *Mr. Manning*, pero en realidad estaba

pensando en aquel baile.

Durante algún tiempo, sus esfuerzos para lograr una completa concentración se disiparon cuando pasó por la calle principal de Caddington. La distrajo un automóvil lleno de motoristas y los apuros de un chiquillo que, montado en un caballo recalcitrante, conducía a otro por la brida. Cuando una vez más concedió su atención a aquellos interrogantes al llegar al camino que conducía a la montaña, descubrió que la imagen de *Mr. Manning* dominaba sus pensamientos. Allí estaba, alto e imponente, hablando con voz clara desde debajo de su poblado bigote, con frases deliberadamente cariñosas. ¡Se había declarado! ¡Deseaba hacerla suya! ¡La amaba!

Ana Verónica no sintió ninguna repulsión al pensarlo. El hecho de que *Mr. Manning* la amara se presentaba a su imaginación sin producir ningún estremecimiento de pasión, de ilusión o de repugnancia. Le parecía estar tan relacionado con su cuerpo y su sangre como la hipoteca hecha por un desconocido. Estaba en otro mundo distinto de aquél en que los hombres se sienten dispuestos a morir por un beso en el que dos manos en contacto encienden un fuego que quema dos vidas... del mundo del amor, del mundo de las cosas bellas.

Pero aquel otro mundo, a pesar de su firme empeño en excluirle, surgía por entre las rendijas y las esquinas de su espíritu, se atrevía a invadir el orden en que ella había elegido vivir, brotaba de los cuadros, se dejaba oír en canciones y música; invadía sus sueños, escribía frases rotas y enigmáticas en las paredes de su cerebro. En aquel momento se sintió consciente de su presencia, como si se tratara de una voz que gritara en el exterior de una casa, de una voz que gritara apasionadas verdades a la luz del sol, de una voz que gritara mientras los hombres hablan de un modo insincero en una habitación oscura fingiendo no oír. La voz gritaba en aquel momento que *Mr. Manning* no era el hombre indicado, aunque fuera alto, moreno, arrogante y cariñoso, aunque tuviera treinta y cinco años, gozara de una próspera situación y fuera el marido ideal. A pesar de todo esto, insistía la voz, su cara no tenía movilidad, era parco en sus movimientos, nada había en él que irradiara calor. Si Ana Verónica hubiera podido poner palabras a aquella canción, hubieran sido las siguientes: «¡O matrimonio por amor, o nada!». Pero sabía demasiado poco del amor para formular tal frase.

«No le amo... —se dijo, empezando a comprender—. Y no creo que tenga importancia el hecho de que sea un hombre bueno. ¡Bien! Una cosa al menos está decidida..., aunque significa que voy a tener jaleo con tía Mollie».

Durante algún tiempo permaneció sentada en el suelo antes de disponerse a emprender la bajada.

«Pero me gustaría tener idea de lo que me espera en el futuro», añadió.

Mientras escuchaba el canto de una alondra, sus pensamientos se fueron disipando.

«Matrimonio y maternidad... —se dijo Ana Verónica cuando sus ideas volvieron a cristalizarse, al dirigirse la alondra hacia su nido—. Creo que todo lo demás es sólo

una canción».

3

Sus pensamientos volvieron a concentrarse en el baile de Fadden.

Pensaba ir, pensaba ir, pensaba ir... Nada le haría cambiar de opinión y estaba dispuesta a afrontar las consecuencias. ¿Y si su padre la echaba de su casa? No le importaba. Pensaba ir al baile. Si llegaba ese momento, se limitaría a salir de la casa y marcharse. Pensó en su traje con considerable satisfacción y recordó sobre todo una daga con piedras de cristal de colores en el puño que reposaba en un cajón de su dormitorio. Iría vestida como la mujer de un corsario.

«Dar una puñalada a un hombre por celos... —pensó—. Supongo que tendrían que resolver antes de qué modo introducir el arma entre los huesos».

Se acordó de su padre y haciendo un esfuerzo le aventó de sus pensamientos.

Intentó imaginarse el efecto colectivo del baile de Fadden. Nunca en su vida había estado en un baile de disfraces. *Mr. Manning* volvió de nuevo a su memoria y se lo representó en la fiesta. Era posible que acudiera. Conocía a mucha gente y no sería extraño que hubiera allí amigos suyos. ¿De qué iría vestido?

Experimentando cierta sensación de culpabilidad, se interrumpió en la tarea de vestir y desvestir mentalmente a *Mr. Manning* como si se tratara de un muñeco. Se lo había imaginado vestido de cruzado, disfraz con el que resultaba plausible, pero pesado... («No sé qué es lo que le da ese aspecto de pesadez. ¿Será el bigote?»). Se lo imaginó también como húsar y como un jeque árabe. También le vistió de dragón y de gendarme. Este último disfraz era el que mejor sentaba a su perfil severo e inmóvil. Para cada traje compuso una fórmula adecuada con la que rechazar su proposición matrimonial.

Cuando en sus pensamientos llegó a este punto, reanudó su paseo hacia lo alto de la colina.

«No me casaré nunca —se dijo Ana Verónica con decisión—. Yo no soy de las que se casan. Por eso es tan importante que ahora reflexione sobre la vida».

4

Las ideas de Ana Verónica acerca del matrimonio eran limitadas y carecían de todo orden. Sus profesores y maestras habían hecho lo posible por convencerla de que aquello era algo tremendamente importante y sobre lo que de ningún modo se debía pensar. La primera vez que pensó en el matrimonio como un hecho extremadamente significativo en la vida de la mujer, había sido al casarse su hermana Alice. La segunda vez, cuando ocurrió la fuga de su hermana segunda, Gwen.

Estos acontecimientos ocurrieron cuando Ana Verónica tenía unos doce años. Un espacio de ocho años le separaba de sus hermanas, espacio de tiempo que llenaban

dos hermanos varones. Sus hermanas se movían en un mundo de personas mayores, inaccesible para Ana Verónica y al que su curiosidad no alcanzaba. Reñían con ella porque mezclaba sus zapatos y sus raquetas de tenis y la pequeña experimentaba una profunda admiración, que ocultaba con todo cuidado, al tener el privilegio de verlas por la noche vestidas de blanco, o rosa, o azul, dispuestas a salir con su madre. Consideraba a Alice algo ñoña, opinión que sus hermanos compartían, y a Gwen, una glotona. No sabía nada de sus asuntos amorosos y salió del colegio para asistir a la boda de Alice, sumida en un estado de profunda curiosidad.

Sus impresiones de aquella ceremonia eran muchas y confusas, y se mezclaban con el recuerdo de una pasión transitoria, que no encendió ningún fuego recíproco, por un primo con la cabeza cubierta de rizos, vestido con un traje de terciopelo negro y cuello de encaje, que tomó parte como paje en la ceremonia. Le siguió de un lado a otro con insistencia, y después de una lucha (en la que él la pellizcó y le dijo que le dejara en paz) logró besarle entre las malvarrosas que crecían en el invernadero. Más tarde su hermano, Roddy, también vestido de terciopelo, atizó a aquel Adonis un puñetazo en la cara.

La boda en la casa resultó emocionante. Todo parecía estorbar. Se cambiaron de sitio los muebles, las comidas se sirvieron a horas extrañas y todo el mundo, Ana Verónica incluida, apareció vestida con sus mejores trajes. Ella lucía un traje de color crema con cinturón de color castaño, falda corta y el pelo suelto, y Gwen un traje de color crema, cinturón castaño, falda larga y el pelo recogido. Y también su madre vestía un traje color crema y leonado, pero confeccionado de una forma más complicada.

A Ana Verónica le impresionó que todo el mundo se dedicara a probarse y contemplar y criticar las «cosas de Alice». Estas «cosas» consistían en un traje de paseo, un par de botas a medida, un traje de novia verdaderamente indescriptible, medias, guantes, sombrillas, etc. Durante las semanas anteriores había desfilado por la casa una serie de objetos tan inútiles como los siguientes:

Una colcha de encaje auténtico; un reloj pintado de purpurina; figuras de peltre para adorno; una ensaladera con sus cubiertos correspondientes; una colección de «Los poetas ingleses» (doce volúmenes), encuadernados en rojo, etc.

Y por entre todas aquellas novedades y ajetreos, se movía una figura solícita, preocupada, deprimida. Era el doctor Ralph, anteriormente asociado con el doctor Stickell, de la avenida, que ahora había inaugurado su propio consultorio en Wamblesmith. Se había afeitado las patillas y venía a visitarles vestido de franela gris, pero a pesar de estos cambios era evidente que se trataba de la misma persona que había asistido a Ana Verónica cuando tuvo el sarampión y cuando se tragó una espina de pescado. Su papel había cambiado, y ahora jugaba el de novio en aquella divertida comedia. Alice iba a convertirse en *Mrs. Ralph*. El médico acudía como pidiendo perdón por atreverse a hacer aquello y toda su cordialidad parecía haberse esfumado. En un momento dado preguntó a Ana Verónica de un modo casi furtivo:

—¿Crees que Alice está contenta, Vee?

Por fin un día apareció como transfigurado, vestido con los pantalones grises más flamantes que Ana Verónica viera jamás y con un sombrero nuevo y brillante extremadamente favorecedor...

Y no era sólo que se cambió el mobiliario de las habitaciones, sino que los caracteres y las emociones de todos también parecían haber sufrido un cambio. Su padre se mostraba particularmente irascible y más inclinado que nunca a sumirse en sus asuntos petrológicos. Hasta en la mesa, trinchaba los platos con especial solemnidad. Cuando llegó el día de la ceremonia, sus explosiones de sonora cordialidad se turnaron con momentos de vigilante preocupación. Gwen y Alice se mostraron extrañamente cariñosas la una con la otra, lo que pareció irritarle, y *Mrs. Stanley* se movió de un lado para otro con enigmática expresión, sin dejar de observar con ansiedad a su marido y a Alice.

Ana Verónica recordaba confusas impresiones de varios carruajes adornados, de gente que, rebosante de amabilidad, se empeñaba en dejar paso a los demás, y, por último, de la iglesia. Todos los conocidos se acomodaron en reclinatorios que no eran los que utilizaban todos los días y el templo aparecía decorado con profusión de plantas y flores.

Recordaba sobre todo a Alice, curiosamente transfigurada con su atavío nupcial, que parecía entristecerla mucho. En un momento dado, las damas de honor y los pajes se amontonaron y pudo ver perfectamente la espalda, los hombros y la cabeza cubierta por el velo de su hermana Alice al dirigirse al altar. Por alguna razón incomprensible, aquella imagen le hizo sentir una profunda compasión por su hermana. También recordaba claramente el olor de los naranjos en flor y la cara de Alice, desanimada y triste, junto a Ralph, contestando lo que debía contestar, mientras el reverendo Edward Bribble permanecía de pie ante ellos con un libro abierto. El doctor Ralph parecía contento y escuchaba las respuestas de Alice con la misma expresión que si la estuviera auscultando y descubriera que la mejoría progresaba.

Después su madre y Alice se besaron y abrazaron, mientras el doctor Ralph les contemplaba haciendo ademanes de comprensión. Él y su padre se dieron la mano.

Ana Verónica se sintió profundamente interesada en el reverendo Bribble, y estaba pensando en él cuando una explosión musical por parte del órgano hizo comprender a todo el mundo que, fueran cuales fueran las recónditas opiniones de los presentes, aquel excelente instrumento musical de viento se sentía satisfecho y expresaba esta satisfacción a la manera de Mendelssohn... Pum, pum, pe-rum... Pum, pum, pe-rum...

La comida de boda fue para Verónica un espectáculo en el que lo irreal destruía lo real. Lo pasó muy bien y le gustó, hasta que le sirvieron mayonesa en contra de sus deseos. Uno de sus tíos, cuya opinión tenía en gran estima, la sorprendió haciendo gestos furiosos a Roddy, ya que éste fue quien le jugó la mala pasada.

En aquel entonces, Ana Verónica no logró sacar consecuencias de todas aquellas impresiones. Allí estaban los hechos. Los almacenó en su imaginación retentiva para digerirlos más adelante, como una ardilla que almacenara almendras. Sólo una cosa emergió con toda claridad de aquellas impresiones: que a no ser que fuera sacada del agua a punto de ahogarse por un hombre soltero, en cuyo caso la ceremonia sería inevitable, o que se encontrara completamente desprovista de ropa, en cuyo caso un *trousseau* sería la solución, el matrimonio era una experiencia que debía ser cuidadosamente evitada.

Cuando volvían a casa, preguntó a su madre por qué ella, Alice y Gwen habían llorado después de la ceremonia.

—¡Pst! —susurró su madre antes de explicar—: Por la pena natural que sentimos.

—Pero ¿es que Alicia no quería casarse con el doctor Ralph?

—¡Oh, calla, Vee! —dijo su madre—. Estoy segura de que será muy feliz con el doctor Ralph.

Pero Ana Verónica no estuvo tan segura hasta que fue a Wamblesmith a visitar a su hermana y la vio convertida en una mujer doméstica y tranquila, con un vestido serio y adecuado, al mando del hogar del doctor. Éste acudió a tomar el té, la rodeó con sus brazos y la besó. Alice le llamó por el nombre cariñoso de *Squiggles*, y permaneció unos instantes refugiada en sus brazos con expresión de satisfecha posesión. Ana Verónica sabía que antes de la boda había llorado mucho. Había habido escenas y discusiones desde el otro lado de puertas entreabiertas. Ella había oído a Alice hablar y llorar al mismo tiempo. Es posible que el matrimonio fuera doloroso. Pero ya todo había pasado y Alice salía adelante. Ana Verónica comparó todo aquello con ir al dentista.

Después, Alice comenzó a convertirse en una extraña y muy pronto se puso enferma. Tuvo un niño y se hizo tan vieja como cualquier persona mayor, y muy aburrida. Ella y su marido se marcharon a ejercer en Yorkshire y tuvieron cuatro niños más, ninguno de los cuales era fotogénico.

Y de este modo se desvaneció de los pensamientos de Ana Verónica.

5

Lo de Gwen ocurrió cuando ella estaba en el colegio, en Marticombe-on-Sea, un curso antes de que comenzara los estudios superiores. El asunto nunca estuvo del todo claro para ella.

Su madre dejó de escribirle por espacio de una semana, y cuando lo hizo fue en términos desacostumbrados.

Querida hija. Tengo que decirte que tu hermana Gwen ha ofendido profundamente a tu padre. Espero que siempre la quieras, pero no olvides que ha ofendido a tu padre y se ha casado sin su

consentimiento. Tu padre está muy enfadado y no quiere que se pronuncie su nombre cuando él esté presente. Se ha casado con un hombre que no nos parecía el marido adecuado para ella y se ha ido con él...

Cuando Ana Verónica volvió a casa para pasar las siguientes vacaciones, su madre estaba enferma y Gwen se hallaba en su cuarto. Iba vestida con uno de sus antiguos vestidos, se había peinado de un modo distinto, llevaba un anillo de matrimonio y parecía haber llorado.

—¡Hola, Gwen! —dijo Ana Verónica intentando tranquilizarlas—. ¿Conque te has casado? ¿Cómo se llama el feliz mortal?

Gwen contestó que se llamaba Fortescue.

—¿Tienes una fotografía o algo? —preguntó Ana Verónica después de besar a su madre.

Gwen hizo una pregunta, y siguiendo las indicaciones de su madre sacó un retrato que se hallaba escondido en el joyero, debajo del espejo. En él vio un rostro masculino con nariz griega, cabello muy rizado y barbilla y cuello más grandes de lo corriente.

—De aspecto no está mal —comentó Ana Verónica contemplando la fotografía desde varios ángulos y esforzándose por mostrarse agradable—. ¿Qué objeciones hace papá?

—Supongo que tendrá que saberlo —dijo Gwen a su madre, intentando hablar con naturalidad.

—Mira, *Vee* —explicó *Mrs. Stanley*—. *Mr. Fortescue* es actor y tu padre no aprueba esa profesión.

—¡Oh! ¿No dan títulos a los actores?

—Es posible que algún día se lo den a Hal —dijo Gwen—. Pero para eso falta mucho tiempo.

—Supongo que esto te convierte a ti en actriz.

—No sé si me dedicaré también al teatro —repuso Gwen en un tono de voz lánguidamente profesional—. A las otras actrices no les gusta mucho que marido y mujer trabajen juntos y no creo que Hal me permitiera trabajar lejos de él.

Ana Verónica contempló a su hermana con nuevo respeto, pero las tradiciones familiares son muy fuertes.

—No sé si tendrás facultades para ello...

La cuestión de Gwen influyó tanto en la enfermedad de *Mrs. Stanley*, que al fin su marido accedió a recibir a *Mr. Fortescue* en la sala y a darle la mano, diciendo que esperaba que todo fuera para bien.

El perdón y la reconciliación fueron fríos. Luego, *Mr. Stanley* se dirigió sombrío a su despacho y *Mr. Fortescue* comenzó a vagar por el jardín con pisadas silenciosas, la nariz griega levantada y las manos a la espalda, deteniéndose de vez en cuando

para contemplar los árboles frutales que crecían junto al muro.

Ana Verónica le contempló desde la ventana del comedor, y después de unos instantes vacilación salió al jardín por la parte opuesta y fingió mostrarse sorprendida al tropezarse con él.

—¡Hola! —exclamó Ana Verónica apoyando las manos en la cintura—. ¿Es usted *Mr. Fortescue*?

—A su servicio. ¿Es usted Ana Verónica?

—¡Naturalmente! Oiga, ¿se ha casado usted con Gwen?

—Sí.

—¿Por qué?

Mr. Fortescue enarcó las cejas y asumió una expresión divertida.

—Supongo que me enamoré de ella, Ana Verónica.

—Es curioso. ¿Y ahora tiene que mantenerla?

—Hasta el límite de mi capacidad —repuso *Mr. Fortescue* haciendo una inclinación.

—¿Tiene usted mucha capacidad?

Mr. Fortescue trató de mostrarse turbado para ocultar la realidad, y Ana Verónica pasó a hacer una serie de preguntas sobre el teatro, si su hermana podría ser actriz, si era lo bastante hermosa para ello, quién le haría los trajes y así sucesivamente.

Resultó que *Mr. Fortescue* no tenía mucha capacidad para mantener a su hermana, y poco después de la muerte de su madre Ana Verónica se tropezó con Gwen que bajaba del despacho de su padre vestida con un descuidado traje de luto, llorosa y resentida. Después de aquello, Gwen desapareció del mundo de Morningside Park y a los oídos de Ana Verónica no llegaron las suplicantes cartas que su padre y su tía recibían, aunque sí vagas intimaciones de que algo horrible sucedía, comentarios breves, y repentinos accesos de ira de su padre al mencionar a «ese canalla».

6

A estos dos casos se resumían los conocimientos de Ana Verónica acerca del matrimonio. Eran los únicos que había visto de cerca. Por lo demás, sacó sus ideas sobre el estado matrimonial del comportamiento de las mujeres casadas, las cuales, en Morningside Park, le parecían cansadas, aburridas y anodinas en comparación con la vida de los jóvenes y los personajes de los libros que leía. Como resultado de todo ello, consideraba a las personas casadas como insectos que han perdido las alas, y a sus hermanas como pobres criaturas que apenas habían tenido alas. Se imaginó a sí misma encerrada en una casa a la benévola sombra de *Mr. Manning*. ¿Quién sabe? ¡Quizá hasta llegara a llamarle *Mangles* por analogía con *Squiggles*!

«Creo que no me casaré con nadie», se dijo.

Entonces se sumió en nuevas meditaciones que la hicieron sentirse confusa de nuevo. ¿Habría que desterrar de la vida el romanticismo? Resultaba penoso hacerlo, pero nunca como aquel día había deseado proseguir sus estudios universitarios. Nunca había sentido un deseo tan intenso de tener libre iniciativa, de que su vida no estuviera influida por vidas ajenas. ¡A cualquier precio! Sus hermanos lo habían logrado. Si no del todo, al menos más de lo que lograría ella jamás, a no ser que se impusiera a todos con extraordinario vigor y energía. Entre ella y la hermosa y lejana perspectiva de libertad y propia iniciativa, se interponían *Mr. Manning*, su tía, su padre, los vecinos, las costumbres, las tradiciones, las fuerzas creadas... Aquella mañana le pareció que todo esto estaba armado de redes que caerían sobre ella si sus movimientos llegaban a hacerse en algún modo libres.

Tuvo la sensación de que una venda había caído de sus ojos, de que se estaba descubriendo a sí misma por primera vez, de que se estaba descubriendo como podría hacerlo un sonámbulo al despertar de pronto rodeado de peligros, de estorbos, de dudas, al borde de una crisis importante.

La vida de una joven se le representó como algo feliz e inconsciente, pero en realidad guiado y controlado por otros y llena de fingimientos y disimulos. Y en cierto modo, aquello resultaba conveniente. Pero de pronto se le representó la realidad, lo que significaba «ser mayor». La necesidad de convertirse en una persona «seria», con suprema seriedad. Los *Ralph* y los *Manning* y los *Fortescue* cayeron sobre la inexperiencia, la ignorancia de la novata, y antes de que abriera por completo los ojos, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, una nueva serie de controles y guías, una nueva serie de obligaciones, responsabilidades y limitaciones habían reemplazado a los antiguos.

—Quiero ser una persona —dijo Ana Verónica a las colinas y al cielo—. No consentiré que me ocurra tal cosa, aunque para evitarlo tengan que ocurrirme otras peores.

Cuando Ana Verónica se encontró, poco después del mediodía, encaramada en una verja que separaba un camino de herradura y una pradera desde la que se dominaba el gran espacio de terreno que separaba *Chalking* de *Waldersham*, había tomado tres firmes decisiones. En primer lugar, no pensaba casarse, y, sobre todo, no pensaba casarse con *Mr. Manning*; en segundo lugar, por un procedimiento u otro, pensaba proseguir sus estudios, no en el Instituto *Tredgold*, sino en el Colegio *Imperial*; y en tercer lugar, como acto significativo e inmediato, símbolo de su futura actitud y declaración de su iniciativa libre y adulta, pensaba asistir aquella noche al baile de *Fadden*.

Pero tenía que considerar aún la posible actitud de su padre. Hasta entonces le había resultado difícil concentrarse en ese punto. Sus futuras relaciones con su padre seguían permaneciendo en el misterio. ¿Qué ocurriría cuando a la mañana siguiente del baile volviera a *Morningside Park*?

No podía echarla a la calle. Pero no conseguía imaginarse cuál sería su reacción.

No la asustaba la violencia, pero tenía miedo de otra cosa más impalpable, de una fuerza de otra clase. ¿Qué ocurriría si dejaba de darle dinero, si la colocaba en la alternativa de permanecer en casa llena de resentimiento o de salir a ganarse la vida? Que dejara de darle dinero le parecía altamente probable...

¿Qué puede hacer una joven?

Al llegar a este punto, las reflexiones de Ana Verónica se vieron interrumpidas y dadas de lado por la aproximación de un hombre montado a caballo. Apareció *Mr. Ramage* con traje de montar, sobre un caballo negro. Al ver a la muchacha tiró de las riendas, saludó y la miró con sus ojos salientes. Los de la joven se fijaron en él con curiosidad.

—Me ha tomado la delantera —dijo el recién llegado—. Siempre me bajo del caballo al llegar aquí y descanso unos instantes apoyado en la verja. ¿Me permite que hoy haga lo mismo?

—La verja es suya —repuso la muchacha amablemente—. Usted la descubrió primero y es usted quien debe permitirme que me siente en ella.

Mr. Ramage se apeó del caballo.

—Permítame que le presente a *César* —dijo.

Cuando Ana Verónica acarició el cuello del animal, comentó la suavidad de su piel mientras deploraba internamente la fealdad de los dientes equinos. *Ramage* condujo el caballo a uno de los postes y *César* resopló y comenzó a investigar la hierba.

Ramage se apoyó entonces en la verja junto a Ana Verónica y durante unos instantes reinó el silencio. Después hizo algunos comentarios sobre el paisaje y dijo que estaba envuelto en un resplandor otoñal que se extendía por las colinas y los valles hasta llegar a los bosques y al pueblo.

—Es tan amplio como la vida —dijo *Mr. Ramage* contemplándolo y colocando un pie enfundado en una elegante bota sobre los hierros de la verja.

7

—¿**Y** qué es lo que hace usted aquí, señorita, tan sola y lejos de su casa? —preguntó levantando la vista.

—Me gusta dar largos paseos —repuso Ana Verónica.

—¿Solitarios?

—Éste es precisamente su atractivo. En ellos puedo reflexionar sobre toda clase de cosas.

—¿Problemas?

—Problemas algunas veces muy difíciles.

—Ha tenido la suerte de nacer en una época en que puede hacerlo. Su madre, por ejemplo, no podía. Ella tendría que reflexionar en su casa... bajo vigilancia.

Ana Verónica le miró pensativa, y él no intentó disimular la admiración que le

inspiraba toda la gracia y el encanto de su juventud.

—Supongo que las cosas han cambiado —dijo ella.

—Jamás se ha visto una era de transición como la actual.

La muchacha preguntó hacia dónde apuntaba tal transición. *Mr. Ramage* lo ignoraba.

—Basta con saber que ha de ocurrir un cambio —dijo como quien pronuncia un epigrama—. Debo confesar que la mujer moderna me interesa profundamente. Yo soy un hombre de los que se interesan por las mujeres más que por ninguna otra cosa. No tengo por qué negarlo. El cambio de actitud que se ha operado en ellas es asombroso. Ha desaparecido el hábito que tenía la mujer de encogerse como un caracol al menor contacto. Si usted hubiera vivido hace veinte años, su principal obligación en la vida hubiera sido no saber nada, no oír nada y no comprender nada.

—Hay todavía muchas cosas que no comprendemos —dijo Ana Verónica sonriendo.

—Sí. Pero entonces hubiera tenido que fingir reprobación sobre cosas que en realidad comprendía perfectamente y en las que no veía mal alguno. El prototipo de la joven de aquellos tiempos ha desaparecido. Se ha perdido, la han robado, se ha descarriado quizá... ¡Espero que no volvamos a encontrarla jamás!

Se regocijó de aquella emancipación.

—Mientras semejantes ovejas andaban sueltas, todos los hombres eran considerados como peligrosos lobos. Llevábamos invisibles cadenas y anteojeras. Ahora usted y yo podemos charlar aquí y *Honi soit qui mal y pense*. Este cambio de panorama ha dado al hombre algo de que antes carecía. Amistades femeninas. Y estoy comenzando a creer que las mejores amistades que un hombre puede tener son las femeninas.

Hizo una pausa y, después de lanzar a Ana Verónica una mirada expresiva, prosiguió:

—Prefiero charlar con una muchacha verdaderamente inteligente, a hacerlo con cualquier hombre.

—Sí, creo que somos más libres que antes —dijo Ana Verónica manteniendo la conversación en términos generales.

—¡Oh, de eso no cabe duda! Desde que las jóvenes de la última década del siglo pasado rompieron sus cadenas y se dedicaron a montar en bicicleta (recuerdo haber conocido aquellos días en mi primera juventud), ha tenido lugar una transición triunfante.

—Es posible. Pero ¿acaso somos ahora más libres?

—¿Cómo?

—Quiero decir que nuestras cadenas son más largas, pero nos atan de todas formas. En realidad, la mujer no es libre.

Mr. Ramage guardó silencio.

—Nos dejan ir de un lado para otro... —dijo Ana Verónica.

—Sí.

—Pero con la condición de que no hagamos nada.

—¿De que no hagan qué?

—¡Oh! Nada...

Él la contempló interrogante mientras sus labios dibujaban una leve sonrisa.

—Creo que a la larga todo se reduce al hecho de que no podemos ganarnos la vida —dijo Ana Verónica sonrojándose ligeramente—. Hasta que nosotras no podamos marcharnos de casa y ganar dinero como hacen nuestros hermanos, estaremos atadas y encadenadas. Es posible que la cuerda o la cadena sea muy larga, pero no por eso dejará de existir. Si el jefe de la familia tira de la cuerda, tenemos que volver a casa. Esto es lo que quiero decir.

Mr. Ramage reconoció la fuerza de aquella argumentación. Le agradó la metáfora de la cuerda, que, en realidad, Ana Verónica debía a *Hetty Widgett*.

—¿Querría ser usted independiente...? —preguntó—. Quiero decir, independiente en el sentido más completo de la palabra. Vivir por su cuenta. Porque no es tan divertido como parece.

—Todo el mundo quiere ser independiente —repuso Ana Verónica—. Todo el mundo. Hombres y mujeres.

—¿Y usted?

—¡Por supuesto!

—Quisiera saber por qué.

—No existe ningún por qué. Simplemente, me gustaría saber que soy dueña de mí misma.

—Eso es algo que nadie sabe —dijo *Mr. Ramage* que permaneció en silencio unos instantes.

—Pero los muchachos... Los muchachos salen al mundo y se las arreglan por sí solos. Se compran su ropa, eligen sus amigos y deciden sobre su modo de vivir.

—¿Y a usted le gustaría hacer eso?

—Exactamente.

—¿De verdad? ¿Por qué no lo hace?

—Significaría una pelea con mi padre.

—Me lo imagino... —dijo *Ramage*.

—Y además —prosiguió Ana Verónica dejando a un lado aquel aspecto de la cuestión—, ¿qué podría yo hacer? Los hombres tienen una profesión o especialidad. Pero... ésa es una de las cosas sobre las que he estado reflexionando. Suponga..., suponga que una joven quisiera empezar a vivir, a vivir sola... —Le miró francamente a los ojos—. ¿Qué es lo que debe hacer?

—¿Usted...?

—Sí, yo...

Ramage comprendió que se le pedía consejo. Inmediatamente se mostró más solícito y personal.

—¿Qué podría usted hacer? Creo que *usted* podría hacer toda clase de cosas... Pero ¿qué debe usted hacer?

Comenzó entonces a hacer una exhibición de su conocimiento del mundo y contempló sus posibilidades desde un optimista punto de mira. Ana Verónica le escuchaba pensativa con la vista fija en el césped y de vez en cuando hacía una pregunta o discutía un punto. Él, por su parte, mientras hablaba, escudriñaba su cara, acariciaba con los ojos su figura esbelta y lozana y se preguntaba interiormente lo que habría en aquella cabecita. Se la describió a sí mismo como una muchacha magnífica. Era evidente que deseaba marcharse de su casa, que estaba impaciente por marcharse de su casa. ¿Por qué? Mientras parte de su cerebro se ocupaba en prevenirla contra el error de caer en la enseñanza siempre mal pagada y le explicaba que para las mujeres de iniciativa, como para los hombres, el mundo de los negocios es, con mucho, la mejor de las oportunidades, la parte más secreta de su cerebro estaba ocupada en intentar descifrar ése por qué.

Su primera idea, como hombre de mundo, fue explicar aquel estado de inquietud por un amor, un amor secreto, prohibido o imposible. Pero echó a un lado tal explicación, pensando que si aquello fuera así, haría a su amado y no a él todas las preguntas que acababa de formular. La insatisfacción y la impaciencia eran entonces las causas. Su casa la aburría. Comprendía perfectamente que la hija de *Mr. Stanley* se aburriera mortalmente. Pero ¿era aquello causa suficiente? En su mente entraron vagas e indefinidas sospechas de la existencia de algo mucho más vital. ¿Acaso aquella muchacha deseaba adquirir experiencia? ¿Desearía aventuras? Como hombre de mundo, consideraba la calma juvenil como una máscara... Detrás de ella siempre latía la vida, aunque estuviera dormida. Si no se trataba aún de un amante, se trataba del amante todavía sin nacer, todavía no sospechado...

Se había apartado muy poco de la verdad al declarar que las mujeres eran lo que más le interesaban en la vida. No le interesaban tanto las mujeres, como la mujer, en particular. Se había enamorado a los trece años por primera vez, y todavía se sentía capaz de enamorarse de nuevo. Su esposa inválida y su dinero habían sido el hilo sobre el que giraba su vida. Enhebradas en aquella relación permanente, había habido siempre una serie de experiencias femeninas, de asuntos absorbentes, excitantes, interesantes y memorables. Cada uno había sido distinto de los demás, cada uno tenía una característica propia, cierta belleza, cierto frescor. No lograba comprender cómo había hombres que vivían sin absorberse en este aspecto predominante de la existencia, en esta maravillosa investigación en una personalidad extraña, en las posibilidades de agrandar, en el proceso complejo y fascinador que comienza en un interés mutuo y acaba en la intimidad suprema más apasionada. Él subordinaba los restantes factores de su existencia a aquel fin; vivía para ello, trabajaba para ello, se mantenía en forma para ello.

Por lo tanto, mientras hablaba de trabajo y libertad con Ana Verónica, sus ojos ligeramente salientes contemplaban el airoso equilibrio de sus miembros y su cuerpo

sobre la verja, las elegantes líneas de su cuello y su barbilla. Su sonrisa y el tono de su cutis ya le habían inspirado curiosidad las veces que la había visto en Morningside Park. ¡Y de pronto, sin saber cómo, allí estaban los dos hablando libre e íntimamente! La había encontrado cuando se hallaba en un estado de ánimo comunicativo y había utilizado sus años de experiencia para sacar partido de aquella circunstancia. A ella le agradó y se sintió un poco halagada por su interés y comprensión. Se esforzó por explicar sus motivos, por presentarse ante él bajo una luz que la favoreciera. Era evidente que él procuraba poner todo su ingenio a su disposición y la joven se sintió dispuesta a justificar aquel interés.

Es posible que se describiera a sí misma, con cierta exageración, como una persona sometida a toda clase de ligaduras. Incluso mencionó de pasada la irrazonable actitud de su padre.

—Me extraña que todas sus amigas no piensen como usted y quieran salir al mundo —dijo Ramage. Hizo una pausa y sus siguientes palabras fueron inquisitivas—. Quisiera saber si usted será capaz de hacerlo... Permítame que le diga una cosa. Si alguna vez lo hace y yo puedo ayudarla de algún modo, con algún consejo o recomendación... Debo decirle que aunque yo no creo en la incapacidad femenina, sé que existe la inexperiencia femenina. Como sexo, están ustedes ligeramente desentrenadas. Lo consideraré, y perdóneme si le parezco demasiado premioso, como una prueba de amistad. No creo que nada en la vida me resulte más agradable que ayudarla, porque sé que usted aprovechará mi ayuda. Hay algo en usted que me dice que tendrá suerte y triunfará...

Y mientras él hablaba y la contemplaba, ella contestaba y, mientras tanto, le observaba a su vez y meditaba acerca de él. Le agradaba la animación que emanaba de su persona.

Su inteligencia parecía ser superior a la normal; su conocimiento de la realidad en todos sus aspectos, servía para reforzar el punto en que ella estaba más débil. En todo cuanto decía se adivinaba algo que agradó a Ana Verónica: la certeza de que las cosas pueden hacerse, de que para moverse no hay necesidad de esperar a que sea el mundo el que empuje. Comparado con su padre, con *Mr. Manning* y con todos los hombres que conocía, Ramage poseía algo indescifrable que hablaba de libertad, de poder, de aventura deliberada...

En especial le gustó su teoría sobre la amistad. Resultaba muy agradable hablar con un hombre de aquel modo, con un hombre que veía en ella a una mujer y no la trataba como a una niña. Se entendieron perfectamente. Charlaron durante cerca de una hora y por fin se dirigieron juntos al punto donde se bifurcaba el camino. Allí, después de grandes protestas de amistad que fueron casi ardientes, Ramage montó sobre su caballo y se alejó al paso, sonriendo y saludando, mientras Ana Verónica tomaba la dirección Norte, hacia Micklechesil. Allí, en un discreto saloncito de té, consumió lenta y distraídamente el escaso alimento que las personas de su sexo suelen tomar en tales ocasiones.

Capítulo IV

LA CRISIS

1

Dejamos a *Miss Stanley* con el disfraz de Ana Verónica en la mano y los ojos fijos en las zapatillas pseudoturcas de su sobrina.

Cuando *Mr. Stanley* llegó a su casa a las seis menos cuarto, en un tren que llegaba quince minutos antes del que solía tomar, su hermana le esperaba en el vestíbulo con expresión intranquila.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido, Peter! —dijo—. Tu hija piensa ir...

—¿Ir? ¿Adónde?

—A ese baile.

—¿Qué baile?

La pregunta era retórica, puesto que conocía perfectamente la respuesta.

—Creo que se está vistiendo... en este momento.

—¡Entonces, dile que vuelva a desvestirse, maldita sea!

El día había sido poco satisfactorio y durante todo él estuvo irritado.

Miss Stanley reflexionó unos instantes sobre aquellas palabras.

—No creo que lo haga —dijo.

—Tiene que hacerlo —concluyó *Mr. Stanley* dirigiéndose a su estudio. Pero su hermana le siguió—. No puede irse ahora. Tendrá que esperar a después de la cena.

—Va a ir a tomar algo con las *Widgett* en la avenida y se marcharán juntas.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando estábamos tomando el té.

—Pero ¿por qué no se lo prohibiste terminantemente? ¿Cómo se atrevió a decirte lo que pensaba hacer?

—Fue una verdadera provocación. Me dijo tranquilamente que ésos eran sus planes. Nunca la he visto tan segura de sí misma.

—¿Qué le dijiste tú?

—Yo le dije: «¡Mi querida Verónica! ¿Cómo puedes pensar en tales cosas?».

—¿Y entonces?

—Se tomó otras dos tazas de té y un trozo de bizcocho y me habló del paseo que acababa de dar.

—Si sigue paseando de este modo, algún día se encontrará con alguien...

—No me dijo que se hubiera encontrado con nadie.

—Pero ¿no le dijiste nada más sobre el baile?

—Dije todo lo que pude en cuanto comprendí que estaba haciendo lo posible por no tocar el tema. Le dije: «Es inútil que me hables del paseo, dando por hecho que no se volverá a hablar del baile, porque te equivocas. Tu padre te ha prohibido que vayas».

—¿Y qué?

—Me contestó: «Lamento tener que portarme mal contigo y con papá, pero considero mi deber asistir a ese baile».

—¡Que lo considera su deber!

—«Muy bien —le dije—; entonces me lavo las manos. Tú serás responsable de tu desobediencia».

—¡Esto es rebeldía! —exclamó *Mr. Stanley* de pie en la alfombra y dando la espalda a la chimenea apagada—. ¡Debiste decírselo así en seguida! ¿Qué deber puede tener una hija, que no sea el de respetar a su padre? ¿Qué puede anteponer a esto? ¡La primera ley de todo ser humano es obedecer a su padre! —Su voz comenzó a elevarse—. ¡Cualquiera diría que no he dicho nada sobre el asunto! ¡Cualquiera diría que le he dado permiso para asistir! ¡Supongo que esto es lo que le enseñan en esos infernales institutos modernos! ¡Supongo que esto es una de las estupideces...!

—¡Oh! ¡Pst, Peter! —exclamó *Miss Stanley*.

Su hermano se interrumpió bruscamente. Entonces se oyó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse en el rellano de la escalera. Después llegó hasta ellos el rumor de pisadas descendiendo la escalera con toda calma.

—Dile que venga —ordenó *Mr. Stanley* con imperioso ademán.

2

Miss Stanley salió del estudio y contempló cómo su sobrina bajaba las escaleras.

Ana Verónica tenía los ojos brillantes y estaba dispuesta a hacer valer sus derechos. Su tía no la había visto nunca tan bonita. Su disfraz, con la excepción de las medias verdes, las zapatillas pseudoturcas y los bajos de los pantalones, quedaba escondido bajo una gran capa de noche con capucha negra. Era evidente que debajo de la capucha se había adornado el cabello con seda roja. Y pegados de algún modo a sus orejas (a no ser que se las hubiera agujereado, posibilidad que resultaba demasiado horrible para poder contemplarla con calma), se veían largos pendientes de filigrana.

—Me voy en este momento, tía —dijo la joven.

—Tu padre está en el estudio y quiere hablar contigo.

Ana Verónica titubeó. Después se acercó a la puerta y contempló desde allí la severa expresión de su padre. Al hablar, lo hizo con una nota completamente falsa, de

alegre naturalidad:

—Tengo el tiempo justo para despedirme de ti antes de marcharme, papá. Me voy al baile con las Widgett.

—Escucha, Verónica —dijo *Mr. Stanley*—. Escucha un momento. ¡No vas a ir a ese baile!

Ana Verónica ensayó un tono menos forzado y más digno.

—Creí que ya habíamos discutido el asunto, papá.

—No vas a ir a ese baile. No vas a salir de esta casa así vestida.

Ana Verónica intentó tratarle como trataría a cualquier otro hombre que insistiera en imponer sobre ella sus opiniones masculinas.

—Lo siento —dijo con voz muy tranquila—, pero voy a ir. Lamento tener que desobedecerte, pero tengo que hacerlo. Quisiera... —Comprendió que había cometido un error al comenzar la frase—, quisiera que no hubiera necesidad de pelear.

Se detuvo bruscamente y se dirigió a la puerta principal. Inmediatamente su padre la alcanzó.

—Me parece que no me has oído, *Vee* —dijo con ira mal controlada—. ¡Te he dicho que no vas a ir! —gritó.

La joven hizo un esfuerzo por comportarse con la dignidad de una princesa. Incluyó la cabeza, y no encontrando nada más que decir, se movió hacia la puerta. Su padre se interpuso ante ella y durante un instante los dos forcejearon con las manos en el cerrojo. Ambos estaban rojos de cólera.

—¡Suéltame! —gritó ella cegada por la ira.

—¡Verónica! —exclamó *Miss Stanley*—. ¡Peter!

Pero ellos no la oyeron y prosiguieron sus desesperados forcejeos. Entre los dos no había habido jamás violencia alguna desde el día en que él, a pesar de las protestas de su madre, la había llevado, pataleando y gritando, al cuarto de jugar, castigada por alguna diablura ya olvidada. Ahora, con algo parecido al horror, se enfrentaron de aquel modo.

La puerta se cerraba con un pestillo y un pasador con llave, al que por la noche se añadía una cadena y dos cerrojos. Tomando toda clase de precauciones para no caer el uno sobre el otro, Ana Verónica y su padre se sumieron en una lucha absurdamente desesperada, la una para abrir la puerta y el otro para mantenerla cerrada. Ella alcanzó la llave y él le cogió la mano y se la retorció cuando intentaba hacerla girar. El dolor le hizo dar un grito.

Sintió que la inundaba una ola de vergüenza y desesperación, y una inmensa pena al pensar en el afecto que existía entre los dos, destrozado ahora, y en el inmenso desastre que había caído sobre ellos.

Desistió de su propósito, retrocedió, giró sobre sus talones y huyó escaleras arriba.

Mientras subía, iba llorando y riendo al mismo tiempo. Llegó a su cuarto, entró en

él y cerró la puerta con llave como si temiera que la persiguieran para torturarla.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¡Oh, Dios!

Se despojó violentamente de la capa y durante unos minutos recorrió la habitación de un lado a otro. Parecía una mujer pirata dominada verdaderamente por la pasión.

«¿Por qué no puede razonar conmigo, en lugar de tratarme así?», se preguntó una y otra vez.

3

«**N**o aguantaré una cosa semejante —se dijo de pronto—. ¡Me iré de todas formas!».

Se dirigió a la puerta, pero prefirió volverse a la ventana. La abrió y salió fuera, cosa que no había hecho desde hacía cinco largos años, para encontrarse sobre el tejado del cuarto de baño que su padre había mandado construir en el piso bajo. En una ocasión, ella y Roddy habían descendido por la cañería.

Pero lo que una niña de dieciséis años puede hacer vestida con una falda corta, no puede hacerlo una señorita de veintiuno, con un disfraz y una capa de baile. Cuando empezaba a comprenderlo así, descubrió la presencia de *Mr. Pragmar*, el droguero, que vivía tres jardines más allá y que habiendo salido a pasear para hacer apetito antes de la cena, la contemplaba fascinado junto a la segadora del césped.

A Ana Verónica le resultó muy difícil dar un aire de digna corrección a su retirada por la ventana, y cuando se halló una vez más dentro de su cuarto, apretó los puños y emprendió una silenciosa e iracunda danza de un lado a otro.

Cuando pensó que probablemente *Mr. Pragmar* conocía a *Mr. Ramage* y le contaría lo que había visto, gritó con renovada irritación y repitió con vigor los pasos de la danza.

4

Dos horas más tarde, *Miss Stanley* golpeó con los nudillos la puerta de su habitación.

—Te traigo la cena, *Vee* —dijo.

Ana Verónica estaba echada en la cama, mirando al techo. En la estancia reinaba la penumbra. Reflexionó antes de contestar. Tenía mucha hambre. Había comido muy poco o nada en el té y su almuerzo tampoco había sido muy abundante.

Se levantó y abrió la puerta.

Su tía no tenía nada que objetar contra la pena de muerte, o la guerra, o el sistema industrial, o la prisión perpetua, o la tortura de criminales, o el Libre Estado del Congo, porque aquellas cosas estaban lejos de su órbita. Pero contra lo que sí objetaba, lo que no le gustaba, lo que no podía soportar, era que alguien no comiera,

no disfrutara comiendo. Para ella, la demostración suprema de un estado emocional era que éste alteraba el curso de la digestión normal. Una persona conmovida por algo comía muy poco, y el síntoma de la mayor emotividad era no poder llevarse el cubierto a la boca. Por esta razón, y mientras cenaba en silencio con su hermano, la idea de que Ana Verónica estaba sola en su cuarto le había resultado muy penosa. Inmediatamente después de la cena, se dirigió a la cocina y se puso a preparar una bandeja. Y la preparó, no con cosas frías, sino con cuidado especial, para que fuera realmente tentadora. Con ella en las manos, entró en la habitación de su sobrina.

Ana Verónica se vio entonces confrontada con el hecho más desconcertante de la vida: con la bondad de una persona a quien se considera completamente equivocada. Cogió la bandeja, tragó saliva y dio paso a las lágrimas.

Su tía tomó aquello por una señal de arrepentimiento.

—Querida —dijo, poniendo afectuosamente una mano sobre el hombro de Ana Verónica—. ¡Si supieras lo apenado que está tu padre!

Ana Verónica intentó zafarse de su mano, y al hacerlo, la pimienta que había sobre la bandeja se volcó; los polvos llenaron el espacio e instantáneamente las dos sintieron deseos de estornudar.

—Creo que no te das cuenta —replicó con las mejillas inundadas de lágrimas— de lo que esto significa para mí... ¡Atchís!

Dejó caer la bandeja con fuerza sobre su mesa de tocador.

—¡Pero, querida! ¡Piensa que es tu padre! ¡Atchís! ¡Atchís!

—Ésta no es razón —dijo Ana Verónica, hablando desde detrás de su pañuelo e interrumpiéndose bruscamente.

Sobrina y tía se miraron con ojos acuosos pero antagónicos, ambas demasiado conmovidas para comprender lo absurdo de la situación.

—Espero... —dijo *Miss Stanley* con dignidad, volviéndose hacia la puerta con furiosa expresión—, espero que tengas en cuenta lo ocurrido y tu estado de ánimo cambie...

Ana Verónica permaneció en el cuarto en semipenumbra, contemplando la puerta que se había cerrado tras de su tía y sujetando todavía el pañuelo con la mano. Su alma estaba dominada por una sensación de inmensa catástrofe. Había luchado por primera vez para obtener dignidad y libertad, como una persona mayor e independiente, y he aquí cómo la trataba el mundo. No había cedido ante ella ni la había aniquilado. Se había limitado a echarla a un lado por medio de un forcejeo indigno, de una vulgar comedia, de una sonrisa irónica.

«¡Dios mío! —exclamó Ana Verónica—. ¡Tengo que hacer algo!».

Capítulo V

LA HUIDA A LONDRES

1

Ana Verónica tuvo la impresión de que aquella noche no llegó a dormir, o de que al menos pasó la mayor parte de ella envuelta en un torbellino de sentimientos y reflexiones.

¿Qué podía hacer?

Una idea la dominaba: tenía que marcharse de casa, tenía que imponerse en seguida, o perecer.

«Muy bien —se dijo—. Es necesario que me vaya».

Sentía que quedarse significaba ceder totalmente. Y tendría que irse al día siguiente. Eso estaba claro. Si retrasaba la marcha un día, la retrasaría dos; si la retrasaba dos días, la retrasaría una semana, y después de una semana ya sería demasiado tarde.

«Me iré —se prometió a sí misma en medio de la noche—. Me iré aunque ello me cueste la muerte».

Trazó sus planes y calculó sus medios y recursos, que resultaban ligeramente desproporcionados. Tenía un reloj de oro muy bueno que había pertenecido a su madre, un collar de perlas también muy bueno, varias sortijas sin pretensiones, algunas pulseras de plata y otros adornos de poco valor, tres libras y trece chelines y unos cuantos libros. Así equipada, se proponía establecerse independientemente en el mundo.

Pronto encontraría trabajo.

Aquella noche confiaba en que lo encontraría con facilidad; se consideraba fuerte, inteligente y capaz, en comparación con la mayoría de las jóvenes que conocía. No sabía con certeza de qué modo encontraría aquel trabajo, pero ello era lo de menos. Cuando lo tuviera, escribiría a su padre diciéndole lo que había hecho.

Éstos fueron sus proyectos, que en términos generales parecían muy factibles. Pero, de vez en cuando, entre aquellas fases de relativa confianza pasaba por momentos de duda desconcertante en los que le parecía que el universo le hacía muecas siniestras y amenazadoras, desafiándola a que se enfrentara con él, preparando un castigo humillante y vergonzoso.

«No me importa —se dijo Ana Verónica—, ¡lucharé!».

Intentó planear con todo detalle sus movimientos. Las únicas dificultades que se representaba claramente, eran los obstáculos que tendría que vencer para salir de

Morningside Park y no las que encontraría al fin de su viaje. Estas dificultades estaban hasta tal punto más allá de su experiencia, que le resultó posible no pensar en ellas diciéndose con confianza que «todo iría bien». Pero en el fondo sabía que tendría que vencerlas y en algunos momentos aquello se convirtió en una horrible obsesión, como si se tratara de un monstruo que la estuviera esperando al otro lado de la esquina. Intentó imaginarse a sí misma con una ocupación, intentó verse sentada ante un escritorio o volviendo después de su trabajo a un piso atractivamente amueblado en el que viviría libre e independiente. Pasó algún tiempo entretenida en amueblar el piso en su imaginación. Pero aunque lo llenó de muebles, siguió resultando para ella extremadamente informe. Podía contener mucho de bueno y de malo.

«Me iré —se dijo Ana Verónica por centésima vez—. ¡Me iré! No me importa lo que pueda suceder».

Por la mañana salió de un sopor, como si no hubiera llegado a dormirse. Era hora de levantarse.

Se sentó al borde de la cama, miró a su alrededor y paseó la vista por la hilera de libros y el cráneo de cerdo.

«Tendré que llevármelos —se dijo, para que sus palabras vencieran su propia incredulidad ante lo que se había propuesto hacer—. ¿Cómo me las arreglaré para sacar el equipaje de la casa?».

La figura de su tía, un poco distante, un poco propiciatoria detrás del servicio de desayuno, le produjo una sensación de aventura casi catastrófica. Era posible que nunca volviera a desayunar en aquella habitación. ¡Nunca! Y quizás algún día, muy pronto, lo echara de menos. Se sirvió lo que quedaba de tocino y volvió a pensar en el problema de sacar el equipaje de la casa. Al fin decidió recurrir a la ayuda de Teddy Widdett, y si la de éste fallaba, a la de una de sus hermanas.

2

Encontró a la generación más joven de los Widdett sumida en lánguidas evocaciones. Pero todos se animaron al enterarse de que Ana Verónica no había aparecido porque, según sus palabras, «la habían encerrado».

—¡Dios mío! —exclamó Teddy con más sentimiento que nunca.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Hetty.

—¿Qué quieres que haga? —dijo Ana Verónica—. ¿Acaso tú pasarías por ello? Pienso marcharme.

—¿Marcharte? —preguntó Hetty.

—Me voy a Londres.

Ana Verónica había esperado inspirar admiración, pero en lugar de ello toda la familia Widdett, a excepción del impulsivo Teddy, expresaron una común consternación.

—¿Pero cómo piensas hacerlo? —preguntó Constance—. ¿A casa de quién irás?

—¡Me iré sola y alquilaré una habitación!

—Pero ¿quién te la pagará?

—Tengo dinero —repuso Ana Verónica—. Cualquier cosa es mejor que la vida que llevamos aquí.

Y viendo que Hetty y Constance se disponían a hacer nuevas objeciones, decidió no darles tiempo para ello y en cambio pedirles ayuda.

—No tengo más que un maletín muy pequeño. ¿Podéis prestarme el equipaje que necesitaré?

—¡Eres extraordinaria! —dijo Constance pasando lentamente de la idea de la disuasión a la idea de ayuda.

Hicieron lo que pudieron por ella. Le prestaron un baúl y una especie de saco y Teddy se declaró dispuesto, por amor a ella, a ir hasta el fin del mundo y a llevar todas las maletas.

Hetty, que miraba por la ventana (todos los días fumaba su cigarrillo matutino apoyada en la ventana para que pudieran contemplarla los habitantes de Morningside Park de ideas menos avanzadas) y que intentaba no hacer objeciones, distinguió a Miss Stanley que se dirigía a la compra.

—Si quieres llevar a cabo tu proyecto —dijo—, ahora es el momento.

Ana Verónica se dirigió inmediatamente a su casa con el saco, esforzándose por no precipitarse y mantener su aire de digna reserva y de persona que ha sido tratada injustamente. Teddy entró por la parte trasera del jardín y dejó caer los bultos por la verja. Todo aquello resultó muy entretenido. Su tía volvió antes de que el equipaje estuviera terminado del todo, y Ana Verónica descendió las escaleras y salió de la casa recordando con inquietud el baúl y el saco escondido en su habitación debajo de la cama. Después del almuerzo se dirigió a casa de los Widdett para terminar de perfilar sus proyectos, y cuando su tía se hubo retirado a su habitación para descansar como hacía diariamente a la hora de la digestión, se decidió a correr el riesgo de que las criadas la delataran y llevó el saco y el baúl a la puerta del jardín, donde esperaba Teddy para conducirlos a la estación.

Después subió de nuevo a su cuarto, se vistió cuidadosamente para salir, se puso el sombrero más serio que encontró y, curiosamente emocionada, se dispuso a tomar el tren de las tres y cuarto.

Teddy la ayudó a entrar en el departamento de segunda clase, declarando de paso que era una «chica espléndida».

—Si te ocurre algo o quieres algo, ponme un telegrama —le dijo—. Por ti iría al fin del mundo, haría cualquier cosa, Vee.

—¡Eres un encanto, Teddy!

—¿Quién no haría cualquier cosa por ti?

El tren comenzó a moverse.

—¡Eres magnífica! —dijo Teddy mientras el viento removía sus cabellos—.

Buena suerte. ¡Buena suerte!

Ella le dijo adiós con la mano, hasta que una curva le ocultó de su vista.

Entonces se encontró sola en el tren y se preguntó qué haría a continuación, mientras intentaba no imaginarse a sí misma como a una criatura alejada de su casa y de todo refugio que pudiera protegerla contra el mundo con el que había decidido enfrentarse.

Se sentía más pequeña e indefensa de lo que había esperado sentirse.

«Vamos a ver —se dijo intentando superar su desaliento—. Voy a tomar una habitación alquilada en una pensión, porque es más barato. Pero esta noche me iré a un hotel y daré una vuelta... Todo saldrá bien...».

Sin embargo, el desaliento seguía cerniéndose sobre ella. ¿A qué hotel iría? Si indicara al chófer que la llevara a un hotel, a cualquier hotel, ¿qué diría y qué pensaría? Era posible que la condujera a un sitio demasiado caro y distinto de lo que ella necesitaba. Por último decidió que tendría que buscarlo ella misma y que, mientras tanto, dejaría el equipaje en Waterloo. Una vez hecho esto entró en Londres con una sensación en parte de pánico y en parte de decisión, pero sobre todo de alegría por haber obtenido al fin la libertad.

Aspiró profundamente el aire londinense.

3

Pasó de largo frente a los primeros hoteles que encontró, sin saber por qué, pero en realidad porque le daba miedo decidirse a entrar en ninguno de ellos. Andando despacio cruzó el puente de Waterloo. Era media tarde, no había muchos peatones y muchos pares de ojos que pasaban en autobuses y tranvías se fijaban en ella. Caminaba erguida y tranquila, brillando en sus ojos el fulgor que había inspirado su decisión. Iba vestida como se visten todas las jóvenes inglesas para ir a la ciudad, sin pecar de coquetería o de excesiva rigidez. Su blusa sin cuello descubría la línea grácil de su garganta, sus ojos brillaban y su cabello negro caía suelto y ondulado por encima de sus orejas...

Ana Verónica pensó que aquélla era la tarde más hermosa de su vida. El río, los grandes edificios de la orilla Norte, Westminster y la catedral de San Pablo se veían iluminados por la luz dorada del sol londinense. El sol más suave, más penetrante y menos opresivo del mundo. Hasta los cochecillos y vehículos antiestéticos que la calle Wellington arrojaba incesantemente sobre el puente, resultaban maravillosos a sus ojos. Un abundante tráfico de barcos se movía por el río y encima de ellos volaban las gaviotas de Londres. Nunca hasta entonces había estado allí a aquella hora, bajo aquella luz, y le pareció que lo veía todo por primera vez. Aquel lugar inmenso, aquel Londres, era ahora suyo, tendría que luchar contra él, pero podría ir donde quisiera. Viviría en él.

«Me alegro de haberme decidido a venir», se dijo.

Pasó junto a un hotel que no parecía demasiado opulento ni demasiado sórdido en una calle lateral que desembocaba en el Embankment, se decidió tras un esfuerzo y, volviendo a Waterloo por el puente de Hungerford, detuvo un coche para llevar su equipaje a aquel refugio elegido. La señorita que se hallaba detrás del mostrador pasó por un momento de vacilación antes de contestar. Al fin dijo que tenía que consultar con el gerente, y mientras Ana Verónica fingía leer con profundo interés un cartel que se exhibía sobre el mostrador y en el que se solicitaban donativos para un hospital, experimentó la desagradable sensación de estar sometida a investigación por parte de un caballero con frondosos bigotes que salió de un despacho interior y penetró en el vestíbulo para examinarla y examinar su equipaje. Pero el examen debió resultar satisfactorio y muy pronto se encontró instalada en la habitación número 47, esperando su equipaje.

«Hasta ahora todo va bien», se dijo.

4

Pero más tarde, cuando sentada en una de las sillas tapizadas de seda roja contempló su baúl y su saco en el centro de aquella habitación impersonal y meticulosamente ordenada, con su armario vacío y su desierto tocador, se sintió invadida por el desaliento, como si hubiera sido arrojada con todo cuanto poseyera a aquel lugar desprovisto de todo calor humano...

Decidió salir a la calle de nuevo, comer algo y buscar una habitación para vivir. ¡Eso es lo que tenía que hacer! ¡Tenía que encontrar una habitación barata y ponerse a trabajar!

Pero ¿qué hay que hacer para encontrar trabajo?

Recorrió el Strand y la plaza de Trafalgar y llegó a Piccadilly por Haymarket. Después, cruzando pequeñas plazas y calles laterales, salió a Oxford Street. Sus pensamientos estaban divididos en hacer por un lado especulaciones sobre el modo de encontrar empleo y en apreciar por el otro la belleza de Londres. Lo agradable del caso era que por primera vez en su vida andaba por Londres sin rumbo fijo, por primera vez en su vida gozaba contemplando realmente Londres.

Se esforzó por resolver el problema de cómo encontrar trabajo. ¿Debería entrar en una de aquéllas oficinas y explicarles lo que era capaz de hacer? Titubeó ante el escaparate de una agencia de embarque en Cockspur Street y en los almacenes del Ejército y la Marina, pero pensó que probablemente aquella solicitud debía hacerse a una hora especial y que convendría enterarse antes de dar ningún paso. Y, además, no tenía especial interés en dar aquel paso inmediatamente.

Se sumió en agradables sueños y en especulaciones fantásticas. Se imaginó que detrás de los millares de puertas ante las cuales pasaba, existían inmensas posibilidades. Sus ideas sobre el empleo de la mujer y la posición en la vida de la mujer moderna, se basaban principalmente en la figura de Vivie Warren, de la obra de

teatro *La profesión de Mrs. Warren*. Había visto esta obra con Hetty Widdget, hacía muy poco tiempo. Casi toda ella le había resultado incomprensible, o comprensible en un modo que evitaba toda curiosidad ulterior, pero la figura de Vivie, enérgica, dura, triunfante, dando órdenes y dominando completamente a un segundo Teddy personificado en el personaje de Frank Gardner, le había resultado fascinadora. Se vio a sí misma como una segunda Vivie.

Sus pensamientos se apartaron de Vivie Warren, atraídos por el curioso comportamiento de un caballero de mediana edad en Piccadilly. De pronto surgió de la nada en la vecindad de Bullington Arcade, y cruzó la calle en dirección a ella sin apartar los ojos de su persona. Ana Verónica calculó que tendría la misma edad que su padre. Llevaba el sombrero ligeramente ladeado y la chaqueta quizás exageradamente ceñida, pero la corbata revelaba cierta distinción y refinamiento. Su rostro aparecía ligeramente enrojecido y sus ojos brillaban. Se detuvo en el bordillo de la acera sin mirarla, como si se dispusiera a cruzar la calle, y de pronto se dirigió a ella hablando por encima del hombro.

—¿En qué dirección vas? —preguntó claramente con voz dulzona.

Ana Verónica se quedó mirando aquella sonrisa propiciatoria, aquella ávida mirada, mientras se sentía sumida en el más profundo estupor. Después se echó a un lado y siguió su camino con paso más rápido. Pero aquello había desequilibrado sus ideas y no volvió a recuperar con facilidad la satisfacción interna que sintiera poco antes.

¡Qué hombre más extraño!

El arte de ignorar es una de las cualidades de toda joven bien educada, el cual le ha sido inculcado con tanta fuerza que consigue ignorar hasta sus propios pensamientos y conocimientos. Ana Verónica pudo preguntarse cuál podía ser la intención de aquel caballero al dirigirse a ella y saber al mismo tiempo perfectamente (al menos en términos generales) lo que aquello significaba. Cuando iba todos los días desde su casa al Instituto Tredgold y de éste a su casa de nuevo había visto muchos incidentes de aquel aspecto de la vida del que se supone que las jóvenes no saben nada, aspectos que resultaban profundamente significativos para ella, pero que a causa de los convencionalismos y la tradición debían quedar inefablemente remotos. Aunque su capacidad intelectual era en cierto grado excepcional, nunca había considerado aquellas cosas con los ojos bien abiertos. Las había considerado a escondidas, sin cambiar impresiones con nadie.

Siguió su camino ya sin soñar ni apreciar cuanto la rodeaba, sino estudiando a la humanidad tras la máscara aparente de una serena tranquilidad.

La deliciosa sensación de libertad que experimentara un minuto antes había completamente desaparecido.

Al aproximarse al final de Piccadilly, vio acercarse una mujer. Era una mujer alta que a primera vista parecía bella y elegante. Avanzaba con la seguridad de un barco majestuoso. Pero según iba acercándose se podía distinguir la pintura que cubría su

rostro y una expresión de dureza. Cierta artificiosidad en su porte y en la magnificencia de su atavío revelaba ser aquello que, para calificarlo, Ana Verónica no logró recordar la palabra adecuada. Era una palabra entendida a medias y escondida en lo más remoto de su mente, la palabra «meretriz». Detrás de aquella mujer y un poco a un lado, avanzaba un hombre elegantemente vestido, en cuyos ojos se leía el deseo y la admiración. Algo reveló claramente a Ana Verónica que aquellas dos personas estaban ligadas por un lazo misterioso; que la mujer intuía la existencia del hombre a su espalda.

Aquel incidente le recordaba por segunda vez que, después de todo, es cierto que una mujer joven no puede adentrarse sola en el mundo sin exponerse a ciertos peligros, que el mal se halla dispuesto a atacar en cualquier momento y que por todas partes acechan peligros y pequeños insultos más irritantes que los mismos peligros.

Y fue en las calles y plazas silenciosas y tranquilas que salen de Oxford Street donde advirtió por primera vez que también a ella la seguían. Distinguió a un hombre que andaba por la acera opuesta sin dejar de mirarla.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Maldita sea!

Se esforzó por no creer a la evidencia y siguió su camino, sin mirar a la derecha ni a la izquierda.

Dejando atrás el Circo, Ana Verónica entró, para tomar algo, en un salón de té. Y mientras esperaba que le trajeran el té, volvió a ver a aquel hombre. O aquello era un encuentro fortuito y casual, o la había venido siguiendo desde Mayfair. Pero esta vez no cabía duda acerca de sus intenciones. Penetró en el local buscándola con la mirada y se acomodó al otro extremo, frente a un espejo en el que podía contemplar su imagen a su antojo.

Bajo la impenetrable máscara de su rostro, Ana Verónica hervía de indignación. Contempló desde la ventana el tráfico de Oxford Street, mientras se dedicaba mentalmente a apalear a aquel hombre con saña. ¡La había seguido! ¿Para qué la había seguido? Debió venir haciéndolo desde Grosvenor Square.

Se trataba de un hombre alto y rubio con ojos azules y manos largas y blancas que exhibía con evidente orgullo. Se había quitado el sombrero y permanecía contemplando a Ana Verónica por encima de su intacta taza de té. La miraba con fijeza intentando atraer su vista hacia él. En un momento dado, cuando creyó haberlo conseguido, sonrió con sonrisa insinuante. De vez en cuando se acariciaba el bigote y tosía con afectación.

«¡Y tener que compartir el mundo con él...!», se dijo Ana Verónica, que se veía reducida a leer la lista de precios que el salón de té ponía en cada mesa a disposición de sus clientes.

Sabe Dios cuáles serían los vulgares conceptos de pasión y deseo que albergaba aquel rubio cráneo, sabe Dios cuáles serían los sueños de aventuras e intrigas que su imaginación le había inspirado, pero fueran cuales fueran, bastaron para que cuando Ana Verónica salió de nuevo a la calle, aquel hombre reanudara su persecución idiota,

exasperante e indecente.

Ana Verónica no tenía la menor idea de lo que debía hacer. No sabía lo que ocurriría si se dirigía a uno de los guardias de tráfico. Quizá se viera obligada a denunciar a aquel hombre y tuviera que aparecer al día siguiente ante un tribunal.

Se puso furiosa consigo misma. No se dejaría influir por aquella agresión obstinada y persistente. Haría como si no lo hubiera advertido. Sí, ésta era la solución. Se detuvo bruscamente y contempló el escaparate de una tienda de flores. El hombre pasó por su lado, volvió atrás y permaneció junto a ella contemplándola en el cristal.

La tarde se había fundido con el crepúsculo, las tiendas empezaban a convertirse en gigantescas linternas de colores y los faroles callejeros comenzaban a vivir. Ana Verónica se había perdido. Se hallaba desorientada y no reconocía las calles por las que andaba. Continuó de calle en calle sintiendo que Londres había perdido todo su encanto. No tenía contra la siniestra, amenazadora y monstruosa inhumanidad de la ciudad sin límites, más que el hecho real de que sufría una persecución, la persecución de un hombre indeseable y obstinado.

Por segunda vez Ana Verónica tuvo la tentación de maldecir al Universo.

Hubo momento en que pensó volverse hacia aquel hombre y dirigirle la palabra, pero algo leyó en su cara, al mismo tiempo estúpida y obstinada, que le dijo que él continuaría persiguiéndola y que si le hablaba lo consideraría como un punto a su favor. A la luz del crepúsculo dejó de ser una persona contra la que se podía luchar para convertirse en algo más general, en algo que se arrastraba como un reptil hacia ella, negándose a abandonar su presa.

Y de pronto, cuando la tensión que sentía se había hecho casi insoportable y estaba a punto de dirigirse a cualquier persona que pasara por su lado en demanda de ayuda, su perseguidor desapareció. Durante unos minutos apenas pudo creer que aquello fuera cierto. Pero lo era. Sin embargo, aunque la noche se lo había tragado, el desconocido había causado a la joven un gran daño. Perdió su ánimo y sintió que la libertad se había terminado para ella. Le resultó agradable mezclarse en la corriente de obreros que salían de su trabajo y marchaban hacia sus hogares e imitar su paso apresurado. Siguió a un hombre con sombrero blanco y chaqueta gris hasta llegar a la esquina de Tottenham Court Road, y allí, por el letrero de un autobús y los gritos del conductor, averiguó el camino que debía seguir. Tenía miedo de que la siguieran, tenía miedo de las puertas oscuras y abiertas ante las que pasaba y tenía miedo del resplandor de las luces. Tenía miedo de estar sola e ignoraba la causa de sus temores.

Eran las siete y media cuando llegó al hotel en que se hospedaba.

Creó entonces que se había desembarazado para siempre del hombre que la siguiera, pero aquella noche descubrió que hasta en sueños la perseguía. La acechaba, la miraba, se arrastraba hacia ella, avanzaba con sonrisa dulzona e insinuante hasta que al fin despertó de su pesadilla y permaneció despierta dominada por el miedo y el horror mientras escuchaba los distintos ruidos del hotel.

Aquella noche estuvo a punto de tomar la decisión de volver a su casa a la mañana siguiente. Pero el día renovó su valor y las primeras sensaciones de pánico se desvanecieron completamente en su memoria.

5

Desde la oficina de Correos del East Strand había enviado a su padre el siguiente telegrama:

Estoy perfectamente y a salvo. Verónica.

Después había comido a la carta y se había dispuesto a contestar a la proposición matrimonial hecha por *Mr. Manning*. Pero le había resultado muy difícil.

«Mi buen amigo», comenzó. Hasta ahí era fácil. Tampoco había tenido que pensar mucho, para seguir de este modo: «Me resulta muy difícil contestar a su carta».

Pero después de aquello no se le ocurrían ideas ni frases y se había puesto a pensar en los acontecimientos del día. Decidió que pasaría la mañana siguiente contestando a los anuncios de los periódicos, que abundaban en el salón de lectura, y después de hojear durante media hora varios números atrasados del *Sketch* se había ido a acostar.

Pero al día siguiente, cuando se dispuso a contestar a los anuncios, descubrió que era más difícil de lo que se había imaginado. En primer lugar, no había tantos anuncios como esperaba. Se acomodó junto a un portarrevistas, comparándose mentalmente con Vivie Warren, y examinó el *Morning Post*, el *Standard* y el *Daily Telegraph*. En el *Morning Post* había gran demanda de institutrices y niñeras, pero no ofrecía ninguna otra posibilidad; el *Daily Telegraph* necesitaba sobre todo aprendizas de costura. Ana Verónica se dirigió al escritorio y escribió varias notas, pero después se acordó de que no tenía dirección que dar para las respuestas.

Decidió dejar el asunto hasta el día siguiente y dedicar la mañana a contestar a *Mr. Manning*. Después de romper un gran número de páginas logró redactar lo que sigue:

Mi buen amigo:

Me resulta muy difícil contestar su carta. En primer lugar le diré que es para mí un honor extraordinario el hecho de que piense en mí de un modo tan elevado, y en segundo término, que desearía que no me hubiera escrito.

Antes de continuar volvió a leer aquellas líneas.

«¿Por qué habrá de escribir cosas así? —se preguntó—. Pero ya he roto demasiadas cuartillas y no quiero romper otra».

Así, pues, prosiguió, haciendo esfuerzos desesperados por expresarse con soltura:

Antes de esto, éramos buenos amigos y ahora quizá nos resulte difícil volver a nuestros antiguos términos de amistad. Pero si esto es posible, desearía que así fuera. Porque creo que todavía soy demasiado joven e ignorante. Últimamente he estado pensando en todas estas cosas y he llegado a la conclusión de que el matrimonio es lo más importante en la vida de una mujer. No es una más entre las cosas importantes, sino la más importante de todas, y, por lo tanto, ¿cómo podría decidirme a aceptar antes de adquirir un conocimiento más amplio de la vida? Le ruego, pues, que olvide haber escrito su carta y que perdone esta respuesta. Quiero que piense en mí como si yo fuera un hombre, sin relacionarme para nada con el matrimonio.

Espero que pueda hacerlo así, porque doy un gran valor a mis amistades masculinas y lamentaré no poder contarle entre ellas. Creo que no hay mejor amigo, para una joven, que un hombre algo mayor que ella.

Quizá cuando reciba esta carta habrá llegado a sus oídos el paso que he dado, abandonando mi hogar, y probablemente desaprobará mi conducta. Es posible que piense que lo he hecho en un momento de enfado porque mi padre me encerró cuando intenté ir a un baile en contra de sus deseos. Pero en realidad el motivo es mucho más profundo. En Morningside Park sentí que había llegado a un momento en que mi vida debía detenerse, como si me hubieran encerrado y no pudiera salir a la luz, como si hubiera llegado a un punto de decoloración, en términos botánicos. Era como una especie de marioneta que se mueve obedeciendo las cuerdas que manejan otros. Prefiero pasar apuros y tener que trabajar, a convertirme en la sombra de otras personas. Quiero ser yo misma. Pero ignoro si ustedes los hombres podrán comprender este apasionado sentimiento. Por todo esto, no soy ya la misma persona que usted conoció en Morningside Park. Soy una mujer en busca de empleo y de libertad, soy lo que durante la primera conversación que sostuve con usted le dije que deseaba ser.

Espero que comprenda las cosas como son y que no esté ofendido conmigo o escandalizado por todo lo que he hecho.

Con sincero afecto.

6

Por la tarde reanudó su búsqueda de habitación. La sensación de novedad había dado paso a un sentido más realista del asunto. Se dirigió a la zona Norte y llegó a un barrio empobrecido y oscuro.

Nunca se había imaginado que la vida era tan siniestra como le pareció al principio de aquella búsqueda. Una vez más se sintió enfrentada con un elemento de la vida en el que se había acostumbrado a no pensar; con algo que a pesar de su resistencia mental chocaba con todas sus ideas preconcebidas, según las cuales se consideraba a sí misma como una joven valiente y decidida que había salido de Morningside Park como quien sale de una celda para penetrar en un mundo libre y espacioso. Varias patronas de casas de huéspedes le contestaron con una negativa, mientras asumían un aire de virtud que Ana Verónica no supo cómo explicarse.

—No alquilamos habitaciones a señoritas —le dijeron.

Por Theobald's Road se dirigió en diagonal hacia Titchfield Street. Las habitaciones que allí encontró estaban escandalosamente sucias, o eran terriblemente caras, o las dos cosas a la vez. Algunas estaban adornadas con grabados que le parecieron lo más vulgar e indecoroso que había visto en su vida. Ana Verónica amaba las cosas bellas y entre éstas le gustaba contemplar la belleza desnuda; pero aquellos grabados no hacían sino insistir en mostrar la redondez y las curvas del cuerpo femenino. Las ventanas estaban oscurecidas con cortinajes y los suelos alfombrados. Por todas partes había adornos de porcelana. Todas las mujeres que tenían habitaciones para alquilar, le contestaron que ella no servía para vivir en ellas. Aquello le pareció muy raro.

Muchas de aquellas casas se veían envueltas en una atmósfera que delataba vulgaridad e incluso maldad. Las mujeres que ofrecían habitaciones utilizaban gestos y ademanes amistosos como si se tratara de una máscara, mientras por detrás relucían sus ojos llenos de dureza. Una de ellas, vieja y desdentada y con manos temblorosas, llamó a Ana Verónica «querida», y a continuación hizo un comentario incomprensible y soez cuyo significado Ana Verónica temió comprender.

Durante algún tiempo renunció a su búsqueda y recorrió las sucias y oscuras calles pensando en el aspecto sórdido de la vida y avergonzada de su anterior torpeza. Sintió algo parecido a lo que experimenta el hindú al tocar algo que ofende a su casta. Contempló con aprensión las personas con quienes se tropezó en la calle. Una o dos veces vio a varias jóvenes de su edad que, vestidas de un modo muy llamativo, salían de aquella vecindad en dirección a Regent Street. No se le ocurrió pensar que al menos ellas habían hallado un modo de ganarse la vida y que tenían aquella

superioridad sobre ella. No se le ocurrió pensar que a pesar de la diferencia de circunstancias y educación, tenían un alma como la suya propia.

Durante algún tiempo Ana Verónica prosiguió su camino, midiendo el alcance y el significado de aquel sórdido vecindario. Al fin, un poco más arriba de Houston Road, tuvo la sensación de que desaparecía la nube impalpable que se había cernido sobre ella y que la atmósfera moral sufría una alteración. Las ventanas comenzaron a lucir persianas limpias y los escalones que subían a los portales se distinguieron igualmente por su limpieza. Le pareció que los letreros anunciando habitaciones, que se exhibían en las ventanas, tenían un significado distinto. En una calle cerca de Hampstead Road encontró una habitación excepcionalmente ordenada y limpia que le fue mostrada por una mujer de mirada bondadosa.

—¿Es usted estudiante? —le preguntó.

—Sí —dijo Ana Verónica—. Estudio en el Instituto Tredgold.

Pensó que sería más conveniente silenciar por el momento el hecho de que había abandonado su hogar y que estaba buscando empleo. La habitación estaba empapelada en tonos verdes, y la butaca y los asientos de las otras sillas estaban tapizados con cretona de dibujos grandes, exacta a la que encuadraba la ventana. Había una mesa redonda cubierta, no por un tapete, sino por una tela verde que armonizaba con el papel. Junto a la chimenea había varias estanterías. La alfombra no estaba excesivamente desgastada y la cama, colocada en un rincón, aparecía cubierta con una colcha blanca. En las paredes no se veían grabados ni adornos superfluos, y sí únicamente una reproducción del festín de Baltasar en litografía, a la moda victoriana. La mujer que le mostró la habitación era muy alta, parecía comprensiva y su actitud era la de una criada adiestrada.

Ana Verónica trajo su equipaje en un taxi desde el hotel; dio una propina de seis peniques al portero y otra de dieciocho peniques al cochero, sacó algunos de sus libros y objetos personales para dar a la habitación un aire más íntimo y después se sentó frente al fuego de la butaca, que, por cierto, no era nada incómoda. Había encargado una cena consistente en té, un huevo duro y melocotones en almíbar.

«Y ahora —se dijo Ana Verónica contemplando la habitación con aire de posesión—, ¿qué debo hacer?».

Se dedicó a escribir a su padre, lo que le resultó algo difícil, y a las Widgett, cosa ya más sencilla. La necesidad de defenderse a sí misma y de asumir un tono tranquilo y confiado, la ayudó a disipar la sensación de hallarse indefensa y expuesta a mil peligros en un mundo sórdido y abundante en siniestras posibilidades. Metió las cartas en su sobre, reflexionó sobre ellas durante algún tiempo y al fin salió a la calle y las echó al buzón. Después deseó recuperar la carta escrita a su padre para leerla de nuevo y volver a escribirla si no le producía buena impresión.

Al día siguiente él sabría su dirección.

Pensó en ello con repentino pánico, mezclado con cierta inexplicable satisfacción.

«¡Pobre papá!» —se dijo—. Se habrá llevado un disgusto terrible... Pero tenía

que suceder más tarde o más temprano... Me gustaría saber lo que dirá cuando reciba la carta».

Capítulo VI

DISCUSIONES

1

Ana Verónica despertó al día siguiente en un estado de ánimo magnífico. Se acomodó en su habitación, y mientras leía los anuncios del *Daily Telegraph* consumió un huevo pasado por agua y pan tostado con mermelada. Pero entonces recibió un telegrama que le anunciaba la llegada de su tía. El telegrama recordó a Ana Verónica que, excepto su dormitorio, no contaba con un lugar donde recibir visitas. Bajó a hablar con la patrona y le rogó que le permitiera utilizar la sala del primer piso, que afortunadamente estaba vacía. Explicó que esperaba una visita importante y pidió que cuando llegara la condujera a aquella estancia. Su tía apareció a eso de las diez y media, vestida de negro y cubierta con un velo excesivamente tupido. Se lo levantó con el aire de un conspirador que se quita el antifaz y presentó a su sobrina una cara enrojecida y llorosa. Durante unos instantes permaneció en silencio.

—Querida —dijo cuando recuperó el aliento—, tienes que volver a casa en seguida.

Ana Verónica cerró la puerta sin hacer ruido y permaneció callada.

—Esto casi ha matado a tu padre del disgusto... ¡Después de lo que pasó con Gwen!

—Le puse un telegrama.

—¡Pero él te quiere tanto! ¡Te quería tanto!

—Le mandé un telegrama diciéndole que todo iba bien.

—¡Y yo sin imaginarme por un instante lo que estaba sucediendo! ¡Sin tener la menor idea! —Se dejó caer en una silla y colocó los brazos encima de la mesa—. ¡Oh, Verónica! ¡Abandonar tu casa de ese modo!

Se notaba que había llorado y entonces se echó a llorar de nuevo. Ana Verónica quedó conmovida ante aquel despliegue de emoción, y esperó a que se calmara.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó su tía—. ¿Por qué no te confiaste a nosotros?

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana Verónica.

—A lo que has hecho.

—Pero ¿qué es lo que he hecho?

—¡Abandonarnos! Marcharte de este modo sin decirnos una palabra. Tu padre y yo estábamos orgullosos de ti y teníamos puestas en ti nuestras esperanzas. ¡Yo creía que eras completamente feliz! Tu padre permaneció toda la noche sin dormir, aunque al fin pude convencerle de que se acostara. Quería ponerse el abrigo y venir a

buscarte por todo Londres. Fue igual que cuando se marchó Gwen, aunque ella dejó una carta en el sofá. Tú no hiciste ni siquiera eso, *Vee*, ni siquiera eso.

—Os mandé un telegrama, tía Mollie —dijo Ana Verónica.

—Un telegrama lacónico en el que ni siquiera mandabas las doce palabras permitidas.

—En él os decía que estaba bien.

—Gwen nos dijo que era feliz. Antes de que llegara el telegrama tu padre ni siquiera sabía que te habías ido. Empezaba a enfadarse porque te retrasabas para la cena cuando lo trajeron. Lo abrió sin concederle importancia, y cuando comprendió lo que significaba dio un puñetazo en la mesa que hizo saltar la cuchara por el aire y derramó la sopa encima del papel. «¡Juro que iré a buscarles y mataré a ese hombre! ¡Le mataré!», dijo, furioso. Yo creí que era un telegrama de Gwen.

—Pero ¿qué es lo que papá supuso?

—Lo que cualquiera hubiera supuesto. «¿Qué ha pasado, Peter?», le pregunté. Estaba de pie y tenía en la mano el telegrama hecho una bola. Dijo una palabra horrible y me contestó: «Es de Ana Verónica, que ha ido a reunirse con su hermana». «¿Qué se ha ido?». «¡Sí, se ha ido! ¡Lee esto!». Me tiró el telegrama, tan furioso, que lo arrojó dentro de la sopera. Se puso hecho una furia cuando intenté sacarlo con el cacillo, y me dijo lo que decía. Después volvió a sentarse y declaró que todos los novelistas debían ser ahorcados. Puse en juego toda mi capacidad de persuasión para impedir que viniera inmediatamente en busca tuya. Es la primera vez que veo a tu padre conmovido desde que éramos niños. «¡Oh, mi pequeña *Vee*! ¡Mi pequeña *Vee*!», repetía. Ocultó la cara entre las manos y permaneció un rato silencioso, como quien ha recibido un golpe que no puede soportar.

Ana Verónica había permanecido en pie mientras su tía le daba todas aquellas explicaciones.

—¿Pretende insinuar, tía Mollie —preguntó—, que mi padre creyó que me había escapado con un hombre?

—¿Qué otra cosa quieres que pensara? ¿Crees que alguien podría imaginarse que serías tan loca como Petra marcharte sola?

—¿Después de... después de lo que pasó la noche anterior?

—¿Por qué sacar a relucir ofensas antiguas? ¡Si pudieras verle esta mañana! Está pálido como el papel y al afeitarse se ha llenado de cortes. Quería venir a buscarte en el primer tren, pero yo le dije: «Espera a ver si escribe». Y, efectivamente, recibimos tu carta. Temblaba tanto que apenas podía abrir el sobre y al fin me lo arrojó. «Vete a buscarla —me dijo—. ¡No es lo que creíamos! No es más que una broma». Después de decir esto salió para la ciudad sin una palabra más, dejándose en el plato, intacta, una gran loncha de tocino. No ha desayunado nada, anoche no cenó y lo último que ha tomado ha sido el té de ayer.

Cuando dejó de hablar, tía y sobrina se contemplaron en silencio.

—Tienes que volver a casa inmediatamente —dijo *Miss Stanley*.

Ana Verónica se contempló los dedos, que resaltaban en el mantel de color rojo oscuro. Su tía había hecho una descripción demasiado realista de su padre como hombre dominante, opresivo, sentimental y ruidoso. ¿Por qué no podía dejarla que siguiera su camino a su modo? La sola idea de volver a su casa resultó incompatible con su orgullo.

—Me parece que lo que me pides es imposible —dijo. Levantó la vista y repitió con mayor seguridad—: Lo siento mucho, tía, pero creo que es imposible.

2

Y fue entonces cuando empezaron las discusiones. Aquel día su tía estuvo discutiendo durante dos horas enteras.

—¡Pero, querida, es imposible que hagas esto! —Con aquella idea fija se perdió en un mar de explicaciones y ruegos. Le costó mucho trabajo convencerse de que Ana Verónica continuaba firme en su decisión.

—Pero ¿cómo vas a vivir? ¡Piensa en lo que dirá la gente! —Esto se convirtió en una muletilla—. ¡Piensa en lo que dirá *Lady Palsworthy*! ¡Piensa en lo que dirá Fulana de Tal! ¿Qué explicaciones vamos a dar a la gente? ¿Y qué quieres que le diga a tu padre?

Al principio Ana Verónica no había estado completamente segura de que se negaría a volver a su casa. Había pensado en alguna fórmula de compromiso que le permitiría disfrutar de cierta libertad, pero cuando su tía comenzó a exponerle los diferentes aspectos de su escapada y se sumió en consideraciones y frases inconsecuentes mezclando toda clase de emociones, comprendió claramente que si volvía a su casa la situación volvería a ser la misma de antes.

—¿Y qué pensará *Mr. Manning*? —agregó su tía.

—No me importa lo que piense nadie —repuso Ana Verónica.

—No comprendo qué es lo que te ha ocurrido. No comprendo qué es lo que quieres.

Ana Verónica no dio ninguna respuesta. En el fondo de su corazón tenía la desconcertante sensación de que tampoco ella sabía muy bien qué es lo que quería.

—¿No te importa lo que piense *Mr. Manning*?

—No sé qué relación puede tener él con mi venida a Londres.

—Él... él adora el terreno que pisas. No te lo mereces, pero así es. O al menos lo adoraba anteaayer.

La tía Mollie extendió los dedos de su mano enguantada con ademán retórico.

—Todo esto me parece una locura. ¡Una locura! ¡Portarte de este modo solamente porque tu padre no permitió que le desobedecieras!

3

Por la tarde *Mr. Stanley* en persona reanudó la discusión. Las teorías que el padre Ana Verónica sustentaba sobre el modo de discutir eran bastante personales, por lo que, separados por su sombrero y su paraguas como si fueran la maza del Parlamento, él y su hija se enzarzaron en una violenta disputa. La joven se había propuesto mantenerse en una digna reserva, pero él se mostró desde el principio consumido por la ira y dando por sentado que la insubordinación había llegado a término y que su hija volvería sumisa a su hogar, lo que ya en sí era más de lo que Ana Verónica estaba dispuesta a aguantar. Su deseo de dominar la situación y vengarse de la preocupación que había sentido durante la noche pasada le hizo mostrarse brutal, más brutal de lo que ella recordaba haberle visto jamás.

—Has logrado que la ansiedad no me dejara dormir, señorita —dijo al entrar en la habitación—. Supongo que ya estarás satisfecha.

Ana Verónica sintió miedo, porque la cólera de su padre le asustaba siempre, y al hacer esfuerzos para ocultarlo llevó hasta un extremo ridículo su dignidad de reina ofendida. Dijo que esperaba no haberle lastimado por el paso que se había visto obligada a dar, a lo que él contestó diciendo que no fuera estúpida. Ana Verónica intentó mantener sus posiciones declarando que se había visto en una situación imposible, a lo que su padre replicó gritando:

—¡Tonterías! ¡Tonterías! Cualquier padre en mi lugar hubiera obrado del mismo modo.

Hubo una pausa, y al ver que su hija no tenía nada que decir, *Mr. Stanley* prosiguió:

—Bien, ya has corrido una pequeña aventura y espero que hayas aprendido una lección. De modo que sube a tu cuarto y recoge tus cosas mientras voy a la calle a buscar un coche.

Aquellas palabras sólo podían ser contestadas de un modo.

—No pienso volver a casa.

—¿Que no piensas volver a casa?

—¡No!

Y a pesar de su decisión de conservar la calma y la dignidad, Ana Verónica se echó a llorar asustada de sí misma. Por lo visto, estaba condenada a llorar cada vez que hablaba con su padre. Él la obligaba a decir cosas inesperadas y a obrar también de un modo inesperado. Pero la joven temió que interpretara sus lágrimas como signo de debilidad y repitió:

—No pienso volver a casa. Prefiero morirme de hambre.

Por un momento pareció que no había nada más que decir. Después, *Mr. Stanley*, poniendo las manos sobre la mesa y contemplándola a través de sus gafas con animosidad no disimulada, preguntó:

—¿Puedo preguntarte, en ese caso, cuáles son tus proyectos? ¿De qué modo piensas arreglártelas para vivir?

—¡Viviré! —sollozó Ana Verónica—. ¡No te preocupes por eso! Yo me las

arreglaré para vivir.

—Claro que me preocupo... —dijo *Mr. Stanley*—. ¿Crees que para mí no tiene importancia que mi hija ande corriendo por Londres mendigando trabajo y olvidando su dignidad?

—No mendigaré trabajo —repuso Ana Verónica secándose las lágrimas.

A continuación se sumieron en una discusión aún más amarga. *Mr. Stanley* hizo uso de su autoridad y ordenó a Ana Verónica que volviera a casa, a lo que naturalmente ella se negó; entonces le aconsejó solemnemente y por su bien que no le desobedeciera y volvió a ordenarle que volviera a casa. Después dijo que si no hacía lo que le ordenaba, nunca más «volvería a pisar el umbral de su casa». Esta amenaza conmovió a Ana Verónica de tal modo, que declaró con acompañamiento de sollozos y lágrimas que prefería no volver y durante algún tiempo los dos hablaron simultáneamente y sin saber lo que decían. *Mr. Stanley* le preguntó si se daba cuenta del significado de su acción y procedió a mostrarse todavía más explícito, asegurándole que no tocaría ni un penique de su dinero hasta que volviera a su casa. Ni un penique. Ana Verónica repuso que no le importaba.

De pronto, *Mr. Stanley* cambió de táctica.

¡Pobre niña! —exclamó—. ¿No comprendes la infinita locura de este proceder? ¡Piensa! ¡Piensa en el cariño y en el afecto que abandonas! ¡Piensa en tu tía, que ha sido y es una segunda madre para ti! ¡Piensa en tu madre y en el dolor que sentiría si viviera!

Hizo una pausa, profundamente conmovido.

—Si mi madre viviera —sollozó Ana Verónica— comprendería lo que siento.

La conversación se hacía cada vez más agotadora y Ana Verónica se aborreció a sí misma por sentir aquel creciente antagonismo hacia su padre, por discutir con él, por calcular las respuestas que debía darle, como si no se tratara de su padre, sino de su hermano. Era horrible. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Quería vivir su propia vida y él se proponía impedirlo valiéndose de los insultos y el desprecio.

Al mirar atrás se asombró del estado a que habían llegado las cosas, porque al principio se había sentido dispuesta a volver a casa con ciertas condiciones. Mientras esperaba su llegada había considerado las relaciones presentes y futuras entre ambos del modo más completo y satisfactorio. Había deseado llegar a un acuerdo. Pero en lugar de ello se veía enfrentada con aquella tormenta, aquellos gritos, aquellas lágrimas, aquellas amenazas y aquellos ruegos repentinos. Lo que la fatigaba no era únicamente el hecho de que su padre había dicho cosas inconsecuentes e irrazonables, sino que a causa de un contagio incomprensible ella le había replicado en el mismo tono. Él había dado por hecho desde el principio que el motivo de la discusión era que ella había abandonado su hogar y que la única alternativa era la obediencia. Ante aquello, lo único que a Ana Verónica le quedaba por hacer era rebelarse. Además, él le dio a entender con indirectas, una o dos veces, que sospechaba la existencia de un hombre al fondo de todo ello. ¡La existencia de un hombre...!

El final fue la visión de su padre en el umbral, dándole una última oportunidad, con el sombrero en una mano y el paraguas en la otra.

—¿Comprendes lo que esto significa...? —preguntó—. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo —dijo Ana Verónica con las mejillas inundadas de lágrimas y dominada por la misma cólera—. Lo comprendo.

Reprimió sus sollozos y repitió:

—No recibiré ni un penique de tu dinero. Ni un penique. Y jamás pisaré el umbral de tu casa.

4

Al día siguiente apareció de nuevo su tía. Estaba diciendo que nunca se había oído que una joven abandonara su casa y sus padres como había hecho ella, cuando llegó su padre, que fue introducido por la patrona. Había decidido seguir una nueva táctica. Dejó el sombrero y el paraguas encima de la mesa, se puso en jarras y contempló a Ana Verónica con firmeza.

—Bueno, me parece que ya es hora de poner fin a estas idioteces.

Ana Verónica se dispuso a replicar, pero *Mr. Stanley* siguió hablando con la misma calma:

—No he venido a discutir contigo. Esto tiene que acabar de una vez. Vendrás a casa con nosotros inmediatamente.

—Creo haberte explicado...

—Me parece que no me has oído —dijo su padre—. Te he ordenado que vuelvas a casa.

—Ya te dije ayer...

—¡Vuelve a casa!

Ana Verónica se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo su padre volviéndose hacia su hermana—. Esto pone fin a la cuestión. No suplicaremos más. Que la experiencia le dé una lección.

—¡Pero, mi querido Peter! —dijo *Miss Stanley*.

—No —repuso su hermano con firmeza—. Un padre no debe suplicar a su hija.

Miss Stanley se puso en pie y contempló fijamente a Ana Verónica, que permaneció inmóvil con las manos a la espalda, y con un mechón de cabello negro caído sobre uno de sus ojos, lo que le daba aspecto de niña obstinada.

—No sabe lo que hace.

—Lo sabe perfectamente.

—No comprendo qué es lo que te impulsa a obrar de este modo —dijo *Miss Stanley* a su sobrina.

—¿De qué sirve discutir? —dijo su hermano—. Que siga su camino. Hoy en día los hijos no pertenecen a sus padres. Y eso se debe a los novelistas sin sentido común y sin vergüenza que andan sueltos por el mundo. No podemos protegerlas contra

ellos, porque ni siquiera podemos protegerlas contra sí mismas.

Cuando su padre acabó de pronunciar estas palabras, un profundo abismo pareció abrirse entre ellos.

—No comprendo por qué padres e hijos no pueden ser amigos —dijo Ana Verónica.

—¿Amigos? ¡Cómo quieres que seamos amigos si vemos que por vuestra desobediencia acabáis perdiéndoos! Vamos, Mollie, dejémosla que haga lo que quiera. He intentado poner en juego mi autoridad, pero ella prefiere desafiarla. No hay nada más que decir.

Ana Verónica sintió de pronto una profunda desesperación. Hubiera dado cualquier cosa por ser capaz de pronunciar una palabra que salvara aquel abismo sin fondo abierto entre ella y su padre, pero no se le ocurrió nada que fuera sincero.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Tengo que vivir!

Su padre interpretó erróneamente aquellas palabras.

—Eso solo a ti te incumbe —dijo con la mano en el picaporte—. A no ser que decidas volver a Morningside Park.

Miss Stanley se volvió hacia ella.

—*Vee* —dijo—, vuelve a casa. Vuelve antes de que sea demasiado tarde.

—¡Vamos, Mollie! —exclamó *Mr. Stanley* desde la puerta.

—*Vee*, ¿oyes lo que dice tu padre?

Miss Stanley luchó unos segundos con sus emociones. Con impulsivo ademán se dirigió a su sobrina, dejó caer algo pesado sobre la mesa y se volvió hacia su hermano. Ana Verónica contempló con el más profundo asombro aquel objeto oscuro que resonó al caer. Era un portamonedas. Dio un paso hacia adelante.

—¡Tía! —exclamó—. Yo no ruego...

Se interrumpió al sorprender una mirada de súplica en los ojos azules de su tía, y en aquel momento la puerta se cerró tras ella. Hubo unos segundos de silencio y a continuación oyó el portazo de la puerta de la calle...

Ana Verónica comprendió que estaba sola frente al mundo. Aquella vez la despedida parecía final. Tuvo que resistir un impulso de verdadero terror que casi la hizo correr tras ellos y ceder a sus deseos.

—¡Demonio! —exclamó—. ¡Esta vez es la definitiva!

Cogió el portamonedas, lo abrió y examinó su contenido. En el interior había tres libras esterlinas, seis chelines y cuatro peniques, dos sellos de correos, un llavín y el billete de vuelta de su tía a Morningside Park.

5

Después de aquella entrevista, Ana Verónica se consideró definitivamente separada de su hogar. El dinero había sido el golpe final. Pero las discusiones no terminaron allí, puesto que su hermano Roddy, que trabajaba en un negocio de

automóviles, apareció dispuesto a convencerla. Su hermana Alice le escribió y *Mr. Manning* le hizo una visita.

Su hermana Alice parecía haber desarrollado un profundo sentido religioso en Yorkshire y le habló con palabras que para Ana Verónica carecían de significado. Entre otras cosas, Alice le imploró que no se convirtiera en uno de «esos intelectuales asexuados, que no son hombres ni mujeres».

Ana Verónica meditó aquella frase.

«Eso se lo debe a él... —se dijo más tarde—. ¡Pobre Alice!».

Su hermano Roddy acudió por la tarde, le pidió una taza de té y se dispuso a escuchar sus razones.

—Es un poco fuerte para el viejo, ¿no te parece? —dijo Roddy, que en el taller de automóviles había desarrollado un método franco y directo para expresar sus ideas—. ¿Te molesta que fume? —continuó—. No sé cuál es tu juego, *Vee*, pero supongo que tendrás alguna razón. ¡Buena colección de hermanos hemos salido! Alice convertida en una maníaca y llena de críos. A Gwen la vi el otro día y está peor que nunca. Jim está metido hasta el cuello en estudios teológicos y tonterías de ese tipo y escribe cartas aún peores que las de Alice. Y ahora, lo que faltaba, tú te haces independiente. Creo que yo soy el único miembro cuerdo de la familia. Papá está tan loco como todos vosotros, a pesar de toda su respetabilidad; uno de estos días sufrirá una crisis. Ya una o dos veces ha estado a punto de que le ocurra. Tiene los nervios deshechos. Supongo que al fin y al cabo todos somos seres humanos, pero... ¡qué precio hay que pagar por la sagrada institución de la Familia! En realidad estoy de acuerdo contigo, *Vee*, pero no sé cómo vas a poder salir adelante. Es posible que un hogar sea una especie de jaula, pero al fin y al cabo... es un hogar. Te da derecho a que el viejo te mantenga mientras le sea posible. Para las mujeres que trabajan, la vida es muy dura.

Hizo algunas preguntas y durante algún tiempo escuchó los razonamientos de su hermana.

—Yo en tu lugar abandonaría todo esto, *Vee* —dijo—. Tengo cinco años más que tú y mucha más experiencia por ser un hombre. Lo que buscas es demasiado arriesgado y muy difícil de conseguir. Que estés dispuesta a salir adelante por tus propios medios es muy bonito y todo lo que quieras, pero es demasiado duro. Ésta es mi opinión. Tendrás que luchar a fondo. Mi consejo es que hagas las paces con papá y vuelvas a casa antes de que te veas obligada a hacerlo de todos modos. Si no te humillas ahora, es posible que más adelante te arrepientas. Yo no puedo ayudarte con dinero, porque la vida ya está bastante difícil para un hombre solo, y mucho más para una muchacha como tú. Tienes que tomar el mundo como es. La única solución posible para una mujer, es conquistar a un hombre que le solucione todos estos problemas. Es inútil escapar a este axioma, *Vee*. No he sido yo quien ha hecho las leyes, sino la Providencia. Las cosas son así y éste es el orden del mundo. Es como la apendicitis. No es agradable, pero así nos han hecho. No podemos alterar las cosas. Vuélvete a casa, deja que papá te mantenga y consíguete lo antes posible un hombre

que siga haciéndolo. Quizás esto no te resulte romántico, pero es lo más sensato. Todo este movimiento feminista no sirve para nada. Después de todo, la Providencia ha arreglado las cosas de modo que los hombres os mantengan, mejor o peor. Así hizo el Universo y hay que tomarlo como viene.

Ésta fue la esencia del discurso de Roddy. Se sumió en diferentes variaciones sobre el mismo tema durante una hora y acabó diciendo al despedirse:

—Vuélvete a casa, *Vee*, vuélvete a casa. Estas nuevas teorías acerca de la libertad están muy bien, pero no van a funcionar como creéis. El mundo no está todavía maduro para que las muchachas como tú puedan enfrentarse con él. Ésta es la verdad desnuda. Los niños y las mujeres tienen que depender de los hombres o hundirse... Al menos durante las próximas dos o tres generaciones. Vuelve a casa y espera cien años, *Vee*. Cuando pase este tiempo inténtalo de nuevo y es posible que tengas alguna oportunidad. Ahora no tienes ni sombra de ella... si juegas limpio.

6

Ana Verónica se asombró al comprobar que *Mr. Manning*, con palabras diferentes, sostenía las mismas opiniones que su hermano Roddy. Apareció por allí para hacerle una visita, y presentó sus excusas irradiando amabilidad y comprensión. Estaba claro que *Miss Stanley* le había dado la dirección de Ana Verónica. La patrona no logró recordar su nombre y dijo que se trataba de un caballero alto y atractivo con bigote negro. Suspirando con resignación ante el precio de la hospitalidad, Ana Verónica dispuso que prepararan una taza de té más y que encendieran la chimenea en el primer piso, antes de prepararse cuidadosamente para la entrevista. En aquella pequeña habitación y bajo el reflejo de la lámpara de gas, la estatura y la buena calidad del traje de *Mr. Manning* resultaban impresionantes. A aquella luz producía un efecto muy sentimental, como uno de los oficiales de la guardia de Ouida, supervisado por *Mr. Haldane* y la Facultad de Economía de Londres y retocado en el Instituto de Keltic.

—Mi atrevimiento al venir a visitarla es imperdonable, *Miss Stanley* —dijo apretándole la mano a su manera característica—. Pero no olvide que me dijo usted misma que podíamos ser amigos. Es doloroso que se encuentre aquí —añadió señalando con la mano la presencia amarillenta de la primera niebla del año que se vislumbraba al otro lado de la ventana—. Su tía me dijo lo que había ocurrido. Comprendo perfectamente que su orgullo le impulsara a dar este paso. Sí, lo comprendo.

Se sentó en la butaca, bebió dos tazas de té, consumió varios de los pasteles que Ana Verónica había mandado traer y siguió hablando y expresando sus ideas mientras la miraba con grave expresión y evitaba cuidadosamente que las migas se le engancharan en el bigote. Ana Verónica le escuchaba, asumiendo inconscientemente el aire de una experta anfitriona.

—Pero ¿de qué modo terminará todo? —dijo *Mr. Manning*—. Naturalmente, su padre tendrá que comprender lo magnífico de su actitud. Ahora no la comprende. He estado con él y he visto que no la interpreta bien. Tampoco la interpretaba yo después de recibir su carta, pero ahora desearía servirla con todo cuanto está en mi mano. Es usted como una princesa maravillosa desterrada en estas horribles habitaciones.

—Me temo que en lo que toca a ganarme la vida, soy todo menos una princesa —dijo Ana Verónica—. Pero, francamente, me he propuesto salir adelante sin reparar en lo que tenga que luchar.

—¡Dios mío! —exclamó *Mr. Manning* como quien hace un aparte en el escenario—. ¡Usted ganarse la vida! Es usted como una princesa desterrada —repitió sin dejarla hablar—. Ha venido a esconderse en estas sórdidas habitaciones (perdóneme que las llame sórdidas) y con su presencia consigue quitarle importancia al hecho... No creo que ningún lugar donde usted pueda vivir consiga arrojar una sombra sobre su persona.

Ana Verónica sintió una ligera turbación.

—¿No quiere tomar otra taza de té, *Mr. Manning*?

—Cuando la oigo hablar de ganarse la vida —dijo *Mr. Manning*, dejando a un lado la taza sin contestar a la pregunta—, es como si oyera a un arcángel decir que va a entrar en la Bolsa, o a Cristo que va a vender palomas... Perdome mi atrevimiento. No puedo evitar representarme esta imagen.

—Es una comparación muy ocurrente.

—Sabía que no se ofendería.

—Pero ¿tiene aplicación en este caso? Todo lo que usted dice, *Mr. Manning*, está muy bien como ideal o sentimientos, pero ¿corresponde a la realidad? ¿Son realmente las mujeres seres tan angelicales y los hombres tan caballerosos? Yo sé que ustedes los hombres quieren convertirnos en reinas y diosas, pero en la práctica... Contemple, por ejemplo, a las mujeres que nos encontramos por las mañanas dirigiéndose a su trabajo, vulgares, adocenadas, bastas... No se puede decir que sean reinas y nadie las trata como tales. Recuerde también a las mujeres que alquilan habitaciones... La semana pasada tuve que buscar una para mí, y las mujeres con que tropecé me hicieron sentirme asqueada. Son peores que cualquier hombre. Allá donde iba y llamaba a la puerta, me encontraba con otra mujer sucia y desastrosa (otra reina caída, supongo), más desastrada que la anterior y más sucia. ¡Sus pobres manos!

—Sí, lo sé —dijo *Mr. Manning* con comprensión.

—¡Imagínese también a todas las esposas y madres, con sus ansiedades, con sus limitaciones, con sus montones de criaturas!

Mr. Manning expresó pesar. Hizo un ademán con el pedazo de tarta que se llevaba a la boca, y contestó:

—Ya sé que nuestro orden social tiene mucho que desear y que sacrifica todo lo mejor y más bello de la vida. No intento defenderlo.

—Y, además, ya que hablamos de reinas —prosiguió Ana Verónica—, hay

veintiún millones y medio de mujeres para veinte millones de hombres. Supongamos que el lugar que nos corresponde es un trono. Queda un déficit de un millón y medio de tronos, sin contar a las viudas que vuelven a casarse. Por otro lado, mueren más niños que niñas, por lo que la verdadera desproporción entre adultos es aún mayor.

—Sí —convino *Mr. Manning*—. Conozco las estadísticas. Comprendo que tiene usted cierta razón al impacientarse por la lentitud del Progreso. Pero explíqueme una cosa que no comprendo, una sola. ¿De qué modo cree usted que va a ayudar por el hecho de decidirse a luchar por su cuenta? Esto es lo que me preocupa.

—¡Oh, no intento ayudar! —dijo Ana Verónica—. Me limito a discutir mis ideas sobre lo que debe ser una mujer y de este modo dejarlo aclarado en mi mente. Me encuentro en estas habitaciones buscando trabajo porque... en fin, ¿qué otra cosa puedo hacer cuando mi padre me encierra en casa?

—Lo sé, lo sé. No crea que no lo comprendo. Pero, de todas formas, me desagrada verla en esta ciudad oscura y triste. Es como una selva. Todo el mundo procura sacar ventaja de los demás sin pensar para nada en el prójimo, todo el mundo colabora en echar carbonilla al aire, por todas partes autobuses y tranvías haciendo ruido, un caballo que se cae, una vieja que tose en una esquina... Todas estas cosas dolorosas ocurren en una gran ciudad. ¡Y a usted se le ocurre venir aquí! ¡Es usted demasiado valiente, *Miss Stanley*, demasiado valiente!

Ana Verónica reflexionó. Llevaba dos días buscando empleo.

—Es posible que tenga usted razón —dijo.

—No es que me importe que las mujeres sean valientes, porque admiro el valor. ¿Qué podría ser más grandioso que una joven bella como usted frente a un tigre salvaje? ¡Sería como *Una y el León*! Pero esto no se parece en nada a aquello; esto no es más que una jungla sin fin, llena de competencias vulgares y egoístas.

—¿Y usted quiere mantenerme fuera de ella?

—Exactamente —dijo *Mr. Manning*.

—¿En una especie de bello jardín, con hermosos vestidos, donde me limitaría a cortar flores?

—¡Ah! ¡Si eso fuera posible!

—¿Mientras otras mujeres van a trabajar y alquilan habitaciones? En realidad ese jardín mágico quedaría reducido a una casa en *Morningside Park* con mi padre cada vez más enfadado durante las comidas y a una oprimente sensación de inseguridad e inutilidad.

Mr. Manning dejó una vez más la taza sobre la mesa y miró a Ana Verónica intensamente.

—Al hablar así no me trata con justicia, *Miss Stanley* —dijo—. Mi jardín mágico sería bastante mejor.

Capítulo VII

IDEALES Y REALIDADES

1

Después de aquello y durante varias semanas, Ana Verónica aprendió el valor que su persona tenía en el mercado del mundo. Anduvo de un lado para otro en un Londres del mes de noviembre, oscuro, imponente y lleno de niebla, esforzándose por encontrar el empleo modesto pero independiente que con tanta precipitación había creído fácil de conseguir. Anduvo de un lado para otro ocultando sus emociones, fueran éstas las que fuesen, mientras la realidad de su situación aparecía crudamente ante ella. Su diminuta habitación era como un refugio y de él salía al mundo con sus casas grises y manchadas por el hollín, con sus calles refulgentes de tiendas, con sus ventanas iluminadas bajo cielos de color cobre, o grises, o negros, del mismo modo que los animales salen de sus cubiles en busca de alimentos. Al volver a casa escribía cartas cuidadosamente meditadas o leía algún libro comprado en la librería de Mudie (donde había gastado media guinea), o se sentaba junto al fuego y se dedicaba a pensar.

Progresivamente y de mala gana, había acabado por reconocer que Vivie Warren era lo que se llama un «ideal». No existían tales mujeres y no existían tales situaciones. El trabajo que se le ofrecía no era en modo alguno lo que ella se había imaginado. Para sus escasas capacidades, no quedaban abiertos más que dos caminos y ninguno de ellos le atraía ni le parecía ofrecer un medio de huir de la sujeción contra la cual, representada en su padre, se había alzado en rebelión. Uno de estos caminos era convertirse en una especie de esposa o madre asalariada y accesoria, ser una institutriz o ayudante de profesora. El otro era entrar en el comercio, en un almacén o como empleada en una tienda de sombreros. La primera de estas ocupaciones le parecía demasiado doméstica o restringida; para la segunda tenía el hándicap de su falta de experiencia. Además, nada de esto le agradaba. No le gustaban las tiendas, no le gustaban las caras de las otras mujeres y consideraba a los hombres que regían estos establecimientos como las personas más intolerables que jamás había conocido. ¡Uno de ellos incluso se atrevió a llamarla «querida mía»!

Se le ofrecieron dos puestos de secretaria en los que no se excluía a las mujeres; uno de ellos era con un miembro radical del Parlamento y el otro con un médico de Harley Street, pero ambos hombres rechazaron sus servicios con la mayor cortesía, admiración y terror. Celebró también una curiosa entrevista en un hotel con una señora de edad madura cubierta de polvos y de alhajas que buscaba señorita de

compañía. Pero, al parecer, no le pareció que Ana Verónica fuera la persona adecuada.

Además, casi todas estas cosas estaban terriblemente mal pagadas. Le producirían únicamente los medios necesarios para subsistir, mientras que requerirían todo su tiempo y energía. Había oído hablar de mujeres periodistas y escritoras, pero ni siquiera pudo llegar a presencia de los editores que intentó ver, y tampoco estaba segura de haber podido desempeñar el trabajo que le hubieran encargado, de poder verlos. Un día desistió de su empeño y se presentó en el Instituto Tredgold. No habían llenado su vacante, sino que se habían limitado a notar su ausencia, por lo que pudo pasar un día muy agradable dedicada a la disección de un tortuga. Aquello le resultó tan interesante y le hizo olvidar de tal modo su preocupación por subsistir y su necesidad de encontrar trabajo, que continuó yendo durante una semana entera como si nada hubiera cambiado y siguiera viviendo en su casa. Después se le presentó una tercera oportunidad de trabajar como secretaria, lo que le hizo abrigar nuevas esperanzas. Era un puesto de amanuense, con el que se combinaban ciertos deberes de enfermera a desempeñar junto a un caballero inválido que vivía en Twickenham y que se dedicaba a las investigaciones literarias para demostrar que el *Faery Queen* era en realidad un Tratado de Química molecular escrito en un código especial y pintoresco.

2

Mientras Ana Verónica se zambullía de este modo en el mar industrial y conocía el mundo tal como es, examinaba también las ideas y actitudes de un gran número de seres humanos que se ocupaban principalmente del mundo como debiera ser. En primer lugar *Miss Miniver*, y en segundo su propio interés, la condujeron a cierto grupo de gente que sueña con el progreso del mundo, con cambios grandes y fundamentales, con una nueva Era que habrá de reemplazar todo el desorden de la vida contemporánea.

Miss Miniver se enteró de su escapada y consiguió su dirección por medio de las *Widdgett*. A las nueve de la noche del día siguiente se presentó allí en un estado de trémulo entusiasmo. Siguió a la patrona escaleras arriba y llamó a Ana Verónica:

—¿Puedo subir? ¡Soy yo! ¿Se acuerda de mí? ¡Nettie Miniver!

Y apareció ante Ana Verónica antes de que ésta consiguiera recordar claramente quién podría ser *Nettie Miniver*.

Sus ojos tenían una luz frenética y su cabello lacio parecía también albergar ideas originales acerca del modo más conveniente de colocarse en la cabeza. Sus dedos querían salir de los guantes como deseosos de ponerse en contacto inmediatamente con Ana Verónica.

—¡Es usted magnífica! —exclamó con veneración, sujetando sus dos manos y escudriñando su cara—. ¡Magnífica! ¡Tan serena, tan decidida, tan en calma! Las

jóvenes como usted son las que demostrarán a los hombres lo que somos. ¡Jóvenes cuyo espíritu ellos no han podido quebrar!

Al oír aquellas cálidas palabras, Ana Verónica sintió un bálsamo en el corazón.

—Ya en Morningside Park la estuve observando, querida —dijo *Miss Miniver*—. Tengo la costumbre de observar a las mujeres. Entonces pensé que estas cosas no tenían importancia para usted, que era usted una de tantas. Ahora es como si de pronto se hubiera convertido en una mujer madura.

Se detuvo, titubeó y añadió:

—Quisiera saber... si se debió a algo que yo dije...

Pero no esperó la contestación de Ana Verónica y pareció dar por sentado que la causa de la huida habían sido sus palabras.

—Todas se contagian —prosiguió—. Se extiende como el fuego. Vivimos en una época magnífica. En una época gloriosa. Nunca hubo una época como ésta en que vivimos. Todos nuestros fines están cercanos. ¡La Insurrección de las Mujeres! Cuénteme todo lo que ocurrió, como una mujer hermana a otra.

Esta última frase enfrió algo el entusiasmo de Ana Verónica, pero a pesar de ello el magnetismo de aquella mujer era muy fuerte. Y, además, resultaba agradable ser considerada como heroína después de tanta discusión y tantas dudas secretas.

Pero *Miss Miniver* no escuchó mucho tiempo. Lo que ella quería era hablar. Se instaló cómodamente encima de la alfombra junto a la librería, contempló el fuego y el rostro de Ana Verónica y se dejó ir.

—Apaguemos la luz —dijo—. Para hablar basta con el resplandor del fuego. Querida mía, acaba usted de salir a la vida, acaba usted de enfrentarse con ella.

Ana Verónica permaneció en silencio con la barbilla apoyada en la mano, mientras *Miss Miniver* discurseaba. El significado de sus palabras comenzó a adquirir forma y a inspirar a Ana Verónica una profunda aprensión. Hablaba de un mundo grande, gris, monótono; de un mundo brutal, supersticioso, confundido y cruel, que atacaba a los débiles e indefensos. En tiempos antiguos y en países lejanos, sus tendencias malvadas se habían expresado en forma de tiranías, matanzas, guerras, etc. Pero en la realidad, y en Inglaterra, llevaba la forma del comercialismo y la competencia, de sombreros de seda, de moralidad suburbana, de sistemas de explotación y de la subyugación de las mujeres. Hasta ahora la cosa había sido aceptada. Pero *Miss Miniver* había reunido contra el mundo a una minoría pequeña pero enérgica, a los Hijos de la Luz, a quienes describió con toda clase de adjetivos laudatorios y sobre cuyas cualidades la mente de Ana Verónica prefirió mostrarse más escéptica.

Miss Miniver dijo que todo empezaba a arreglarse, que se esperaba la venida del Pensamiento Elevado, de la Vida Sencilla, del Socialismo, del Humanitarianismo. En realidad todo tenía el mismo significado. Le gustaba estar metida en ello, tomar parte en ello, respirar el nuevo movimiento, ser su misma esencia. Hasta ahora había habido en la historia del mundo, con grandes intervalos, precursores de este progreso,

voces que habían hablado y se habían extinguido. Pero al fin había llegado el momento. Mencionó con familiar respeto a Cristo, a Buda, a Shelley, a Nietzsche y a Platón. A todos ellos les llamó pioneros. Sus nombres brillaban en la oscuridad rodeados de espacios vacíos, del mismo modo que las estrellas brillan en la noche, pero ahora... todo era diferente; había llegado el amanecer, el verdadero amanecer.

—Son las mujeres las que han iniciado el movimiento —dijo *Miss Miniver*—. Las mujeres y el pueblo. Todos ellos se han alzado.

Ana Verónica escuchaba con los ojos fijos en el suelo.

—Todos ellos se han alzado —prosiguió *Miss Miniver*—. Y usted no pudo resistir la llamada y acudió a nuestras filas. Algo la atrajo. Algo atrae a todo el mundo. Salen de los suburbios, de las pequeñas ciudades, de todas partes. Yo estoy en todos los movimientos. En la medida de mis fuerzas pertenezco a todos ellos. Mantengo el dedo en el pulso de las cosas.

Ana Verónica no dijo nada.

—¡El amanecer! —exclamó *Miss Miniver*, mientras sus gafas reflejaban el fuego como lagos de llamas de sangriento rojo.

—Yo vine a Londres —dijo Ana Verónica— impulsada por mis propios asuntos. No estoy muy segura de comprender del todo sus palabras.

—Claro que no —dijo *Miss Miniver*, gesticulando triunfalmente con su mano delgada y su muñeca más delgada aún y acariciando la rodilla de Ana Verónica—. Claro que no. Eso es lo más maravilloso del caso. Pero lo comprenderá algún día. Debe permitirme que la lleve a reuniones, a conferencias... Entonces empezará a comprender. Empezará a ver el nuevo movimiento abriéndose como un capullo. Yo estoy metida en ello y le concedo todos los momentos de que dispongo. Abandono el trabajo, lo abandono todo. Enseño en una escuela tres días a la semana. El resto del tiempo... lo dedico a nuestro movimiento. Yo puedo vivir con cuatro peniques al día. Imagínese la libertad que esto me da para seguir las cosas de cerca. La llevaré conmigo a todas partes. La haré conocer a los sufragistas, a los tolstoianos y a los fabianos.

—He oído hablar de los fabianos —dijo Ana Verónica.

—Es la sociedad más importante. Es el centro de los intelectuales. Algunas de las reuniones son magníficas. Allí van mujeres hermosísimas y audaces hombres que son verdaderos pensadores... ¡Y pensar que están haciendo historia! Se reúnen allí para trazar los planes de un mundo nuevo y lo hacen sin darle apenas importancia. Allí va Shaw, y Webb, y Wilkins el escritor, y Toomer y el doctor Tumpany... todos ellos personas extraordinarias. Allí hablan, deciden, planean... Imagínese... ¡están haciendo un mundo nuevo!

—Pero ¿acaso va esa gente a cambiarlo todo? —preguntó Ana Verónica.

—¿Queda otra solución? —*Miss Miniver* hizo un ademán señalando el fuego—. ¿Qué otra solución queda... tal como están las cosas hoy en día?

Miss Miniver introdujo a Ana Verónica en su mundo con generosidad tan entusiasta, que seguir haciendo críticas internas parecía una ingratitud. Además, y casi insensiblemente, Ana Verónica comenzó a acostumbrarse al aspecto peculiar y a los modales también peculiares de sus nuevas amistades. En consecuencia, la sorpresa que le produjo su actitud intelectual se fue desvaneciendo. En muchos aspectos tenían razón. Ana Verónica se repetía esto muchas veces e intentaba borrar la paradójica convicción de que de algún modo, y aun en relación directa con aquella razón, todo ello era un absurdo.

En el universo de *Miss Miniver* ocupaba un lugar muy destacado un matrimonio llamado Goopes, la pareja más extraña que se puede concebir, propietarios de una frutería de Theobald's Road. No tenían hijos ni criada, y habían reducido el hecho de vivir a la más bella de las bellas artes. Ana Verónica se enteró de que *Mr. Goopes* era matemático y enseñaba en alguna escuela, y que su esposa escribía una columna semanal en la revista *Ideas Nuevas* sobre la alimentación vegetariana, la vivisección, la degeneración, la secreción láctea, la apendicitis y el pensamiento elevado en general, lo que no era obstáculo para que también sacara adelante la tienda de frutas. Su mismo mobiliario tenía cierto aspecto misterioso, y cuando estaba en su casa *Mr. Goopes* se vestía sencillamente con un traje en forma de pijama de tela basta atado con cintas de color castaño, mientras que su esposa llevaba una túnica púrpura ricamente bordada. Era un hombre pequeño y parco en palabras, y su mujer poseía una de esas barbillas que poco a poco van convirtiéndose en un cuello macizo y ancho. Una vez por semana, todos los sábados celebraban una pequeña reunión desde las nueve hasta las primeras horas de la madrugada. En ellas no se hacía otra cosa que hablar y quizá leer en voz alta, mientras se tomaban refrigerios compuestos de frutas, bocadillos, limonadas y vinos sin fermentar. Después de grandes preliminares y anuncios. *Miss Miniver* condujo a Ana Verónica a uno de aquellos festines.

La presentaron como a una joven que se rebelaba contra los suyos, a una reunión que consistía en una señora muy vieja con el rostro lleno de arrugas que llevaba encima de la cabeza lo que a Ana Verónica le pareció un chal, en un joven tímido y rubio con gafas, en dos mujeres nada distinguidas, vestidas sencillamente con faldas y blusas, y en un matrimonio de mediana edad, los dos muy gruesos y vestidos de negro, el concejal *Mr. Dunstable*, del Consejo de Borough de Marylebone, y su esposa. Todos estaban sentados en semicírculo alrededor de una chimenea llena de adornos de cobre que lucía la inscripción: «Éste es el momento».

A ellos se sumó más tarde un joven pelirrojo que lucía una corbata color naranja y un traje a cuadros, y varias otras personas que Ana Verónica, a pesar de todos sus esfuerzos, nunca logró recordar ni imaginarse por separado.

La conversación era animada y siempre brillante de forma, aunque no de fondo, y

había momentos en que Ana Verónica sospechaba que los que hablaban no hacían sino esforzarse para lograr su admiración.

Hablaban de un nuevo sustituto para aderezar la cocina vegetariana, de la que *Mrs. Goopes* estaba convencida que ejercía una influencia excepcionalmente purificadora sobre el espíritu. También hablaron del anarquismo, y del socialismo, y de si el primero era todo lo contrario del segundo o únicamente su forma más elevada. El joven pelirrojo hizo varias alusiones a la filosofía hegeliana, lo que confundió momentáneamente a los que hablaban. Después el concejal *Dunstable*, que hasta entonces había permanecido en silencio, comenzó a hablar, se salió por la tangente y expresó su opinión personal sobre varios de sus compañeros del Consejo. Durante el resto de la noche siguió haciendo esto siempre que tenía oportunidad entre dos tópicos. Se dirigía sobre todo a *Goopes* y hablaba como si consultara a una serie de preguntas imaginarias sobre el personal del Consejo de *Marylebone*.

—Yo diría que *Blinders* es honrado —decía—. Claro que un hombre vulgar...

Por su lado, *Mrs. Dunstable* no tomaba parte en la conversación más que con asentimientos de cabeza. Cada vez que el concejal *Dunstable* alababa o culpaba a alguien, asentía dos o tres veces, según lo requiriera el énfasis de sus palabras. Y siempre parecía contemplar de reojo el traje de Ana Verónica. *Mrs. Goopes* desconcertó de pronto a la pareja, dirigiéndose bruscamente al joven de la corbata amarilla (que al parecer era ayudante del editor de *Ideas Nuevas*) para hablarle de una crítica de Nietzsche y Tolstoi que había aparecido en la revista y cuyo contenido arrojaba dudas sobre la sinceridad del último. Todos parecían muy preocupados por la sinceridad de Tolstoi.

Miss Miniver dijo que si alguna vez perdía la fe en la sinceridad de Tolstoi, nada podría tener ya interés para ella, y preguntó a Ana Verónica si no eran éstos sus sentimientos. *Mr. Goopes* explicó que debía hacerse una distinción entre la sinceridad llevada a un nivel sublime.

El concejal *Dunstable* dijo que la sinceridad era a menudo cuestión de oportunidad y lo demostró con una anécdota sobre *Blinders*. Mientras la explicaba, el joven de la corbata color naranja logró dar a la discusión un sabor de osadía y erotismo, preguntando si se podía ser completamente sincero en el amor.

Miss Miniver dijo que no había verdadera sinceridad más que en el amor y preguntó a Ana Verónica si no creía lo mismo, pero el joven de la corbata color naranja declaró que era perfectamente posible estar enamorado con toda sinceridad de dos personas al mismo tiempo, aunque quizás en un plano diferente con cada una y engañándolas a ambas. Pero aquello hizo que *Mrs. Goopes* le refutara con la lección que Tiziano enseña con tanto arte en su «Amor sagrado y profano», y se mostró muy elocuente al hablar de la imposibilidad de engaño alguno en el amor sagrado.

Después hablaron de amor durante algún tiempo y el concejal *Dunstable*, volviéndose hacia el joven pálido y rubio y hablando en voz baja aunque perfectamente audible, le hizo un informe breve y confidencial sobre los rumores

infundados que corrían acerca de la bifurcación de los afectos privados de Binders que habían creado una situación algo desagradable en el Consejo.

La anciana que llevaba la cabeza cubierta por un chal, tocó de pronto el brazo de Ana Verónica y dijo con voz profunda:

—¿Ya están hablando de amor? Ustedes hablan del amor, de la primavera... ¡Oh! ¡La juventud!

El joven de la corbata color naranja, sin hacer caso de los esfuerzos por parte de Goopes de llevar la conversación a un tono más elevado, volvió a insistir en considerar la posible distribución de los afectos amorosos de los personajes modernos.

La anciana del chal dijo entonces:

—¡Ah! ¡Si ustedes los jóvenes supieran...!

El joven de las gafas se aclaró la garganta y preguntó al de la corbata color naranja si creía posible el amor platónico. Mrs. Goopes dijo que creía en ello firmemente. Miró a Ana Verónica, se puso en pie y condujo a Goopes y al joven tímido hacia la mesa de los refrescos.

Pero el joven de la corbata color naranja permaneció en su lugar y preguntó si acaso el cuerpo no tenía algo que denominaba como su legítimo derecho. Y de aquel punto, pasando por la *Sonata a Kreutzer* y *Resurrección*, volvieron a Tolstoi.

Goopes, que al principio se había mostrado reservado, volvió a hablar del método socrático con objeto de hacer callar al joven de la corbata color naranja, y al fin pareció convencerle de que el cuerpo no es más que una ilusión y que todo se limita al espíritu y a moléculas de pensamiento. Al fin la conversación quedó reducida a un duelo dialéctico entre los dos, mientras los demás escuchaban en silencio... Todos menos el concejal de Marylebone, que se había apartado con el joven rubio y tímido y estaba sentado dando la espalda a todo el mundo, tapándose la boca con una mano y hablándole confidencialmente de la lucha crónica entre la modestia natural y la sencillez general del Consejo y los males sociales de Marylebone.

La conversación continuó. Más tarde criticaron a los modernistas, concediendo una atención especial a los ensayos atrevidos de Wilkins, de donde pasaron a discutir el futuro del teatro. Ana Verónica intervino en la discusión acerca de los novelistas con una encendida defensa de *Esmond* y una negación de que *El egoísta* fuera una obra oscura. Cuando habló, todos los demás callaron para escuchar sus palabras. Después discutieron si Bernard Shaw debería entrar en el Parlamento. Esto les trajo de nuevo al tópico de vegetarianismo, y el joven de la corbata color naranja y Mrs. Goopes manifestaron sus opiniones sobre la sinceridad de Chesterton y Belloc, a lo que Goopes puso fin reanudando sus teorías sobre el método socrático.

Por fin Ana Verónica y Miss Miniver bajaron la oscura escalera, salieron a las plazas londinenses cubiertas de niebla y cruzaron Russell Square, Woburn Square y Gordon Square en dirección a la residencia de Ana Verónica. Caminaban de prisa, con cierto apetito, debido al hecho de que durante tantas horas no habían tomado

alimento más que a base de frutas, pero sintiendo una extraordinaria agilidad mental. *Miss Miniver* no podía decir exactamente si Goopes, Bernard Shaw, Tolstoi y el doctor Tumpany, o Wilkins el escritor, eran los cerebros más perfectos de su época. Lo que para ella estaba claro es que en todo el mundo no había cerebros como aquéllos.

4

A sí, una noche, Ana Verónica fue con *Miss Miniver* a Essex Hall, donde ocuparon dos de los últimos asientos y pudieron ver y oír a las principales figuras de la sociedad fabiana, que estaban rehaciendo el mundo. Bernard Shaw, Toomer, el doctor Tumpany y Wilkins subieron al escenario. El local estaba atestado y la gente que los rodeaba se componía de jóvenes entusiastas y una gran variedad de hombres del tipo de Goopes. Los temas tratados constituían una extraña mezcla de cosas personales y mezquinas, con una devoción idealista cuya grandeza no podía ponerse en duda. En casi todos los discursos se hablaba de los grandes cambios que se hacían necesarios en el mundo, cambios que había que llevar a cabo con grandes esfuerzos y sacrificios.

Después, acudió a otra reunión aún más grande y entusiasta: la de la sección más avanzada del movimiento femenino, celebrada en Caxton-Hall, donde una vez más se habló de los cambios necesarios para el progreso. Acudió también a una velada de la Asociación de Reforma de Alimentos, donde los cambios inminentes se hacían alarmantemente visibles. La reunión feminista tenía mucha más fuerza emotiva que la socialista. Ana Verónica se sintió influida por el ambiente y aplaudió e hizo continuas exclamaciones, que ni una reposada y posterior reflexión consiguió explicar.

—Sabía que te impresionaría... —dijo *Miss Miniver*, cuando salieron a la calle acaloradas y llenas de excitación—. Sabía que empezarías a comprender el sentido de todo ello.

Y así era, en efecto. Ana Verónica comenzó a vibrar con una nueva vida, no tanto porque sentía en ella nuevos sistemas de ideas, sino un gran impulso hacia cambios futuros, un gran descontento de la vida tal como se vive en el presente, una clamorosa confusión de ideas para la reconstrucción de los métodos comerciales, del desarrollo económico, de las reglas de la propiedad, del bienestar de los niños, de la alimentación, del vestido y la enseñanza. Atribuyó una conciencia exagerada a la multitud de gente que transitaba por los inmensos espacios de Londres, la cual daba a entender con sus mismos movimientos y gestos la urgencia de los cambios que se avecinaban. Algunos de ellos se movían e incluso se vestían como visitantes extranjeros de paso hacia tierras extrañas e infinitamente mejores, más que como londinenses indígenas que eran. En su mayor parte se trataba de hombres que practicaban las artes plásticas, de escritores jóvenes, de empleados y de una gran proporción de mujeres y muchachas estudiantes. Todos ellos constituían un ambiente

en el que Ana Verónica se halló sumergida y que al fin se convirtió en el suyo propio.

Ninguna de las cosas que decían o hacían era del todo nueva para Ana Verónica, pero todas ellas adquirirían ahora un significado distinto, se hacían vivas y no se limitaban a informaciones sacadas de los libros... Eran cosas vibrantes, articuladas, consistentes.

El escenario de Londres, como fondo de Bloomsbury y Marylebone, de donde aquella gente iba y venía, adquirió a causa de sus fachadas grises, de sus ventanas respetables y de sus raíles de hierro, un aspecto que en cierto modo cada día le recordaba más a su padre en sus fases más inexorables y a todo aquello contra lo cual se había propuesto luchar.

Por sus lecturas, y bajo la influencia de los Widgeott, en su mente estaba ya preparado el terreno para que en él fructificaran nuevas ideas y movimientos, aunque es posible que por temperamento estuviera más dispuesta a resistirse y a criticar que a abrazarlas. Pero la gente entre la cual se hallaba mezclada ahora gracias a *Miss Miniver* y a los Widgeott —porque Teddy y Hetty la visitaban con frecuencia desde Morningside Park, la llevaron a un restaurante barato del Soho y la presentaron a algunos estudiantes de Artes que eran también socialistas, haciendo de este modo posible que más tarde pudieran reunirse para hablar en un estudio—, estaban convencidas, no sólo de que este mundo estaba equivocado de un modo estúpido y evidente, con lo que Ana Verónica estaba de acuerdo, sino que no necesitaba más que unos cuantos pioneros que se comportaran de un modo «avanzado», para que el nuevo orden se estableciera. Cuando el noventa por ciento de las diez o doce personas que se tropieza uno en un mes, no sólo repiten una cosa, sino que la dan por sentada, es muy difícil no participar de la misma creencia. Casi imperceptiblemente, Ana Verónica comenzó a cambiar de actitud, aun cuando su cerebro se oponía a todo cuanto aquello entrañaba. Y *Miss Miniver* comenzaba a influir en ello.

El hecho mismo de que *Miss Miniver* nunca consiguiera exponer claramente su argumentación, de que no le preocuparan sus propias contradicciones y de que no diera importancia a lo inconsistente de sus puntos de vista, todo lo cual le había granjeado la hostilidad de Ana Verónica en su primer encuentro de Morningside Park, se convirtió al fin en el secreto de su creciente influencia. Al cabo de algún tiempo el cerebro acaba por cansarse de hacer resistencia y cuando se enfrenta una y otra vez con las mismas frases, las mismas ideas que ya ha destruido, desenmascarado, disecado y enterrado, va teniendo cada vez menos energías para repetir la operación. Entonces empieza uno a darse cuenta de que unas ideas que consiguen una persistente resurrección han de tener necesariamente algo de cierto. Lo que *Miss Miniver* llamaría la verdad elevada, acaba por triunfar.

Sin embargo, a pesar de estas conversaciones, estas conferencias, movimientos y esfuerzos, a pesar de que Ana Verónica acompañaba a su amiga y de que a veces aplaudía con idéntico entusiasmo, sus ojos expresaban interrogaciones y sus cejas se mostraban más dispuestas que nunca a fruncirse. Estaba de acuerdo con todo ello, a

veces incluso intensamente, y, sin embargo, sentía que algo se le escapaba. Morningside Park había sido para ella algo pasivo e imperfecto; todo esto la envolvía en su actividad, pero seguía siendo imperfecto. Todavía fracasaba en algo intangible. Le influyó en ese aspecto el hecho de que la gran mayoría de cuantos la rodeaban fueran gente vulgar, personas borrosas y de aspecto cansado. Le influyó también que todos argumentaban mal, eran egoístas en sus modales e inconsecuentes en sus frases. Había momentos en que se preguntaba si toda aquella serie de movimientos, sociedades, reuniones y conversaciones, no sería sencillamente un espectáculo coherente de un gran fracaso que se protegiera a sí mismo tras el deslumbrante brillo de sus propias afirmaciones.

Todo ello comenzó al fin a perturbar la mente de Ana Verónica cuando por las noches intentaba dormir. La mantenía despierta el contraste entre el pensamiento avanzado y el pensador avanzado. Las propuestas del socialismo en general, por ejemplo, le parecían admirables, pero de ningún modo extendía su admiración a ninguno de sus exponentes. Le atraía la idea de una ciudadanía igual para hombres y mujeres, por comprender que una organización feminista daría forma y objeto al orgullo personal, al deseo de libertad y propio respeto que la habían traído a Londres; pero cuando escuchaba a *Miss Miniver* discursar sobre los próximos pasos que habría de dar la campaña sufragista, o se enteraba de que ciertas mujeres habían presentado una petición a un ministro, o se habían levantado en una conferencia pública para hacer su demanda del voto sin conseguir otra cosa que ser sacadas del local en medio de gritos y protestas, su espíritu se rebelaba. Ana Verónica no conseguía desprenderse de la divinidad. En su interior bullía algo no formulado aún, que la mantenía apartada de aquellos aspectos prácticos de sus creencias.

«Tú no has venido aquí por estas cosas, Ana Verónica —decía aquella voz interna—. Éste no es tu objetivo».

Era como si se enfrentara con una oscuridad dentro de la cual latía algo maravilloso y bello de forma aún desconocida. Y el fruncimiento de sus cejas se hacía aún más perceptible.

5

A principios del mes de diciembre, Ana Verónica comenzó a considerar la necesidad de llevar sus cosas a empeñar. Decidió empezar por su collar de perlas. Pasó una tarde y una noche muy desagradables (llevaba varias horas lloviendo y ella se había dejado su mejor par de botas en la casa de su padre de Morningside Park) pensando en su situación económica y meditando sobre el curso de acción más conveniente. Su tía le había mandado en secreto ropa interior de abrigo, doce pares de medias y su chaqueta de invierno, pero se había olvidado de las botas.

Estas cosas arrojaron una luz clara sobre su situación. Por último decidió dar un paso que desde el principio le había parecido lo más razonable, pero que hasta

entonces, por motivos demasiado imprecisos para ser formulados, no se había decidido a dar. Decidió ir a la oficina de Ramage y pedirle consejo. Al día siguiente se arregló con especial cuidado, buscó su dirección y marchó hacia la parte comercial de la ciudad.

Tuvo que esperar varios minutos en la antesala, donde tres jóvenes la contemplaron con curiosidad y admiración no disimulados. En seguida apareció Ramage, cortés y efusivo, y la hizo entrar en su oficina.

Los tres jóvenes intercambiaron miradas expresivas.

El despacho de Ramage estaba lujosamente amueblado, con una gruesa alfombra turca, una chimenea y un escritorio antiguo, y las paredes se hallaban cubiertas con grabados de Greuze y una pintura moderna de varios niños bañándose en un lago iluminado por el sol.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Ramage—. Una maravillosa sorpresa. Creía que se había desvanecido usted de mi mundo. ¿Ha estado fuera de Morningside Park?

—¿Le he interrumpido en su trabajo?

—Efectivamente. Pero es un inesperado placer. El trabajo existe para sufrir estas interrupciones. Siéntese aquí, en la mejor silla para los clientes.

Ana Verónica se sentó y los ojos de Ramage la examinaron.

—He estado buscándola —dijo—. Lo confieso.

Ana Verónica pensó que había olvidado lo saltones que eran aquellos ojos.

—Necesito que me aconseje —dijo.

—Bueno...

—¿Se acuerda de lo que hablamos una tarde sentados en una verja? Hablamos de que las mujeres deberían poder ganarse la vida de un modo independiente.

—Sí, sí.

—Pues bien, algo me ha ocurrido en casa.

Hubo una pausa.

—¿Le ha sucedido algo a *Mr. Stanley*?

—He tenido una desavenencia con mi padre. Fue sobre... una cuestión de lo que yo no podía o podía hacer. En fin, él... él me encerró en mi cuarto. Me encerró como en una prisión.

Durante unos instantes sintió que le faltaba el aliento.

—¡Oh! —exclamó *Mr. Ramage*.

—Yo quería ir a un baile organizado por los estudiantes de Artes que él no aprobaba.

—¿Qué razones dio para que no asistiera?

—Ninguna. Yo pensé entonces que aquello no podía seguir así, por lo que hice las maletas y me vine a Londres al día siguiente.

—¿A casa de una amiga?

—Me vine sola y alquilé una habitación.

—Debo decir que es usted muy valiente. ¿Lo hizo todo sola?

Ana Verónica sonrió.

—Sí, sola —dijo.

—¡Es magnífico! —*Mr. Ramage* se apoyó en su asiento y la contempló, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado—. Es usted extraordinaria. Si yo fuera su padre, no sé si la habría encerrado. Pero afortunadamente no lo soy. ¿De modo que salió dispuesta a luchar contra el mundo y a convertirse por su cuenta en una ciudadana libre? —Se echó de nuevo hacia delante y cruzó los brazos—. ¿Y cómo lo ha tomado el mundo? Si yo fuera el mundo, creo que hubiera extendido una magnífica alfombra roja y dorada y le hubiera pedido que expresara sus deseos. Pero supongo que no ha ocurrido así.

—No del todo.

—Sí, supongo que le habrá dado la espalda y habrá seguido pensando en otras cosas y no en usted.

—Me ofreció de quince a veinticinco chelines a la semana por exprimir todas mis energías.

—El mundo no tiene idea de lo que se debe a la juventud y al valor. Nunca la ha tenido.

—En efecto —dijo Ana Verónica—. Pero la cosa es que yo necesito un empleo.

—¡Exactamente! Y por lo tanto se ha dirigido a mí. Como ve, yo no le vuelvo la espalda, sino que la miro y considero su situación.

—¿Y qué cree que debo hacer?

—¡En efecto! —Levantó un pisapapeles y lo volvió a dejar sobre la mesa—. ¿Qué es lo que debe hacer?

—He buscado toda clase de cosas.

—Pero hay que considerar que en el fondo usted no quiere hacer ninguna de ellas.

—No le comprendo.

—Usted quiere ser libre y todo lo demás, sí. Pero no quiere hacer el trabajo que le proporcione el medio de ser libre. Quiero decir que el trabajo no le interesa por sí mismo.

—Supongo que no.

—Ésta es una de las diferencias entre nosotros. Los hombres somos como niños. Podemos absorbernos en nuestros juegos, en nuestras aficiones, en los negocios que hacemos y por eso algunas veces los hacemos bien y salimos adelante. Pero las mujeres... las mujeres, por regla general, no sienten de este modo. En realidad no es asunto suyo y como consecuencia natural no triunfan como nosotros, no salen adelante... y el mundo no les paga. No les atraen las cosas que atraen a los hombres, porque son más serias y se concentran en la realidad central de la vida, dejando a un lado sus aspectos externos. Creo que esto es lo que hace que la carrera independiente de una mujer sea mucho más difícil que la de un hombre.

—Sí, la mujer no desarrolla una especialidad —dijo Ana Verónica esforzándose por comprender las palabras de *Mr. Ramage*.

—La mujer ya tiene una. Su especialidad es el objeto central de la vida, es la vida en sí, el calor de la vida, el sexo... y el amor.

Pronunció estas palabras con aire de profunda convicción y con los ojos fijos en Ana Verónica. Era como si le hubiera revelado un secreto profundo y personal. Ella se sobresaltó al oírle, se dispuso a contestar bruscamente y se contuvo. Sus mejillas se colorearon.

—Esto no tiene nada que ver con la pregunta que le he hecho —dijo—. Es posible que sea cierto, pero no tiene relación con mis preocupaciones.

—Claro que no —dijo Ramage como quien sale de un profundo ensimismamiento. En seguida comenzó a interrogarla con tono profesional acerca de los pasos que había dado y de los lugares a donde había acudido. No expresó el optimismo de su primera conversación en el campo. Se mostró amistoso pero dubitativo—. Desde mi punto de vista es usted una mujer madura... Es tan antigua como todas las diosas y la contemporánea de cualquier hombre viviente. Pero desde... desde el punto de vista económico, es usted una persona muy joven y sin experiencia.

Hizo una pausa y comenzó a desarrollar esta idea.

—Está usted todavía en la fase evolutiva. Respecto a la mayoría de las cosas en el mundo del trabajo que una mujer puede hacer con eficiencia y con las que puede ganarse la vida, usted está todavía sin madurar y sin evolucionar totalmente. Si hubiera ido a la Universidad, por ejemplo, la situación sería distinta.

Habló de un puesto de secretaria, pero hasta para aquello necesitaría saber taquigrafía y escribir a máquina. Le explicó una y otra vez que lo que debía hacer era no intentar ganar un sueldo, sino adquirir conocimientos.

—Es usted como una mina de oro inaccesible. El material es magnífico, pero no tiene nada preparado para la venta. Éste es el resumen de la situación.

Reflexionó unos minutos, dejó caer la mano sobre la mesa y levantó la mirada hacia ella como a quien se le ocurre una idea brillante.

—Vamos a ver —dijo con ojos más saltones que nunca—. ¿Por qué estas prisas por hacer algo? Si ha de ser libre, ¿por qué no hacer lo más sensato? Consiga que su libertad valga la pena. Prosiga sus estudios en el Colegio Imperial, por ejemplo, gradúese y haga que suba su valor. O conviértase en una buena mecanógrafa, taquígrafa y experta secretaria.

—Lo que usted me propone es imposible.

—¿Por qué?

—Si vuelvo a casa mi padre no me permitirá asistir al colegio, y en cuanto a la mecanografía...

—No vuelva a casa.

—Sí, pero se olvida de un detalle. ¿Cómo voy a vivir?

—Eso es fácil. Muy fácil.. Pida dinero prestado. Pídamelo a mí.

—Yo soy incapaz de hacer semejante cosa —dijo Ana Verónica secamente.

—No veo razón alguna para que no lo haga.

—Es imposible.

—Consideróme como un amigo. Los hombres lo hacen continuamente, y ya que está dispuesta a desempeñar el papel de hombre...

—Esto está fuera de toda discusión, *Mr. Ramage*.

Las mejillas de Ana Verónica estaban teñidas de rojo.

Ramage frunció los labios y se encogió de hombros sin apartar la mirada de la joven.

—Como usted quiera... De todas formas, no comprendo el motivo de su negativa. Es el mejor consejo que puedo darle. Ya sabe que aquí me tiene. Imagínese que posee una cantidad guardada en el Banco a la que puede recurrir en cualquier momento. Es posible que al principio le resulte extraño, porque nos educan de modo que el hecho de tocar las cuestiones monetarias nos parece una falta de delicadeza. Es como una especie de timidez. De todas maneras, ya sabe que puede disponer de mí para la cantidad que necesite. Yo seré siempre la alternativa entre un trabajo mal remunerado o la vuelta a casa y la libertad absoluta.

—Es usted muy generoso...

—En absoluto —interrumpió él—. No es más que una propuesta amistosa. No soy ningún filántropo y le cobraré un cinco por ciento. No es más que un simple negocio.

Ana Verónica abrió los labios dispuesta a hablar, pero guardó silencio. Sin embargo, aquello del cinco por ciento pareció mejorar el aspecto de la propuesta de Ramage.

—Considere mi oferta siempre abierta. —Volvió a jugar con el pisapapeles y cuando habló de nuevo lo hizo en un tono completamente distinto—. Y ahora cuénteme cómo se marchó de Morningside Park. ¿Cómo se las arregló para sacar el equipaje de la casa? Debió ser una aventura muy emocionante para usted. Precisamente lo que siempre he lamentado de mi juventud es que nunca me escapé de ninguna parte con nadie para ir a ningún sitio. Y ahora... supongo que soy demasiado viejo, aunque me sienta joven... ¿Qué sentía cuando venía en el tren hacia la estación de Waterloo?

6

Antes de Navidad Ana Verónica había ido a visitar de nuevo a Ramage y aceptado la oferta que rehusara al principio.

A aquella decisión contribuyeron gran número de razones. La principal de ellas fue su urgente necesidad de dinero. No había tenido más remedio que comprarse un par de botas y una falda, y no le dieron mucho por el collar de perlas que llevó a empeñar. Por otra parte, deseaba pedir aquel dinero. En todos sentidos aquella acción le parecía cada vez más lo que había dicho Ramage: lo más sensato que podía hacer.

Allí estaba el dinero. No tenía más que pedirlo. Aquello quitaría a su aventura gran parte de su aspecto desagradable. En realidad, parecía el único medio posible de que ella pudiera salir triunfante de su acto de rebelión. Aunque sólo fuera por quedar bien ante su padre, deseaba triunfar. Y, después de todo, ¿por qué no pedirle prestado el dinero a Ramage?

Lo que él había dicho era cierto. La gente de la clase media siente una ridícula timidez en cuanto se menciona la palabra «dinero». Y ¿por qué habría de sentirse?

Ella y Ramage eran amigos, muy buenos amigos. Si ella estuviera en situación de poder ayudarlo, no cabía duda de que lo haría. Daba la casualidad de que era a la inversa y de que era él quien podía ayudarla, ¿por qué no había de permitir que lo hiciera?

Se decidió al fin, dejó a un lado todos sus escrúpulos, fue a ver a Ramage y le planteó la pregunta sin casi preámbulos.

—¿Puede prestarme cuarenta libras? —le dijo.

Mr. Ramage dominó su expresión de triunfo y reflexionó rápidamente.

—De acuerdo —repuso—. Desde luego.

Y sin añadir una palabra más cogió el carnet de cheques.

—Es mejor hacer números redondos —prosiguió—. Pero será mejor no darle un cheque... Bueno, sí, se lo daré. Le haré un cheque al portador para que pueda hacerlo efectivo en el Banco, que está muy cerca... Me permito aconsejarle que no guarde usted todo el dinero en su casa, sino que se abra una pequeña cuenta y vaya sacando de ella poco a poco. Será mejor que saque una libreta de ahorros, para lo cual no necesitará tantas referencias como le pedirían en un Banco. De este modo el dinero durará más y no le servirá de estorbo.

Estaba de pie, muy cerca de ella y la miraba a los ojos. Parecía que trataba de comprender algo que le tenía intrigado.

—Me alegro de que al fin haya recurrido a mí —dijo—. Es una prueba de confianza. La otra vez que estuvo aquí me sentí un poco ofendido. —Titubeó y cambió de conversación—. Me gustaría charlar con usted de muchas cosas. Es mi hora de almorzar. ¿Quiere acompañarme?

Ana Verónica reflexionó antes de contestar.

—No quiero hacerle perder el tiempo.

—No se preocupe por eso. No iremos a ningún sitio conocido de por aquí. Están llenos de hombres y no sabe uno a quién se va a encontrar. Pero conozco un lugar pequeño y tranquilo donde podremos hablar sin que nos molesten.

Por alguna razón indefinible, Ana Verónica se resistía a almorzar con él, pero tan indefinible era, que la dejó a un lado y Ramage atravesó con ella la oficina, cortés y atento, lo que inspiró profundo interés a los tres empleados. Cuando salieron, los tres se precipitaron hacia la única ventana y desde allí vieron como tomaban un coche. Su subsiguiente conversación y comentarios quedan fuera de los límites de nuestra historia.

—¡A casa Ritter! —dijo Ramage al cochero—. En Dean Street.

Era raro que Ana Verónica utilizara un coche, de modo que aquello le resultó agradable y estimulante. Disfrutó plenamente del balanceo del carruaje sobre sus grandes ruedas, del ruido de las pisadas del caballo y del paso por las calles llenas de gente.

El restaurante le pareció también entretenido y discreto. Se trataba de un local pequeño con varias mesas, sobre cada una de las cuales lucía una lamparita con pantalla y un ramo de flores. Aquel día no había niebla, las pantallas daban sensación de intimidad y un camarero italiano les atendió en un inglés deficiente pero exhibiendo una amplia sonrisa. Todo aquello resultó muy agradable para Ana Verónica. La comida de Ritter era mejor que la de sus compatriotas y también mejor guisada. Y por otra parte, Ramage, con perfecto conocimiento del paladar femenino, ordenó que les sirvieran Vero Capri. Ana Verónica sintió un agradable calor en las venas, y pensó que su tía se horrorizaría si la viera en aquel momento, almorzando *tête-à-tête* con un hombre. Sin embargo, aquello no podía ser más inocente.

Durante la comida hablaron amistosamente de los asuntos de Ana Verónica. Ramage resultaba un conversador brillante y entretenido y manifestaba cierta osadía que, sin embargo, quedaba dentro de los límites de lo permisible. Ella le describió a los Goopes y los fabianos y le habló también de su patrona. Por su parte, él hizo amenos comentarios sobre la vida moderna. Parecía tener grandes conocimientos sobre la vida. Esbozó posibilidades y la hizo sentir curiosidad. Ofrecía un gran contraste con la juventud ingenua de Teddy. Ana Verónica pensó que valía la pena conservar aquella amistad.

Pero cuando aquella noche lo recordó de nuevo, sintió que algunas dudas comenzaban a minar aquella convicción.

Se preguntó lo que Ramage pensaría de ella y lo que podía significar el brillo de sus ojos. Temió haberle causado una impresión equivocada por querer seguir adecuadamente, su conversación y haber hablado con más libertad de la conveniente.

7

Aquello aconteció dos días antes de Nochebuena. A la mañana siguiente recibió una carta de su padre:

«Mi querida hija: Vamos a entrar en los días del perdón y por lo tanto quiero tenderte la mano por última vez con la esperanza de una reconciliación entre los dos. Aunque no soy yo quien debe insistir, te ruego que vuelvas a casa. Mis puertas están todavía abiertas para ti. Si decides volver, olvidaremos lo pasado y haremos lo posible para que seas feliz.

»Te imploro que vuelvas. Tu aventura ha ido demasiado lejos y se

ha convertido en un motivo de serio disgusto para tu tía y para mí.

»Tanto ella como yo somos incapaces de comprender los motivos que te impulsan a obrar como lo haces, así como los medios con que cuentas para seguir viviendo así. Si pensaras en uno de los aspectos menos importantes de la cuestión, la dificultad en que nos vemos para explicar tu ausencia, empezarías a darte cuenta de lo que todo esto significa para nosotros. No necesito decirte que tu tía se une a mí en esta petición. Por favor, vuelve a casa. No dudes de que me mostraré comprensible y razonable.

»Con todo mi afecto.

PAPÁ».

Ana Verónica permaneció junto al fuego con la carta de su padre en la mano.

«¡Qué carta más extraña! —se dijo—. Pero supongo que la mayoría de las cartas que uno escribe son extrañas. Dice que tiene la puerta abierta... como si se tratara del Arca de Noé. Quisiera saber si en realidad desea que vuelva. Es curioso pensar lo poco que sé de él, de cómo siente y de lo que siente. ¿De qué modo trataría a Gwen?».

Continuó en la misma postura y se puso a pensar en su hermana.

«Creo que debería visitar a Gwen. Me gustaría saber lo que ocurrió entonces. — De su hermana sus pensamientos pasaron a su tía—. Desearía volver a casa por ella. Ha sido muy generosa conmigo si se tiene en cuenta lo poco que le da papá. —Pero al llegar aquí en sus meditaciones, triunfó la verdad—. Pero debo ser sincera conmigo misma y lo cierto es que no soy capaz de volver sólo por ella. Es muy buena y me quiere y yo *debería* portarme bien para complacerla. Pero no lo deseo. No me importa. Ni siquiera me importa lo que pueda sentir».

Después, como para compararla con la carta de su padre, sacó el cheque de Ramage de la caja que contenía sus papeles. Porque hasta entonces no lo había cobrado.

«Puedo rasgarlo, ceder ante mi padre y volver a casa —se dijo mientras contemplaba los dos papeles—. ¡Quizá después de todo Roddy tuviera razón...! Papá se dedica a abrir y cerrar la puerta de su casa, pero llegará un día...

»Puedo volver a casa... —Miró el cheque de Ramage como si se dispusiera a romperlo—. No —dijo al fin—. Soy un ser humano y no una tímida mujer. ¿Y qué haría yo en casa? Si cedo, estoy perdida. ¡Al diablo! Ya me las arreglaré para salir adelante».

Capítulo VIII

BIOLOGÍA

1

El mes de enero sorprendió a Ana Verónica como estudiante del laboratorio de Biología del Colegio Imperial que se eleva sobre los edificios de varias calles laterales, en el ángulo existente entre Euston Road y Great Portland Street. Estaba trabajando intensamente en el curso más avanzado de Anatomía comparada, profundamente aliviada por poder ocupar su mente en una tarea metódica e interesante y haber podido salir de las indecisiones de los dos meses anteriores. Hacía lo posible por olvidar dos hechos. Primero, que había alcanzado este estado de satisfactoria actividad incurriendo en una deuda de cuarenta libras con Ramage, y segundo, que su situación era necesariamente provisional y su futuro completamente incierto.

El laboratorio de Biología tenía un ambiente característico y propio. Estaba situado en lo alto del edificio y desde la ventana se distinguían una serie de casas que daban a Regent Park. Se trataba de una galería estrecha y larga, bien iluminada, bien ventilada y muy tranquila, llena de mesas e instrumentos, caracterizada por un olor a alcohol metílico y a animales disecados y esterilizados. A uno de los lados había una serie de muestras preparadas por el mismo Russell. Lo que en aquel lugar más agradaba a Ana Verónica, era que conseguía relegar los demás ambientes que había conocido a un plano borroso y confuso. Todo ello en general y cada uno de sus objetos en particular tendían solamente a un fin: a ilustrar, a elaborar, a iluminar, a hacer comprender con más y más claridad el significado de la estructura animal y vegetal. De un extremo a otro y del suelo al techo no se preocupaba de otra cosa que de las teorías referentes a las formas de vida. El mismo limpiador de la pizarra parecía estar allí para compartir el trabajo, y la habitación entera tenía ambiente de iglesia. Es posible que éste fuera el motivo de que resultara tan satisfactorio. Comparado con los confusos movimientos y personajes de las reuniones fabianas o con el inexplicable entusiasmo de la petición del sufragio, con los discursos que eran en parte una exhibición de motivos egoístas, en parte astutas maniobras y en parte gritos incoherentes para conseguir fines formulados de un modo informe, comparado con las ideas y venidas de públicos y partidarios que eran como un papel arrebatado por el viento en las calles, aquel laboratorio silencioso, tranquilo y metódico brillaba como una estrella solitaria entre nubes.

Día tras día y durante una hora en la sala de conferencias, con magnífica fuerza y

entusiasmo, Russell resolvía dificultades y hacía propuestas, tomaba medidas y solventaba problemas para la elaborada construcción del árbol familiar de la vida. A continuación los estudiantes pasaban al laboratorio y comprobaban estos hechos sobre tejidos casi vivientes utilizando el microscopio, y el escalpelo, la sonda y el micrótopo y toda su destreza, haciendo de vez en cuando una visita al compacto museo vecino, donde se exhibían ejemplares y muestras colocadas en hileras perfectas, bajo la dirección del ayudante, llamado Capes.

A cada lado de la fila de mesas había un par de pizarras y en éstas, con palabras rápidas y nerviosas que contrastaban enormemente con la pronunciación lenta y articulada de Russell, Capes dirigía la disección y hacía comentarios sobre la estructura de lo que se tratara de examinar. Después se movía por el laboratorio sentándose por turno junto a cada uno de los estudiantes, comprobando su trabajo, resolviendo sus dificultades y contestando a preguntas referentes a la conferencia de Russell.

Ana Verónica se había inscrito en el Colegio Imperial, obsesionada por la fama de Russell, por el papel que había jugado en las controversias darwinianas y por el efecto de fuerza y poder que emanaba del rostro amarillento y leonino que se descubría bajo su cabello plateado. Capes fue, para ella, un descubrimiento. Capes era algo que se le daba por añadidura. Russell ardía como una llama, pero Capes iluminaba con luz brillante, aunque fuera momentánea, cien rincones oscuros que Russell dejaba en la sombra.

Capes era un hombre excepcionalmente rubio, de unos treinta y dos o treinta y tres años, tan rubio que por casualidad se había librado de tener rubias las pestañas y las cejas. A fuerza de trabajo había logrado adquirir cierto renombre. Hablaba con voz agradable y con curiosa espontaneidad que era a veces algo torpe en la exposición y a veces perfectamente clara.

Analizaba con rapidez y precipitación, pero en general de un modo irreprochable, y dibujaba con una sencillez que compensaba en significado lo que le faltaba de precisión. En la pizarra, las tizas de colores se movían como cohetes de tonos distintos al surgir a la vida diagrama tras diagrama.

Aquel año había en el laboratorio una desacostumbrada proporción de mujeres y jóvenes, hecho que quizá se debiera a que la clase era excepcionalmente poco numerosa. En total eran nueve estudiantes, cuatro de los cuales eran femeninos. Como consecuencia de tan reducida asistencia, era posible llevar a cabo el trabajo sobre una base más familiar de lo que hubiera permitido una clase más numerosa. Además, se había instituido la costumbre de tomar una taza de té a las cuatro de la tarde bajo los auspicios de una tal *Miss Garvice*, una joven alta y esbelta que hacía gala de una profunda incapacidad intelectual y en quien el instinto casero parecía estar anormalmente desarrollado.

Capes asistía a estos té; era evidente que le agradaban y aparecía a la puerta de la habitación con cierta timidez, esperando a que le invitaran.

Ana Verónica le consideró desde el principio un hombre excepcionalmente interesante. Por de pronto le pareció la persona más variable que había conocido en su vida. En ocasiones se mostraba brillante y locuaz, hablando con todos y hubiera resultado dominador a no ser por su innata bondad; en cambio, otras veces era casi monosilábico y ni siquiera *Miss Garvice* conseguía sacarle una palabra. En algunos momentos se mostraba irritable y molesto y sus esfuerzos no lograban éxito alguno en sus intentos de parecer normal. En cambio, otros días desbordaba de un ingenio curiosamente maligno que acababa por destruir cualquier tópico que hubiera tenido el valor de enfrentarse con él. Los hombres que Ana Verónica había conocido hasta entonces eran tipos mucho más estables: Teddy, siempre absurdo; su padre, siempre autoritario y sentimental; Manning, siempre Manning. Del mismo modo, la mayoría de los otros que había conocido revelaban una estabilidad similar. Goopes se mostraba siempre intelectual, lento y socrático. Y en cuanto a Ramage... también Ramage exhibía siempre el mismo aire de avidez, aquel aire de saberlo todo, aquella mezcla en sus palabras de frases brillantes con frases comunes. Con Capes, con las reacciones de Capes, no se podía contar por anticipado.

Los cinco estudiantes masculinos eran muy distintos. Uno de ellos era un joven de dieciocho años, de tez muy blanca, que se echaba el pelo para atrás imitando a Russell, que tenía la tendencia de permanecer mudo cuando Ana Verónica se acercaba a él y con quien se mostraba bondadosa por cumplir un deber de caridad. Había también un joven de veinticinco años siempre vestido de azul que mezclaba a Marx y a Bebel con los dioses más ortodoxos del panteón biológico. Había también un muchacho decidido y alegre que había heredado de su padre cierta afición por la bacteriología. Los restantes eran un estudiante japonés muy silencioso que dibujaba maravillosamente y hablaba un inglés deficiente, y un escocés con gafas que todas las mañanas se ofrecía como ayudante voluntario y supletorio, contemplaba el trabajo de Ana Verónica, le decía que sus disecciones estaban «muy por encima del nivel femenino», se quedaba por allí como si esperara alguna muestra de apasionada gratitud por parte de ella, y con ademanes admirativos que hacían brillar las gafas como diamantes, volvía a su propia mesa.

En opinión de Ana Verónica, las mujeres no eran tan interesantes como los hombres. Había dos maestras, una de las cuales, *Miss Klegg*, podría ser prima hermana de *Miss Miniver*, por tener gran número de sus características. Había también otra muchacha de aspecto eternamente preocupado, que trabajaba muy bien y cuyo nombre Ana Verónica nunca llegó a conocer. Finalmente quedaba *Miss Garvice*, que al principio le inspiró admiración por la gracia de sus movimientos y que acabó por darle la impresión de que moverse con soltura y elegancia era el principio y el fin de su personalidad.

2

Las semanas siguientes fueron para Ana Verónica un período de intensos estudios y distracciones. Las impresiones de las semanas anteriores parecieron ponerse en orden en cuanto dejó su caótica busca de empleo y se puso de nuevo en contacto con el desarrollo coherente y sistemático de las ideas. El trabajo que se llevaba a cabo en el Colegio Imperial estaba en el más íntimo contacto con los intereses de cada día y las controversias de actualidad. Se alimentaba de las dos principales investigaciones de Russell, en la relación entre los branquidermos y los equino-dermatos y en los factores secundarios y terciarios producidos en los mamíferos y en los pseudomamíferos, así como en las formas libres de las larvas de varios organismos marinos. Además, existía una vigorosa competencia y un sistema de críticas mutuas entre el Colegio Imperial y los Mendelianos de Cambridge, que se hacía sentir en las conferencias. El laboratorio vibraba, lleno de vida.

Pero la influencia de la ciencia irradiaba más allá de su propio campo, más allá de los problemas interesantes y de una técnica elevada (que no nos proponemos por un solo momento exponer al lector, quien a estas alturas estará naturalmente enterado). La Biología es una ciencia extraordinariamente simple. Hace una serie de generalizaciones experimentales y a continuación expone la armonía de la relación existente entre esta colección infinitamente polifacética de fenómenos. Cada átomo de la zona germinadora de un huevo, los movimientos nerviosos de un caballo impaciente, los ademanes de un niño al hacer un cálculo, las sensaciones de un pez, los hongos que surgen sobre las raíces de una planta y el cieno que cubre una roca, eso y miles de cosas semejantes son sacadas a la luz y sus causas explicadas por la Biología. Y estas generalizaciones tentaculares no sólo reúnen todos los hechos de la Historia natural y de la Anatomía comparada, sino que se extienden más y más hacia un mundo de intereses que queda completamente fuera de sus límites legítimos.

Una noche, después de una larga conversación con *Miss Miniver*, se le ocurrió de pronto a Ana Verónica que este sistema biológico tenía para ella algo más que un interés académico. Y no sólo eso, sino que, después de todo, era un método más sistemático y satisfactorio para resolver las cuestiones latentes en todas las discusiones de la sociedad fabiana, las charlas del «Club Artístico Central», las reuniones en los estudios y las disputas profundas y sin fondo de todos los hogares. Era el mismo *Bios*, cuya naturaleza, caminos, métodos y aspectos preocupaba a todos. Y ella, ella misma, era este *Bios* eterno que comenzaba de nuevo su viaje de selección, multiplicación, fracaso y supervivencia.

Pero aquél no fue más que un fulgor momentáneo por el que aplicó la generalización a su propia persona. Y no desarrolló el tema.

Por otro lado, los ratos libres de Ana Verónica habían encontrado nuevos intereses y preocupaciones. Seguía asistiendo a los movimientos socialistas y a la agitación sufragista en compañía de *Miss Miniver*, y juntas acudieron a varias reuniones locales de los fabianos y a un sinnúmero de conferencias en pro del sufragio. Teddy Widgett no cesaba de mariposear en torno suyo y de vez en cuando la convidaba, junto con

Miss Miniver, a tomar una taza de té en compañía de un grupo de personas de las mismas tendencias. También *Mr. Manning* aparecía una y otra vez en su mundo, lleno de solicitud, y declaraba siempre que la consideraba espléndida y magnífica, y que desearía comentar un serie de cosas con ella. De vez en cuando le rogaba que le acompañara a tomar el té, por lo general en un reducido y agradable local en Tottenham Court Road, donde exponía su propio punto de vista y daba a entender que ella no tenía más que ordenarle para que el menor de sus deseos fuera cumplido. Con frases cuidadosamente subrayadas y voz firme y decisiva, expresaba a la joven sus varios gustos artísticos y apreciaciones estéticas. Por Navidad le regaló una pequeña edición de las novelas de Meredith, muy bien encuadernadas en cuero flexible, y al entregárselo le dijo que en su elección del autor se había guiado más por las preferencias de Ana Verónica que por las suyas propias. Siempre que estaban juntos, había en su actitud algo marcadamente liberal. Con ello quería expresar no sólo lo que opinaba de sus reuniones no autorizadas, sino también que, en lo que a él concernía, esta irregularidad carecía de importancia, que había arrojado de sí tales consideraciones.

Por lo demás, Ana Verónica seguía viendo a Ramage casi todas las semanas, diciéndose una y otra vez que su amistad era excepcional. Él le rogaba que le acompañara a cenar en cualquier restaurante italiano medio bohemio cerca del Soho o en uno de los establecimientos más elegantes alrededor de Piccadilly Circus, y por lo general ella no se negaba. No veía razón alguna para negarse. Aquellas cenas, con su abundancia de entremeses ambiguos, con sus fuentes llenas de alimentos multicolores, con sus vinos de Chianti y especialidades parmesanas, con sus camareros políglotas y su clientela escogida, resultaban divertidas y alegres. Y además le agradaba Ramage y concedía gran valor a su ayuda y sus consejos. Resultaba interesante comprobar de qué modo tan diferente y característico contemplaba él las cuestiones que a ella le interesaban. Y, por último, era divertido descubrir este otro aspecto de la vida de un habitante de Morningside Park. Hasta entonces había creído que todos volvían a casa lo más tarde a las siete, como solía hacer su padre. Ramage hablaba mucho de las mujeres en general y de alguna en particular, y sobre todo de los problemas de Ana Verónica. Continuamente hacía resaltar el contraste entre la suerte del hombre y la de la mujer, y la trataba como si ella fuera la base para tales comparaciones. El motivo principal de que a Ana Verónica le agradara aquella amistad, era que se salía de lo común.

Después de cenar iban a dar un paseo, por lo general al Embankment para contemplar el río a ambos lados del Puente de Waterloo. Se despedían en el Puente de Westminster y de allí él se iba a la estación. En una ocasión sugirió que fueran a ver a una bailarina nueva que había llamado mucho la atención, pero Ana Verónica no sentía deseo alguno de ver a una bailarina nueva. De modo que en lugar de ello hablaron del baile y de la danza y de lo que podría significar en la vida. Ana Verónica lo consideraba como un alivio espontáneo de energía que expresaba bienestar, pero

Ramage dijo que por medio del baile los hombres, los pájaros y los animales que bailan saben apreciar su propio esfuerzo.

Estas entrevistas, que habían sido planeadas para hacer sentir a Ana Verónica un gran afecto por *Mr. Ramage*, habían conseguido, por el contrario, que éste sintiera un interés cada vez más profundo por la joven. Se daba cuenta de que sus progresos eran muy lentos, pero no se le ocurría el modo de hacerlo con más rapidez. Pensó que tenía que hacer brotar en ella ciertas ideas e intensificar ciertas curiosidades y sentimientos. Hasta que tal cosa ocurriera, su experiencia le decía que todo sería inútil, que una muchacha como aquella resultaría de una frialdad impenetrable ante cualquier intento de aproximación. A este respecto tenía toda la fascinación de ser un interrogante absoluto. Por un lado parecía pensar con rectitud y franqueza y hablaba serena y libremente de tópicos que la mayoría de las mujeres evitarían o disimularían; pero, por otra parte, se advertía que no tenía consciencia, o al menos parecía no tenerla (éste era el problema), de que nada de todo aquello pudiera aplicarse a su persona, que sería lo primero que hubiera pensado cualquier otra mujer. Ramage se preocupaba siempre de que Ana Verónica advirtiera que él era un hombre con talento y experiencia y ella una mujer joven y hermosa, y que de las relaciones entre los dos podían surgir toda clase de posibilidades. Ella respondía con aparente indiferencia y nunca como una mujer bella y consciente de su atractivo. Siempre resultaba para él la estudiante perfecta.

La atracción que sobre Ramage ejercía su belleza se hacía más intensa en cada encuentro. A sus ojos aparecía radiante cuando la veía en la calle avanzando hacia él, y la contemplaba como si se tratara de una persona distinta, joven, esplendorosa, sonriente. De vez en cuando descubría cualquier detalle, una onda de su cabello, una línea de fino dibujo en el contorno de sus sienes o su cuello, que constituía para él un descubrimiento exquisito.

Empezaba a pensar en ella sin cesar. Muchas veces, sentado en su despacho, componía frases y conversaciones que olvidaba en cuanto se encontraba cara a cara con ella. Y comenzó también a despertarse por las noches dominado por su obsesión.

Pensaba en ella y en sí mismo de un modo completamente distinto a como lo hiciera al principio, y pensaba también en la inválida que dormía en la habitación contigua a la suya, cuyo dinero había hecho posible su negocio y su posición en la vida.

«Siempre he podido alcanzar todos mis deseos», se decía Ramage en medio de la oscuridad de la noche.

3

Durante algún tiempo la familia de Ana Verónica desistió de hacer nuevos ofrecimientos directos de perdón. Evidentemente esperaban que sus recursos se extinguieran. Ni su padre, ni su tía, ni sus hermanos dieron señales de vida. Pero una

tarde, a primeros de febrero, apareció la tía Mollie en un estado que oscilaba entre la dignidad y el resentimiento, pero manifiestamente preocupada por el bienestar de su sobrina.

—Anoche tuve un sueño —dijo—. Te vi en un lugar enlodado y resbaladizo sujetándote con las manos y hundiéndote cada vez más. Resbalabas y caías y estabas muy pálida. Fue un sueño extremadamente realista. Resbalabas, caías y volvías a levantarte para resbalar de nuevo. Fue tan intenso que me desperté y permanecí horas enteras en la cama pensando en ti e imaginándote aquí sola sin nadie que te proteja. Me pregunté lo que estarías haciendo y cómo irían tus asuntos. Me dije que aquello era una coincidencia y que debía hacer algo inmediatamente, y éste es el motivo de mi visita. —Hablabas muy de prisa, casi sin respirar—. No puedo ocultarte que no me parece bien que una muchacha como tú esté sola en Londres.

—Pero, tía, yo sé perfectamente cuidar de mí misma.

—Aquí debes de estar muy incómoda. Es una situación muy violenta y molesta para todos.

Habló con cierta aspereza porque tenía la impresión de que Ana Verónica sospechaba que la había engañado con aquel sueño y que ahora que estaba en Londres debía aprovechar la oportunidad y expresar su parecer.

—¡Pensar que no has celebrado la Navidad! Y ni siquiera sabemos lo que haces.

—Estoy trabajando para graduarme y conseguir el título.

—¿Y por qué no puedes hacerlo en casa?

—Trabajo en el Colegio Imperial. Es el único lugar donde es posible conseguir un buen título y papá no quiere ni oír hablar de ello. Si viviera en casa tendríamos un disgusto tras otro. ¿Cómo puedes creer que yo estaría dispuesta a volver, cuando me encierra con llave en mi habitación?

—Desearía que no ocurriera nada de esto —dijo *Miss Stanley* después de una pausa—. Desearía que tú y tu padre llegais a un acuerdo.

—Yo también lo deseo —respondió Ana Verónica con convicción.

—¿No podríamos arreglarlo de algún modo? ¿No podríamos hacer una especie de tratado de paz?

—Él no cumpliría las condiciones. Un día se pondría furioso y nosotras no nos atreveríamos a recordárselas.

—¿Cómo puedes decir tales cosas?

—¡Pero si es cierto!

—De todas formas no eres tú quien debe decirlo.

—Sea como sea, ello impide que hagamos un trato.

—¿No podría yo hacer un trato?

Ana Verónica reflexionó y no se le ocurrió ningún acuerdo posible que le permitiera celebrar cenas casi subrepticias con Ramage, o pasear por las plazas de Londres hablando del socialismo con *Miss Miniver* durante las primeras horas de la madrugada. Había probado el sabor de la libertad y de momento no sentía necesidad

alguna de protección. Sin embargo, la idea de hacer un pacto no le pareció mala.

—No comprendo cómo te las arreglas para vivir —dijo *Miss Stanley*.

—Oh, mis gastos son muy reducidos —se apresuró a replicar Ana Verónica mientras seguía pensando en el posible tratado de paz.

—¿Y no tienes que pagar nada en el Colegio Imperial? —preguntó su tía, pregunta que resultaba extremadamente desagradable.

—Sí, he tenido que pagar algunas cuentas.

—¿Cómo te has arreglado?

«¡Maldición!», se dijo Ana Verónica intentando borrar de su cara toda posible expresión de culpabilidad.

—Pedí el dinero prestado.

—¿Prestado? Pero ¿quién te lo prestó?

—Una amiga —dijo Ana Verónica.

Poco a poco se iba sintiendo acorralada. Precipitadamente buscó una respuesta razonable para la pregunta que evidentemente vendría a continuación, pero ésta no llegó a ser formulada. Su tía cambió de táctica.

—Pero, mi querida Ana Verónica, ¡vas a entramparte!

Inmediatamente, y con infinito alivio, Ana Verónica se refugió en su dignidad.

—Tía, creo que deberías confiar en mi propia estimación y decoro y saber que estas cualidades impedirán que ocurra tal cosa.

De momento, a su tía no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada a aquel contraataque, y Ana Verónica se aprovechó de su ventaja para cambiar de conversación e intentar averiguar dónde estaban sus botas.

Pero cuando su tía volvía en el tren a *Morningside Park*, razonó de este modo:

«Si ha pedido dinero prestado, tiene que estar entrampada. Nada de esto tiene sentido...».

4

De un modo imperceptible Capes logró ocupar un lugar preeminente en los pensamientos de Ana Verónica. Y una vez conseguido esto, alcanzó a grandes pasos y muy de prisa algo más que aquella preeminencia. Ella empezó por interesarse por sus demostraciones y teorías biológicas, después se sintió atraída por su carácter y por último, en cierto modo, se enamoró de su espíritu.

Una tarde en que tomaban el té en el laboratorio surgió una discusión sobre el sufragio femenino. El movimiento estaba entonces en sus primeras fases militantes y sólo una mujer se le oponía, *Miss Garvice*. Ana Verónica prefería mostrarse neutral, pero la oposición de un hombre la inclinaba siempre hacia el lado del sufragio; experimentaba un curioso deseo, impulsado por la lealtad de que las mujeres salieran triunfadoras en la discusión. En este asunto, Capes mostraba una calma irritante. No declaraba una oposición en regla ni una indecisión fluctuante, sino un cínico

escepticismo. *Miss Klegg* y la estudiante más joven atacaron vigorosamente a *Miss Garvice* por decir que, en su opinión, las mujeres perdían algo precioso al mezclarse en los conflictos de la vida. La discusión se hizo más amplia, siempre amenizada por el té, el pan y la mantequilla. Capes se sentía inclinado a apoyar a *Miss Klegg*, hasta que *Miss Garvice* le acorraló recordando un reciente artículo suyo aparecido en la revista *Siglo XIX* en el que había hecho un ataque vigoroso contra la petición de Lester Ward de un nuevo matriarcado como el primitivo y contra sus teorías sobre la importancia predominante de las hembras en todo el reino animal.

Ana Verónica no conocía este aspecto literario de su profesor y sintió una ligera punzada de celos hacia *Miss Garvice* por conocerlo. Más tarde buscó el artículo en cuestión que le pareció maravillosamente escrito y razonado. Capes tenía el don de saber escribir con naturalidad y sin afectación, lo que complementaba su pensamiento claro y lógico, y seguir sus ideas escritas dio a Ana Verónica la sensación de estar cortando objetos con un cuchillo completamente nuevo y perfectamente afilado. Ansiosa por leer nuevos escritos suyos, el miércoles siguiente se dirigió al Museo Británico, donde rebuscó en todas las revistas científicas hasta encontrar sus ensayos y sus artículos. Por lo general los artículos científicos y de investigación, cuando no conciernen a teorías extravagantes, tienen tendencia a resultar ligeramente pesados, pero Ana Verónica descubrió en ellos, encantada, la misma naturalidad y sencillez que en los artículos escritos para el lector de cultura media. Más tarde se sumió en la lectura de los artículos de Capes y volvió a releerlos, firmemente decidida a hacer alusión a sus frases, como lo había hecho *Miss Garvice*, a la primera oportunidad.

Cuando volvió a su casa aquella noche pensó, con algo parecido a la sorpresa, en su trabajo en el Colegio Imperial y decidió que en él había tenido oportunidad de darse cuenta de que Capes era en verdad una persona muy interesante.

De ahí pasó a analizar mentalmente a Capes. Se preguntó por qué resultaba tan distinta de los demás y pasó algún tiempo antes de comprender que esto se debía a que se estaba enamorando de él.

5

Y, sin embargo, Ana Verónica pensaba mucho entonces en el amor. En su mente se derrumbaban cada día varias barreras intelectuales. Todas las influencias que la rodeaban apoyaban su predisposición natural en contra de todas las tradiciones de su hogar y su pasión por resolver las cuestiones vitales de la vida. Por medio de una serie de indirectas, Ramage le había hecho comprender que el problema de su propia vida estaba inseparablemente relacionado con los problemas de la vida de cualquier otra mujer y que el principal problema de las mujeres es el amor.

—Un hombre entra en el mundo preguntándose cómo conseguirá colocarse —le había dicho Ramage en una ocasión—. La mujer, entra pensando instintivamente de qué modo podrá entregarse.

Ana Verónica había apreciado aquella frase en todo su valor e hizo que germinara y extendiera en su cerebro tentáculos aclaratorios. El laboratorio biológico, donde se veía la vida como un escenario de apareamiento, reproducción y selección, y de nuevo apareamiento y reproducción, parecía secundar aquella afirmación de Ramage. Por otro lado, todas las conversaciones de *Miss Miniver*, los *Widgett* y sus partidarios, parecían barcos batidos por la tempestad junto a las playas del amor.

«Durante siete años —se dijo Ana Verónica— he estado intentando no pensar en el amor. Me he obligado a mí misma a contemplar las cosas bellas sólo de soslayo...».

Ahora se autorizó a sí misma a contemplar estas cosas frente a frente y se hizo una secreta declaración de libertad.

«Esto son tonterías —se dijo—. Es una verdadera esclavitud. Para esto, lo mismo daría que estuviera en *Morningside Park*. El amor es lo más grande de la vida, es la única satisfacción de la mujer, lo que compensa todas las demás restricciones. Y, sin embargo, yo huyo de él, huimos todas con el espíritu paralizado a medias, hasta que acaba por dominarnos porque nos sorprende indefensas. ¡Pues desde ahora maldito si pienso seguir así!».

Pero a pesar de todo esto descubrió que no era capaz de hablar del amor con toda libertad.

Ramage daba siempre cien vueltas al tópico prohibido, esperando que ella le diera pie para frases más personales. Ana Verónica se preguntó muchas veces por qué no lo hacía. Pero algo instintivo la dominaba, y a pesar de sus propósitos de no ser «tonta» y anticuada, descubrió que cada vez que él se mostraba levemente atrevido en este asunto, ella respondía de un modo científico e impersonal, casi entomológico. Se apoderaba de cada comentario de él y lo sometía a un profundo análisis. En el laboratorio todos obraban del mismo modo, pero Ana Verónica fue sintiendo de día en día una creciente desaprobación hacia su propia austeridad mental. Tenía al lado un hombre de mundo con experiencia, que era su amigo, que evidentemente sentía gran interés por aquel tópico supremo y que deseaba hacerla partícipe de sus experiencias. ¿Por qué no se sentía tranquila con él? ¿Qué le impedía que averiguara cosas hasta entonces ocultas? Ya es bastante difícil aprender sin necesidad de que esta dificultad se vea diez veces aumentada a causa de toda esta serie de restricciones de palabra y pensamiento.

Al fin consiguió romper la barrera de la timidez en una dirección, y una noche habló del amor y de las realidades del amor con *Miss Miniver*. Pero la conversación le resultó poco satisfactoria. *Miss Miniver* repitió frases de *Mrs. Goopes*.

—La gente avanzada —dijo con aire de suficiencia— tiende a generalizar el amor. «Rezará mejor el que ame mejor todas las cosas grandes y pequeñas». Mi vida entera se compone de amor.

—Pero yo me refería al amor de los hombres —dijo Ana Verónica—. ¿No deseas el amor de un hombre?

Durante algunos segundos permanecieron silenciosas, ambas turbadas por aquella pregunta. *Miss Miniver* contempló a su amiga con reproche por encima de las gafas.

—¡No! —exclamó al fin con la aspereza de un latigazo—. Ya he pasado por todo eso —prosiguió después de una pausa. Al hablar de nuevo lo hizo con lentitud—. Hasta ahora no he encontrado todavía un hombre cuyo intelecto me inspire respeto.

Ana Verónica la contempló pensativa durante un momento y decidió insistir.

—Pero ¿qué hubiera ocurrido de encontrarlo? —preguntó.

—No puedo imaginarlo —dijo *Miss Miniver*—. Y piensa..., piensa... —Su voz bajó de tono— en el horrible embrutecimiento que lleva consigo.

—¿Qué embrutecimiento? —preguntó Ana Verónica.

—¡Mi querida Vee! —exclamó hablando ya en un susurro—. ¿Es que no sabes...?

—¡Oh! Claro que sé que...

—Entonces...

Las mejillas de *Miss Miniver* habían adquirido un rojo subido.

—¿No te parece que damos demasiada importancia a lo que tú llamas embrutecimiento? —dijo Ana Verónica indiferente a la confusión de su amiga. Después de una pausa momentánea decidió continuar la conversación—. Fingimos creer que los cuerpos son feos cuando en realidad son la cosa más hermosa del mundo. Fingimos que nunca pensamos en nada de lo que nos hace ser como somos.

—¡No! —exclamó *Miss Miniver* casi con vehemencia—. ¡Estás equivocada! No creí que pensaras en estas cosas. ¡Los cuerpos son horribles! Nosotros somos alma. El amor vive en un plano elevado. No somos animales. Si yo alguna vez encontrara un hombre a quien pudiera amar, le amaría platónicamente. —Hizo una pausa, sus gafas relucieron y repitió—: Platónicamente. De alma a alma.

Volvió la cara hacia el fuego, cruzó los brazos y se encogió de hombros con un estremecimiento.

—¡Uf! —exclamó.

Ana Verónica la observaba en silencio.

—No necesitamos a los hombres —dijo *Miss Miniver*—. No los necesitamos para nada. Nos sobran sus aires de suficiencia y sus risas estridentes. Son unos brutos vacíos, estúpidos y bestiales. ¡Unos brutos! Personifican a la bestia que la Humanidad lleva todavía dentro. Algún día la ciencia nos enseñará el medio de prescindir de ellos. Sólo las mujeres importan. No todas las especies tienen machos. Ya sabes que algunas carecen de ellos.

—Sí, por ejemplo los pulgones —reconoció Ana Verónica—. Pero ni siquiera ellos...

La conversación se interrumpió durante varios minutos y al fin Ana Verónica apoyó la barbilla sobre una de sus manos.

—Me gustaría saber cuál de nosotras dos tiene razón —dijo—. Yo no comparto en absoluto tu animosidad.

—Tolstoi explica todo esto muy bien —dijo *Miss Miniver* sin hacer caso de la actitud de su amiga—. Para él, la vida no tiene secretos. Ve a los hombres degradados por pensamientos y acciones bestiales y por toda clase de crueldades. Y todo ello se debe a que han ido endureciéndose a fuerza de bestialidad y envenenándose con el juego de la carne matada por ellos mismos y por bebidas fermentadas, bebidas que contienen miles y miles de microbios.

—Algunas de las cosas que comen y beben son vegetales —objetó Ana Verónica.

—Es igual. Además están borrachos de materialismo; están ciegos a todas las cosas bellas y sutiles y contemplan la vida con ojos inyectados en sangre y las ventanas de la nariz dilatadas. Son arbitrarios, injustos, dogmáticos, brutales y lujuriosos.

—Pero ¿tú crees de verdad que lo que comen influye en su cerebro?

—No lo creo. Lo sé —dijo *Miss Miniver*—. *Experte credo*. Cuando yo llevo una vida pura y limpia, libre de estimulantes y de excitantes, pienso con lúcida claridad; pero si tomo un bocado de carne o de algo semejante, mi visión mental se hace borrosa.

6

Poco a poco y sin que ella supiera cómo, igual que un apetito nuevo, surgió en Ana Verónica un irrefrenable deseo de disfrutar de la belleza en todas sus manifestaciones. Como si su sentido estético se hubiera hecho supersensible. Su cerebro se acusó a sí mismo de dureza y frialdad. Comenzó a buscar la belleza y la descubrió en lugares y aspectos inesperados. Hasta entonces la había visto en cuadros y en obras de arte, como una cosa sacada de la vida, pero ahora la sensación de la belleza se extendía a una multitud de aspectos insospechados del mundo que la rodeaba.

La idea de la belleza se convirtió en una obsesión y se fundió con su trabajo biológico. Una y otra vez se sorprendió a sí misma preguntándose con curiosidad:

«¿Por qué, por qué este afán de buscar la belleza?».

Y el hecho de que buscara razones para ello le permitía seguir pensando en aquella idea fija, cuando debía concentrar su atención únicamente en la Biología.

Estaba influida por dos sistemas de valores, por dos series de explicaciones que la Anatomía comparada por un lado y su sentido de la belleza por el otro, habían hecho vivir en sus pensamientos. No podía decidirse sobre cuál era la cosa más bella y la que daba más valor a los demás objetos. ¿Era acaso que la lucha de las cosas por sobrevivir creaba, como una especie de subproducto, estas intensas preferencias y apreciaciones, o era que una fuerza mística conducía a la vida hacia la belleza contra todas las corrientes y sin considerar el valor de la supervivencia y todas las discreciones manifiestas de la vida?

Se dirigió a Capes con aquel problema, y se lo describió minuciosa y claramente.

Él le dio una serie de explicaciones, como hacía siempre que ella le exponía alguna dificultad, y le indicó que leyera varios libros sobre la vida de las mariposas, el esplendor de los pájaros y las aves del paraíso, las rayas de los tigres y las motas de las panteras. Habló de un modo interesante, aunque general, y ella prefirió escucharle a seguir su consejo de leer toda aquella literatura. Una tarde, Capes se puso a mariposear en torno suyo y al fin se sentó a su lado. Durante algún tiempo hablaron de la belleza y de su misterio. En contraste con Russell, cuyos métodos intelectuales eran, por así decirlo, escépticamente dogmáticos. Capes habló sobre el asunto en una vena de misticismo muy poco profesional. Su charla pasó a la belleza de la música en particular, y aunque tuvieron que interrumpirla, pudieron reanudarla a la hora del té.

Pero ya no fue lo mismo. Todos los estudiantes se hallaban reunidos alrededor de la tetera de *Miss Garvice*. Tomaban el té y fumaban y era difícil lograr la misma sensación de intimidad. El escocés informó a Ana Verónica de que la visión de la belleza depende necesariamente de nuestras premisas metafísicas, y el joven que imitaba a Russell en su modo de peinarse, quiso hacerse notar diciendo al estudiante japonés que el arte occidental es simétrico, al contrario del oriental, que es asimétrico, y que entre los organismos más elevados existe una tendencia hacia la simetría externa para ocultar su interior falta de equilibrio. Ana Verónica decidió que tendría que reanudar otro día su conversación con Capes, y levantando la vista le descubrió entonces sentado en un taburete con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente ladeada mientras la contemplaba con expresión pensativa. La mirada de la joven tropezó con la de él durante un momento, llena de curiosa sorpresa.

Capes apartó la mirada y la fijó en *Miss Garvice*, como quien despierta de un sueño. Después se puso en pie y atravesó el laboratorio en dirección a su refugio, la sala donde se hacían los ensayos.

7

Un día ocurrió un incidente que llegó a adquirir un profundo significado.

Ana Verónica había estado trabajando en varias secciones microtómicas de una salamandra en desarrollo, y Capes acudió a examinar el resultado. Ana Verónica se puso en pie y entonces él se sentó al microscopio y pasó algún tiempo estudiando sección tras sección. La joven le miró y vio que los rayos de sol que entraban a través de la ventana iluminaban sus mejillas, descubriéndose así que estaban cubiertas por un delicado vello. En aquel momento sintió un profundo sobresalto interno. Algo dentro de ella sufrió un profundo cambio.

Se sintió consciente de la presencia de él como nunca lo había estado de ser humano alguno. Contempló la forma de su oreja, los músculos de su cuello, el dibujo de sus cejas y la curva de sus párpados; observó todos estos objetos familiares como si se tratara de cosas infinitamente bellas. Y, en efecto, eran cosas bellas. Mentalmente se imaginó sus hombros debajo de la chaqueta y pensó en los músculos

de sus brazos, hasta fijar por fin la mirada en la mano sensitiva que descansaba sobre la mesa. Pensó en él como en algo sólido, fuerte, algo en lo que se podía confiar más allá de toda medida. La consciencia de su proximidad inundó todo su ser.

Capes se puso en pie.

—Creo que ha hecho usted un buen trabajo —dijo.

Con un sobresalto y un esfuerzo por tranquilizarse, la joven ocupó su sitio junto al microscopio, mientras él permanecía de pie a su lado inclinándose por encima de su hombro.

Ana Verónica sintió que su proximidad la hacía temblar y que la invadía el deseo de sentir su contacto. Pero consiguió dominarse y fijó la vista en la lente.

—¿Ve ese punto? —preguntó Capes.

—Sí, lo veo.

—Esto es lo que quiero que comprenda.

Acercó una silla para sentarse al lado de Ana Verónica, situó su codo a un palmo del de la joven y trazó un diagrama. Después se puso en pie y se alejó.

Su marcha dejó a Ana Verónica una sensación de vacío, de enorme pérdida; una sensación que no sabía si contenía un infinito pesar o un alivio infinito...

Pero ahora sabía ya qué era lo que le ocurría.

8

Y aquella noche, sentada en la cama sin terminar de desnudarse, comenzó a acariciarse lentamente un brazo y a palpar los músculos que se distinguían bajo la piel. Pensó en la maravillosa belleza de la piel y de la textura viviente. Descubrió entonces que también su brazo tenía un vello suave y rubio, como la piel de un melocotón.

«Somos monos espiritualizados —se dijo. Extendió el brazo y volvió la mano en todas direcciones—. ¿Por qué fingir? —se preguntó en un susurro—. ¿Por qué fingir? ¡Hay tanta belleza oculta en el mundo!».

Dirigió una tímida mirada al espejo que se alzaba encima de la mesa de tocador y después al resto del mobiliario, como si éste pudiera penetrar los pensamientos que iban acudiendo a su mente.

«Quisiera saber si en realidad soy hermosa —se dijo finalmente Ana Verónica—. Quisiera saber si alguna vez brillaré como una luz, como una diosa transparente... Quisiera saber... Supongo que miles de mujeres lo han deseado como yo... En Babilonia, en Nínive... ¿Por qué no enfrentarse con los hechos?».

Se puso en pie. Se colocó de frente ante el espejo y se contempló de arriba abajo con ojos gravemente pensativos, gravemente críticos, pero llenos de admiración.

«Y después de todo..., ¡no soy más que una de tantas personas en el mundo!».

Compulsó las pulsaciones de las arterias de su cuello y por último se llevó la mano, suave y casi tímidamente, al punto donde el corazón le latía en el pecho.

El hecho de saberse enamorada cambió los pensamientos de Ana Verónica y alteró la naturaleza de sus tópicos.

Comenzó a pensar con insistencia en Capes y supuso que durante las últimas semanas debía haber estado también pensando en él de un modo inconsciente. Se sorprendió al descubrir la cantidad de impresiones suyas que su mente almacenaba y la exactitud con que recordaba sus menores gestos y frases. Entonces se dijo que no estaba bien pensar de manera tan continuada en un solo tema, e hizo un poderoso esfuerzo por encauzar su imaginación en otras direcciones.

Pero, asombrada, comprobó hasta qué punto las cosas más pequeñas e insignificantes volvían a hacerla pensar en Capes. Y cuando al fin logró dormir. Capes se convirtió en el maravilloso huésped de sus sueños.

Durante algún tiempo, le resultó suficiente el hecho de saberse capaz de amar, y que Capes la amara a su vez quedaba fuera de los límites de su imaginación.

Incluso no quería pensar en él correspondiendo a su amor. Quería imaginárselo como la persona adorada, quería estar cerca de él y contemplarle, quería que él hiciera su vida, fuera y viniera, haciendo y diciendo esto y aquello, inconsciente de la presencia de ella, mientras ella también permanecía inconsciente de sí misma. El saberse amada por él, haría que todo fuera distinto. De ser así, él volvería los ojos hacia ella, y ella se vería obligada a pensar en sí misma y en cómo aparecía ante él. Se vería obligada a ponerse a la defensiva y lo importante entonces serían sus propias acciones. Él exigiría y ella se ocuparía apasionadamente en satisfacer sus exigencias. Amar solamente, era preferible. Amar era olvidarse de sí misma, era experimentar un puro deleite al contemplar otro ser humano. Sentía que teniendo a Capes a su lado, se contentaría con seguir amando toda la vida.

Al día siguiente acudió a sus estudios y el mundo le pareció compuesto de una inmensa felicidad, jaspeado ocasionalmente por formas, personas y deberes. Descubrió que su amor no estorbaba para nada su trabajo microscópico. Más bien todo lo contrario. Se sobresaltó cuando oyó abrirse la puerta de la sala de ensayos y los pasos de Capes al acercarse al laboratorio, pero cuando llegó a su lado era ya completamente dueña de sí misma. Colocó un taburete para Capes a poca distancia del suyo, y después que él hubo examinado su trabajo titubeó ligeramente y se dispuso a reanudar su charla sobre la belleza.

—Creo que el otro día me mostré demasiado místico en mis opiniones sobre la belleza —dijo.

—El misticismo es bello —repuso Ana Verónica.

—Debemos enfocarlo desde el ángulo de nuestro trabajo. He estado pensando... No estoy seguro de que la percepción de la belleza no sea en primer lugar intensidad de pensamiento, libre de dolor; intensidad de percepción sin destrucción alguna de los

tejidos.

—Prefiero el misticismo —dijo Ana Verónica mientras pensaba: «Existe un gran número de cosas bellas que no son intensas».

—Pero la delicadeza, por ejemplo, puede percibirse intensamente.

—Sin embargo, ¿por qué un rostro es hermoso y otro no lo es? Según su teoría, dos rostros juntos, el uno junto al otro a la luz del sol, deberían ser igualmente hermosos. Hay que percibirlos exactamente con la misma intensidad.

Pero él no estaba de acuerdo.

—No quiero decir únicamente intensidad de sensación. Dije intensidad de percepción. Se puede percibir intensamente la armonía, la proporción, el ritmo. Son cosas leves y efímeras en sí mismas, como hechos físicos, pero como el detonador de una bomba, dan paso al explosivo. Hay que considerar el factor interno, así como el externo... No sé si me expreso con claridad. Quiero decir que lo importante es que la capacidad de percepción es el factor esencial de la belleza. Claro que la más profunda impresión puede ser causada por un murmullo.

—Eso nos hace volver una vez más al misterio —dijo Ana Verónica—. ¿Por qué ciertas cosas y no otras nos abren los horizontes?

—Podría ser el resultado de una selección, como la preferencia que ciertos insectos sienten por las flores azules, que no son tan llamativas como las amarillas.

—Eso no explica las puestas de sol.

—No tan claramente como explica el misterio de un insecto iluminándose sobre papel de color. Pero quizá si no nos gustaran los ojos claros, brillantes, límpidos (lo que es biológicamente comprensible), no podrían gustarnos las piedras preciosas. Es posible que las dos atracciones sean colaterales. Después de todo, un cielo puro, de brillantes colores, es la señal de que ha llegado el momento de salir de nuestro escondrijo, de alegrarnos y seguir viviendo.

—¡Hum! —exclamó Ana Verónica moviendo la cabeza.

Capes sonrió alegremente y sus ojos se encontraron con los de la joven.

—Es una idea que lancé de pasada —dijo—. Lo que pretendo decir, es que la belleza no es algo que se inserta. La belleza es la vida, la vida misma, la vida naciente, desarrollándose limpia y fuerte.

Se puso en pie, dispuesto a acercarse al alumno siguiente.

—Existe también la belleza insana —dijo Ana Verónica.

—Lo dudo —repuso Capes.

Hizo una pausa y se alejó en dirección al joven que se peinaba del mismo modo que Russell.

Ana Verónica contempló su espalda durante unos instantes y después atrajo hacia sí el microscopio. Permaneció algún tiempo completamente inmóvil, sintiendo que había dejado atrás un paso difícil y que ahora podría seguir hablando con él, como pudo hacerlo antes de comprender qué era lo que le sucedía..

Una idea estaba clara en su cerebro. Que conseguiría una beca, asegurándose de

aquel modo otro año en el laboratorio.

«Ahora comprendo el significado de todo», se dijo.

Y durante algunos días le pareció que, efectivamente, el secreto del universo, que tan obstinadamente había permanecido oculto e ignorado, se le había revelado en todo su esplendor.

Capítulo IX

DISCORDANCIAS

1

Una tarde, poco después del gran descubrimiento de Ana Verónica, llegó al laboratorio un telegrama para ella, que decía:

Aburrido y sin nada que hacer, ¿quiere cenar conmigo esta noche en cualquier sitio donde podamos hablar? Le quedaré agradecido.
— *RAMAGE.*

Aquello agradó a la joven. Hacía diez o doce días que no veía a Ramage y no le parecía mal tener una larga charla con él. Su mente rebosaba hasta tal punto de amor, que incluso se le ocurrió que podría hablar de ello. Y aunque no lo hiciera, resultaría agradable oírle hablar a su modo característico, sabiendo que todo el tiempo latía en su interior aquel secreto maravilloso.

Lamentó encontrar a Ramage con tendencia a la melancolía.

—Esto semana he ganado más de setecientas libras —dijo.

—¡Qué emocionante!

—No lo crea. No es más que un juego.

—Un juego con el que se pueden comprar toda clase de cosas.

Ramage se volvió hacia el camarero, que tenía en la mano la lista de los vinos.

—Nada me levanta el ánimo como el champaña —dijo—. Éste —añadió después de reflexionar un momento—. ¡Oh, no! ¿Es más dulce éste? Muy bien.

Cruzó los brazos y contempló a Ana Verónica con los ojos muy abiertos.

—Todo me sale bien y, sin embargo, no soy feliz. Creo que estoy enamorado.

Se echó hacia atrás para que le sirvieran la sopa, y después resumió:

—Creo que debo estar enamorado.

—No puede estarlo —dijo Ana Verónica con gran seriedad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque no es precisamente un estado de depresión.

—¿Qué sabe usted de eso?

—¡Puedo tener teorías! —exclamó la joven, radiante.

—¡Bah! ¡Teorías! Estar enamorado es un hecho.

—Un hecho que debería hacerle feliz.

—Es una inquietud..., un deseo... ¿Cómo? —El camarero había intervenido—. ¿Parmesan? ¡Lléveselo!

Lanzó una mirada al rostro de Ana Verónica y le pareció que la muchacha estaba radiante. Se preguntó por qué creería que el amor hacía feliz a la gente y comenzó a hablar de las flores que adornaban la mesa. Llenó las dos copas de champaña.

—Tiene que beberlo —dijo—. Para que me ayude a olvidar mi depresión.

Comían perdices cuando volvieron al tópico del amor.

—¿Qué le hace pensar —preguntó mirándola con avidez— que el amor hace felices a las personas?

—Sé que debe ser así.

—Pero ¿por qué?

Ana Verónica pensó que insistía demasiado.

—Las mujeres saben estas cosas por instinto —repuso.

—Dudo que las mujeres sepan estas cosas por instinto. Tengo mis dudas sobre el instinto femenino. Se supone que todas las mujeres saben cuándo un hombre está enamorado de ellas. ¿Cree usted que esto es cierto?

Ana Verónica eligió cuidadosamente un trozo de ensalada.

—Creo que sí —decidió al fin.

—¡Ah! —exclamó Ramage.

Ana Verónica levantó los ojos y advirtió que él la estaba mirando con ojos lánguidos a los que trataba de dar mucho más significado del que eran capaces de expresar. Hubo una breve pausa entre los dos, cargada para Ana Verónica de rápidas y fugaces sospechas e insinuaciones.

—Quizá se hable demasiado del instinto de las mujeres —dijo al fin—. Es un modo de esquivar las explicaciones. Y además es posible que las chicas de mi edad sean distintas de las mujeres. No lo sé. Supongo que una chica como yo no podría decir si un hombre está enamorado de ella o no lo está. —Su imaginación voló hacia Capes y sus pensamientos se tradujeron en palabras—. No puede saberlo. Supongo que depende de su propio estado de ánimo. Creo que si uno desea una cosa intensamente, se siente inclinado a creer que puede lograrla, y que si uno ama a otra persona deben sentirse muchas dudas. Y si uno ama muchísimo a otra persona, es uno ciego cuando más necesidad tiene de ver.

Se detuvo bruscamente, temerosa de que Ramage pensara en Capes al escuchar sus palabras. Y, en efecto, él la contemplaba con ansiedad.

—¡Siga!

Ana Verónica se sonrojó.

—Eso es todo —dijo—. Temo que en este asunto mis ideas estén un poco confusas.

Ramage la contempló y se sumió de nuevo en sus reflexiones cuando el camarero volvió a interrumpirles.

—¿Ha ido alguna vez a la ópera, Ana Verónica? —preguntó al fin.

—Una o dos veces.

—¿Quiere que vayamos ahora?

—Creo que me gustaría oír un poco de música. ¿Qué representan?

—*Tristán*.

—No he oído nunca *Tristán e Isolda*.

—Decidido, pues. Iremos. De algún modo encontraremos entradas.

—Es usted demasiado amable —dijo Ana Verónica.

—Mucho más amable es usted al acceder a venir conmigo.

Tomaron un coche. Ana Verónica se echó para atrás, sintiéndose cómoda y a gusto mientras contemplaba las luces, el movimiento y el brillo del tráfico callejero. Ramage se acercaba a ella más de lo necesario, la miraba sin cesar, hacía ademán de hablar y guardaba silencio. Cuando llegaron al «Covent Garden», Ramage adquirió uno de los palcos superiores y entraron cuando comenzaba la obertura.

Ana Verónica se quitó la chaqueta, se sentó en la silla de la esquina y se inclinó para observar al público del patio de butacas. Ramage colocó su silla junto a la de ella, de cara al escenario. La música fue posesionándose poco a poco de Ana Verónica, mientras sus ojos se deslizaban desde las filas de público hasta la orquesta, con sus violines vibrantes, con los metódicos movimientos de los instrumentos metálicos, con las partituras brillantemente iluminadas y las luces escondidas. Anteriormente había estado en la ópera, pero como un átomo de una masa congestionada en los asientos más baratos y con la visión obstruida por las espaldas, las cabezas y los sombreros del público. Ahora, por contraste, en su actual posición, disfrutaba de una agradable sensación de espacio y holgura. Con los compases finales de la obertura, se levantó el telón y apareció Isolda, sobre la proa de un buque del tiempo de los bárbaros. La voz del joven hombre de mar brotó de lo alto del mástil y comenzó la historia de los amantes inmortales. Ana Verónica no la conocía completamente y, por lo tanto, la siguió con un interés apasionado y profundo. Las magníficas voces seguían cantando y describiendo las fases y facetas del amor, mientras el barco avanzaba por el mar al rítmico compás de los remeros. Los amantes expresaron al fin la irresistible atracción que les unía, y en aquel momento, entre los gritos de los marineros, apareció el rey Mark, y se detuvo junto a ellos.

El telón descendió lentamente, cesó la música, las luces del teatro se encendieron y Ana Verónica salió de su confuso sueño de amor involuntario y arrollador, envuelto en brumas de color y sonido, para descubrir que Ramage estaba sentado junto a ella y que una de sus manos enlazaba su cintura. Hizo un movimiento y la mano se retiró.

—¡Ana Verónica! —dijo Ramage respirando profundamente—. ¡Esta música es conmovedora!

Ella le contempló inmóvil.

—¡Quisiera que hubiera bebido usted esa poción de amor!

La muchacha no supo qué contestar y él prosiguió:

—La música que estamos oyendo es el alimento del amor. Me hace desear la vida

más allá de toda medida. ¡La vida! ¡La vida y el amor! ¡Me parece desear ser siempre joven, siempre fuerte... y morir con grandeza!

—Es muy hermoso —dijo Ana Verónica en voz baja.

Durante unos instantes permanecieron silenciosos, intensamente conscientes de su mutua proximidad. Ana Verónica estaba excitada. Sus relaciones con Ramage se iluminaron con una luz extraña y desconcertante. Hasta entonces no se le había ocurrido representárselo bajo aquel aspecto. No la escandalizaba; la asombraba, la interesaba enormemente. Pero aquello no podía continuar. Intuía que él iba a decir algo más, algo aún más íntimo y personal. Sentía curiosidad, pero al mismo tiempo estaba decidida a no oír lo que fuera. Tenía que hacerle hablar, a toda costa, de un tema impersonal, y rebuscó desesperadamente en su cerebro.

—¿Cuál es el significado exacto de un *motiv*? —preguntó al fin—. Antes de haber oído música de Wagner, escuché entusiastas descripciones de ella hechas por una maestra del colegio muy antipática.

Se detuvo con aire interrogante, y Ramage la contempló sin hablar durante un intervalo de tiempo que ella juzgó interminable. Parecía titubear entre dos caminos a seguir.

—No estoy muy enterado de la técnica musical —dijo al fin con los ojos en los de ella—. Para mí es una cuestión de sentimiento.

Pero se contradijo a sí mismo sumiéndose en una perorata sobre los *motifs*. Por un acuerdo tácito, ambos prefirieron olvidar lo que se había interpuesto entre los dos, lo que había convertido en movedizo el terreno sobre el cual se movían y que tan seguro había sido hasta entonces...

Durante la música amorosa del segundo acto, hasta que los cuernos de caza de Mark irrumpieron en escena, Ana Verónica estuvo consciente de la presencia de un hombre muy cerca de ella, de un hombre que se disponía a decir algo, que se disponía quizás a tocarla, que alargaba hacia ella invisibles y ávidos tentáculos. Intentó reflexionar sobre lo que haría en tal o cual eventualidad. Su mente había estado y estaba llena del recuerdo de Capes, llena de la ilusión de un Capes como amante ideal. Y de un modo incomprensible, Ramage se confundía con él en su imaginación. Sintió el grotesco impulso de persuadirse a sí misma de que quien estaba a su lado era Capes, de que Capes la envolvía, por así decirlo, en alas de deseo. El hecho de que, por el contrario, se trataba de su amigo fiel, que le estaba haciendo un amor ilícito, continuó a pesar de sus esfuerzos, siendo para ella un detalle insignificante. La música la distrajo, haciéndola luchar contra una sensación de borrachera espiritual. Se le iba la cabeza. La música seguía vibrando, anunciando el momento en que el rey irrumpía en escena.

De pronto, Ramage la cogió por la muñeca.

—La amo, Ana Verónica. La amo... con toda mi alma.

Ella acercó su cara a la de él y sintió su cálida proximidad.

—¡Por favor, no! —dijo libertando su muñeca.

—¡Por Dios, Ana Verónica! —exclamó luchando por volver a apresarla—. Por Dios... Dígame ahora, en este momento, que usted también me ama.

Su expresión era ávida y, por así decirlo, furtiva. Ella le contestó en voz baja, porque a menos de un metro de Ramage se veía el brazo de una de las mujeres que ocupaban el palco contiguo.

—¡Suelte mi mano! ¡Éste no es lugar apropiado!

Ramage la soltó y comenzó a hablar en un susurro.

—Ana Verónica, le digo que esto es verdadero amor.

Besaría el suelo que pisan sus pies. Amo hasta su aliento... He intentado no decírselo, he intentado ser sencillamente su amigo. Pero es inútil. La quiero. La amo. La adoro. Haría cualquier cosa, daría cualquier cosa por hacerla mía... ¿Me oye? ¿Oye mis palabras...? Amor mío...

Intentó coger uno de los brazos de la joven, pero desistió ante su instantáneo ademán defensivo. Durante un largo intervalo ninguno de los dos habló.

Ella permaneció sentada en un rincón del palco, sin saber qué hacer o qué decir. Asustada, curiosa, perpleja..., pensó que era su deber ponerse en pie y pedir ser conducida a su casa, protestar de sus palabras como de un insulto. Pero no deseaba en absoluto hacer tal cosa. Tales acciones llenas de dignidad no entraban en el límite de su voluntad. Recordó que Ramage le era simpático, que le debía muchas cosas y además... estaba interesada, profundamente interesada. Aquel hombre estaba enamorado de ella. Intentó valorar exactamente la situación y sacar alguna conclusión del tumultuoso desorden de sus ideas.

Ramage comenzó de nuevo a hablar. Lo hizo en voz tan baja que resultaba difícil entenderle.

—La amo —decía— desde que se sentó conmigo en aquel camino. Siempre la he amado. No me importa lo que pueda separarnos, no me importa nada en el mundo. La amo, y todo lo demás para mí no existe..

Su voz se elevaba y descendía entre la música y las canciones de Tristán y el rey Mark, como la voz que se oye a través de un teléfono mal conectado. Ana Verónica contempló su rostro suplicante, y se volvió después a mirar el escenario, donde Tristán estaba herido en los brazos de Kurvenal, con Isolda a sus pies. El rey Mark, la encarnación de la fuerza, la encarnación del amor y la belleza masculina, se hallaba de pie junto a él. Después cayó el telón, cesó la música, el público comenzó a moverse y a aplaudir y las luces de la sala se encendieron de nuevo. La luz irrumpió en la oscuridad del palco, y Ramage puso fin al torrente de sus palabras echándose para atrás. Esto ayudó a Ana Verónica a recuperar el dominio de la situación.

Volvió una vez más la mirada hacia él y contempló a su antiguo amigo y agradable compañero, que de pronto había decidido convertirse en amante y que musitaba cosas interesantes pero aceptables. Su cara estaba enrojecida, y sus ojos, llenos de ansiedad, se posaron en los de ella con apasionados interrogantes.

—¡Diga algo! —exclamó—. ¡Hábleme!

Ana Verónica advirtió que le era posible sentir lástima de él y que podía lamentar la situación en que ambos se hallaban. Por supuesto, aquello era imposible. Pero se sentía inquieta y agitada y recordó de pronto que estaba viviendo a expensas de aquel hombre. Se inclinó hacia adelante y le habló.

—*Mr. Ramage* —dijo—. Por favor, no siga hablando así.

Él hizo un ademán, pero guardó silencio.

—No quiero que siga hablando así. No quiero escucharle. Si hubiera sabido que pensaba usted hacer tal cosa, no hubiera venido aquí.

—No puedo remediarlo. ¿Cómo quiere que guarde silencio?

—¡Por favor! —insistió la joven—. ¡Se lo ruego!

—¡Tengo que hablar con usted! ¡He de decir lo que tengo que decir!

—Pero ahora no..., ¡aquí no!

—Ha ocurrido. Yo no lo había preparado. Pero ahora que he empezado...

Ana Verónica comprendió que deseaba meterse en explicaciones, pero comprendió también que las explicaciones estaban fuera de lugar aquella noche. Quería pensar.

—*Mr. Ramage* —dijo—. Yo no puedo... Ahora no. Por favor... Ahora no, o de lo contrario tendré que marcharme.

Él la miró, intentando adivinar el misterio de sus pensamientos.

—¿No desea marcharse?

—No. Pero debo hacerlo..., debería...

—Yo necesito hablar de esto. Lo necesito.

—Ahora no.

—Pero es que la amo. La amo, y no puedo soportarlo más.

—Entonces, por favor, no me hable ahora. No quiero que me hable ahora. Habrá otro lugar... Éste no es el más apropiado. Me ha interpretado usted mal. No puedo explicarle...

Se contemplaron mutuamente, ciegos ambos a todo lo que no fueran sus sentimientos.

—Perdóneme —se decidió a decir él por fin. Su voz temblaba ligeramente de emoción cuando colocó la mano sobre la rodilla de Ana Verónica—. Soy el más estúpido de los hombres. He sido un estúpido, un inconcebible estúpido, al hablarle de este modo. Soy... soy un idiota enamorado y, por lo tanto, no soy responsable de mis actos. ¿Me perdonará si no vuelvo a hablarle?

Ella le miró con ojos perplejos y turbados.

—Imagínese que todo lo que he dicho no ha sido dicho. Y sigamos disfrutando de esta noche. ¿Por qué no? Imagínese que he tenido un ataque de histeria y que me he recuperado.

—Sí —repuso Ana Verónica sintiendo una impulsiva y momentánea admiración por él. Comprendió que aquél era el único modo de salir de aquella incómoda y molesta situación.

Ramage todavía la contemplaba interrogante.

—Y hablemos de esto... en otro momento. En algún sitio donde podamos hacerlo sin interrupción. ¿Quiere?

La muchacha reflexionó, mientras él pensaba que nunca la había visto tan segura de sí misma, tan tranquila y tan hermosa.

—Sí —dijo al fin—. Eso es lo que debemos hacer.

Pero no había terminado de pronunciar aquella frase, cuando ya dudaba de la conveniencia del armisticio que acababan de firmar.

Él sintió un salvaje impulso de gritar de júbilo.

—De acuerdo —dijo con extraña exaltación, aumentando la presión de su mano sobre la muñeca de la joven—. ¿Y esta noche somos amigos?

—Somos amigos —repitió Ana Verónica retirando su mano.

—Esta noche somos lo que hemos sido siempre, con la excepción de que la música en que estamos sumergidos es divina. ¿Ha podido escucharla mientras yo la molestaba? Al menos oyó el primer acto. Y todo el tercer acto es música de amor. Tristán se está muriendo, e Isolda está a su lado. Wagner acababa de enamorarse cuando lo escribió. Empieza con ese extraño solo que no podré volver a escuchar sin que el recuerdo de esta noche invada mi pensamiento.

Las luces se desvanecieron. Comenzaba el prelude del tercer acto. La música se elevó y descendió hablando el lenguaje de los amantes distanciados, de los amantes distanciados por antiguas cicatrices y recuerdos, y el telón se alzó, descubriendo a Tristán herido y reclinado en un diván y al pastor con su pipa en la mano.

2

Las explicaciones entre ambos tuvieron lugar la noche siguiente, pero fueron explicaciones hechas en términos muy distintos a los que Ana Verónica había anticipado. En términos completamente distintos y mucho más reveladores. Ramage acudió a recogerla a sus habitaciones y ella le recibió mostrándose encantadora y cariñosa, como una reina que se sabe a punto de causar un dolor a un esclavo fiel. Su actitud para con él fue desusadamente amable y gentil. Ramage llevaba un sombrero nuevo, de ala algo más ancha que la de su predecesor, que le sentaba perfectamente, quitando a sus ojos oscuros algo de su agresividad y dándole un aire benévolo y lleno de dignidad. De toda su persona se desprendía una controlada excitación, así como la anticipación del triunfo.

—Iremos a un lugar donde podamos estar solos —dijo—. Allí..., allí podremos aclarar las cosas.

De modo que esta vez fueron al «Rococó», en Germain Street, y subieron la escalera hasta un descansillo en el que encontraron a un camarero calvo y con bigotes como los de un almirante francés, y cuyos modales revelaban una discreción ilimitada. Parecía estar esperándolos. Amablemente les introdujo en una diminuta

habitación que contenía una estufa de gas, un sofá cubierto con una colcha de seda roja y una mesita adornada con un jarrón de flores.

—¡Qué lugar más curioso! —exclamó Ana Verónica contemplando el sofá con cierto recelo.

—Aquí podremos hablar con libertad —dijo Ramage—. Es un sitio privado.

Contempló los preparativos del camarero y en seguida se dispuso a ayudar a Ana Verónica a quitarse el abrigo, entregándolo después al camarero, que lo colgó en un rincón de la habitación. Evidentemente, ya había encargado la cena y los licores, y el camarero bigotudo dejó entrar a su subordinado con la sopa.

—Voy a hablar de temas indiferentes hasta que hayan concluido estas interrupciones del servicio —dijo Ramage—. Después... después estaremos solos... ¿te... gustó *Tristán*?

Ana Verónica hizo una pausa de una décima de segundo antes de contestar.

—La mayor parte de la ópera me pareció indescriptiblemente hermosa.

—¿No es cierto? ¡Y pensar que ese hombre la sacó de la más vulgar de las historias de amor! ¿No la ha leído?

—No, nunca.

—Pues ello expresa en una cáscara de nuez el milagro del arte y de la imaginación. Este extraño e irascible músico se enamoró de una mujer rica y de su cerebro salió *esto*, una obra de arte de gloriosa música, que ofrenda a los amantes el amor, a los amantes que aman, a pesar de todo lo que en el mundo hay de prudente, de respetable y de convencional.

Ana Verónica reflexionó. No quería dar la impresión de que se negaba a hablar, pero por su mente cruzaron toda clase de preguntas extrañas.

—¿Por qué las personas enamoradas serán tan provocadoras, tan indiferentes a cualesquiera consideraciones?

—Hasta los ciervos se tornan valientes. Supongo que se debe a que el amor es lo más importante de la vida. —Ramage se interrumpió un segundo y prosiguió con énfasis—: Sí, es lo más importante de la vida y todo lo demás se inclina ante él. ¡Todo, querida mía, todo! Pero tenemos que hablar de cosas indiferentes hasta que hayamos acabado con el camarero.

La cena terminó al fin y el camarero del bigote presentó la cuenta y salió de la habitación cerrando la puerta tras sí con infinita discreción. Ramage se puso en pie y de pronto, como sin darle importancia, dio la vuelta a la llave en la cerradura.

—Ahora nadie puede interrumpirnos —dijo—. Estamos solos y podemos hacer y decir lo que queramos. Estamos solos los dos.

Permaneció inmóvil, contemplándola. Ana Verónica se esforzó por asumir un aire de indiferencia. La vuelta dada a la llave la sobresaltó, pero no se le ocurrió ninguna objeción que hacer. Sintió que se hallaba en un mundo de costumbres desconocidas.

—¡Cuánto he esperado este momento! —exclamó Ramage mirándola intensamente durante unos instantes, hasta el punto de que el silencio llegó a hacer se

opresivo.

—¿Por qué no se sienta y me dice lo que quiere decirme? —preguntó Ana Verónica con un hilo de voz.

De pronto se sentía asustada y luchó por desterrar sus temores. Después de todo, ¿qué podía ocurrir?

Ramage seguía mirándola intensa y fijamente.

—Ana Verónica...

Antes de que ella pudiera decir una palabra para detenerle, estaba a su lado.

—¡No! —exclamó débilmente cuando él se inclinó, la rodeó con su brazo, cogió sus dos manos y la besó en los labios.

El universo de Ana Verónica, que nunca se había mostrado con ella tan respetuoso como hubiera deseado, dio un grito y se derrumbó. Todo en el mundo sufrió un cambio total. Si el odio matara, Ramage hubiera caído, atravesado por un rayo de odio.

—¡Mr. Ramage! —gritó poniéndose en pie con dificultad.

—¡Amor mío! —exclamó él abrazándola con firmeza—. ¡Amor mío!

—¡Mr. Ramage...! —comenzó de nuevo. Pero la boca de él selló sus labios y su aliento se mezcló con el suyo. Sus ojos se encontraron con uno de los de Ramage a pocos centímetros de distancia y le pareció que se trataba de un ojo monstruoso, inmenso y obstinado.

Ana Verónica cerró los labios con firmeza, apretó las mandíbulas y se dispuso a defenderse. Se libró de su abrazo e interpuso un brazo entre su pecho y el de él. Entonces empezaron a luchar con furia y cada uno de ellos adquirió consciencia del otro como de un cuerpo plástico y enérgico, de los músculos fuertes de sus cuellos contra sus mejillas, de manos aferradas a hombros y cintura.

—¡Cómo se atreve! —jadeó Ana Verónica, mientras su mundo se burlaba de ella y la insultaba—. ¡Cómo se atreve!

Los dos se asombraron de la fuerza de su contrario, aunque quizá fuera Ramage el más asombrado. Ana Verónica había sido una apasionada jugadora de *hockey* y había seguido un curso de *jiu-jitsu* en la escuela superior. Su defensa dejó de ser apropiada a una señorita y se convirtió en una defensa vigorosa y eficaz. Un mechón de su cabello se soltó y rozó los ojos de Ramage, y los nudillos de su puño pequeño, pero apretado, se incrustaron dolorosamente en su mandíbula, junto a la oreja.

—¡Suélteme...! —masculló Ana Verónica haciéndole experimentar un dolor agudísimo.

Ramage dio un grito, la soltó y retrocedió un paso.

—¿Cómo se ha atrevido a hacer una cosa semejante? —exclamó furiosa Ana Verónica.

3

Los dos se miraron con ira, en medio de un universo que había cambiado sus valores con calidoscópica precisión. La muchacha estaba acalorada y sus ojos brillaban de cólera. Respiraba agitadamente y tenía el cabello revuelto. También él estaba descompuesto. Tenía el cuello desabrochado y se llevaba una mano a la mandíbula.

—¡Fiera! —exclamó expresando lo primero que se le vino al pensamiento.

—No tenía usted derecho... —jadeó Ana Verónica.

—¿Por qué me ha atacado de este modo?

Ana Verónica se esforzó por convencerse de que no había querido hacerle daño deliberadamente, y por lo tanto no contestó a la pregunta.

—¡Jamás se me ocurrió que...!

—¿Qué demonios esperaba de mí, entonces? —preguntó él.

4

Casi cegadora, la luz se hizo en sus ideas y entonces comprendió el significado de la habitación, el camarero y toda la situación. Lo comprendió todo. Penetró en un mundo de mezquinos conocimientos, de hechos desnudos. Sintió impulsos de gritar, llamándose a sí misma la idiota más grande de la creación.

—Creí que deseaba hablar conmigo —dijo.

—Quería hacerle el amor. Y usted lo sabía —añadió al ver que ella guardaba silencio.

—Usted me dijo que estaba enamorado de mí —dijo Ana Verónica—. Yo quería explicarle...

—Dije que la amaba y que la deseaba. —La primera impresión de inconcebible asombro iba evaporándose en él—. Estoy enamorado de usted. Usted sabe que lo estoy. Y, sabiéndolo, ha estado a punto de estrangularme... Creo que me ha roto un tendón o algo. ¡El dolor que siento es como si me lo hubiera roto!

—Lo lamento —dijo Ana Verónica—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Le contempló durante unos segundos, mientras los dos reflexionaban rápidamente. Si la abuela de la muchacha hubiera podido leer sus pensamientos, hubiera vuelto a morir. Ante todo lo que estaba sucediendo, lo lógico era que se hubiera desmayado o puesto a gritar. Debía haber mantenido una apariencia de dignidad ultrajada que ocultara el desfallecimiento que sentía en su corazón. Yo desearía escribir que así ocurrió, pero no sería ésta una justa descripción de su actitud. Sin duda alguna, se sintió como una reina ofendida, alarmada y asqueada profundamente. Pero estaba excitada y en lo más hondo de su ser había algo, una vena aventurera, ignorada hasta entonces, un elemento sutil que se adentraba en su mente haciéndola pensar que todo aquel asunto era, después de todo, un juego apasionante. En lo más hondo de su corazón Ramage no le inspiraba el menor miedo. Es más, sentía una inexplicable simpatía hacia él. Y lo más grotesco de todo ello era

que en lugar de avergonzarse, se había limitado a experimentar de un modo crítico y desapasionado la extraña sensación de ser besada. Hasta entonces ningún ser humano había tocado sus labios...

Habían de pasar unas horas antes de que se evaporaran aquellos ambiguos elementos que componían sus sensaciones y de que experimentara una verdadera repugnancia. Entonces fue cuando comenzó a sentirse completamente avergonzada de todo el desgraciado incidente y de la ignominiosa lucha y el forcejeo que siguió.

Ramage, por su parte, se esforzó por comprender la serie de reacciones inesperadas que de aquel modo habían destruido su *tête-à-tête*. Se había prometido un dominio completo de la situación de aquella noche, y había fracasado. Todo su dominio se había disipado, por así decirlo, con el primer choque. Se dio cuenta entonces de que Ana Verónica se había comportado con él de un modo indigno.

—Escúcheme —le dijo—. Yo la traje aquí para hacerle el amor.

—Yo no sabía que éste era su modo de hacer el amor. Más vale que me deje marchar.

—Todavía no. La amo. La amo más aún, después de haber comprobado que hay algo diabólico en usted... Es usted lo más hermoso, lo más deseable que he conocido en mi vida. Y ha sido delicioso besarla aunque fuera a este precio. ¡Pero, demonio! ¡Es usted una fiera! ¡Es como las mujeres romanas que llevaban estiletes escondidos en el pelo!

—Yo vine aquí para hablar razonablemente, *Mr. Ramage*. Es abominable...

—¿De qué sirve mantener ese tono de indignación, Ana Verónica? Aquí estoy. La amo, me consume el deseo de poseerla ¡y voy a poseerla! No me mire de ese modo ahora. No se envuelva en una respetabilidad victoriana, ni finja que no sabía, que no suponía, etcétera, etcétera. Hay que dar alguna vez el paso que separa los sueños de la realidad. Éste es el momento. Nadie la amará jamás como yo la amo ahora. He estado soñando con usted y con su cuerpo noche tras noche... Me he imaginado...

—*Mr. Ramage*, yo vine aquí... No supuse por un momento que usted se atrevería a...

—¡Tonterías! ¡Ése ha sido su error! Es usted demasiado intelectual y quiere hacerlo todo con la mente. Los besos le dan miedo. El calor de su sangre le da miedo. Y eso ocurre sólo porque en este aspecto no ha nacido todavía.

Dio un paso hacia ella.

—*Mr. Ramage* —dijo Ana Verónica secamente—, me parece que no me ha comprendido. Tendré que decírselo claramente. Yo no le amo. No le amo ni puedo amarle. Amo a otro. Me resulta repulsivo que usted me toque siquiera.

Él contempló atónito este nuevo aspecto de la situación.

—¿Que usted ama a otro?

—Amo a otro, sí —afirmó ella—, y jamás podría amarle a usted.

Entonces fue cuando, con una pregunta, Ramage le reveló su idea acerca de las relaciones entre hombres y mujeres, mientras se llevaba de nuevo instintivamente la

mano a la mandíbula.

—Entonces, ¿por qué diablos permite que yo la invite a cenar y a la ópera... y por qué viene conmigo a un reservado? —La furia le dominó—. ¿De modo que tiene usted un amante? ¡Mientras yo la he estado manteniendo..., sí, manteniendo!

Como un proyectil ofensivo, arrojó a la cara de la joven esta concepción de la vida. Ella quedó paralizada. Sintió que era necesario escapar, pero no podía moverse. Ni por un momento se le ocurrió pensar en la interpretación que él daba a la palabra «amante».

—*Mr. Ramage* —dijo aferrándose a su idea fija—, quiero salir de esta horrible habitación. Todo ha sido un equívoco. He sido imprudente y tonta. ¿Quiere hacer el favor de abrir la puerta?

—¡De ningún modo! ¡Al diablo su amante! ¿Cree usted que yo voy a seguir manteniéndola mientras él le hace el amor? ¡Pues no lo crea! ¡Jamás oí nada semejante! Si él la quiere, que la consiga como pueda. Ahora es usted mía. La he pagado, la he ayudado y será usted mía aunque para conseguirlo tenga que romperla en pedazos. Hasta ahora no ha conocido usted más que mi aspecto amable y bueno. Pero ahora... ¡maldita sea! ¿Cómo va usted a evitarlo? ¡Voy a besarla!

—¡No lo hará! —dijo Ana Verónica con acento de firme decisión.

Ramage hizo un movimiento hacia delante. Ella entonces retrocedió rápidamente y cogiendo una de las copas de vino que había sobre la mesa, la tiró al suelo, donde se hizo añicos con estrépito.

—Si da un paso más —dijo— romperé todas las copas que hay en la mesa.

—¡Entonces haré que la encierren! ¡Lo juro!

Ana Verónica quedó momentáneamente desconcertada y se representó a la policía, los magistrados, la sala de justicia abarrotada de gente y el escándalo. Vio a su tía sumida en el llanto, a su padre pálido y acongojado.

—¡No se acerque! —gritó.

Hubo una discreta llamada a la puerta y la expresión de Ramage se alteró.

«No —dijo la joven para sí—. No tiene valor».

Sabía que estaba a salvo. Él se acercó a la puerta.

—No es nada —explicó tranquilizador a la persona que llamara.

Ana Verónica lanzó una ojeada al espejo y al comprobar el desorden en que estaba su persona, comenzó a arreglarse el cabello mientras Ramage parlamentaba.

—Se cayó una copa al suelo... —le oyó decir—. *Non. Pas du tout. Non... Niente... Bitte, Oui, dans la note...* Luego, luego...

La conversación terminó y se volvió una vez más hacia la joven.

—Me voy —dijo ella secamente, con tres horquillas en la boca.

Cogió su sombrero, que estaba colgado en la puerta del rincón, y comenzó a ponérselo. Ramage contempló con ojos iracundos el eterno milagro del arreglo femenino.

—Mire, Ana Verónica —dijo—. Quiero decirle unas palabras acerca de todo esto.

¿Va usted a decirme, y espera que yo lo crea, que ignoraba por qué la traje aquí?

—Exactamente —repuso ella con dignidad ofendida.

—¿No suponía que la besaría?

—¿Cómo iba a suponer que ningún hombre creería... creería que tal cosa sería posible... sin amor?

—¿Cómo iba yo a saber que no había amor?

Esto la hizo guardar silencio irnos instantes.

—¿Y de qué diablos cree usted que está hecho el mundo? —prosiguió él—. ¿Por qué cree que la he protegido? ¿Por el placer abstracto de la bondad? ¿Es usted parte de la gran hermandad blanca que lo toma todo sin dar nada a cambio? ¿Es usted acaso la mujer buena, que todo lo acepta como si le fuera debido? ¿Cree usted sinceramente que una mujer puede vivir tranquilamente de un hombre, sin dar nada a cambio?

—Creí que era usted mi amigo...

—¡Su amigo! ¿Qué tienen en común un hombre y una mujer para ser amigos? ¡Pregúnteselo a su amante...! Y aunque así fuera, ¿cree usted que una amistad puede basarse en recibir sin dar nada? ¿Sabe él que yo la mantengo? ¡Usted no quiere sentir los labios de un hombre sobre los suyos, pero está dispuesta a recibir lo que le den!

Ana Verónica sintió que la dominaba una cólera impotente.

—¡Es usted odioso, *Mr. Ramage!* —exclamó—. No comprende nada. ¡Es... es horrible! ¿Quiere dejarme salir de aquí?

—¡No! —gritó *Ramage*—. Tiene que oírme. Al menos me quedará esa satisfacción. Ustedes, las mujeres, con todos sus trucos, son un sexo de estafadoras. Tienen la habilidad instintiva de los parásitos. Utilizan sus encantos para conseguir sus fines y logran ir subiendo decepcionando a los hombres. Este amante suyo...

—¡Él no lo sabe! —exclamó Ana Verónica.

—¡Pero usted sí lo sabe!

Ana Verónica sintió deseos de llorar y, en efecto, su voz tuvo un tono lacrimoso cuando repuso:

—¡Sabe usted tan bien como yo que el dinero que me dio fue un préstamo!

—¡Un préstamo!

—¡Usted mismo lo dijo!

—¡Gongorismos! Los dos sabíamos la verdad.

—Le devolveré hasta el último penique.

—Lo pondré en un marco... cuando me lo devuelva.

—Le pagaré aunque para ello tenga que ponerme a trabajar como costurera a tres peniques la hora.

—No me pagará nunca, aunque ahora crea que lo hará. Creerlo así es un modo de disfrazar la situación. Es lo que siempre hacen las mujeres. Todas ustedes son inferiores y dependen de nosotros por instinto. Pero sólo las que se creen buenas, como usted, retroceden. Retroceden cuando llega el momento de dar algo a cambio

de lo que sacan de nosotros... Saben refugiarse en la pureza, la delicadeza y demás tonterías por el estilo, cuando llega el momento de pagar.

—Mr. Ramage —dijo Ana Verónica—, quiero marcharme... inmediatamente.

5

Pero no se fue inmediatamente. La amargura de Ramage se desvaneció tan bruscamente como su agresividad.

—Ana Verónica... —exclamó—. ¡No puedo dejarla marchar así! ¡No comprende usted! ¡No puede comprender!

Comenzó a dar confusas explicaciones y excusas contradictorias por su exigencia y su explosión de ira. La amaba, dijo. La deseaba con tanta intensidad que obraba en contra de sus sentimientos, haciendo cosas ofensivas y sin sentido. Sus insultos se esfumaron y de pronto se sintió elocuente y apaciguado. Con sus palabras, hizo comprender a Ana Verónica algo del deseo agudo y atormentador que había surgido en su interior y tomado posesión de él. Ella permaneció, por así decirlo, asqueada de él y, sin embargo, comprendiéndole, mientras miraba a la puerta y no dejaba de observar sus menores movimientos.

Sea como fuere, Ramage le hizo ver aquella noche que en la vida existe una discordancia imposible de suprimir, algo que destruiría todos sus sueños y todas sus ilusiones de un modo de vida que dejaría libres a las mujeres, capacitándolas para la amistad con los hombres. Ese algo, esa discordancia, era la apasionada predisposición de los hombres a creer que el amor de las mujeres puede ser ganado, conquistado y controlado. Ramage dejó de lado todo cuanto desde el principio de sus relaciones dijera acerca de su ayuda y amistad desinteresadas como si nunca hubiese existido tal cosa entre ellos, como si desde el principio aquello no hubiera sido más que palabras, más que un disfraz que deliberadamente ambos habían asumido. Él se había propuesto conquistarla, y ella le había dado pie para ello. Y al recordar al amante desconocido (porque Ramage estaba convencido de que se trataba de un amante y ella fue incapaz de decir una palabra para explicarle que esta otra persona a quien amaba, ni siquiera conocía su amor), Ramage volvió a encolerizarse y reanudó sus sarcasmos y sus insultos. Los hombres protegen a las mujeres, y la mujer que recibe, debe pagar. Éste era el simple código que se deducía de todas sus palabras, código al que despojó de todo matiz de refinamiento o delicadeza. Que él hubiera pagado cuarenta libras para ayudar a aquella mujer que prefería a otro hombre, no era a sus ojos más que un fraude y una burla que convertía la negativa de la joven en una humillación irritante y ofensiva. Y esto, a pesar de que estaba apasionadamente enamorado de ella.

—Ha puesto usted su vida en mis manos —la amenazó—. Recuerde el cheque que cobró. Ahí está. Es una evidencia en contra suya. La desafío a que explique su existencia. ¿Qué cree que pensará la gente? ¿Qué cree que pensará su amante?

Ana Verónica repitió una y otra vez su deseo de marcharse y declaró su firme decisión de pagarle a cualquier precio.

Por último aquella escena de pesadilla terminó y Ramage abrió la puerta. La joven, pálida y con los ojos muy abiertos, salió al descansillo tenuemente iluminado. Pasó ante tres camareros observadores y evidentemente preocupados y salió del «Hotel Rococó», asombroso laboratorio en el que se trabaja con las relaciones entre hombres y mujeres, dejando atrás a un portero vestido de azul y granate. Ya en la calle aspiró con fuerza la brisa de una noche fresca y despejada.

6

Cuando Ana Verónica se vio por fin en su pequeño dormitorio y cuarto de estar, todos los nervios de su cuerpo temblaban de asco y vergüenza. Arrojó el sombrero y el abrigo sobre la cama y se sentó frente al fuego.

«¿Qué puedo hacer? —se preguntó reduciendo de un golpe a mil pedazos una de las brasas supervivientes—. Estoy en un callejón sin salida. Estoy metida en un buen lío. ¡En un horrible lío! ¡En un lío espantoso! ¿Me oyes, Ana Verónica? ¡Estás en un lío asqueroso, repugnante e imperdonable! ¡Qué bien lo he manejado todo! ¡Qué bien! ¡Cuarenta libras! ¡De las cuales no me quedan ni veinte!».

Se puso en pie, dio una patada en el suelo y, recordando de pronto al inquilino del piso de abajo, se sentó y se quitó las botas.

«Éste es el resultado de querer ser una mujer moderna. ¡Demonio! ¡Empiezo a tener mis dudas sobre la conveniencia de la libertad! Ana Verónica, eres una idiota. Una idiota. ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Qué asco!».

Se frotó los labios salvajemente con el dorso de la mano.

«¡Uf! Las jóvenes de los tiempos de Jane Austen no se metían en estos líos. Al menos, eso creemos ahora... Quizá le ocurrió a alguna de ellas y nadie se ha enterado. Pero, en fin, la mayoría se vieron libres de ello. Eran educadas severamente, se sentaban muy rígidas y tomaban los acontecimientos de sus monótonas vidas como verdaderas señoras. Sin embargo, sabían cómo eran los hombres detrás de sus caretas. Sabían que eran enemigos disfrazados. ¡Pero yo no lo sabía! ¡Yo lo ignoraba! Después de todo...».

Durante algún tiempo se representó a la delicadeza y el recato y sus restricciones protectoras como la única cosa deseable en el mundo. Aquellos tiempos de damiselas siempre escoltadas, de delicadas segundas intenciones y refinadas alusiones, se representaron ante ella con el brillo de un paraíso perdido. Y en realidad para algunas mujeres lo era.

«¿Tendrán la culpa mis modales? —se preguntó—. ¿Me habrán educado mal? Si yo fuera silenciosa, pálida y me moviera llena de dignidad, ¿no hubiera sido todo distinto? ¿Se hubiera él atrevido a...?».

Durante aquellas horas cruciales de su vida, Ana Verónica se sintió totalmente

asqueada de sí misma y consumida por el ardiente deseo de saber moverse con suavidad, de saber hablar con dulzura y vaguedad, de ser recatada, en una palabra. Los detalles de la escena la atormentaban.

«¿Por qué, entre otras cosas, le golpeé deliberadamente con los nudillos en el cuello, para hacerle daño?».

Intentó contemplar el lado humorístico de la situación.

«¿Te das cuenta, Ana Verónica, de que estuviste a punto de estrangular a un caballero?».

Pero pronto volvió a indignarse consigo misma.

«¡Ana Verónica, eres una imbécil y una estúpida...! Eres... ¿Por qué no estás envuelta en algodón en rama, como deben estarlo las muchachas decentes? ¿Qué has estado haciendo? ¿Dónde te has metido?».

Hurgó el fuego con las tenazas y resumió:

«Todo lo cual no me sirve de nada para devolver ese dinero».

Aquella noche fue la más intolerable que Ana Verónica pasara en su vida. Antes de acostarse se lavó la cara con desacostumbrada atención. Esta vez no había duda. No consiguió dormir. Cuanto mejor iba comprendiendo la realidad de su situación, más profundo se hacía su desprecio hacia sí misma. De vez en cuando el mero hecho de estar en la cama se le hacía insoportable y se levantaba, paseaba por el cuarto y se insultaba... hasta tropezar con alguno de los muebles.

Después tenía momentos de calma en los que se decía:

«Vamos a ver. Hay que buscar una solución».

Por primera vez se enfrentaba con los factores de la situación de la mujer en el mundo, con las amargas realidades que contenía su libertad, con la casi inevitable subordinación a un hombre u otro, cuyos deseos tendría que complacer si quería seguir viviendo. Se había apartado del apoyo de su padre, declarando su independencia. Y aquí estaba... en un lío, porque le había sido imposible evitar el aceptar la protección de un hombre. Ella había creído... ¿Qué había creído? Que la dependencia de las mujeres no era más que una ilusión, que para desvanecerse no requería otra cosa que ser negada. Ella lo había negado con vigor..., y aquí estaba.

No se detuvo, sin embargo, en considerar estas generalidades, sino que se dedicó a repetirse una y otra vez la misma pregunta, el mismo insoluble problema:

«¿Qué puedo hacer ahora?».

Más que nada en el mundo, deseaba arrojar las cuarenta libras a la cara de Ramage. Pero se había gastado casi la mitad y no tenía la más remota idea del modo cómo podía recuperar aquella suma. Se le ocurrieron toda clase de métodos para conseguirlo y trazó toda clase de planes desesperados, pero todos los rechazó con apasionada irritación.

Se desahogó golpeando la almohada e inventando nuevos epítetos contra sí misma. Saltó de la cama, levantó la persiana y contempló durante breves momentos a través de los cristales de la ventana el paisaje de tejados y chimeneas. Luego volvió a

sentarse tristemente al borde del lecho. ¿Qué podía hacer, que no fuera volver a casa? No se le ocurría ninguna otra alternativa.

Pero le resultaba intolerable la idea de volver y confesarse derrotada. Más que nada deseaba no hacer el ridículo en Morningside Park, y durante largas horas no se le ocurrió ninguna otra salida que no fuera una rendición incondicional.

«¡Preferiría hacerme corista!».

No tenía mucha idea de cuáles eran la situación y los deberes de las coristas, pero consideraba esta salida como su último recurso. Esta idea hizo nacer en ella la vaga esperanza de poder lograr el perdón de su padre amenazándole con recurrir a ello, pero pronto comprendió con abrumadora claridad que, ocurriera lo que ocurriera, nunca podría confesar su deuda a su padre. Y ni el más completo de los perdones podría borrarla. Si regresaba a casa, sería imperativo pagar. Tendría que recorrer la avenida muchas veces, ver a Ramage, encontrárselo a menudo en el tren...

Durante algún tiempo recorrió la habitación de extremo a extremo.

«¿Por qué pedí aquel dinero prestado? Cualquier idiota hubiera sido más prudente... Tengo un alma atrevida y un espíritu inocente... la peor combinación posible. ¡Ojalá alguien matara a Ramage en un accidente! Pero entonces encontrarían ese cheque a mi nombre... ¿Qué pensará él hacer?».

Intentó imaginarse la situación que podría acarrear el antagonismo de Ramage, porque éste se había mostrado tan insultante y tan acerbo que no podía creer que dejara las cosas como estaban.

Por la mañana salió con su libreta de ahorros y dio la orden de que le entregaran todo el dinero que poseía. En total, eran veintidós libras. Dirigió un sobre a Ramage y garrapateó en una hoja de papel: «Pronto le enviaré el resto». Cobraría las veintidós libras por la tarde y le enviaría cuatro billetes de cinco libras. El resto se lo quedaría para atender a sus necesidades más inmediatas. Algo aliviada después de dar aquel paso, se dirigió al Colegio Imperial para olvidar al lado de Capes sus problemas durante unas horas, si tal cosa era posible.

7

Al principio, el laboratorio de Biología tuvo virtudes curativas. La mala noche pasada la había dejado cansada, pero no inútil, y pasó una hora o más absorta en el trabajo y olvidada completamente de sus preocupaciones.

Pero después que Capes hubo examinado su trabajo, comprendió que toda la armazón de su vida actual estaba condenada a un inmediato derrumbamiento, que dentro de muy poco sus estudios cesarían y que quizá no volvería a verle jamás. Y ya no pudo experimentar consuelo alguno.

La tensión nerviosa de la noche anterior se impuso en su organismo, perdió interés por su trabajo y no hizo ningún progreso. Se sentía irritada y tenía mucho sueño. Almorzó en un pequeño establecimiento de Great Portland Street, y como

hacía mucho sol, se sentó en un banco de Regent's Park y se dedicó a pensar en los problemas que la abrumaban. Una niña de quince o dieciséis años le dio una hoja impresa en la que leyó «El voto para las mujeres». Aquello dirigió una vez más sus pensamientos al aspecto más general de sus perplejidades. Nunca como en aquel momento se había sentido tan dispuesta a afirmar que la posición de la mujer en el mundo moderno es intolerable.

Capes se reunió con los estudiantes a la hora del té y dio muestras del humor endiablado que a veces se adueñaba de él. No observó que Ana Verónica tenía los ojos hinchados y estaba preocupada. *Miss Klegg* sacó a relucir la cuestión del sufragio femenino, y Capes se dispuso a meter cizaña entre ella y *Miss Garvice*. El joven del cabello echado hacia atrás, y el escocés intervinieron en la discusión, pronunciándose contra la concesión del voto a la mujer.

Capes se dirigía una y otra vez a Ana Verónica. Le gustaba obligarla a expresar su opinión. Ella se esforzó por hablar, pero no logró hacerlo con soltura y, además, Capes se oponía a su argumentación con un vigor que era la manera de reconocer su inteligencia, pero que aquella tarde hizo que brotara en ella una desacostumbrada vena de irritabilidad. Capes había estado leyendo a Belfort Bax y se declaró su admirador. Comparó a los hombres en general con las mujeres en general, describió a los hombres como mártires pacientes, en perpetua inmolación, y a las mujeres como favoritas mimadas de la naturaleza. Y a pesar del tono frívolo de sus palabras, se advertía en ellas una profunda convicción.

Capes y *Miss Klegg* discutieron durante algún tiempo. La cuestión dejó de ser una conversación para pasar el rato mientras tomaban el té y se convirtió para Ana Verónica en algo trágicamente real. Allí estaba el hombre a quien amaba, alegre y tranquilo, disfrutando de la libertad de su sexo, sin advertir siquiera que ella se estaba asfixiando ante sus ojos, y burlándose de la apasionada rebelión de las almas femeninas contra el destino de sus vidas.

Miss Garvice repitió una vez más, y casi en los mismos términos, las opiniones que exponía siempre sobre la cuestión. Opinaba que las mujeres no están hechas para la lucha y el torbellino de la vida, que su puesto está en el mundo pequeño, en el hogar; que su fuerza no reside en el voto, sino en su influencia sobre los hombres y sobre la mente de sus hijos.

—Es posible que las mujeres deban comprender los asuntos de los hombres —dijo—, pero mezclarse en ellos es sacrificar la influencia que ahora pueden ejercer.

—Esa opinión es muy sólida —dijo Capes, interviniendo como para defender a *Miss Garvice* de un posible ataque por parte de Ana Verónica—. Es posible que no sea muy justo, pero así es como han sido ordenadas las cosas. Las mujeres no están en el mundo como lo están los hombres, como combatientes individuales. Y no veo de qué forma pueden estarlo. Cada hogar es un pequeño escondrijo, un nicho fuera del mundo de los negocios y de la competencia, en el que se refugian las mujeres y el futuro.

—¡Un pozo! —exclamó Ana Verónica—. ¡Una prisión!

—Un refugio. Así están hechas las cosas.

—Y el hombre permanece como dueño a la puerta de la jaula.

—Como centinela. Olvida usted la fuerza de las costumbres, de la tradición y del instinto, que le convierten en un amo tolerable. La naturaleza es madre. Sus simpatías siempre han sido femeninas y ha hecho al hombre responsable de la mujer.

—¡Me gustaría que usted supiera lo que es vivir en una jaula! —exclamó Ana Verónica dejándose dominar por una repentina ira.

Se levantó mientras hablaba y dejó la taza junto a la de *Miss Garvice*, mirando a *Capes* como si únicamente se dirigiera a él.

—Yo no puedo soportarlo —dijo.

Todos se volvieron asombrados hacia ella. Ana Verónica no pudo contenerse y prosiguió:

—Ningún hombre puede imaginarse lo que es estar encerrada en esa jaula. Ni el modo cómo somos engañadas. Se nos enseña a creer que somos libres, a pensar de que somos reinas... y después descubrimos la realidad. Descubrimos que ningún hombre trata noblemente a una mujer, como de hombre a hombre. Ninguno. Nos desea... o no. Y en este caso, ayuda a alguna otra mujer en contra nuestra... Es probable que todo lo que usted dice sea cierto y necesario... ¡Pero piense en nuestra profunda decepción! Aparte de nuestro sexo, nosotras pensamos igual que los hombres, tenemos los mismos anhelos que los hombres. Salimos al mundo, algunas de nosotras...

Se interrumpió, porque las palabras que acababa de pronunciar le parecieron carentes de significado. Quedaba mucho más que debía expresar.

—La mujer se ve siempre burlada —dijo—. Cada vez que intenta tomar posesión de la vida, interviene el hombre para impedirlo.

Con repentino horror descubrió que estaba a punto de echarse a llorar y deseó no haberse puesto en pie. Se preguntó una y otra vez por qué lo había hecho. Nadie habló y se vio obligada a continuar.

—¡Piense bien en esa burla! Sé que aparentemente disfrutamos de cierta libertad... Pero ¿ha intentado usted alguna vez moverse dentro de una enagua, *Mr. Capes*? ¡Pues imagínese lo que debe ser vivir dentro de ella, alma, cuerpo y espíritu! ¡Es muy fácil para los hombres burlarse de nuestra situación!

—Yo no me burlaba —dijo *Capes* con sinceridad.

Ana Verónica, de pie, le miró a la cara. La voz de *Capes* interrumpió su discurso y la obligó a guardar silencio. Se sentía herida y agotada y le resultaba insoportable que él permaneciera a dos metros de distancia sin sospechar nada, cuando tenía en sus manos un incalculable poder sobre su propia felicidad. Se sentía angustiada por los problemas que acarreaba la embarazosa situación en que se hallaba. Estaba harta de sí misma, de su vida, de todo, menos de él; hacia él tendía todo su ser.

Se interrumpió al oír sus palabras y perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

Durante aquella pausa advirtió que la atención de todos estaba fija en ella y que las lágrimas amenazaban con inundar sus ojos. Sintió que una oleada de emoción surgía en su interior. Distinguió al estudiante escocés que la contemplaba con la más profunda estupefacción, con una taza de té en la mano y los ojos aumentados en los cristales de sus gafas.

La puerta que daba al pasillo se le ofreció con irresistible invitación, como la única alternativa a una pública e inexplicable explosión de llamo.

Capes comprendió inmediatamente su deseo, se puso en pie de un salto y abrió la puerta para dejarla salir.

8

«¿**P**or qué volver aquí nunca más?», se preguntó Ana Verónica mientras bajaba la escalera.

Se dirigió a la Caja de Ahorros, sacó el dinero y se lo envió a Ramage. Después salió a la calle segura únicamente de una cosa... de que no iría directamente a su habitación. Necesitaba respirar el aire y distraerse contemplando cuanto se movía a su alrededor. Los días empezaban a alargarse y faltaba todavía alrededor de una hora para que oscureciera. Decidió atravesar el parque y dirigirse al Jardín Zoológico, subiendo después por Primrose Hill hasta Hampstead Heath. Allí vagaría de un lado a otro en una protectora oscuridad y buscaría solución a sus problemas...

De pronto sintió pasos precipitados a su espalda y se volvió. Era *Miss Klegg*, que la perseguía jadeante. Ana Verónica se detuvo y su compañera la alcanzó.

—¿Va al parque?

—Sí. Necesito dar un paseo.

—No me extraña. *Mr. Capes* estuvo irritante.

—No es eso, sino que durante todo el día he tenido una terrible jaqueca.

—*Mr. Capes* es muy injusto... —prosiguió *Miss Klegg*—. Muy injusto. Y me alegro de que usted le hablara como lo hizo.

—Fue una discusión sin importancia.

—Le estuvo bien empleado. Todo lo que usted dijo necesitaba ser dicho. Cuando usted se fue, él se puso de pie y fue a refugiarse en la sala de ensayos. De lo contrario, yo hubiera seguido los argumentos que usted comenzó.

Ana Verónica no dijo nada y *Miss Klegg* prosiguió:

—Se muestra injusto muy a menudo, y además tiene la costumbre de burlarse de la gente, lo que no le gustaría que le hicieran a él. Hace que los demás hablemos sin pensar y después se apodera de nuestros pensamientos sin darnos tiempo a expresarlos de un modo satisfactorio.

Pausa.

—En realidad es inteligente —continuó *Miss Klegg*—. Es miembro de la «Royal Society» y no debe tener más de treinta años.

—Escribe muy bien —dijo Ana Verónica.

—No debe tener más de treinta. Debió de casarse muy joven.

—¿Casarse?

—¿No sabía usted que estaba casado? —preguntó *Miss Klegg*, asaltada de pronto por una sospecha que le hizo lanzar una rápida mirada a su compañera.

Ana Verónica no respondió en seguida y volvió bruscamente la cabeza. Un autómatas que debía existir en su cerebro pronunció con voz desconocida para ella estas palabras:

—Están jugando al fútbol.

—La pelota no nos alcanzará porque están demasiado lejos —dijo *Miss Klegg*.

—No sabía que *Mr. Capes* estuviera casado —dijo Ana Verónica reanudando la conversación con tono indiferente.

—Lo está. Yo creí que todo el mundo lo sabía.

—Pues es la primera noticia que tengo —dijo Ana Verónica.

—Yo creí que todo el mundo lo sabía. Creí que todo el mundo estaba enterado.

—Pero ¿por qué?

—Está casado y creo que vive separado de su mujer. Hubo un escándalo o algo parecido, hace algunos años.

—¿Qué escándalo?

—Un divorcio o algo así..., no sé, pero creo que estuvo a punto de tener que renunciar a su puesto en el colegio. Si no hubiera sido porque el profesor *Russell* habló en favor suyo, dicen que habría tenido que irse.

Ana Verónica permaneció silenciosa.

—Creí que era cosa pública —dijo *Miss Klegg*—, o de lo contrario no le hubiera dicho nada.

—Supongo que a todos los hombres les ocurren cosas semejantes —dijo Ana Verónica como quien discute algo impersonal—. Y además, es algo que a nosotras no nos incumbe. —Entonces cambió bruscamente de dirección—. Tengo que marcharme por ahí —añadió.

—Creí que iba a atravesar el parque.

—No. Tengo trabajo. No quería más que respirar un poco de aire puro; y, además, pronto cerrarán las puertas. Va a anochecer.

9

A eso de las diez, estaba sentada pensativa junto al fuego, cuando le entregaron un sobre certificado.

Lo abrió y sacó una carta, dentro de la cual estaban los billetes que había enviado a *Ramage* unas horas antes. La carta comenzaba así:

Mi querida joven: No puedo permitir que haga usted esta

tontería...

Hizo una bola con los billetes y la carta y con ademán impulsivo lo arrojó todo al fuego. Instantáneamente cogió las tenazas e intentó recuperarlos, pero sólo logró salvar un trozo de la carta. Las llamas destruyeron las veinte libras con voracidad. Durante unos minutos permaneció agarrada a las tenazas, contemplando los restos de la catástrofe.

«¡Dios mío...! —exclamó por último poniéndose de pie—. ¡Esto es el fin, Ana Verónica!».

Capítulo X

LAS SUFRAGISTAS

1

«**N**o hay más que una salida —se dijo Ana Verónica sentándose en la cama a medianoche y mordiéndose las uñas—. Yo creí que me rebelaba contra papá y contra Morningside Park, pero lo hice contra todo el orden de las cosas...».

Se estremeció y se apretó con fuerza las rodillas. Una vez más volvía a sentir una ira salvaje contra las condiciones actuales imperantes en la vida de la mujer.

«Supongo que la vida toda no es más que una serie de azares. Pero la vida de una mujer es toda azar, un azar artificial. “Hay que encontrar el hombre”. Ésta es la consigna. Todo lo demás son tonterías e hipocresías. El hombre es el medio de abrir las puertas de la vida, y nos dejará vivir si así le agrada... ¿No podrá alterarse este estado de cosas? ¿Serán libres las actrices?».

Intentó imaginarse otro mundo en que estas monstruosas limitaciones fueran acotadas, en el que las mujeres disfrutaran de los mismos derechos de ciudadanía que los hombres. Durante algún tiempo pensó en los ideales y en las aspiraciones de los socialistas, en las vagas insinuaciones de una llamada a la maternidad, en un completo aflojamiento de la dependencia individual de las mujeres que está entrelazada con el orden social existente. Pero en el fondo de su mente existía siempre un espectador cuya presencia deseaba olvidar. No quería mirarle, no deseaba pensar en él; cuando sus ideas vacilaban, hablaba en voz alta, para no perder el hilo de sus generalizaciones.

«¡Es cierto! No sirve de nada evadir el tema. Si las mujeres han de ser libres alguna vez, si han de ser incluso respetadas, tiene que haber una generación de mártires... ¿Por qué no hemos de ser mártires nosotras? Además, para la mayoría no nos queda otra salida. Pretender tener vida propia es una especie de estafa. Una especie de estafa —repitió como si alguien la contradijera—. Somos un sexo de estafadoras».

Sus pensamientos pasaron entonces a fijarse en otros aspectos, en otro tipo de feminidad.

«¡Pobre Miniver! ¿Qué otra cosa puede ser, sino lo que es? Que exponga su caso sin claridad, que intercale sus afirmaciones con tonterías, no quiere decir que no tenga razón».

Pensó entonces en Capes y, al recordarle, le pareció que caía a través de una superficie finísima, como una corteza de lava, y que se veía en las profundidades de

una ardiente cavidad. Durante mucho tiempo se sumergió en el recuerdo de Capes, incapaz de escapar de su imagen y de la idea de su presencia en su propia vida.

Después permitió que su mente soñara con ese paraíso de nubes en el que creían los Goopes, las Minivers y los fabianos. Se imaginó que por algún medio las mujeres dejaban de ser, económica y socialmente, dependientes de los hombres.

«Si yo fuera libre podría ir hacia él... —se dijo—. Es humillante nuestro esfuerzo por atraernos la atención del hombre... Podría ir a él y decirle que le amo. Yo sólo deseo amarle. Con un poquito de amor por su parte, tendría suficiente. No haría daño a nadie y él no tendría que cargar con ninguna responsabilidad».

Emitió un sollozo y dejó caer la cabeza sobre las rodillas. Siguió pensando en su amado y deseó poder besar sus pies. Sus pies, que tendrían la misma firme textura que sus manos... Pero de pronto su espíritu se alzó en rebeldía.

«¡No consentiré en esta esclavitud! ¡No lo consentiré! —amenazó al techo con el puño y prosiguió—: ¿Me oyes? ¡Tú, quienquiera que seas y dondequiera que estés! No me esclavizaré ante los pensamientos de ningún hombre, no me esclavizaré ante las costumbres de ninguna época. ¡Maldita sea la esclavitud del sexo! ¡Yo soy un hombre! ¡Me sobrepondré a esta humillación aunque para ello tenga que morir!».

Con el ceño fruncido, contempló la oscuridad que la rodeaba.

«Manning... —dijo contemplando su imagen mentalmente con insistencia—. ¡No!».

Sus pensamientos se volvieron en otra dirección.

«¡No importa! —exclamó después de una pausa—. No importa que sean absurdos. Significan todo lo que puede tener la mujer... excepto sumisión. El voto no es más que el principio, el principio imprescindible. Si no hay un principio...».

Ana Verónica había tomado una decisión. Bruscamente se levantó de la cama, se arregló el embozo y la almohada, se reclinó sobre ésta y en seguida se quedó dormida.

2

El día siguiente amaneció oscuro y brumoso como si en lugar de marzo fuera noviembre. Ana Verónica se despertó algo más tarde que de costumbre y permaneció en la cama unos instantes antes de recordar la decisión tomada durante la noche. Entonces saltó al suelo y comenzó a vestirse.

No salió en dirección al Colegio Imperial. Hasta las diez estuvo escribiendo una serie de cartas a Ramage, que rompió unas tras otra sin llegar a terminar ninguna. Por último desistió, se puso el abrigo, salió a la calle húmeda y gris y con paso firme tomó dirección Sur.

Bajó por Oxford Street hasta Holborn, donde preguntó por Chancery Lane. Una vez llegada allí, buscó y encontró el 107 A, uno de los heterogéneos bloques de oficinas que ocupan el lado derecho de la avenida. Examinó en la portería los

nombres de diferentes firmas comerciales, y descubrió que la «Junta de la Libertad Femenina» ocupaba varias habitaciones contiguas en el primer piso. Subió la escalera y titubeó entre cuatro grandes puertas vidrieras, cada uno de las cuales exhibía el mismo letrero con el nombre de la Junta. Abrió una de ellas al azar y se halló en una amplia y desarreglada habitación llena de sillas en desorden, como si recientemente se hubiera celebrado allí una reunión. En las paredes había tableros de anuncios con varios papeles escritos, tres o cuatro cartelones anunciando varios mítines, a uno de los cuales Ana Verónica había acudido con *Miss Miniver*, y una serie de frases publicitarias escritas en rojo. En una esquina había un montón de banderas. La estancia se hallaba completamente vacía, pero a través de la puerta entornada que la separaba de la habitación contigua vio a dos muchachas muy jóvenes que, sentadas ante una mesa, estaban escribiendo, muy atareadas.

Ana Verónica avanzó hacia la puerta y la abrió del todo.

—He venido a informarme —dijo.

—Llame a la otra puerta —dijo una jovencita con gafas, de unos diecisiete o dieciocho años, señalando con impaciencia hacia la derecha.

En la estancia contigua, Ana Verónica encontró a una mujer de mediana edad y aspecto cansado, sentada ante una mesa y abriendo cartas, mientras otra joven martilleaba una máquina de escribir. Aquella mujer levantó la cabeza con gesto interrogante al ver entrar a Ana Verónica.

—Quisiera informarme sobre todo este movimiento —dijo ésta.

—¿Es usted de las nuestras? —preguntó la mujer.

—No lo sé —repuso Ana Verónica—. Creo que sí. Quiero hacer algo para ayudar a las mujeres. Pero quisiera saber lo que hacen ustedes.

La mujer cansada guardó silencio unos instantes.

—¿No ha venido para poner dificultades?

—No. Pero quisiera enterarme de todo.

La mujer cerró un instante los ojos y contempló después a Ana Verónica.

—¿Qué sabe usted hacer?

—¿Hacer?

—¿Está dispuesta a hacer algo para ayudarnos? ¿Distribuir folletos? ¿Escribir cartas? ¿Hablar en pro del voto femenino? ¿Enfrentarse con situaciones difíciles?

—Si aclaran mis dudas...

—¿Si aclaramos sus dudas?

—Entonces, si es posible, desearía ir a la cárcel.

—No es agradable ir a la cárcel.

—¡Es lo que deseo!

—Pero no es agradable el medio de llegar.

—Eso es cuestión de detalle.

La mujer de aspecto cansado la contempló en silencio.

—¿Qué objeciones ha venido a hacer?

—No son objeciones exactamente. Deseo saber lo que hacen y por qué creen que con ello ayudan a las mujeres.

—Trabajamos en pro de una igual ciudadanía para hombres y mujeres. Los hombres tratan a las mujeres como a seres inferiores y queremos lograr un trato de igualdad.

—Sí —asintió Ana Verónica—. Estoy de acuerdo con esto. Pero...

La mujer alzó las cejas.

—¿Es a eso a lo que todo queda resumido? —continuó Ana Verónica.

—Puede hablar con *Miss Kitty Brett* esta tarde, si lo desea. ¿Quiere que le dé una hora?

Miss Kitty Brett era una de las dirigentes más conspicuas del movimiento. Ana Verónica aprovechó la ocasión que se le presentaba de hablar con ella, y, hasta la hora de la entrevista, pasó la mayor parte del tiempo en el Museo Británico, leyendo y meditando sobre un libro acerca del movimiento feminista que la mujer cansada le había aconsejado adquirir.

Compró un poco de pan y queso y después vagó por las galerías superiores, llenas de ídolos polinésicos, ropas polinésicas y todos los accesorios de la vida en la Polinesia. Intentaba exponerse claramente sus problemas, pero su cerebro se mostraba más discursivo y vago que nunca, y parecía decidido a generalizar todos los tópicos.

«¿Por qué han de depender las mujeres de los hombres? —se preguntó. Pero instantáneamente la cuestión se convirtió en una serie de variaciones generales sobre el tema—. ¿Por qué son las cosas como son? ¿Por qué son vivíparos los seres humanos? ¿Por qué tenemos hambre tres veces al día? ¿Por qué nos desmayamos ante el peligro?».

Durante algún tiempo contempló los miembros resecos y el rostro inmóvil de un momia. Sintióse armada de paciencia y satisfecha de sí misma. Era como si se hubiera tomado el mundo como es, un mundo en el que se enseña a los niños a obedecer a los mayores y en el que las mujeres son dominadas por los hombres, porque tal orden de cosas es natural. Era maravilloso pensar que aquel objeto había vivido, sentido y sufrido. Quizás hubiera deseado alguna vez a otro ser humano. Quizás alguien había besado aquella frente cadavérica. Quizás alguien había acariciado con manos amorosas aquellas mejillas hundidas. Quizás alguien había tocado aquel cuello nudoso con gesto de apasionamiento. «Al fin —parecía pensar— me embalsamaron con las especias mejores. Tomé el mundo como era y acepté las cosas como son».

3

La primera impresión que *Kitty Brett* produjo en Ana Verónica fue la de que era una persona agresiva y desagradable. La segunda, que poseía un asombroso

poder de persuasión. Debía de tener unos veintitrés años y su aspecto era sano y limpio. Una blusa, de línea severa pero femenina, dejaba desnudos su cuello y sus brazos. Sus ojos, de color azul oscuro, brillaban con animación, y su cabello castaño y abundante estaba sujeto en un gran moño. Era completamente incapaz de exponer una inteligente argumentación. Se trataba de un ser entrenado implacablemente para lograr un solo y único objetivo.

Hablaba con gran entusiasmo y en lugar de contestar a las preguntas o resolver los problemas de Ana Verónica, los echó a un lado y se dedicó a exponer las razones abstractas de la rebelión de las mujeres que entonces agitaba al mundo de la política y la intelectualidad.

—¿Qué es lo que buscamos? ¿Cuál es la meta de nuestro movimiento? —preguntó Ana Verónica.

—¡La libertad! ¡La ciudadanía! Y el medio para conseguirlo, el medio para conseguirlo todo, es el voto.

Ana Verónica dijo algo sobre un cambio general de ideas en el mundo.

—¿Cómo podríamos cambiar las ideas del mundo si careciéramos de fuerza? —dijo Kitty Brett.

Ana Verónica no se sintió lo suficientemente preparada para contestar a aquel contraataque.

—No deseamos convertir nuestros ideales en un mero antagonismo de los sexos...

—Cuando las mujeres logren que se les haga justicia, no existirá antagonismo entre los sexos —sentenció Kitty Brett—. No existirá tal cosa. Pero, mientras tanto, estamos decididas a seguir atacando.

—Yo opino que la mayor parte de las dificultades que abruma a las mujeres son de orden económico.

—Eso viene después.

Como Ana Verónica se disponía a hablar de nuevo, la interrumpió con una confianza contagiosa.

—¡Todo lo demás vendrá después!

—Sí —afirmó Ana Verónica, esforzándose por ver con claridad las cosas, tal como las había visto en el silencio y la oscuridad de la noche.

—Nunca se ha conseguido nada sin basarse en la fe —aseguró *Miss Brett*—. Una vez hayamos alcanzado el voto y seamos reconocidas como ciudadanas libres, haremos todo lo demás.

A pesar de la aureola de prestigio de que gozaba Kitty Brett, Ana Verónica pensó que después de todo, aquello no era otra cosa que el evangelio predicado por *Miss Miniver*, pero con resonancias distintas. Y al igual que aquel evangelio, tenía un significado, un significado distinto a sus palabras, algo fugaz y, sin embargo, algo que, a pesar de la incoherencia superficial de su fraseología, era esencialmente cierto. Algo tenía sometidas a las mujeres, y si no eran las leyes hechas por el hombre, éstas

eran una forma exterior de aquel algo. Algo, en fin, tenía sometida a toda la especie humana, evitando su contacto con la infinita grandeza de la vida...

—El voto es el símbolo de todo —dijo *Miss Brett*—. Por favor, no se pierda usted en una maraña de consideraciones secundarias. No me pida que le revele lo que la mujer puede hacer y ser. Existe la posibilidad de una vida nueva, distinta de la antigua. Pero esto sólo se logrará si nos mantenemos unidas, únicamente si trabajamos juntas. Éste es el único movimiento que hace trabajar juntas a las mujeres de todas las clases sociales. Este trabajo da alma a las mujeres que se han tomado hasta ahora la vida con pasividad, a mujeres que se han entregado a pequeñeces y vanidades.

—Deme algo que hacer —la interrumpió *Ana Verónica*—. Ha sido muy amable recibéndome, pero no quiero hacerle perder más tiempo. Quiero hacer algo. Quiero atacar a todo lo que mantiene amordazada a la mujer. Siento que si continúo sin hacer nada, voy a ahogarme. Necesito hacer algo... y pronto.

4

Ana Verónica no tuvo la culpa de que el golpe de aquella noche hubiera adquirido caracteres burlescos. Ella hacía todas las cosas intensamente, con una entrega total de cuerpo y alma. Y aquello le pareció el último ataque desesperado contra un universo que no le permitía vivir como deseaba vivir, que la aprisionaba y la amordazaba; un ataque contra las mismas mordazas invisibles, la misma tiranía que se había jurado vencer después de aquel memorable conflicto con su padre en *Morningside Park*.

La alistaron para aquella noche —le informaron que el golpe se daría en la Cámara de los Comunes, aunque no le dieron más detalles— y le dieron instrucciones de que fuera sola al número 14 de *Dexter Street*, *Westminster*, y de que no preguntara la dirección a ningún policía. Descubrió que el 14 de *Dexter Street* no era una casa, sino un cobertizo en una calle oscura, con grandes puertas en las que se leían los nombres de «*Podgers & Cario*, *Transportes y Mudanzas*». Esto la dejó perpleja y durante unos segundos titubeó sin saber qué hacer, pero la aparición de otra mujer bajo la luz de un farol la tranquilizó. En uno de los portalones había una puertecilla, a la que llamó. Inmediatamente la abrió un hombre con cejas casi blancas y aire de conspirador.

—Entre —silabeó en voz baja. Cerró la puerta sin hacer ruido y señaló—. Por aquí.

A la escasa luz de una lámpara de gas, *Ana Verónica* descubrió un patio con el pavimento de guijarros en el que se alineaban varios coches de mudanzas, con los caballos preparados y las luces encendidas. De la sombra de uno de ellos surgió un hombre joven con gafas.

—¿Es usted A, B, C o D? —preguntó.

—Me dijeron que D —respondió Ana Verónica.

—Por aquí —dijo él, señalando con el folleto que llevaba en la mano.

Ana Verónica se encontró entre un pequeño grupo de mujeres que hablaban entre sí excitadas, en murmullo.

La luz era tan escasa que veía sus caras de un modo confuso y vago. Nadie le dirigió la palabra. Permaneció entre ellas, observándolas y sintiéndose totalmente ajena a todo. Los oblicuos rayos de luz distorsionaban sus figuras y dibujaban el claroscuro en sus ropas.

—Ha sido idea de Kitty —dijo una—. Iremos en los coches.

—¡Kitty es magnífica! —exclamó otra.

—¡Magnífica!

—Siempre he querido hacer el servicio de la cárcel —dijo una voz—. Siempre. Desde el principio. Pero hasta ahora no ha sido posible.

Una muchachita rubia y diminuta que estaba junto a Ana Verónica dio de pronto rienda suelta a una risa histérica que se rompió en un sollozo.

—Antes de trabajar por el sufragio —dijo una voz firme y sin inflexiones—, yo no podía siquiera subir la escalera sin sentir palpitaciones.

Alguien a quien Ana Verónica no logró distinguir, parecía estar al frente del grupo.

—Creo que debemos entrar —dijo a Ana Verónica una mujer diminuta, de bastante edad, con un sombrero anticuado, que hablaba con voz ligeramente temblorosa—. ¿Puede usted ver algo con esta luz? Quisiera entrar ya. ¿Dónde está C?

Sintiendo un extraño temor, Ana Verónica contempló el oscuro interior de los vagones. Las puertas estaban abiertas y grandes letreros indicaban el lugar asignado a cada una. Indicó el camino a aquella mujer y después se dirigió al coche marcado con una D. Una joven con un brazalete blanco estaba situada en la puerta y las iba contando mientras entraban en el coche.

—Cuando sintáis golpes en el techo, tenéis que salir —dijo con voz autoritaria—. Estaréis frente a la entrada principal del edificio. Tenéis que dirigiros allí y entrar en el vestíbulo. Después intentaréis subir al primer piso gritando: «¡El voto para la mujer!».

Hablaba como una maestra que se dirigiera a unos cuantos niños pequeños.

—Y procurad no salir demasiado apelotonadas... —añadió.

—¿Listo? —preguntó el hombre de las cejas claras, apareciendo de pronto en la puerta. Esperó unos instantes, desperdiciando una sonrisa animosa que la luz apenas podía distinguir, y después cerró la puerta del vagón dejando a las mujeres sumidas en la oscuridad...

El coche arrancó.

—¡Esto es igual a lo de Troya! —exclamó una voz vibrante de entusiasmo—. ¡Igual a lo que ocurrió en Troya!

De este modo Ana Verónica, decidida, aunque llena de dudas, se mezcló con la corriente de la historia y escribió su nombre de pila en los registros de la policía del país.

Pero por respeto a su padre dio un apellido falso.

Algún día, cuando los premios de literatura permitan la ardua investigación que la labor requiere, la Campaña de las Mujeres encontrará su Carlyle, y los detalles de aquella maravillosa serie de hazañas con las que *Miss Brett* y sus colegas obligaron a todo el mundo occidental a estudiar la posición de la mujer en la sociedad serán el tema de las más deliciosas y asombrosas narraciones. De momento, mientras el mundo espera la aparición de tal escritor, las confusas noticias aparecidas en los periódicos constituyen la única fuente de información para los curiosos. Cuando aparezca tal escritor, hará al golpe dado aquella noche la justicia que merece; describirá al detalle la escena, las idas y venidas de los coches, automóviles y berlinas a través de la noche fría y oscura; la policía, numerosa, pero tranquila y segura de que no ocurriría nada anormal, junto a las distintas entradas de los grandes edificios, cuyo Victoriano estilo gótico surge del resplandor de los faroles, rodeado por la lobreguez de la noche; el Big Ben dominando desde la altura, y el tráfico incidental de Westminster; coches, carros y omnibuses atravesando el puente en ambas direcciones... Alrededor de la Abadía y de Abington Street estaban situados los piquetes y las avanzadillas de la policía, con la atención fija en el punto a donde, como una colmena furiosa, se dirigían las mujeres procedentes de Caxton Hall, Westminster. Y los vagones de inofensiva apariencia atravesaron aquellas barreras y se introdujeron en los mismos puntos vitales de las posiciones defendidas.

Pasaron ante los ociosos que habían desafiado la inclemencia del tiempo para ver lo que hacían las sufragistas y siguieron sin incidente alguno hasta una distancia de treinta metros de aquellas puertas ansiadas.

Y allí se descargaron.

Si yo fuera pintor, pondría en juego toda mi habilidad para dar proporción, perspectiva y dignidad al edificio; lo haría gris y majestuoso, lo haría más inmenso y respetable de lo que puede hacerlo una mera descripción verbal. Después, en un negro brillante, y muy pequeños, pintaría aquellos vagones impertinentes, detenidos al pie de toda esa grandeza. Y saliendo de ellos, un torrente de diminutos objetos negros, figurillas de mujeres valientes, en son de guerra contra el universo.

Ana Verónica iba en primera línea.

Instantáneamente, la calma expectante de Westminster murió y hasta el *speaker*, en su silla, se encogió al oír los silbatos de la policía. Los miembros más osados del Parlamento abandonaron sus puestos y se dirigieron al vestíbulo. Otros se echaron sus sombreros hacia delante, se encogieron en sus asientos y fingieron creer que todo en

el universo estaba tranquilo. Pero fuera todo el mundo corría. Unos corrían para ver y otros corrían para defenderse. Hasta dos ministros echaron a correr. Al abrirse las puertas del vagón y sentir el aire fresco en la cara, las dudas y la depresión sentidas por Ana Verónica dieron paso a una exaltación ingobernable. La misma sensación de aventura que ya la había hecho abrirse paso a través de crisis que hubieran abrumado de horror y vergüenza a cualquier otra muchacha dotada de una dosis normal de feminidad, se adueñó entonces de todo su ser. Frente a ella había una gran puerta gótica. Y ella tenía que atravesar aquella puerta.

La mujer de la voz temblorosa y el sombrero anticuado pasó corriendo por su lado, aunque sin perder su aspecto de respetabilidad. Al correr, emitía un ruido extrañamente amenazador, como el que uno utilizaría para obligar a un grupo de patos a salir del propio jardín: *Brrrr...* Los policías avanzaban por todas partes dispuestos a intervenir. La mujercita aquella se lanzó como un proyectil contra el tórax del primero, y Ana Verónica aprovechó aquel instante para deslizarse entre ellos.

Pero entonces se sintió cogida por la cintura y levantada del suelo.

Un elemento nuevo se mezcló con su exaltación en aquel momento. Un elemento de repugnancia y de terror. Nunca en su vida había experimentado nada tan desagradable como la sensación de ser levantada inesperadamente en vilo. Lanzó un grito involuntario y, como un animal asustado, comenzó a retorcerse y a luchar contra los hombres que la sujetaban.

El asunto dejó de ser una aventura agradable para convertirse en una pesadilla de violencia y de pánico. Su cabello se soltó, y el sombrero le cayó encima de un ojo sin poder arreglárselo por no tener las manos libres para hacerlo. Sintió que si aquellos hombres no la soltaban, iba a ahogarse. Pero ellos retrasaban el momento de dejarla libre. Al fin, con indescriptible alivio, sus pies tocaron el suelo y se vio conducida por dos policías que le sujetaban las muñecas con destreza profesional. Ana Verónica se retorció para libertarse mientras exclamaba:

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Al oírla, el paternal policía de su derecha la miró con severidad. Entonces la soltaron e intentaron sacarla fuera de allí.

—¡Váyase, jovencita! —dijo el policía en tono paternal—. Éste no es lugar adecuado para usted. Váyase a casa.

Con manos firmes y bien entrenadas a las que era inútil intentar oponerse, la empujó hasta diez o doce metros de distancia, por encima del suelo reluciente. Ana Verónica vio ante sí espacios vacíos y gente que corría hacia ella. Estuvo a punto de someterse y de resignarse a que aquél fuera el fin de la aventura, pero al oír la palabra «casa», se volvió de nuevo.

—¡No quiero irme a casa! —dijo—. ¡Y no me iré!

Logró libertarse del policía e intentó avanzar de nuevo hacia el portal.

—¡Quieta!

En aquel momento su atención quedó prendida en la violenta lucha en que estaba enzarzada la mujercita de la voz temblorosa, que parecía dotada de una fuerza sobrehumana. Tres policías que pugnaban por someterla, tropezaron con los que se ocupaban de Ana Verónica.

—¡Quiero que me arresten! ¡No quiero ir a casa! —gritaba la mujer una y otra vez. La dejaron en el suelo y ella se abalanzó sobre ellos. A uno le arrancó el casco y lo tiró con ira al pavimento.

—¡Tendrán que arrestarla! —gritó un inspector que apareció a caballo.

—¡Tendrán que arrestarme! —repitió ella.

Entonces la sujetaron entre todos y la levantaron en vilo mientras ella gritaba. Al ver aquello, Ana Verónica sintió que su sangre comenzaba a hervir.

—¡Cobardes! ¡Soltadla! —gritó. Y liberándose de una mano que la había mantenido sujeta, golpeó una y otra vez con los puños al policía que al fin consiguiera inmovilizar a la mujer.

Y, naturalmente, Ana Verónica fue arrestada también.

A continuación tuvo que pasar por la amarga y humillante experiencia de ser llevada a la fuerza por las calles, hasta el puesto de policía. Fuera lo que fuera lo que Ana Verónica se había imaginado de antemano, todo quedó borrado al comprobar cuál era la realidad. La condujeron por entre una muchedumbre ruidosa, cuyos rostros sonreían y la contemplaban sin compasión a la luz de los faroles.

—¡Vamos, chica! —gritó una voz—. ¡Aráñales!

Pero ella avanzó con cristiana resignación, resintiéndose únicamente del contacto de aquellas manos en sus muñecas. Varias personas parecían enzarzadas en una violenta lucha. Se oían gritos insultantes expresados de mil modos distintos, algunos de los cuales Ana Verónica no logró comprender. Un joven delgado y con gafas la siguió durante largo rato gritando: «¡Valor! ¡Valor!». Alguien le arrojó un puñado de barro y parte de él se le introdujo por el cuello. Un asco infinito se adueñó de ella y se sintió manchada e insultada hasta el límite. No podía esconder la cara. Intentó poner fin a aquella pesadilla con un acto de firme voluntad, intentó tener la fuerza suficiente para convertir en realidad el deseo de estar muy lejos. Tuvo una visión fugaz de la mujer de la voz temblorosa, que también era conducida por dos policías, luchando aún, débilmente y con expresión asustada, pero triunfante. Su sombrero cayó al suelo y se llenó de barro. Un golfillo lo recuperó y corrió tras ella para devolvérselo.

—¡Tienen que arrestarme! —exclamaba sin aliento, insistiendo en algo que ya había ocurrido—. ¡Tienen que hacerlo!

El puesto de policía le pareció a Ana Verónica un anhelado refugio. Titubeó antes de dar su nombre y por fin declaró llamarse Ana Verónica Smith, con residencia en el 107 A de Chancery Lane...

Aquella noche sintió que la indignación la consumía al haber comprobado de qué modo tan brutal la había tratado el mundo. Las mujeres arrestadas fueron conducidas a un pasadizo del puesto de policía de Panton Street que daba a una celda demasiado

descuidada y sucia para ser habitada, por lo que la mayoría pasaron la noche de pie. Por la mañana, alguien les llevó café caliente y bollos. Cuando al fin fue llevada a presencia del magistrado, se resignó a lo inevitable.

Sin duda alguna, él se limitó a expresar la actitud de la sociedad hacia aquellas heroicas defensoras de sus derechos, pero a Ana Verónica le pareció únicamente grotesco e injusto. Por lo visto, no se trataba del magistrado en funciones y se sentía irritado por ello.

—Unas cuantas mujeres histéricas —repitió una y otra vez durante la vista, jugueteando con el papel secante—. Unas cuantas criaturas histéricas. ¡Uf!

La sala estaba atestada de gente, en su mayor parte partidarios y admiradores de las culpables, y el hombre de las cejas claras se movía por todos los rincones.

La aparición de Ana Verónica fue breve. No tenía nada que decir en su propio favor. Un amable inspector de policía la condujo hasta el estrado. La joven contempló el Tribunal, los empleados sentados en mesas auxiliares llenas de documentos y las filas de policías en postura rígida, y escuchó los murmullos de los espectadores a su espalda. Sentado en una silla de alto respaldo detrás del pupitre, el sustituto del magistrado la contempló con malignidad desde detrás de sus gafas. Un joven de aspecto desagradable, pelo rojo y boca sensual, sentado a la mesa de los periodistas, se dedicaba a dibujarla sin ningún disimulo.

Ana Verónica se interesó por el juramento prestado por los testigos, y el beso dado a la Biblia le pareció muy gracioso.

—¿Desea preguntar algo a los testigos? —preguntó amablemente el inspector.

Los diablillos traviesos que bullían al fondo del cerebro de Ana Verónica le sugirieron varias preguntas jocosas. Por ejemplo, de dónde había sacado el testigo su estilo discursivo. Pero se dominó y contestó con sumisión:

—No.

—Bien, Ana Verónica Smith —dijo el magistrado una vez expuestos los hechos—. Es usted una joven atractiva, fuerte y respetable, y es una lástima que no haya encontrado otra ocupación para dar rienda suelta a su exuberancia. ¡Veintidós años! ¡No comprendo en qué están pensando sus padres, que la dejan meterse en estos asuntos...!

El cerebro de Ana Verónica se sintió invadido por un torrente de respuestas imposibles de formular.

—Estoy convencido de que la mayoría de ustedes no tienen la menor idea de la naturaleza de lo que tienen entre manos y de que se ven inducidas por terceros a tomar parte en estos actos de desorden público. Supongo que no sabría usted explicarme siquiera las consecuencias que pueda tener el voto femenino, si yo se lo preguntara. No, ni siquiera eso. Pero esto está de moda y no están contentas hasta que no se ven metidas en ello.

Los hombres sentados a la mesa de los periodistas levantaron las cejas, sonrieron levemente y se reclinaron hacia atrás observando las reacciones de Ana Verónica.

Uno de ellos, con aspecto de duende calvo, bostezó ruidosamente. Todo esto ya lo tenían archisabido y lo habían escuchado catorce veces. El magistrado titular hubiera llevado el asunto de un modo muy distinto.

Aria Verónica se vio enfrentada con la alternativa de ser libertada previo el pago de cuarenta libras (¿qué querría decir cuarenta libras?) o el encarcelamiento durante un mes. «Segunda clase», dijo alguien. Pero primera o segunda, a ella le daba igual. Eligió la cárcel.

Por fin, después de un largo trayecto en un coche sin ventanillas, llegó a la prisión de Canongate, porque la de Holloway estaba ya llena. Tuvo la mala suerte de ir a Canongate.

La prisión le pareció horrible. Era muy grande y prevalecía en ella un olor opresivo. Además, tuvo que esperar dos horas en compañía de dos ladronas vulgares, hasta que le asignaron una celda. El desaseo que en ella reinaba le causó una gran sorpresa. Se había imaginado que las cárceles tenían azulejos blancos y que todo en ellas estaba inmaculadamente limpio. Pero, por el contrario, parecían estar al nivel higiénico de los albergues para vagabundos. La bañaron en un agua turbia que ya había sido usada anteriormente. No le permitieron bañarse sola, sino que lo hizo otra presa privilegiada, y descubrió que en Canongate no se permiten las objeciones a aquella regla. También le lavaron la cabeza y la vistieron después con un traje de basta sarga, le pusieron un gorro y le quitaron su ropa. El traje no había sido lavado después de usado por la presa anterior, y hasta la ropa interior que le dieron le pareció sucia. Horribles recuerdos de cosas vistas por el microscopio se adueñaron de su imaginación y la hicieron estremecerse de repugnancia. Sentada al borde de la cama, sintió que toda la piel de su cuerpo temblaba al contacto de aquella ropa. Paseó la mirada por la habitación, que al principio le pareció austera y que según fueron pasando los momentos fue considerando más y más inadecuada, y durante varias horas meditó profundamente sobre todo lo que había sucedido y todo lo que había hecho desde que el torbellino del movimiento sufragista había reducido a segundo término sus asuntos personales...

Lentamente, tras unos minutos en que se sintió atónita y estupefacta, estos asuntos personales y su problema personal volvieron a adueñarse de su imaginación. Hasta entonces había creído que los había ahogado por completo.

Capítulo XI

REFLEXIONES EN LA CÁRCEL

1

Durante la primera noche le resultó imposible dormir.

La cama era inconcebiblemente dura, las ropas bastas e insuficientes y la celda al mismo tiempo fría y mal ventilada. El rechinar de las puertas y la sensación de estar continuamente vigilada la irritaban. A cada momento abría los ojos y miraba a su alrededor. Estaba física y mentalmente agotada y ni su cuerpo ni su imaginación podían descansar. Sentía que a intervalos regulares una luz iluminaba su cara y un ojo sin cuerpo la contemplaba, y esto, según fueron transcurriendo las horas, se convirtió en un tormento...

Volvió a pensar en Capes. Su imagen se le representó mientras se agitaba en un duermevela y en un delirio inconsciente y se sorprendió a sí misma hablándole en voz alta. Durante el transcurso de la noche un Capes irreal se encaró con ella y discutió con ella sobre los hombres y las mujeres. Se lo representó con uniforme de policía y con rostro impasible. Y, por alguna razón recóndita, se persuadió a sí misma de que tenía que exponer sus razones en verso.

«Nosotras somos la música, vosotros el instrumento —se dijo—. Nosotras la poesía y vosotros la prosa».

*El hombre tiene la razón, la mujer la rima,
El hombre gana siempre, la mujer termina.*

Estas frases surgieron de su cerebro febril que a continuación engendró una serie de aleluyas semejantes dirigidas a Capes. A través de su cerebro dolorido, adquirieron forma y expresión, y en ellas dio rienda suelta a mil rencores hasta entonces silenciados.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea!» —exclamó, recordando de pronto aquel baño obligatorio y pensando en las infecciones cutáneas. Después se sintió dominada por el remordimiento al reflexionar sobre la costumbre que había adquirido de maldecir. Y, mientras tanto, su imaginación seguía exponiendo en verso sus ideas. Escondió la cara en la almohada y se tapó los oídos para no percibir los latidos de su cerebro. Permaneció inmóvil algún tiempo. Por fin se sintió algo más tranquila y pudo dirigirse mentalmente a Capes en términos racionales.

«Después de todo, la teoría del señorío no es tan falsa —se dijo—. Las mujeres deben poseerlo, deben ser seres silenciosos y dignos, fuertes solamente en virtud y en resistencia contra el mal. Amor mío (aquí al menos, puedo llamarte así), no cabe duda de que eso es así aunque los Victorianos lo llevaron a un límite exagerado. Para ellos, la inocencia en la mujer no era más que una blancura vacía, una blancura sin brillo, que no por ello dejaba de ser inocencia. Pero yo he leído, he meditado, he adivinado y he buscado tanto, que mi inocencia ha acabado por macularse.

»Amor mío, yo deseaba apasionadamente algo, pero ¿qué? Quería ser *limpia*. Tú también quieres que lo sea. Es decir, querrías que lo fuera si me concedieras un pensamiento...

»Quisiera saber si me concedes algún pensamiento...

»Yo no soy una mujer buena. No quiero decir que no soy una buena mujer, sino que no soy una mujer buena. Mi pobre cerebro está tan aturdido, querido, que no sé lo que digo. Quiero decir que no soy un buen ejemplar de mujer. Tengo algo de masculino. A las mujeres buenas también les ocurren cosas y, sin embargo, permanecen limpias. Pero yo siempre estoy intentando hacer que sucedan cosas y no consigo otra cosa que mancharme...

»Con suciedad que puede lavarse, pero que sigue siendo suciedad...

»Quisiera ser la mujer sumisa y pura que corrige y cura y sirve a otros, que es adorada y traicionada, la reina mártir, la madre blanca... Pero no se puede ser así si no se tiene alguna religión. Y yo no tengo religión...

»No soy dulce y sumisa...

»No soy vulgar... no. Pero carezco de pureza de espíritu. El espíritu de las mujeres buenas está guardado por ángeles armados con espadas de fuego para no dejar entrar al mal...

»¿Existirán en realidad mujeres buenas...?

«Quisiera no maldecir tanto. Empecé haciéndolo por gracia... Y ahora es como una ceniza que manchara todas mis acciones y todas mis palabras... Maldije a aquel policía y él me miró escandalizado... ¡Maldición! Voy viendo las cosas más claras. Debe de estar amaneciendo.

»¡Oh, quisiera dormir, dormir, dormir!».

2

«**B**ueno —se dijo Ana Verónica después del paseo, sentada en el incómodo asiento de madera que era el único mueble de la celda, aparte de la cama—. Es inútil permanecer aquí sumida en una especie de trance. Durante todo un mes no tengo otra cosa que hacer más que pensar. Así es que ya es hora de que empiece a hacerlo. Ana Verónica, piensa, y procura aclarar el embrollo en que te has metido.

»¿De qué modo formularé las preguntas? ¿Qué soy yo? ¿Qué tengo que hacer? ¿Puede solucionarse verdaderamente una situación, reflexionando? ¿O nos limitamos,

por el contrario, a hacer frases y a cambiar de estado de ánimo?

»A la gente del siglo pasado no les sucedía lo mismo. Ellos distinguían el bien del mal; ellos tenían una fe religiosa bien definida que explicaba todo y trazaba reglas para todo. Nosotros no la tenemos. Al menos, yo no la tengo. Y es inútil fingir que existe, cuando no es así. Supongo que yo creo en Dios, aunque en realidad nunca pienso en Él. Poca gente piensa en Él. Supongo que mi fe es más o menos así: “Creo bastante firmemente en Dios Padre Todopoderoso, síntesis del proceso evolutivo, y, con un vago sentimentalismo, en Jesucristo, su hijo...”.

»Ana Verónica, es inútil fingir que se tiene fe, cuando no es cierto...

»En cuanto a la oración pidiendo fe... esta especie de monólogo es lo más parecido a la oración que soy capaz de hacer. ¿Acaso no estoy orando ahora?

»Todas nuestras ideas están confusas. Una confusión de motivos... eso es lo que soy yo...

»Por ejemplo, examinemos este absurdo anhelo de estar con Capes. ¿Por qué lo deseo con tanta fuerza?, ¿por qué le deseo, por qué le quiero, por qué pienso en él y no puedo olvidarle?

»Pero no con todo mi ser...

»Más que a nadie en el mundo, Ana Verónica, te amas a ti misma. ¡Convéncete de esto! El alma que tienes que salvar es el alma de Ana Verónica...».

Se arrodilló en el suelo de la celda, juntó las dos manos y permaneció durante mucho tiempo en silencio.

«¡Oh, Dios mío! —exclamó al fin—. ¡Cómo desearía haber aprendido a rezar!».

3

Se le ocurrió la idea de plantear estos sutiles y complicados problemas al capellán cuando la avisaron de la próxima visita de éste, pero no había contado con el reglamento de Canongate. Cuando él entró se puso en pie según le habían ordenado, y él la dejó atónita sentándose, según era costumbre, en el único asiento de la celda. No se quitó el sombrero para demostrar que los tiempos de los milagros habían pasado para siempre. Estaba acalorado y tenía las orejas encarnadas, resultado, sin duda, de una controversia anterior. Al tomar asiento, clasificó mentalmente a Ana Verónica.

—Supongo que es usted otra mujer que sabe mejor que su creador cuál debe ser su puesto en el mundo —dijo—. ¿Tiene alguna pregunta que hacerme?

Ana Verónica hizo un rápido reajuste mental. Y su orgullo le dictó la siguiente pregunta:

—¿Pertenece usted a la curia normal —dijo después de una pausa, mirándole por encima del hombro—, o ha ido a la universidad?

—¡Oh! —exclamó el clérigo.

Durante unos instantes respiró entrecortadamente y después, con un gesto

desdeñoso, se puso en pie y abandonó la celda.

Así, pues, Ana Verónica no recibió los consejos que en el estado espiritual en que se hallaba necesitaba con tanta urgencia.

4

Transcurridos un día o dos logró poner un poco de orden en sus ideas. Se sorprendió en una fase de violenta reacción contra el movimiento sufragista, una fase debida principalmente a una de esas antipatías que sienten de vez en cuando las personas de su temperamento, y que fue inspirada por la joven que ocupaba la celda contigua. Era una muchacha alta y desgarbada, con una sonrisa inexpresiva, expresión vacua y voz de contralto. Era ruidosa y entusiasta y siempre iba horriblemente peinada. En la capilla cantaba con tan evidente placer que Ana Verónica se veía obligada a apretar los dientes, y en el patio se paseaba moviendo todos los miembros como si careciera de coyunturas. Siempre estaba faltando al reglamento, hablando en apartes, haciendo señas... Y se convirtió para Ana Verónica en la viva encarnación de todo lo que convertía al movimiento sufragista en algo defectuoso e insatisfactorio.

Siempre era ella la que iniciaba todas las faltas de disciplina, y su mayor hazaña consistió en convencer a las demás presas de que se dedicaran a imitar los ruidos de los animales del jardín zoológico. Así que al llegar la hora de comer, toda la galería vibraba con ladridos, gruñidos, rugidos, gritos de pelícanos y maullidos felinos, mezclados con risas histéricas. Para muchas, aquello constituía un increíble alivio. Más aún que el canto de los himnos. Pero irritaba a Ana Verónica.

—¡Idiotas! —exclamó al oír por primera vez aquella batahola, refiriéndose específicamente a su insufrible vecina de la voz de contralto—. ¡Insufribles idiotas!

Aquella fase tardó algunos días en pasar y le dejó algunas cicatrices morales y algo parecido a una decisión.

«La violencia no servirá de nada —se dijo—. La violencia acabaría conmigo... Pero en cuanto a todo lo demás, estoy en lo cierto... Sí».

Según iban transcurriendo los días, largos y monótonos, Ana Verónica descubrió que su mente asumía actitudes definidas y alcanzaba distintas conclusiones. Una de éstas era la clasificación de las mujeres: las que son hostiles a los hombres y las que no sienten esta hostilidad.

«La verdadera razón por la que estoy aquí fuera de lugar —se dijo— es el hecho de que a mí me gustan los hombres y me gusta hablar con ellos. Nunca he sentido en ellos hostilidad hacia mí. No creo sinceramente en los derechos de la clase femenina... No quiero que ninguna ley liberadora me proteja de un hombre como Capes, y en el fondo de mi corazón sé que siempre estaré dispuesta a aceptar lo que venga de él...»

»La mujer necesita unirse a un hombre, a un hombre que esté hecho de mejor

madera que ella. Lo necesita más que nada en el mundo. Es posible que no sea justo, pero la vida está hecha de este modo. Ni la ley, ni las costumbres, ni la violencia masculina, lo han hecho como es. Es así por un orden superior. La mujer quiere ser libre, quiere ser libre legal y económicamente, para no tener que estar sujeta al hombre que no está hecho para ella. Pero sólo el Dios que hizo el mundo puede cambiar las cosas para evitar que sea la esclava del que le estaba reservado como dueño.

»¿Y qué ocurre si no le es posible conseguir a aquel hombre? ¡Hemos desarrollado hasta tal punto nuestro sentido de la preferencia...!».

En un mar de confusiones, se llevó la mano a la frente.

«¡Qué complicada es la vida! —exclamó—. Si por un lado nos libramos de nuestras ligaduras, por otro nos atamos con mayor fuerza. Antes de que haya ocurrido un cambio, un verdadero cambio, ya habré muerto. Estaré muerta, muerta, muerta... Llevaré muerta doscientos años...».

5

Una tarde, cuando todo estaba silencioso, la celadora la oyó gritar de pronto, con desesperación:

«¿Por qué diablos quemé aquellas veinte libras?».

6

Aquella noche, contempló en silencio la cena que le pusieron delante. La carne era mala y dura y estaba mal guisada.

«Supongo que alguien saca provecho de la comida —se dijo—. Ésta es la verdadera contextura de la vida; esto es lo que nosotras, las personas refinadas y privilegiadas, hemos olvidado. Creemos que en el fondo todo es recto y noble, pero no hay tal cosa. Creemos que si abandonamos a los seres que son nuestros amigos y salimos al mundo, todo será fácil y agradable. Y no nos damos cuenta de que hasta la civilización que existe en Morningside Park, es mantenida con mil dificultades y peligros por policías a quienes no debemos escandalizar hablando como carreteros...

»No es éste el mundo adecuado para que una joven inocente ande sola por él. Es un mundo de suciedad, de enfermedad de la piel y de parásitos. Es un mundo en el que la ley puede estar representada por un cerdo imbecil y los puestos de policía ser jaulas llenas de suciedad... Necesitamos alguien que nos ayude y nos proteja... y agua limpia.

»¿Me estoy haciendo razonable, o me están domando?

»Simplemente, estoy descubriendo que la vida tiene muchos aspectos complejos e incomprensibles. Yo creía que no había más que agarrarla por la garganta.

»¡Pero no tiene garganta!».

Un día se le ocurrió la idea de sacrificarse e hizo lo que consideró descubrimientos morales de gran importancia.

«¿Qué he sido yo hasta ahora? —se preguntó—. La imagen desnuda del egoísmo, la voluntad de Ana Verónica, sin permitir que religión, disciplina o autoridad alguna me dominara».

Pensó entonces que al fin había encontrado la piedra de toque de su conducta. Comprendió que en todos sus movimientos y proyectos no había pensado más que en sí misma. Incluso Capes no había sido más que un excitante para poder sentir un apasionado amor; un simple ídolo a cuyos pies podía arrojarse mentalmente y de aquel modo experimentar placer. Había salido al mundo dispuesta a vivir una vida hermosa, una vida libre y sin ligaduras, sin contar para nada con lo que aquello le costaría a ella y a los demás.

«He hecho sufrir a mi padre. He hecho sufrir a mi tía. He hecho sufrir y he despreciado al pobre Teddy. No he hecho feliz a nadie. Merezco todo lo que me ha pasado.

»Debo someterme, aunque sea únicamente por lo que les hice sufrir a todos ellos para conseguir mi soñada libertad...

»La bandera de tu orgullo habrá de inclinarse, Ana Verónica...

»Sumisión... y bondad.

»¿Quién eres tú, para que el mundo se incline a tus pies?

»Tienes que ser un ciudadano honrado, Ana Verónica. Tienes que llevar tu parte de carga. No debes anhelar a un hombre que no te pertenece y que ni siquiera está interesado por ti. Eso está claro

»Tienes que seguir el camino más razonable, Ana Verónica. Tienes que ajustarte a las personas que Dios ha colocado a tu alrededor. Todo el mundo lo hace».

Sus ideas siguieron multiplicándose en este sentido. No había razón que le impidiera ser amiga de Capes. Al menos sabía que la consideraba agradable y que le gustaba hablar con ella. No había razón, no, que le impidiera ser amiga suya. Después de todo, la vida está hecha así. No existe ninguna entrega y no hay nada mejor que controlar toda posible oferta. Todo el mundo tiene que hacer un pacto con la vida.

Sería muy agradable ser amiga de Capes.

Ella podría continuar sus estudios de Biología y quizá desarrollar las mismas cuestiones que él estudiaba...

Quizás algún día una nieta suya se casara con un nieto de él...

Con brillante claridad, vio que en su loca persecución de la independencia no había hecho nada por nadie, mientras que muchas personas la ayudaron a ella. Pensó en su tía y en aquel portamonedas abandonado sobre la mesa; pensó en la ayuda de las Widgett y en la admiración de Teddy; pensó, con una nueva emoción, en su padre;

pensó en la consciente generosidad de Manning; pensó en la devoción de *Miss Miniver*.

«¡Y yo no he tenido más que orgullo... orgullo... orgullo!

»Soy la hija pródiga. Iré a la casa de mi padre y le diré...

»Supongo que el orgullo es pecado. He pecado contra el Cielo... Sí, he pecado contra el Cielo y contra ti.

»¡Pobre papá! ¿Gastará mucho dinero para darme un banquete y celebrar mi vuelta al redil?

»¡Disciplina! Al fin, hay que llegar a ella. Empiezo a comprender a Jane Austen, las cortinas de cretona, los refinamientos y todo lo demás. Hay que ponerse guantes para cubrir nuestros dedos avarientos. Hay que aprender a levantar la cabeza...

«Y de una forma o de otra —añadió después de una larga pausa— tengo que devolver a Ramage esas cuarenta libras».

Capítulo XII

ANA VERÓNICA PONE ORDEN EN LA SITUACIÓN

1

Ana Verónica hizo un esfuerzo para llevar a la práctica sus buenos propósitos. Antes de escribir a su padre, meditó larga y cuidadosamente, y también lo hizo antes de enviar la carta a su destino.

«Mi querido papá: He reflexionado profundamente desde que me trajeron a la cárcel. Todo lo que he pasado me ha enseñado mucho sobre la vida y la realidad. Comprendo que es necesario ceder si se quiere vivir, y que fui una ignorante al creer lo contrario. He intentado conseguir el libro de Lord Morley sobre este tema, pero parece ser que no existe en la biblioteca de la cárcel y que el capellán le considera un escritor indeseable».

Al llegar aquí, advirtió que se había apartado del tema y prosiguió:

«Lo leeré cuando esté en libertad. Pero veo claramente que tal como están las cosas, una hija depende por necesidad de su padre, y que mientras esté en tal situación le corresponde vivir en armonía con sus ideales».

«Un poco impersonal», se dijo Ana Verónica cambiando el tono de la carta y haciendo que el último párrafo pecara de lo contrario.

«De verdad, papá, siento mucho todo lo que ha ocurrido. ¿Me permites volver, para intentar ser una hija mejor?»

ANA VERÓNICA».

2

Su tía acudió a esperarla a la salida de Canongate, y, sintiéndose algo confusa entre lo que era un acto oficial y lo que era una leve ofensa a la justicia nacional, se vio mezclada en una procesión triunfal compuesta por sufragistas que se dirigía al

«Restaurante Vegetariano». Después de observarla, una de las mujeres dijo en voz alta: «Es inofensiva. Y además esto le sentará bien». *Miss Stanley* se disponía a ingerir un menú vegetariano, cuando recuperó por fin el orden de sus ideas. Obedeciendo a un oscuro instinto, había acudido a la cárcel con un velo negro, que levantó para besar a Ana Verónica y no volvió a dejarlo caer. Le sirvieron un plato de huevos y procuró soportar toda la subsiguiente agitación y los subsiguientes discursos con la dignidad apropiada a una dama de buena familia. La tranquila vuelta a casa que ella y Ana Verónica se habían prometido, quedó completamente desorganizada. No pudieron hacer un intercambio de explicaciones, y después de arreglar los asuntos en la casa de huéspedes llegaron a *Morningside Park* avanzada la tarde, totalmente deprimidas, con un intenso dolor de cabeza y resonando aún en sus oídos la voz de la indomable *Kitty Brett*.

—¡Unas mujeres terribles, querida! —dijo *Miss Stanley*—. Aunque algunas de ellas eran atractivas e iban bien vestidas. No comprendo por qué hacen tales cosas. Tu padre no debe enterarse de lo que nos ha ocurrido... ¿Por qué me dejaste entrar en aquella vagoneta?

—Creí que teníamos que entrar... —repuso Ana Verónica.

—Tomaremos el té en el gabinete en cuanto estemos listas... Yo voy a cambiarme de ropa y creo que nunca más me pondré este sombrero ni este velo...

Diré que nos pongan tostadas con mantequilla. Tus pobres mejillas están hundidas...

3

Cuando Ana Verónica subió aquella noche al estudio de su padre, le pareció por un momento que los acontecimientos de los últimos seis meses habían sido un sueño. Los grandes espacios de Londres, las calles iluminadas y brillantes, le parecían algo muy remoto; el laboratorio de Biología con su trabajo y sus emociones, las reuniones socialistas, los paseos en coche con *Ramage*... todo ello le pareció leído en un libro. El estudio no había experimentado ningún cambio. Allí estaba la lámpara, allí estaba la chimenea, allí estaba el manojito de papeles atados con la misma cinta rosa. Y en la butaca estaba su padre, sentado en la misma postura que le era característica. Ella permanecía de pie, como el día en que él se negó a permitir que acudiera al baile de *Fadden*. Ambos se habían despojado del barniz de cortesía con que se hablaron en el comedor, y un observador imparcial hubiera podido leer en sus caras la misma obstinación de entonces, así como una cierta dureza, claramente manifiesta en el padre y algo suavizada en la hija, pero dureza al fin, que convertía su reconciliación en una fría transacción y descontaba todo posible sentimentalismo.

—¿De modo que has reflexionado? —comenzó su padre, refiriéndose a la carta recibida y mirándola por encima de las gafas—. Me parece muy bien, hija mía, pero desearía que lo hubieras hecho sin necesidad de que ocurriera lo que ha ocurrido.

Ana Verónica comprendió que no debía olvidar ser y mostrarse razonable.

—Hay que vivir para aprender —dijo, con lo que era una pasable imitación del tono de *Mr. Stanley*.

—Siempre que, en efecto, hayas aprendido.

Hubo una pausa en la conversación.

—Supongo, papá, que no te opondrás a que continúe mis estudios en el Colegio Imperial.

—Si ello ha de servir para mantenerte ocupada... —contestó él con una sonrisa levemente irónica.

—Los estudios están pagados hasta el final de curso.

Su padre afirmó gravemente con la cabeza, como si aquello fuera un informe oficial.

—Puedes continuar tus estudios mientras no alteren tus obligaciones en la casa. Estoy convencido de que la mayoría de las investigaciones de Russell están equivocadas, pero eso debes averiguarlo por tus propios medios. Ya tienes edad suficiente. Sí, tienes edad suficiente.

—El trabajo que hago es necesario para el examen de la Facultad de Biología.

—Es absurdo que sea así, pero supongo que tienes razón.

Hasta aquí parecían estar de acuerdo, pero, de todos modos, para ser aquello la vuelta al hogar de la hija pródiga, la escena carecía de calor humano. Ana Verónica tenía aún que aclarar lo principal. Hubo una breve pausa.

—Ésta es una época de puntos de vista realistas y de trabajo realista —dijo *Mr. Stanley*—. Sin embargo, creo que los mendelianos van a dar a Russell más de un disgusto.

—Papá —dijo Ana Verónica—. Todo esto... Vivir lejos de casa... me ha costado dinero.

—Creí que eso ya lo habías previsto.

—Y si he de decirte la verdad, tengo algunas deudas.

—¡No!

El corazón de Ana Verónica se encogió al observar el cambio que se produjo en la expresión de su padre.

—Tuve que pagar mis habitaciones... Y pagué los gastos del colegio...

—Sí, pero ¿cómo conseguiste...? ¿Quién te dio el dinero?

—La patrona me reservó las habitaciones todo el tiempo que estuve en Canongate y los gastos del colegio han resultado considerables.

Ana Verónica habló precipitadamente, porque la pregunta de su padre era la más difícil de contestar que le había sido hecha en toda su vida.

—Mollie y tú pagasteis la cuenta de la patrona. Ella me ha dicho que tenías dinero.

—Lo pedí prestado —dijo Ana Verónica sintiendo que una profunda desesperación se apoderaba de ella.

—Pero ¿quién te lo dejó?

—Empeñé mi collar de perlas. Me dieron tres libras por él y otras tres por mi reloj.

—Seis libras. ¡Hum! ¿Tienes las papeletas? Pero dices que pediste dinero prestado...

—Sí.

—¿A quién?

Ana Verónica se enfrentó con su mirada y se estremeció. Era imposible, indecente, decir la verdad. Si mencionaba el nombre de Ramage, a su padre le daría un ataque. Podía ocurrir cualquier cosa. Y mintió.

—A las Widgett.

—Verdaderamente, *Vee*, has hecho demasiado público el estado de nuestras relaciones.

—Ellas lo conocían, después de lo ocurrido la noche del baile.

—¿Cuánto les debes?

Ana Verónica sabía que cuarenta libras era una cantidad demasiado elevada, y sabía también que no debía titubear.

—Ocho libras —dijo, añadiendo en seguida—: Quince libras me pondrían completamente al corriente.

En su interior lanzó una exclamación poco adecuada a su posición social y se dedicó febrilmente a hacer cálculos. *Mr. Stanley*, por su parte, decidió aprovechar la ocasión para decir unas cuantas cosas. Durante unos segundos pareció meditar.

—Está bien —dijo al fin con deliberada lentitud—. Lo pagaré. Lo pagaré todo. Pero espero, *Vee*, espero que éste sea el fin de semejantes aventuras. Creo que habrás aprendido la lección y que comprenderás que no se puede cambiar el orden de las cosas. En este mundo, nadie puede hacer lo que se le antoje. Siempre hay limitaciones y barreras.

—Lo sé —dijo Ana Verónica (¡quince libras!)—. Lo he aprendido. Haré... haré lo que pueda. (¡Quince libras! De quince a cuarenta, van veinticinco).

La joven titubeó. No se le ocurría nada más que decir.

—Bueno —dijo al fin—. Y ahora, ¡a comenzar una nueva vida!

—¡A comenzar una nueva vida! —repitió su padre, poniéndose en pie.

Los dos se miraron con desconfianza, no muy seguros de sí mismos. *Mr. Stanley* dio un paso hacia su hija, y en este momento recordó las circunstancias de su última conversación en aquel mismo estudio. Ella se dio cuenta de su propósito y su vacilación, titubeó también y por último se acercó, le cogió por las solapas y le besó.

—¡Ah, *Vee*! ¡Esto es otra cosa! —Y torpemente, su padre la besó también—. Y ahora, vamos a ser sensatos.

Ana Verónica se apartó de él y salió de la estancia con expresión grave y preocupada. (¡Quince libras! ¡Y necesitaba cuarenta!).

Como era lógico después de aquel día agotador, Ana Verónica pasó la noche inquieta y desconsolada. Los nobles propósitos trazados en Canongate le parecieron desprovistos de sentido. La firmeza de su padre se le presentó como algo que quedaba fuera de los cálculos en que basaba sus proyectos y, sobre todo, no había creído tropezar con tantas dificultades para conseguir las cuarenta libras que necesitaba para devolver a Ramage.

Estas dificultades la habían cogido de sorpresa y su cerebro agotado no pudo acudir en su ayuda. Recibiría quince libras, y nada más. Sabía que esperar más era como esperar encontrar una mina de oro en el jardín. La oportunidad había pasado. Comprendió que no podía enviar a Ramage una cantidad inferior a veinte libras, como primera entrega.

Ya le mandó aquella vez veinte libras y no volvió a escribirle explicándole por qué no había vuelto a enviárselas cuando él se las devolvió. Debió escribirle inmediatamente y decirle lo que había sucedido. Si le mandaba ahora quince libras, Ramage creería que se había gastado desde entonces las cinco que restaban. ¡No! Eso era imposible. Tendría que guardar las quince libras hasta reunir veinte, y eso no ocurriría hasta su cumpleaños... en el mes de agosto.

Se removió inquieta en la cama, perseguida por visiones de Ramage que eran en parte sueño y en parte recuerdos y en las que su acreedor se convertía en un ser monstruoso que la perseguía y amenazaba sañudamente.

«¡Maldito sea el sexo, del principio al fin! —exclamó Ana Verónica—. ¿Por qué no podemos reproducirnos por medio de esporas asexuadas, como los hongos? Los seres humanos nos destruimos unos a otros, y hasta la amistad más limpia se envenena o se contagia... ¡Tengo que devolver esas cuarenta libras! ¡Es necesario!».

Durante algún tiempo ni aun el recuerdo de Capes logró consolarla. Le vería al día siguiente, pero se sentía tan desesperada que se imaginó que él le daría la espalda y no le concedería siquiera una mirada. Y si aquello ocurría, ¿de qué serviría verle?

«¡Ojalá fuera una mujer, para que pudiera ser mi amiga! Quiero que sea mi amigo. Quiero simplemente poder hablar con él y estar a su lado. Me basta con estar a su lado...».

Guardó silencio, con la cabeza enterrada en la almohada, y por fin exclamó:

«¿De qué sirve fingir? Le amo».

Lo repitió en voz alta una y otra vez y comenzó a imaginarse a sí misma cometiendo actos de devoción perruna hacia un biólogo que, para hacer la cosa aún más dramática, era completamente indiferente a sus sentimientos.

Por último, con las pestañas húmedas por lágrimas que únicamente la emoción que se siente a las tres de la mañana puede destilar, logró quedarse dormida.

Un impulso instintivo e incomprensible la obligó a no acudir al Colegio Imperial hasta mediodía. A aquella hora encontró el laboratorio desierto, como había esperado. Se dirigió a la mesa de debajo de la ventana, donde solía trabajar, y la halló limpia y dispuesta con todos los reactivos necesarios. Era evidente que se la habían reservado. Dejó sobre ella los cuadernos y aparatos que había traído, y cuando se sentó en el taburete la puerta de la sala de ensayos se abrió a su espalda. Como Ana Verónica se sentía incapaz de volver la cabeza con naturalidad, fingió no haber oído. Después, las pisadas de Capes se aproximaron, y Ana Verónica, con un esfuerzo de voluntad, se volvió.

—La esperaba esta mañana —dijo Capes—; ya sé que la pusieron en libertad ayer.

—Creo que ya es bastante que haya venido esta tarde.

—Empezaba a temer que no viniera nunca más.

—¿Temía que no viniera?

—Sí. Me alegro de que haya vuelto por muchas razones. —Hablaba con un ligero nerviosismo—. Entre otras cosas, deseaba decirle que... yo ignoraba que se tomara usted tan en serio la cuestión del sufragio. Tengo un peso sobre mi conciencia por haberla ofendido...

—¿Que usted me ofendió? ¿Cuándo?

—Me ha perseguido su recuerdo. Me porté de un modo grosero y estúpido. Estábamos hablando del sufragio y yo... me burlé de él.

—No fue usted grosero.

—No sabía que la cosa la importaba tanto.

—Ni yo tampoco. Espero que no haya estado dando vueltas a ello todo este tiempo.

—Así ha sido. Tenía la sensación de haberle causado un daño involuntario.

—No fue usted, sino yo quien me hice daño a mí misma.

—Quiero decir que...

—Me comporté como una idiota, eso es todo. Tenía los nervios desechos y estaba preocupada. Somos animales histéricos, *Mr. Capes*. Hice que me encerraran para tranquilizarme, impulsada por el mismo instinto que impele a los perros a comer hierba. Pero ya pasó todo.

—Que sus nervios estuvieran al descubierto no es excusa para que yo los tocara. Debí comprender que...

—No tiene ninguna importancia... si usted está dispuesto a perdonarme mi actitud.

—¡Perdonarla yo!

—Lamento haber sido tan estúpida.

—Bien, todo está aclarado ya —dijo Capes con una nota de alivio en la voz y asumiendo una postura más cómoda al borde de la mesa—. Pero si le importaba tan poco el sufragio, ¿por qué fue a la cárcel?

Ana Verónica reflexionó antes de contestar.

—Aquello fue sólo una fase.

—Fue una nueva fase en la historia de la vida —sonrió Capes—. Ahora todo el mundo parece pasar por ella.

—¿Qué hace *Miss Garvice*?

—Va mejorando. Usted nos ha hecho cambiar a todos, incluso a mí. La campaña es un éxito. —Al observar la expresión inquisitiva de los ojos de Ana Verónica, repitió—: Se lo aseguro. Un verdadero éxito. Los hombres tendemos a pensar en las mujeres con demasiada ligereza, a no ser que ellas nos recuerden que no debemos hacerlo así... Usted me recordó que no debía hacerlo...

—Entonces, ¿no fue del todo en vano mi estancia en la cárcel?

—No fue el hecho de que estuviera en la cárcel lo que me impresionó, sino las cosas que dijo aquí. De pronto sentí que la comprendía y que la consideraba como lo que era... como una persona inteligente. Perdóneme que le diga esto, con todo su significado. En la actitud general del hombre hacia la mujer, hay un toque de infantilismo... aunque no creo que se nos pueda reprochar demasiado el que no tomemos muy en serio a algunas personas de su sexo. Pero tenemos la costumbre de mostrarnos con ustedes poco naturales y afectados. —Hizo una pausa y sus ojos la contemplaron con gravedad—. Y usted no merece tal cosa.

La repentina aparición de *Miss Klegg* en el umbral de la puerta más alejada, puso fin a su coloquio. Al ver a Ana Verónica, permaneció un instante como extasiada y por fin avanzó con las manos extendidas.

—¡Véronique! —exclamó (aunque hasta entonces nunca la llamara otra cosa que *Miss Stanley*), mientras la besaba y abrazaba con profunda emoción—. ¡Pensar que tenía usted esos proyectos y no nos dijo ni una palabra! Está algo más delgada, pero, aparte de eso, tiene mejor aspecto que nunca. ¿Ha sufrido mucho? Intenté abrirme paso para verla a la salida del puesto de policía, pero había demasiada gente y no logré acercarme... Pienso ir a la cárcel en cuanto termine el curso —declaró—. Ninguna fuerza humana podrá impedírmelo.

6

Capes la hizo sentirse feliz durante toda aquella tarde. ¡Se mostraba tan cariñoso, tan interesado por ella y tan dichoso de que hubiera vuelto! La ceremonia del té en el laboratorio fue como una especie de recepción sufragista. *Miss Garvice*, aunque asumiendo una actitud de neutralidad, se declaró casi conquistada por el ejemplo de Ana Verónica. El escocés dijo que si las mujeres viven en una esfera especial, se trata de una esfera grandiosa, y que nadie que creyera las doctrinas de la evolución podía

negar con lógica «algún día» el derecho al voto a las mujeres por mucho que se sintieran inclinados a dudar de la conveniencia de la concesión inmediata. La negativa era una cuestión de tiempo, y en ningún modo podía considerarse absoluta. El joven peinado al estilo de Russell se aclaró la garganta y dijo, sin venir grandemente a cuento, que conocía a un hombre, amigo de Thomas Bayard Simmons, que se había amotinado en la Galería de los Extranjeros. Por último, Capes, habiendo comprobado que todos ellos se mostraban partidarios de Ana Verónica, ya que no del todo del feminismo, se sintió travieso y comenzó a desarrollar la idea del escocés en el sentido de que todavía quedaba la esperanza de que las mujeres evolucionaran hacia algo más elevado.

Era evidente que se sentía optimista y alegre. Ana Verónica consideró la deliciosa posibilidad (que no había que tomarse demasiado en serio, sino sólo sentirse a medias) de que ello fuera debido a su vuelta. Aquella tarde volvió a casa sintiendo que flotaba en un mundo tan de color de rosa como la noche anterior le había parecido gris.

Pero al salir del tren de la estación de Morningside Park tuvo un sobresalto. A veinte metros de ella, en la plataforma, distinguió el sombrero reluciente y la figura inconfundible de Ramage. Inmediatamente se ocultó lo mejor posible y se inclinó como para abrocharse los zapatos hasta que le vio salir de la estación. Después le siguió a distancia hasta que la bifurcación de la avenida le ofreció un rápido medio de escape. Ramage siguió avenida arriba y ella echó por el camino sintiendo que su corazón latía aceleradamente.

«Aquello sigue sin solución —se dijo—. Todo está igual que antes, ¡maldita sea! No pueden borrarse las cosas solamente por el hecho de hacer buenos propósitos».

En aquel momento vio ante ella la radiante figura de Manning. Con una sensación de alivio, sonrió al verle, con lo que automáticamente la satisfacción de Manning se hizo aún más rebosante.

—No llegué a tiempo a la salida de la cárcel —dijo—, pero después estuve en el mismo restaurante. Ya sé que usted no me vio, pero yo no dejé de contemplarla.

—¿Se ha convertido usted en uno de nuestros adeptos? —preguntó Ana Verónica.

—¡Ya lo creo! ¿Quién podría evitarlo? Esas espléndidas mujeres deben conseguir el voto —dijo sonriendo paternalmente.

Los dos echaron a andar juntos y se sumieron en una conversación que a Ana Verónica le pareció muy agradable, porque sirvió para desterrar de su mente sus preocupaciones. Aquella tarde llegó a parecerle que Manning tenía un gran atractivo. La luz que Capes había extendido por encima del mundo, incluyó en su abrazo hasta a su rival.

7

os motivos que indujeron a Ana Verónica a comprometerse oficialmente con

L Manning nunca estuvieron muy claros para ella. Los razonamientos más opuestos se habían enfrentado en una dura lucha en su corazón, y uno de los principales fue que se sabía apasionadamente enamorada de Capes. En ciertos momentos tenía la sensación de que éste comenzaba a interesarse por ella y todo esto le hizo sentir miedo de lo que pudiera ocurrir, de los resultados de cualquier acción irreflexiva por su parte.

«No debe saberlo nunca —se repetía una y otra vez—. ¡Nunca! O de lo contrario... será imposible que seamos amigos».

No era esto en modo alguno todo lo que bullía en la mente de Ana Verónica, pero era, con mucho, su más firme decisión, lo único en que se permitía pensar a plena luz. Todo lo demás quedaba oculto en sombras, y si alguna vez salía a la superficie, volvía a ser escondido precipitadamente. Ana Verónica no se permitía jamás contemplar cara a cara aquellos sueños que se burlaban del orden social en que vivía, y nunca se confesaba a sí misma haber escuchado los murmullos de su corazón. Por todo esto Manning fue pareciéndole cada día más y más indicado como un refugio, como una fortaleza. De aquella confusa aleación de sentimientos y deseos algunos aspectos aparecieron netamente destacados. El hecho de ver a Capes todos los días le hacía experimentar una felicidad que echaba una sombra sobre el camino que había resuelto seguir. Durante una semana no apareció por el laboratorio, y fue aquella una semana interesante e intensa...

Cuando reanudó su asistencia al Colegio Imperial, el dedo índice de su mano izquierda lucía una sortija antigua con dos zafiros, que había pertenecido a la abuela de Manning.

Era evidente que aquella joya ocupaba gran parte de sus pensamientos. Continuamente se detenía en su trabajo contemplándola, y cuando Capes se acercó a ella, primero descansó la mano sobre su regazo y después la puso encima de la mesa para que estuviera bien visible. Pero los hombres no suelen fijarse mucho en tales detalles y eso le ocurrió a Capes.

Por la tarde, después de profundas reflexiones, Ana Verónica se decidió a ir al grano.

—¿Son buenos estos zafiros? —le preguntó.

Capes se inclinó para examinarlos. Ana Verónica se quitó la sortija y se la entregó.

—Muy buenos. Son más oscuros que la mayoría. Pero yo no entiendo mucho de joyas. ¿Es un anillo antiguo? —preguntó al devolvérselo.

—Creo que sí. Es una sortija de compromiso... —Se la introdujo en el dedo y añadió con voz a la que se esforzó en dar un tono indiferente—: Me la dieron la semana pasada.

—¡Oh! —exclamó Capes sin expresión alguna, fijando los ojos en los de Ana Verónica.

—Sí. La semana pasada.

La joven le miró también y de pronto sintió que aquel anillo colocado en su dedo era el error más grande de su vida. Pero inmediatamente dejó de considerarlo así y pensó en ello como en una necesidad inevitable.

—¡Qué curioso! —exclamó Capes después de una breve pausa, una pausa llena de insinuaciones, que les separó como una barrera.

La joven continuó sentada en completa inmovilidad. La mirada de Capes descansó en la joya durante unos segundos para pasar después a su muñeca y a la suave curva de su brazo.

—Supongo que debo felicitarla —dijo, mientras sus ojos expresaban asombro y perplejidad—. La verdad es que no sé por qué esto me coge de sorpresa. Era una idea que no se me había ocurrido. Usted siempre me ha parecido completa... sin necesidad de eso...

—¿Por qué?

—No sé por qué. Pero esto ha sido para mí como... dar la vuelta a una casa que por delante parece completa y terminada y descubrir que por detrás tiene un ala de habitaciones con las que no se había contado.

Ana Verónica levantó la mirada y descubrió que él la observaba con intensidad. Durante unos instantes los dos contemplaron la sortija y ninguno de ellos habló. Al fin Capes fijó su atención en el microscopio.

Capítulo XIII

EL ANILLO DE LOS ZAFIROS

1

Durante algún tiempo aquel anillo pareció ser efectivamente la solución satisfactoria de los problemas de Ana Verónica. Era como verter un ácido fuerte sobre un metal. El muro que había aparecido interponerse entre ella y Capes desapareció y los dos se embarcaron en una abierta y declarada amistad. Un sábado fueron juntos al Jardín Zoológico para comprobar por sí mismos un punto de interés morfológico en el tucán, y pasaron el resto de la tarde paseando y hablando en términos generales de la superioridad del intercambio intelectual sobre todas las relaciones simplemente apasionadas. Capes se extendió sobre este tópico y Ana Verónica no pudo adivinar que al hacerlo no se mostraba en absoluto sincero.

—No estamos más que en el amanecer de la Época de la Amistad, en la que supongo que los intereses comunes sustituirán a las pasiones. Ahora hay que amar u odiar, lo que en cierto modo es también amor. Pero desde ahora comenzaremos a sentir otra clase de interés por nuestros semejantes. Empezaremos a sentir curiosidad y a hacer experimentos con ellos.

Mientras hablaba, parecía ir elaborando las ideas. Contemplaron a los chimpancés y admiraron la dulzura de su mirada, «mucho más humana que la de los seres humanos». Pasaron también unos momentos entretenidos ante la jaula general de los monos viendo como daban enormes saltos casi mortales.

—¿Quién cree usted que se está divirtiendo más —preguntó Capes—, ellos haciéndolo, o nosotros viéndolo?

—Yo creo que ellos...

—Ellos lo hacen, pero lo olvidan. Nosotros lo recordamos. Estos movimientos se adentran en mi memoria, donde permanecerán para siempre. Mientras que la vida es algo únicamente material.

—La vida es maravillosa.

—Es mejor contemplar la vida que ser la vida.

—Las dos cosas pueden compaginarse —dijo Ana Verónica, que aquella tarde no tenía ganas de discutir.

—Vamos a ver los jabalíes —dijo Capes.

Ella le siguió, pensando que estar junto a él le producía una sensación excitante y extraña. Sus frases más sencillas la llenaban de admiración, y cuando le explicó que era el azúcar, y no el pan ni los bollos, el talismán que ganaba el cariño de los

animales, se maravilló de su práctica omnisciencia.

Por último, junto a la salida de Regent's Park se tropezaron con *Miss Klegg*. La expresión de su rostro sugirió a Ana Verónica la idea de llevar a Manning un día al colegio, idea que por una causa o por otra no puso en práctica hasta dos semanas después.

2

Cuando al fin lo hizo, el anillo de zafiros adquirió otro significado en la imaginación de Capes. Cesó de ser el símbolo de una persona remota y abstracta para convertirse de pronto en el de un ser visible y tangible.

Manning apareció por la tarde, ya terminado el trabajo, cuando el biólogo estaba resolviendo algunas dificultades con que había tropezado el escocés en el tratamiento metafísico del cráneo de un elefante africano. Acababa de descubrir una sutura que al escocés le había pasado inadvertida, cuando se abrió la puerta del pasillo y Manning penetró en su mundo.

Visto desde el otro extremo del laboratorio, Manning causaba un efecto verdaderamente agradable, y al contemplar la sonrisa con que avanzó hacia su prometida, *Miss Klegg* sustituyó el romance que hasta entonces había adjudicado a Ana Verónica, por este otro, mucho más sencillo y normal. En una de sus manos enguantadas llevaba un bastón y un sombrero; su traje estaba admirablemente planchado; tenía el rostro atractivo, y sus ojos oscuros expresaban una ardiente solicitud.

—He venido a buscarte para tomar el té —dijo tendiendo una mano hacia ella.

—Acabo de terminar —repuso Verónica alegremente.

—Con todos mis horribles instrumentos científicos —preguntó él con una sonrisa que *Miss Klegg* consideró extraordinariamente bondadosa.

—Con todos mis horribles instrumentos científicos.

Manning siguió mirándola con aire de orgullosa propiedad y examinando también el mobiliario y los objetos que llenaban la habitación. La poca altura del techo le hacía parecer anormalmente alto. Ana Verónica limpió un escalpelo, colocó una cartulina sobre un recipiente que contenía varios conejos de indias en embrión sumergidos en un líquido color malva y desarmó el microscopio.

—Me gustaría saber un poco más sobre biología —dijo Manning.

—Ya estoy lista —declaró Ana Verónica cerrando de un golpe la caja del microscopio y contemplando por un instante el laboratorio—. Mi sombrero está colgado en una percha del pasillo.

Echó a andar seguida de su prometido, que abrió la puerta para dejarla pasar. Cuando Capes lo miró en aquel instante, le pareció que Manning la tenía rodeada con sus brazos y que ella no se resistía.

Cuando hubieron desaparecido, acabó de resolver los problemas del escocés y

volvió a entrar en la sala de ensayos. Se sentó en el antepecho de la ventana abierta, cruzó los brazos y contempló durante largo tiempo los tejados y chimeneas de la ciudad, que se elevaban hacia un cielo azul, limpio de nubes. No era ni había sido nunca un adicto del monólogo, y el único comentario que se permitió hacer sobre un universo que aquella tarde le resultaba evidentemente poco satisfactorio, fue una palabra rotunda:

«¡Maldición!».

Aquello debió de servirle de algún alivio, porque la repitió. Después se puso en pie y volvió a repetirla.

«¡He sido un idiota! —exclamó—. ¡Burro! —prosiguió, calentándose más y más—. ¡Eres el más obstinado de los burros! Debí hacer algo para impedirlo. ¡No sirvo para nada! ¡Amistad! ¡Bah!».

Cerró el puño y pareció tomar en consideración la idea de atravesar con él el cristal de la ventana. Desechó esta tentación, pero cogió un gran tubo de ensayos que estaba sobre la mesa y que contenía el resultado del trabajo de una semana y lo arrojó al otro lado de la estancia. Después, sin precipitarse, alargó el brazo hacia donde estaban los demás tubos y los envió a reunirse con el primero debajo de la biblioteca, donde cayeron con gran estrépito.

«¡Hum! —se dijo contemplando el destrozo con más calma—. ¡He sido un estúpido! —añadió después de una pausa—. ¿Por qué no me daría cuenta a tiempo?».

Se metió las manos en los bolsillos, dispuso los labios para silbar y salió a la parte exterior de la sala de ensayos, permaneciendo allí como si fuera la personificación de la calma y la tranquilidad.

—Gellet —llamó—, venga a limpiar esto, ¿quiere? Se me han roto.

3

En la nueva vida de Ana Verónica había un punto negro: Ramage. Aquel hombre, por el préstamo que le había hecho y por lo ocurrido entre ambos aquella noche horrible, pendía sobre ella como la espada de Damocles. Y no veía para el problema otra solución que la pronta devolución del préstamo, cosa de todo punto imposible. Reunir veinticinco libras era una tarea que quedaba totalmente fuera de sus posibilidades. Faltaban cuatro meses para su cumpleaños, y aún entonces recibiría, como máximo, cinco libras. Aquello la obsesionaba a todas horas y a media noche solía despertarse angustiada para repetir con amargura:

«¿Por qué demonio quemé aquellos billetes?».

El hecho de haber visto dos veces a Ramage en la avenida desde su retorno al hogar paterno, hacía más desagradable aún la situación. Él la había saludado con irreprochable cortesía mientras sus pupilas se distendían, dando a sus ojos una expresión indescifrable.

Ana Verónica comprendía que si deseaba honradamente obrar con nobleza,

debería contárselo todo a Manning más pronto o más tarde, porque era evidente que tenía que pedirle ayuda en aquella situación, o resignarse a no poder resolverla. Cuando Manning no estaba a su lado, la cosa parecía muy sencilla y se le ocurrían toda clase de explicaciones extremadamente claras y plausibles. Pero cuando llegaba el momento de darlas, descubría que era mucho más difícil de lo que había supuesto.

Aquella tarde, al bajar juntos la gran escalinata del edificio, mientras ella rebuscaba en su mente la forma más apropiada para abordar el asunto, él la felicitó por el buen gusto de su vestido y expresó su felicidad por estar a su lado.

—Verte junto a mí me hace sentir que nada es imposible —declaró—. La primera vez que te vi en el «Surbiton» me dije: «Hay muchas cosas buenas en la vida, pero de todas ellas la mejor es esa maravillosa joven que está remando en el lago. Yo haré de ella mi Grial y quizás algún día, si Dios así lo quiere, será mi esposa».

Mientras pronunciaba estas palabras con profundo sentimiento, miraba fijamente al cielo.

—¿Tu Grial? —dijo Ana Verónica—. Ah, sí... claro. Aunque un Grial que tiene de todo menos de santo.

—Que es completamente santo, Ana Verónica. ¡No puedes imaginarte lo que eres y lo que significas para mí! Supongo que en todas las mujeres existe algo de místico y de maravilloso.

—Existe algo de místico y de maravilloso en todos los seres humanos. No comprendo por qué los hombres se lo adjudican solamente a las mujeres.

—Pero así es —dijo Manning—. Al menos para los verdaderos hombres. Para mí no existe nada más que un tesoro. ¡Dios mío! Soy tan feliz que siento deseos de saltar y de gritar.

—Imagínate la cara que pondría aquel hombre de la carretilla si lo hicieras.

—Me extraña poder contenerme —dijo Manning contemplándola sonriente.

—Creo que no te das cuenta... —comenzó a decir ella.

Pero él no la escuchaba. Movi6 un brazo y habló con énfasis.

—¡Me siento tan fuerte como un gigante! ¡Me siento capaz de hacer grandes cosas! ¡Dios mío! Yo haré versos espléndidos y maravillosos, y en todos ellos estarás tú, Ana Verónica. Ellos reflejarán solamente tu imagen. A ti dedicaré mis libros. Pondré todas mis obras a tus pies.

—Ve0 que no te das cuenta —insistió ella— de que soy un ser humano con bastantes defectos.

—No quiero darme cuenta —dijo Manning—. Dicen que el sol tiene manchas, pero yo no me preocupo por ello. Me calienta, me ilumina y llena mi mundo de flores. ¿Por qué examinarlo con gafas negras, para descubrir cosas que no me atañen?

—Pero yo tengo muchas faltas.

Él movió la cabeza lentamente sin dejar de sonreír.

—Y quisiera confesártelas.

—Te doy mi absolución.

—No deseo tu absolución. Deseo que puedas verme tal como soy.

—Eres tú quien debe verse tal como eres. Yo no creo en las faltas ni en los defectos. Para mí son únicamente factores suavizadores, más hermosos que la perfección, como las manchas de los mármoles antiguos. Si me hablas de tus faltas, yo te hablaré de tu esplendor.

—De todas formas, quiero hablarte de muchas cosas.

—Afortunadamente tenemos miles de días por delante para hablar de ellas. Cuando pienso en el futuro...

—¡Pero es que quiero hablarte de ellas ahora!

—He compuesto una poesía sobre ello. Todavía no la he puesto nombre, pero creo que acabaré por llamarla «Epitalamio». Escucha:

*Like him who stood on Darien
I view uncharted sea,
Ten thousand days, ten thousand nights
Before my queen and me.*

—Sí —dijo su reina—. Muy bonito...

Pero se interrumpió bruscamente, pensando en lo que aquello significaba .¡Diez mil días y diez mil noches! ¡Y eso no sería más que hasta que tuvieran unos sesenta años! ¡Todavía les quedaban más días y más noches!

—Pero háblame de tus faltas —dijo Manning—. Si para ti tienen importancia, la tendrán para mí.

—No se trata precisamente de faltas —repuso Ana Verónica—, sino de algo que me preocupa. (¡Diez mil días y diez mil noches! Puesto así todo parece distinto).

Le resultaba difícil empezar y se alegró cuando él comenzó a hablar de nuevo.

—Quiero ser el refugio de todas tus preocupaciones. Quiero ser la barrera que te separe de la maldad y la vileza del mundo. Quiero hacerte sentir que en mí tienes un rincón a donde no llega el clamor de la muchedumbre y a donde no alcanzan los vientos huracanados de las pasiones.

—Todo eso está muy bien —repuso Ana Verónica sin gran entusiasmo.

—Así es como te veo en mis sueños —continuó Manning—. Quiero que mi vida esté bañada de oro para que pueda ser un digno marco de la tuya. En ella estarás como en un templo, que enriqueceré con colgaduras, alegraré con poesías y que llenaré de objetos preciosos. Y quizá poco a poco conseguiré hacer desaparecer la casta desconfianza que te hace huir de mis besos... Perdóname si mis palabras se hacen apasionadas. El parque es todo verde y gris esta tarde, pero mi corazón está teñido de rosa y oro... Es difícil expresar los sentimientos...

Tomaron el té acompañado de un plato de fresas con nata, en una mesita situada al pabellón de Regent's Park. Ana Verónica no había hecho todavía su confesión. Manning se inclinó hacia adelante sobre la mesa y habló de la felicidad en que estaría sumida su vida matrimonial. Ana Verónica se reclinó en el asiento sin prestar la menor atención, con la mirada fija en un partido de *críquet* que se desarrollaba a poca distancia, mientras toda clase de pensamientos bullían en su imaginación. Recordaba las circunstancias que la indujeron a comprometerse con Manning y pensaba que las relaciones entre ambos se estaban desarrollando de un modo muy extraño.

Recordaba con toda claridad el momento en que le diera el «sí». Había tenido la precaución de que esto ocurriera en un asiento del jardín que quedaba visible desde la casa. Habían estado jugando al tenis y a Ana Verónica no le fue difícil averiguar sus intenciones.

—Sentémonos un momento —propuso Manning.

La joven accedió y le escuchó hasta el fin introduciendo los dedos entre las cuerdas de su raqueta. Por fin habló en tono forzado.

—Me ha pedido que me case con usted, *Mr. Manning*... —comenzó a decir.

—Deseo poner mi vida a sus pies.

—Pero yo no le amo... Quiero ser completamente sincera. No puedo sentir ninguna emoción apasionada con relación a usted. Estoy segura.

Él permaneció silencioso unos instantes.

—Es posible que esa emoción esté dormida y llegue a despertar algún día. ¿Cómo puede estar segura de que no será así?

—Creo que... soy una persona muy fría. —Se detuvo mientras él la miraba en silencio esperando sus palabras—. Ha sido usted muy bueno conmigo.

—Daría mi vida por usted.

Ana Verónica sintió que su corazón comenzaba a enternecerse. Entonces le había parecido que la vida no resultaría desagradable si estaba protegida por la bondad y el sacrificio de aquel hombre. Se lo imaginó siempre cortés y enamorado, se imaginó que por un sentido de caballerosidad la dejaría en libertad de vivir su propia vida, regocijándose con infinita generosidad en todo lo que a ella la hacía feliz.

—Me parece una injusticia —dijo— aceptar todo lo que usted me ofrece y darle tan poco a cambio.

—Usted lo es todo para mí. Y además no somos dos comerciantes midiendo el peso de las mercancías.

—*Mr. Manning*, en realidad yo no deseo casarme.

—¿No lo desea?

—¡Me considero tan... indigna de su generoso amor! —dijo buscando las palabras apropiadas y deteniéndose por último, ante la dificultad con que tropezaba para expresarse.

—De eso soy yo el mejor juez —dijo Manning.

—¿Estaría dispuesto a esperar?

Él guardó silencio unos instantes.

—Cumpliré los deseos de mi dama.

—¿Me dejará que siga estudiando durante algún tiempo...?

—Si usted así lo quiere, tendré paciencia.

—Creo, *Mr. Manning*... No sé... ¡Es todo tan difícil! Cuando pienso en el amor que usted me ofrece... Yo debería ofrecerle un amor semejante.

—¿Usted siente aprecio por mí?

—Sí. Aprecio y agradecimiento...

Manning golpeó la hierba con su raqueta en la breve pausa que siguió.

—Es usted el más perfecto, el más maravilloso de los seres humanos... dulce, franca, intelectual, valiente y hermosa. Y yo soy su esclavo. Estoy dispuesto a esperarla, a ganar su amor y a dar mi vida entera por conseguirlo. Deme permiso para intentarlo. Usted quiere tener tiempo para meditar, quiere ser libre por ahora... La comprendo y sé lo que siente. Es usted la más brillante de las diosas... Diana... Palas Atenea...

Ana Verónica le miró. Mirando al suelo y de perfil, Manning daba una sensación de fuerza y de rectitud. La joven sintió que una profunda gratitud nacía en lo más hondo de su ser.

—Es usted demasiado bueno conmigo —dijo en voz baja.

—Entonces... ¿acepta?

Una larga pausa.

—No sería noble...

—¿Acepta?

—Sí.

Durante unos instantes Manning había permanecido inmóvil.

—Si sigo aquí sentado —dijo poniéndose bruscamente en pie— acabaré por ponerme a gritar. Vamos a dar un paseo. Estoy escuchando interiormente las notas de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn. Si saber que ha hecho a un ser humano completamente feliz le sirve de satisfacción...

Tendió las manos a Ana Verónica y ella se levantó también.

Entonces él la atrajo hacia sí, y de pronto, frente a todas aquellas ventanas, la besó en los ojos y en las mejillas.

—¡No! —exclamó Ana Verónica resistiéndose. Por fin él la dejó libre.

—Perdóneme. ¡Soy demasiado feliz!

Ella sintió en aquel momento que el pánico la dominaba y se preguntó si no habría cometido un terrible error.

—*Mr. Manning*, por ahora... —dijo— ¿quiere mantenerlo secreto? Tengo muchas dudas... Por favor, no se lo diga ni siquiera a mi tía.

—Como usted quiera, pero todo el mundo lo adivinará. Lo mantendremos en secreto... durante algún tiempo. Pero no mucho tiempo, ¿verdad, Ana Verónica?

—No.

Pero el anillo, la expresión triunfal de su tía y la evidente satisfacción de su padre junto con una tendencia nueva en él de elogiar a Manning en todo momento, dieron al traste con todos sus deseos de discreción.

5

Al principio, sus relaciones con Manning resultaron conmovedoras y satisfactorias. Le admiraba, se compadecía en cierto modo de él y le estaba sinceramente agradecida. Hasta llegó a pensar que quizá pudiera llegar a amarle algún día. Nunca le amaría como amaba a Capes, naturalmente, pero en el amor hay muchos grados y calidades. El que pudiera sentir hacia Manning sería más reflexivo, mucho más reflexivo; sería el amor discreto y monótono de una esposa virtuosa y condescendiente. Se había convencido de que su matrimonio con él era la más prudente de las medidas y se vio a sí misma viviendo su vida protegida por él, una vida buena, restringida, un poco patética, pero llena de dignidad; una vida llena de disciplinas y de sacrificios...

Pero antes había de aclarar el asunto de Ramage, naturalmente. Tenía que explicárselo a Manning y pagar aquellas cuarenta libras.

Después, poco a poco, su interna exaltación fue disminuyendo. Nunca logró darse cuenta de cuál había sido el momento en que cambiara su actitud. Al principio se había sentido como una Diosa de la Fortuna, como la coronación del amor de un hombre bueno (mientras ella adoraba en secreto a otra persona), pero pronto advirtió que ella no era más que un maniquí en la imaginación de su prometido, que él no amaba las realidades de su ser, las cosas que ella sentía y deseaba, las pasiones y los sueños que podían conmoverla. Era para él como una muñeca, como la actriz que su capricho había elegido para jugar un papel pasivo...

Aquella fue una de las decepciones más provechosas que Ana Verónica sufriera en la vida.

Pero ¿conseguían la mayoría de las mujeres algo mejor...?

Aquella tarde, en el parque, cuando se disponía a contarle lo sucedido con Ramage, comprendió con mayor claridad todas estas cosas. Comprendió que hablar a Manning de sus aventuras con Ramage sería como pintar figuras negras al óleo encima de una acuarela. Los dos hablaban un lenguaje distinto. ¿Cómo podría llegar a explicarle lo que ni siquiera podía explicarse a sí misma, la razón de haber pedido prestado aquel dinero? La verdad cruda era que había mordido un anzuelo. Mientras se hacía todas estas reflexiones prestaba cada vez menos atención a los interminables discursos de Manning, y se preguntó si sería conveniente hablar del asunto en forma romántica, describir a Ramage como un malvado y un villano y a sí misma como una doncella pura y blanca... Pero dudaba de que Manning la escuchara. Se negaría a hacerlo y la absolvería de antemano.

Y de pronto, como a la luz de un relámpago cegador, comprendió que nunca podría hablar a Manning de Ramage. ¡Nunca! Pero aquello dejaba sin resolver el problema de las cuarenta libras.

Su mente siguió generalizando. Entre ella y Manning ocurriría siempre lo mismo. Contempló la vida que se le ofrecía, desprovista de toda ilusión, llena de fingimientos, poblada de desatenciones mutuas en medio de un jardín de versos y poesías.

Pero ¿logró alguna vez mujer alguna otra cosa mejor? Quizá todas las mujeres del mundo han de pasar por las mismas experiencias.

Se acordó de Capes. No pudo evitar pensar en él. Capes era distinto. Capes la miraba a ella y no al vacío, la hablaba a ella, la trataba como un factor visible y concreto. Capes la veía, la sentía, la apreciaba, aunque no la amara. Y por lo menos no la envolvía en sentimentalismos. Además, desde que dieron juntos aquel paseo por el Jardín Zoológico, se había estado preguntando si no sentiría algo por ella. Habían ocurrido hechos insignificantes, casi palpables, que justificaban esta ilusión. Por alguna oscura razón, las palabras que pronunciara entonces no le parecieron totalmente sinceras. ¿Acaso no la había buscado con la vista por la mañana? ¿Acaso no se había dirigido inmediatamente a su encuentro? Le recordó tal como le viera por última vez, mirándola alejarse desde su mesa al otro extremo del laboratorio. ¿Por qué la había mirado de aquel modo?

El recuerdo de Capes inundó su ser como un rayo de sol que atravesara una masa de nubes, y se dijo, como si lo advirtiera entonces por primera vez, que le amaba. Comprendió que casarse con otro hombre que no fuera Capes era totalmente imposible. Si no podía casarse con él, no se casaría con nadie. Tenía que poner fin a la comedia que estaba representando con Manning y que nunca debió comenzar, porque era algo falso e innoble. Y así, si algún día Capes la reclamaba a su lado, si cambiaba de opinión acerca de la amistad...

Y la posibilidad de algo más, de algo que no se atrevió a contemplar siquiera, brotó en lo más recóndito de su imaginación.

De pronto tomó una decisión desesperada que la convirtió en una mujer distinta y arrojó a un lado todos los planes que tan cuidadosamente trazara. ¿Por qué no? ¿Sería completamente sincera!

Volvió la vista hacia Manning. Éste, apartado ahora de la mesa, seguía hablando, dejando descansar un brazo sobre el respaldo de su silla. Sonreía y tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Cuál era la terrible confesión que tenías que hacerme? —preguntaba en aquel momento. Su sonrisa abierta y bondadosa revelaba su incredulidad de que ella hubiera hecho algo inconfesable. Ana Verónica apartó la taza de té y los restos de las fresas con nata y puso los codos sobre la mesa.

—Tengo que hacerte una confesión.

Tanta gravedad dio a sus palabras, que por primera vez Manning pareció

preguntarse de qué podría tratarse.

Y su sonrisa se desvaneció.

—Creo que nuestro compromiso no puede continuar —dijo Ana Verónica, sintiendo que se le cortaba el aliento como si se hubiera zambullido de pronto en agua helada.

—Pero ¿por qué? —preguntó él en el colmo de la estupefacción—. ¿Por qué no puede continuar?

—Mientras hablabas he estado pensando. —Hizo una pausa y se contempló las uñas de la mano derecha—. Me resulta muy difícil expresarme y prefiero ser honrada contigo. Cuando accedí a ser tu esposa, creí que podría serlo; creí que sería una solución posible. Admiraba tu caballerosidad y te estaba agradecida por ella.

Larga pausa.

—Continúa —dijo Manning.

Ana Verónica acercó más el codo hacia él y cuando habló de nuevo lo hizo en voz muy baja.

—Te dije que no te amaba.

—Sí —repuso Manning con gravedad—. Fuiste muy valiente y honrada al decirlo.

—Pero hay algo más —se interrumpió de nuevo—. Yo... siento no haberte dicho... Es difícil decir estas cosas. No comprendí que tendría que explicarte que... estoy enamorada de otro hombre.

Durante tres o cuatro segundos se contemplaron sin hablar.

Después Manning se derrumbó literalmente en el asiento, como si le hubieran golpeado. Entre los dos se hizo un largo silencio.

—¡Dios mío! —exclamó al fin—. ¡Dios mío!

Una vez dicho lo más difícil, Ana Verónica sintió un profundo alivio. Escuchó aquella exclamación standard con una frialdad que incluso a sí misma la dejó atónita. Comprendió que detrás de aquella expresión no había ningún sentimiento real, que miles de hombres como Manning habían exclamado «¡Dios mío!» con la misma entonación en momentos similares. Y esto mitigó su remordimiento. Él escondió la cabeza entre las manos para expresar de aquel modo su profunda desesperación.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste antes? —preguntó con voz dolorida, contemplándola como agobiado por la tristeza.

—Yo no sabía... Creí que podría dominar mis sentimientos.

—¿Y no puedes hacerlo?

—Creo que no debo dominarlos.

—¡Y yo que he estado soñando y haciéndome ilusiones...!

—Te aseguro que lo lamento.

—Pero... ¡Ha sido un golpe tan inesperado...! ¡Dios mío, Ana Verónica! ¡Tú no comprendes lo que esto significa para mí... esto derrumba todas mis ilusiones!

Ana Verónica intentó apiadarse de él, pero al contemplar aquel egoísmo

intelectual comprendió que no lo lograría.

—¿Por qué permitiste que te amara? ¿Por qué me permitiste contemplar las puertas del paraíso? ¡Dios mío! Creo que todavía no me doy cuenta de lo que acabas de decirme. Todavía me parece un sueño. Dime que no he oído bien. Dime que has querido gastarme una broma.

Hablaba en voz muy baja y la miraba intensamente a los ojos. Ella entrelazó con fuerza los dedos.

—No es una broma. Nunca debí acceder a casarme contigo.

Manning se apoyó una vez más en el respaldo de la silla y sus ojos expresaron una profunda desolación.

—¡Dios mío! —exclamó de nuevo.

Entonces advirtieron que la camarera estaba de pie junto a ellos con un block y un lápiz en la mano dispuesta a tomar nota de lo consumido.

—¡No se preocupe por la cuenta! —dijo Manning con acento de tragedia griega poniéndose en pie y entregándole una moneda de cuatro chelines—. Vamos a dar un paseo por el parque —propuso a Ana Verónica—. Todavía no acabo de comprender el significado de lo que acabas de decirme... ¡Le digo que no se preocupe por la cuenta! ¡Quédese el cambio!

6

Dieron un largo paseo, atravesaron el parque, volvieron atrás, entraron en el Jardín Botánico y se dirigieron hacia Waterloo. Hablaron, discutieron y Manning se esforzó por resignarse a lo inevitable.

Fue una conversación inútil, sin sentido, bochornosa y reiterativa. Ana Verónica se sentía profundamente avergonzada, pero al mismo tiempo contenta de la decisión tomada y de haber podido poner fin al equívoco. Sólo le quedaba ahora pasar por esta última prueba, consolar a Manning lo mejor posible, echar bálsamo en sus heridas... Después, sería libre... ¡Libre para enfrentarse con su destino! Le pidió perdón por haber prometido convertirse un día en su esposa, le dio unas cuantas explicaciones y le presentó unas excusas que él apenas escuchó. Comprendió entonces que debía dejarle hablar y dar a la situación la interpretación que más le conviniera. Pero Manning sentía una profunda curiosidad acerca de la personalidad de su rival, y le preguntó qué era lo que les impedía ser el uno del otro.

—No puedo decirte quién es —dijo Ana Verónica—, pero es un hombre casado... ¡No! Ni siquiera sé si él me ama. Lo único que sé es que no podré casarme con ningún otro hombre. Es inútil discutir respecto a esto.

—Pero por lo visto pensaste que podrías olvidarle.

—Sí, supongo que lo pensé. Pero ahora sé que no es así.

—¡Dios mío! —exclamó Manning con énfasis—. Supongo que es el destino. ¡Eres tan franca! ¡Tan espléndida! Tu revelación me ha dejado completamente

petrificado. —Hizo una pausa y preguntó—: Dime, ese hombre..., ¿se ha atrevido a hacerte el amor?

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —exclamó Ana Verónica incitada por un diablillo travieso que bullía en su interior.

—Pero...

La larga e inconsecuente conversación entre los dos comenzaba a poner nerviosa a la joven, que prosiguió, interrumpiéndole:

—Cuando se desea una cosa más que nada en el mundo, es imposible fingir que no se desea.

Manning la miró, escandalizado ante la franqueza sin precedentes con que Ana Verónica había destruido el edificio que él montara en su interior, representándose a sí mismo como el amante apasionado que esperaba sólo la ocasión propicia para salvar a su amada de una pasión imposible y abrasadora.

—Ya te dije que no me idealizaras demasiado —prosiguió la joven—. Ningún hombre debe idealizar a ninguna mujer, puesto que no somos dignas de ello ni hemos hecho nada para merecerlo. Tú no puedes imaginarte los pensamientos que albergamos a veces y las cosas que somos capaces de hacer. No has tenido nunca ocasión de escuchar a un grupo de mujeres solas hablando de sus ideas y de sus opiniones.

—¡Pero tú eres maravillosa, noble y valiente! ¿Qué importancia tienen todos estos detalles? Ninguna. Te repito una vez más que aunque hayas querido romper tu compromiso conmigo, yo no lo consideraré roto. En cuanto a lo que crees que es amor por otro hombre..., no es más que una obsesión, un hechizo maligno que se ha adueñado de ti. No se trata de tu verdadero ser, sino de algo que te ha ocurrido sin que tu voluntad tenga nada que ver con ello. Es como una especie de accidente, que en cierto sentido carece de importancia para mí y no cambia las cosas... Pero, de todos modos, quisiera poder agarrar a ese individuo por la garganta y ahogarle. Debes saber que soy como cierta clase de perros que cuando se les arroja de una habitación se sientan pacientemente al otro lado de la puerta. No soy un colegial enamorado, sino un hombre que sabe lo que siente. Lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido, por supuesto, un golpe terrible para mí..., aunque no signifique la muerte. Y... piensa en la situación que esto crea. ¡Qué situación!

Así habló Manning, de una forma egoísta, inconsecuente, irreal, mientras Ana Verónica caminaba junto a él, intentando en vano sentir lástima, repitiéndose una y otra vez que se había burlado de aquel hombre. Pero todo el tiempo, mientras sus pies y su cerebro iban sintiéndose más y más cansados, se sentía absolutamente feliz, porque a cambio de aquel interminable paseo había escapado a la perspectiva de pasar..., ¿qué había dicho él?... «diez mil días y diez mil noches» en su compañía.

Ocurriera lo que ocurriera, nunca más volvería a considerar esta posibilidad.

—Para mí esto no es definitivo —seguía diciendo Manning—, y en cierto modo no cambia nada. Sigo teniendo fe y confianza en ti.

Repitió varias veces que confiaba en ella, aunque no explicó muy claramente qué motivos tenía para sentir tal confianza.

—Dime —preguntó de pronto—, ¿pensabas terminar conmigo cuando salimos juntos esta tarde?

Ana Verónica titubeó y comprendió con interno sobresalto que no había sido así.

—No —respondió de mala gana.

—Muy bien —dijo Manning—, en tal caso no lo tomo como definitivo. Seguramente te aburrí con mis palabras... ¿Crees que estás enamorada de verdad de ese otro hombre? —Alargó una mano con ademán retórico y decidió sentirse profético—. Yo te enseñaré a amarme, hasta que la imagen de ese hombre se haya desvanecido y no sea para ti más que un recuerdo.

La acompañó hasta el tren de Waterloo y cuando la joven se hubo acomodado, bajó al andén y permaneció allí con el sombrero en la mano diciéndole adiós hasta que el tren arrancó y acabó por ocultarse. Ana Verónica se reclinó sobre el asiento dando un suspiro de alivio. Manning podía seguir idealizándola todo lo que quisiera. Ella ya no sería cómplice de su engaño. Podía seguir jugando el papel de devoto enamorado hasta que acabara por cansarse. Ana Verónica había terminado para siempre con la caballerosidad y había renunciado a pactar con ella únicamente por el deseo egoísta de resolver sus problemas. Volvía a ser honrada.

Pero cuando pensó de nuevo en Morningside Park, comprendió que la maraña de su vida iba a complicarse más aún, si tenía que cargar con aquel romántico e importuno adorador.

Capítulo XIV

EL DERRUMBAMIENTO DE LOS BUENOS PROPÓSITOS

1

Aquel año la primavera se había retrasado hasta principios de mayo, por lo que primavera y verano hicieron juntos su aparición. Dos días después de aquella conversación entre Manning y Ana Verónica, Capes entró en el laboratorio a la hora del almuerzo y la encontró sola de pie junto a la ventana abierta, sin fingir siquiera estar ocupada en algo. Capes tenía las manos en los bolsillos y de toda su persona emanaba un aire de profunda depresión. Llevaba varios días ocupado en detestar a Manning y en detestarse a sí mismo con idéntica intensidad. Al ver a Ana Verónica sus ojos se iluminaron y se dirigió hacia ella.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Nada —repuso Ana Verónica, mirando hacia el exterior por encima de su hombro.

—Yo tampoco... ¿Cansancio?

—Supongo que sí.

—Yo no puedo trabajar.

—Tampoco yo —contestó Ana Verónica.

—Debe de ser la primavera —dijo Capes—. El año comienza a vivir, las mañanas son limpias y claras, y todo se mueve con un vigor nuevo. El trabajo se hace odioso y sin querer se empieza a pensar en las vacaciones. Deseo intensamente que llegue el día de marcharme.

—¿A dónde va?

—A los Alpes.

—¿A hacer alpinismo?

—Sí.

—¡Bonita manera de descansar!

Capes guardó silencio durante tres o cuatro segundos.

—Sí —dijo al fin—, deseo marcharme. Ha habido momentos en que me hubiera escapado... Hubiera sido ridículo, ¿verdad?

Se dirigió hacia la ventana y jugueteó con la persiana, contemplando las distantes copas de los árboles de Regent's Park. Cuando se volvió hacia la joven, vio que ella le miraba fijamente sin moverse.

—Es la primavera —repitió Capes.

—Sí, creo que sí...

Ella miró también por la ventana y vio que los árboles lucían un verde brillante. En aquel instante tomó una alocada decisión y por miedo a vacilar se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—He roto mi compromiso —dijo en un tono que quiso que fuera indiferente mientras el corazón le saltaba locamente en el pecho. Capes hizo un ligero movimiento y ella prosiguió—: Es desagradable y molesto, pero... —Ya era demasiado tarde para volverse atrás porque no se le ocurrían otras palabras que las ya decididas—. Pero... me he enamorado de otro hombre.

Capes no dijo ni una sola palabra para ayudarla.

—Yo..., yo no amaba al hombre con quien iba a casarme... —concluyó.

Fijó los ojos en los de Capes y no logró interpretar su impresión, que le pareció fría e indiferente. Sintió que su corazón se encogía y que desaparecía todo su valor y continuó de pie, incapaz de hacer el menor movimiento. Ni siquiera pudo mirarle durante un intervalo de tiempo que le pareció un siglo, hasta que por fin la voz de Capes hizo disminuir la tensión entre los dos.

—Me pareció que... Me hace un honor al otorgarme su confianza, pero... —Se interrumpió un instante para terminar haciendo la más increíblemente estúpida de las preguntas, con voz tan desprovista de expresión como había estado la de ella—. ¿Quién es él?

Ana Verónica sintió que la dominaba la cólera consigo misma, por la parálisis en que parecía sumida. Había perdido toda su confianza, su decisión y hasta su facultad de moverse. Horribles dudas la asaltaron. Se dejó caer sobre uno de los taburetes que había junto a su mesa y escondió la cara entre las manos.

—¿Es que no se ha dado cuenta todavía de la verdad? —preguntó.

2

Antes de que Capes pudiera responder, la puerta del laboratorio se abrió con gran estrépito, dando paso a *Miss Klegg*, que avanzó hacia su mesa y se sentó. Al oír el ruido Ana Verónica levantó la cabeza e instantáneamente asumió una forzada actitud de naturalidad. Durante un momento los dos permanecieron sumidos en un incómodo silencio.

Capes no había logrado recuperarse todavía de la sorpresa. Permaneció con las manos en los bolsillos y el rostro muy pálido, contemplando la espalda de *Miss Klegg*.

—Es... es una pregunta muy difícil.

Parecía paralizado por complicados cálculos internos. Por fin cogió un taburete, lo acercó a la mesa de Ana Verónica y se sentó. Dirigió una nueva mirada a *Miss Klegg* y habló precipitadamente con los ojos fijos en la cara de Ana Verónica.

—Hubo un tiempo en que se me ocurrió pensar que lo que usted parece dar a entender era cierto, pero el asunto del anillo me desorientó... ¿Por qué no estará la

Klegg en el fondo del mar? —exclamó con voz apenas audible—. Quiero hablar de todo esto con usted inmediatamente, y si no cree que cometeremos un terrible ultraje a la sociedad, ¿qué le parece si le acompaño a la estación a la salida?

—Le esperaré —dijo Ana Verónica todavía sin mirarle— y daremos un paseo por Regent's Park. Y luego me acompañará usted a Waterloo.

—¡De acuerdo! —exclamó Capes.

Titubeó, se puso en pie y se dirigió por último a la sala de ensayo.

3

Durante algún tiempo caminaron los dos en silencio por callejas laterales. La cara de Capes expresaba un profundo asombro.

—Lo único que se me ocurre decirle, *Miss Stanley* —dijo, al cabo—, es que esto es muy repentino.

—Tenía que ocurrir. Era inevitable y lo ha sido desde que asisto a los cursos del colegio.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Capes bruscamente.

—A usted —respondió Ana Verónica.

El hecho de hallarse rodeados de gente por todas partes, hizo que ambos mantuvieran una apariencia de serenidad.

—Supongo que habrá advertido que siento un gran aprecio hacia usted.

—Eso ya me lo dijo en el Jardín Zoológico.

Ana Verónica sintió que todo su ser temblaba, aunque ninguna de las personas que se cruzaron con ellos hubiera podido adivinar, por su aspecto exterior, la fiebre que les poseía.

—Yo... —Capes vaciló como si le costara un terrible esfuerzo pronunciar las palabras siguientes—, yo la amo... Se lo he dado a entender ya de mil maneras, pero ahora ya puedo decírselo con franqueza. De eso puede estar completamente segura y se lo digo para que podamos hablar con absoluta sinceridad.

Durante algún tiempo continuaron andando sin decir una palabra.

—Pero ¿no conoce usted mi situación? —dijo por fin Capes.

—Parte de ella. No mucho.

—Soy un hombre casado. Y mi mujer se niega a vivir conmigo por razones que la mayoría de las mujeres consideran perfectamente justas. De no ser así, le hubiera confesado mi amor hace mucho tiempo.

De nuevo se hizo el silencio.

—No me importa nada —dijo Ana Verónica.

—Pero si conociera usted los detalles...

—No me importan.

—¿Por qué me ha dicho lo que siente por mí? —preguntó él, resentido de pronto—. ¡Creí que íbamos a ser amigos!

La miró como si le echara la culpa de haber estropeado aquella amistad y repitió:

—¿Por qué me lo ha dicho?

—No pude evitarlo. Fue un impulso y...

—¡Pero esto lo cambia todo! Yo creí que usted comprendía las cosas...

—No tuve más remedio que decírselo —repitió Ana Verónica—. Estoy harta de fingimientos. ¡Y, además, no me importa nada! ¡Me alegro de haberlo hecho! ¡Me alegro muchísimo!

—Pero, vamos a ver —dijo Capes—: ¿qué es lo que pretende? ¿Qué cree que podemos hacer? ¿Acaso ignora lo que sienten los hombres y lo que es la vida? ¿Cómo pudo decirme semejante cosa?

—Sé algo de la vida. Y no le doy importancia. No tengo ni una chispa de decoro y considero la vida desprovista de todo valor si ella no le contiene a usted. Quería que supiera lo que siento, y ahora ya lo sabe. Todas las barreras que nos separaron han caído para siempre. No puede mirarme a los ojos y decirme que no me ama.

—Ya le he dicho que la amo.

—Sí —dijo Ana Verónica, con el aire de quien da por terminada una discusión.

Continuaron andando el uno junto al otro sin hablar, hasta que Capes comenzó de nuevo:

—En nuestro laboratorio nos acostumbramos a no conceder importancia a las pasiones. El hombre es un animal muy curioso, que suele enamorarse con bastante frecuencia de muchachas de la edad de usted. Hay que disciplinarse para que esto no ocurra. Y por eso yo me he acostumbrado a pensar en usted como en cualquier otra de las alumnas, como en algo que está completamente fuera de mi alcance. Es necesario que haga esto aunque sólo sea por un sentido de lealtad hacia la ciencia. Y además, aparte de todo, el vernos a solas usted y yo es ya un desafío a todas las reglas sociales.

—Las reglas son cosas para todos los días —dijo Ana Verónica—. Pero éste no es un día cualquiera y lo nuestro es algo que está por encima de toda reglamentación.

—Para usted, sí.

—¿Para usted no?

—No. Yo voy a cumplir las reglas... Me ha colocado en una situación muy difícil, Ana Verónica. —El tono de su propia voz pareció exasperarle, y exclamó—: ¡Maldita sea!

Ella no contestó a sus palabras y Capes se debatió interiormente con su problema.

—¡No! —exclamó al fin en voz alta—. El sentido común tiene que hacernos comprender que no podemos ser amantes en el sentido corriente de la palabra. Creo que eso está a la vista. Esta tarde no he trabajado nada. He estado fumando cigarrillo tras cigarrillo en la sala de ensayos y pensando en usted. No podemos ser amantes, pero podemos ser los mejores amigos del mundo.

—Eso ya lo somos —dijo Ana Verónica.

—Usted, su persona, me interesa enormemente y quiero ser su amigo. Ya se lo

dije en el Jardín Zoológico y fui completamente sincero. Seamos amigos. Hagamos que nuestra amistad sea lo mayor y lo más íntima posible.

Ana Verónica le miró con tranquilidad.

—¿De qué sirve fingir? —preguntó.

—No estamos fingiendo.

—Sabe que sí. Una cosa es amor y otra es amistad. Aunque yo sea más joven que usted..., tengo imaginación y sé lo que digo. ¿Cree que no conozco el significado del amor?

4

Capes permaneció unos instantes sin contestar.

—Todas mis ideas están confusas —dijo al fin—. He estado reflexionando toda la tarde, y además llevo semanas y meses pensando en usted. Me siento como una mezcla de malvado de película y de tío bondadoso para con usted. Todo está en contra mía. ¿Por qué permití que esto comenzara? Hubiera debido advertirle...

—No veo cómo hubiera podido evitar...

—Quizá sí.

—No lo crea.

—De todas formas, debí intentarlo. —Guardó silencio y, de pronto, saliéndose por la tangente, preguntó—: ¿Conoce usted mi escandaloso pasado?

—Sí, un poco, y no creo que tenga importancia. ¿Usted cree que la tiene?

—Creo que sí. Y muy grande.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque impide nuestro matrimonio. Y porque hace imposibles... otras muchas cosas.

No puede impedir que nos amemos.

—Me temo que no. Pero lo que sí sé es que va a convertir nuestro amor en algo muy abstracto.

—¿Está separado de su mujer?

—Sí; pero ¿sabe por qué?

—No del todo.

—Estoy separado de mi mujer, y ella se niega a concederme el divorcio. Usted no sabe en el embrollo que estoy metido y no conoce el motivo de nuestra separación. No he tenido valor para decírselo, aunque intenté hacerlo aquella tarde en el Zoológico. Pero preferí dejar las cosas como estaban al contemplar el anillo de zafiros.

—¡Pobre anillo! —exclamó Ana Verónica.

—Supongo que no debemos ir juntos al Zoológico. Yo le pedí que me acompañara, pero el hombre es una criatura muy complicada. Quería estar junto a usted.

—Hábleme de su matrimonio —dijo Ana Verónica.

—Para empezar, le diré que pasé por el tribunal de divorcios, al que fui demandado judicialmente. ¿Conoce el significado de este término?

—Las jóvenes modernas conocemos todos estos términos —respondió Ana Verónica sonriendo levemente—. Leemos novelas, biografías y toda clase de cosas. ¿Cómo ha podido suponer que no lo conocía?

—No sabía si lo entendería.

—No veo por qué no había de entenderlo.

—Conocer las cosas por su nombre, es una cosa; conocerlas por la vida, el tacto y el corazón, es otra muy distinta. Ahí es donde la vida abusa de la juventud. Usted no puede comprenderlo del todo.

—Es posible que no.

—No lo comprende y ahí está la dificultad. Si yo le contara los hechos, interpretaría todo el asunto a su manera, puesto que me ama, y llegaría a la conclusión de que yo me había portado de un modo honrado y noble. Pero no fue así.

—No me preocupa mucho la moralidad ni ninguna de esas cosas —dijo Ana Verónica.

—Es posible que no le preocupen, pero un ser humano tan joven y tan puro como usted, tiende siempre a ennoblecerlo todo.

—Pero yo estoy endurecida moralmente.

—Entonces tiene una dureza pura y limpia. Ya sé que tiene algo de dureza, y eso es lo que la convierte a mis ojos en una mujer adulta. En este momento le estoy hablando como si tuviera toda la sabiduría del mundo. Voy a hablar con toda claridad. Es mucho mejor. De este modo podrá volver a su casa y reflexionar antes de que volvamos a hablar de nuevo. Quiero que sepa perfectamente con lo que va a enfrentarse.

—Creo que debo saberlo.

—Pero le advierto que no tiene nada de romántico.

—Bien, empiece a contármelo.

—Me casé muy joven —dijo Capes—. En mi naturaleza hay una vena demasiado ardiente... Debo decirle esto al principio si es que quiero que me comprenda. Me casé con una mujer a quien todavía considero como la criatura más hermosa del mundo. Es un año mayor que yo y su temperamento es orgulloso, sereno y frío. Si algún día llegara usted a conocerla le parecería tan admirable como me parece a mí. Nunca en su vida ha cometido una acción innoble. Nos conocimos cuando los dos éramos muy jóvenes, tan jóvenes como usted ahora. Me enamoré y le hice el amor, pero no creo que ella... sintiera del todo lo mismo que yo.

Hizo una pausa momentánea. Ana Verónica guardó silencio.

—Se supone que estas cosas no suceden en la vida, y en las novelas se omiten... tales incompatibilidades. Los jóvenes ignoran su existencia hasta que se ven enfrentados con ellas. Mi mujer no comprende, no ha llegado a comprender nunca.

Supongo que me desprecia. Nos casamos y durante algún tiempo fuimos felices. Ella era dulce y cariñosa, y yo la adoraba, pero no creo que ella me quisiera del modo como yo la quería.

Se interrumpió bruscamente.

—¿Comprende de lo que estoy hablando? De lo contrario no servirá de nada que continúe.

—Creo que sí —repuso Ana Verónica ruborizándose—. Es decir, sí, lo comprendo.

—¿A qué orden considera que pertenecen estas cosas, estos asuntos? ¿Al orden elevado o al orden inferior?

—Yo no clasifico las cosas —dijo Ana Verónica, que titubeó—. Para mí las pasiones y las flores están en el mismo orden.

—Por eso es un alivio hablar con usted. Bien, al cabo de algún tiempo sentí que mi sangre empezaba a arder. No vaya a creer que era nada espiritual ni hermoso, porque no había tal cosa. Poco tiempo después de casarnos (no hacía siquiera un año) me convertí en el amante de la mujer de un amigo, una mujer ocho años mayor que yo. No se imagine que aquello tuvo nada de hermoso. Fue un asunto estúpido, desprovisto de sentido, que comenzó de la noche a la mañana. Yo tenía la sensación de que estaba cometiendo un robo, aunque lo disfrazaba y los dos procurábamos idealizarlo. Debe saber que yo era deudor a su marido de mil detalles y favores. Pero le traicioné para satisfacer una gran necesidad. A ella le ocurría lo mismo. Sentíamos que éramos ladrones, y lo éramos. Nos atraíamos mutuamente, pero eso era todo. Bien, un día su marido nos descubrió y se negó a darnos cuartel. Se divorció de ella. ¿Le va gustando la historia?

—Siga —dijo Ana Verónica con voz ronca—. No se interrumpa.

—Mi mujer se sintió indeciblemente herida y ultrajada y nació en ella un profundo desprecio hacia mí. Todo su orgullo se alzó contra mi persona. Además, ocurrió algo especialmente humillante para mí, y es que hubo un codemandado cuya existencia yo había ignorado antes del juicio. No sé por qué aquello me humilló tanto, pero así fue. No hay lógica en estas cosas.

—¡Pobre amor mío! —exclamó Ana Verónica.

—Mi mujer se negó absolutamente a tener nada que ver conmigo, y ni siquiera me dirigió la palabra. Insistió en la separación. Tenía dinero propio, mucho más que yo, de modo que no había ninguna dificultad en aquel aspecto. Ahora se ha dedicado a obras sociales.

—Y...

—Eso es todo. Casi todo. Espere, mejor será que le diga aún más. Por el simple hecho de haber dado lugar a un escándalo y de haber arruinado una vida, no se suavizan las pasiones. Nada ha cambiado. Mi sangre seguía ardiendo después de aquello como había ardido antes. El hombre tiene más libertad que la mujer para hacer el mal. Y de un modo que no tiene nada de romántico, yo soy un hombre

vicioso. Así... es mi vida privada. O lo ha sido hasta estos últimos meses. No le estoy hablando de mis tendencias pasadas, ya que éstas existen todavía. Hasta ahora no le he dado mucha importancia, puesto que lo más importante para mí era mi trabajo científico, las conferencias y los libros que escribo. Muchos de nosotros somos así. Pero, como ve, no soy el hombre adecuado para dar la clase de amor que usted espera. Usted es tan limpia como el fuego. Sus ojos son claros y transparentes, como los de un ángel...

Se interrumpió bruscamente, incapaz de continuar:

—¿Y qué más?

—Eso es todo.

—Me resulta extraño pensar en usted bajo este aspecto. Yo no creí..., no sé lo que creía. Pero si sé que todo esto le hace humano a mis ojos, le hace real y palpable.

—Pero ¿no comprende lo que significa? ¿No ve que impide nuestro amor? Debe reflexionar. Todo lo que le he contado está completamente fuera de toda su experiencia anterior.

—Creo que no cambia las cosas en absoluto, excepto en un pequeño detalle. En que le amo más aún. Siempre le he querido, pero nunca soñé, ni en mis sueños más osados, que usted pudiera necesitar de mí.

De la garganta de Capes salió un sonido ahogado, como si fuera un sollozo, y durante algún tiempo los dos permanecieron demasiado conmovidos para poder hablar. Descendían la cuesta que lleva a la estación de Waterloo.

—Vuelva a su casa, piense en todo esto y mañana hablaremos de ello. No diga nada ahora. La amo. La amo con todo mi corazón. Es inútil ocultarlo por más tiempo. No hubiera podido hablarle de este modo olvidando todo lo que nos separa, olvidando su poca edad, si no la amara de un modo total. Desearía ser un hombre libre y limpio... Tendremos que hablar de todas estas cosas con serenidad. Afortunadamente habrá muchas ocasiones de poder hacerlo, y, además, ocurra lo que ocurra, nada podrá impedir que seamos los mejores amigos del mundo.

—Nada lo impedirá —dijo Ana Verónica con radiante expresión.

—Antes había entre nosotros algo que nos separaba, un fingimiento por mi parte que ya ha desaparecido.

—¡Para siempre!

—No es verdad que la amistad y el amor sean incompatibles, y en cuanto a su maldito compromiso...

—Se acabó también.

Llegaron a la estación y permanecieron juntos al lado del tren. Capes cogió una de las manos de Ana Verónica.

—Será maravilloso tenerla por amiga..., por amiga amante. Nunca pude imaginar tener una amiga como usted.

Ella sonrió, segura de sí misma y sin necesidad de recurrir a fingimiento alguno. ¿Acaso aquello no había quedado ya decidido?

—Quiero que sea mi amiga —insistió él como si se enfrentara con alguna oposición por parte de ella.

5

Al día siguiente Ana Verónica le esperó en el laboratorio a la hora de almorzar, con la seguridad de que acudiría a su lado.

—Bien, ¿ha reflexionado? —preguntó Capes sentándose junto a ella.

—He estado pensando en ti toda la noche.

—¿Y qué?

—Nada de lo que me contaste ayer me importa en absoluto.

Él la contempló en silencio unos instantes y al fin dijo:

—Creo que no podremos luchar contra nuestro amor. Yo soy tuyo y tú eres mía... Soy como una criatura que acaba de despertar y que abriera los ojos para encontrarse a tu lado. Pienso en ti continuamente, recuerdo pequeños detalles y aspectos de tu voz, de tus ojos, de tu modo de andar, de la forma en que crece tu cabello a ambos lados de tu frente. Creo que siempre te he querido... siempre. Aun antes de conocerte ya te quería.

Ana Verónica continuó sentada con la mano apoyada en el borde de la mesa y sintió que comenzaba a temblar violentamente. Se puso en pie y se dirigió a la ventana.

—Tenemos que ser amigos —dijo Capes.

Ella le tendió los brazos.

—Quiero que me beses —dijo.

Él agarró con fuerza el entrepaño de la ventana hasta que los nudillos le resultaron blancos en el dorso de la mano.

—Si lo hiciera... —dijo—. ¡Pero no! Quiero prescindir de eso, al menos durante algún tiempo. Quiero darte tiempo para reflexionar. Yo soy un hombre con cierta experiencia y tú eres una niña que no conoces la vida. Siéntate de nuevo y hablemos fríamente. No quiero que el instinto domine las relaciones entre nosotros. ¿Estás segura de que es eso lo que deseas?

—Te deseo a ti, deseo que seas mi amante, deseo entregarme a ti. Quiero serlo todo para ti. —Hizo una pausa momentánea—. ¿Está claro?

—Si no te amara más que a mí mismo, no sería tan prudente —repuso Capes—. Estoy convencido de que no has pensado bien en todo lo que te dije ayer y que no sabes lo que tus palabras significan. Nos queremos y nos obsesiona la idea de estar juntos, pero ¿qué podemos hacer? Yo estoy atado al laboratorio, tú vives lejos de aquí. Significaría tener entrevistas furtivas.

—No me importa.

—Destrozaría tu vida para siempre.

—Al contrario, la haría mucho más completa. Quiero ser tuya, y esto es algo que

está completamente claro en mi corazón. Para mí eres completamente distinto al resto del mundo, eres la única persona que puedo comprender y a cuyo lado me siento tranquila y dichosa. Pero no te idealizo. No te imagines semejante cosa por un momento. Si siento así, no es porque tú seas bueno, sino porque es posible que yo sea mala. Y, además, en ti, en toda tu persona, hay algo lleno de vida, algo vibrante y fuerte que me atrae irremediamente. Algo desconocido y maravilloso nace de nuevo en mi interior cada vez que te veo, y que muere cuando nos separamos. Como ves, soy muy egoísta y pienso demasiado en mí misma. Tú eres la única persona a quien he concedido pensamientos desinteresados y generosos. Si no aceptas la vida que te entrego, acabaré por destruirla, y si me amas, en ti está mi salvación. Sé lo que hago mejor que tú.

Entre los dos se hizo un silencio elocuente, que redujo a la nada todos los razonamientos de Capes. Ana Verónica permanecía de pie ante él, sonriendo débilmente.

—Creo que hemos agotado toda posible discusión —dijo.

—Creo que sí —repuso él con gravedad.

Entonces la cogió entre sus brazos, acarició su cabello y la besó en los labios con ternura.

6

Pasaron el sábado siguiente en Richmond Park y hablaron de su situación mientras experimentaban la felicidad de poder estar juntos durante toda la tarde de un día de primavera.

—Tienes todo el frescor de la juventud y de la primavera —dijo Capes—. Ser amantes como lo somos nosotros, unidos solamente por un beso, es algo parecido al brillo del rocío a la luz del sol. Hoy amo todas las cosas y amo todo lo que hay en ti, pero más que nada me hace feliz la inocencia que existe entre los dos. No puedes imaginarte lo mezquino que resulta ser amantes furtivos.

—No hay nada de furtivo en esto que hacemos ahora —dijo Ana Verónica.

—Nada. Y haremos que siga siendo así. Haremos que nuestro amor sea limpio y puro.

Vagaron a la sombra de los árboles, se sentaron sobre la hierba, almorzaron al aire libre y charlaron toda la tarde en el parque, frente al río. Tenían un universo de que hablar..., dos universos...

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Capes mirando a lo lejos, más allá de la cinta dibujada perfectamente por el río.

—Yo haré todo lo que tú quieras —respondió Ana Verónica.

—Mi primer amor fue una equivocación —dijo Capes—. El amor es algo que hay que cuidar con ternura. Es una planta maravillosa pero muy delicada. Tengo miedo de destruir sus pétalos y convertirlo en algo mezquino y sucio. ¿Cómo podré explicarte

lo que siento? Te amo más allá de toda medida y tengo miedo, tengo el mismo miedo de un hombre que ha encontrado un tesoro y teme perderlo.

—Sabes muy bien que cuando fui a ti me puse en tus manos.

—Por eso, en cierto sentido, me siento tímido y lleno de temores. No quiero destrozarte.

—Como tú quieras, querido. Nada de lo que tú hagas puede parecerme mal. Nada. Sabía perfectamente lo que hacía cuando me entregué a ti.

—¡Dios haga que nunca te arrepientas! —exclamó Capes.

Ella le tendió una mano, que él apretó con fuerza.

—No es nada seguro que podamos casarnos algún día. He estado pensando y creo que lo que debo hacer es volver de nuevo junto a mi esposa y tratar de cumplir con mi obligación. Durante mucho tiempo tú y yo tendremos que ser solamente amigos.

Hizo una pausa y ella respondió muy lentamente:

—Como tú quieras.

—¿No crees que sería lo mejor? —insistió él. Y viendo que Ana Verónica callaba, añadió—: ¿Qué puede importar, puesto que nos amamos?

7

Había pasado menos de una semana después de aquella conversación, cuando un día Capes fue a sentarse junto a Ana Verónica para charlar a la hora de comer, como tenían por costumbre. Cogió un puñado de almendras y pasas que ella le ofrecía —porque ambos habían dejado de salir a comer fuera— y retuvo su mano un momento para besar las yemas de sus dedos. Guardó silencio durante unos instantes.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Vee... —repuso él sin hacer ningún movimiento—. Vente conmigo.

—¿Qué has dicho?

Ana Verónica no comprendió inmediatamente el significado de sus palabras, y, cuando lo hizo, su corazón empezó a latir de un modo tumultuoso.

—Tenemos que poner fin a esta situación —explicó Capes—. No puedo soportarlo. Vente conmigo y vivamos juntos hasta que podamos casarnos. ¿Te atreverías a hacerlo?

—¿Quieres decir... hoy mismo?

—Cuando termine el curso. Es el único camino que nos queda. ¿Estás dispuesta a ello?

—Sí —repuso Ana Verónica—. ¡Naturalmente! Siempre. Es lo que he deseado desde el principio, lo que nunca he dejado de desear.

Contempló el vacío intentando retener las lágrimas, y Capes habló entre dientes.

—Existen innumerables razones por las que no se deben hacer estas cosas —dijo—. Innumerables razones. A los ojos de todo el mundo será algo horrible e inmoral y mucha gente nos considerará manchados para siempre... ¿Comprendes lo que quiero

decir?

—¿Y a quién le importa la gente? —contestó Ana Verónica sin mirarle.

—A mí me importa. Significará para nosotros el aislamiento y la lucha contra todo.

—Si tú te atreves, yo me atrevo también —dijo Ana Verónica—. Nunca estuve tan segura de nada en la vida como lo estoy ahora de nuestro amor —añadió elevando hacia él su mirada límpida y transparente—. ¿Que si me atrevo? —Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas pero su voz era firme y no temblaba—. Tú no eres para mí únicamente un hombre, sino un ser distinto de todo, a quien no se puede clasificar en términos generales. Eres un elemento necesario en mi vida y nunca he conocido a nadie como tú. Tenerte junto a mí es lo único importante, sin que ninguna otra cosa pese para nada en la balanza. No me importa que nunca lleguemos a poder casarnos, y no me da miedo el escándalo ni las dificultades que tengamos que afrontar ni ninguna otra cosa. Es más, creo que lo deseo.

—Pues lo tendrás —dijo Capes—. Esto significa la oposición del mundo.

—¿Tienes miedo?

—Sólo por ti. Perderé mi puesto, porque hasta los ayudantes de Biología más incrédulos deben respetar el decoro. Y, además, tú eres mi alumna. Tendremos muy poco dinero.

—No me importa.

—Nos enfrentaremos con dificultades y peligros.

—A tu lado no me importan tampoco.

—¿Y tu familia?

—Mi familia no cuenta, ésa es la verdad desnuda. No cuenta para nada y además me tiene sin cuidado. —Capes abandonó de pronto su actitud meditabunda y exclamó:

—¡Demonios! Estoy esforzándome por tomar las cosas con serenidad y de un modo razonable, pero esto significa que nuestra vida se va a transformar en una aventura maravillosa.

—¡Oh! —exclamó ella, radiante.

—Tendré que dejar la Biología y dedicarme a escribir, que es lo que siempre he deseado hacer. Sé que de este modo podré ganarme la vida por lo menos.

—¡Naturalmente!

—Además, la Biología empezaba a aburrirme. Todas las investigaciones son muy parecidas... y el trabajo creador me atrae con mucha más fuerza. Pero esto no son más que sueños. Al principio tendré que dedicarme al periodismo y trabajar duro... Lo que no es un sueño es esto: que tú y yo vamos a poner fin a todo y vamos a marcharnos de aquí.

—A marcharnos juntos —dijo Ana Verónica agarrada al borde de la mesa.

—«Para bien o para mal...».

—«En la riqueza y en la pobreza...». —No pudo continuar porque estaba

llorando y riendo al mismo tiempo—. Desde el momento en que me besaste, esto era inevitable —dijo entre sollozos—. Sólo impidió que lo reconociera tu extraño código del honor. ¡Honor...! Cuando se siente un amor como el nuestro, hay que dejar de lado el honor.

Capítulo XV

LOS ÚLTIMOS DÍAS EN CASA

1

Decidieron ir a Suiza cuando el curso hubiera terminado. Por orgullo y también con el fin de evitar que el tiempo se le hiciera demasiado largo, Ana Verónica trabajó con gran fervor durante las últimas semanas. Estaba firmemente decidida a hacer un examen brillante y no ahogarse en el mar de encontradas emociones que amenazaba con sumergir todo su ser intelectual.

Pero no pudo evitar que sintiera una profunda exaltación cuando el amanecer de su nueva vida fue haciéndose más y más próximo... De vez en cuando su mente se movía con asombrosa actividad y daba forma a pensamientos e ideas que luego comunicaba a Capes; en otras ocasiones se sentía inundada por un gozo radiante, dorado e informe, que la dejaba como en un estado de pasividad. Contemplaba a la gente que se movía por el mundo ignorante de su secreto —su tía, su padre, sus compañeros de estudio, sus amigos y sus vecinos—, del mismo modo que el actor contempla, casi sin advertirlo, al público que respira en la sala del teatro. El público podía aplaudir, objetar o intervenir, pero la representación era suya, le pertenecía a ella y, dijeran lo que dijeran, la llevaría hasta el fin.

Según fue disminuyendo el número de días que la separaba de la gran aventura, la sensación de que ésta era inevitable fue haciéndose más intensa, y se mostró excepcionalmente considerada y afectuosa con su padre y su tía, preocupada por el dolor que iba a causarles. Su tía tenía la costumbre, que siempre le había resultado exasperante, de interrumpirla cuando estaba trabajando, para pedirle algún favor concerniente a la casa, pero ahora Ana Verónica la complacía con presteza, como para hacer con ello un acto de anticipada propiciación. No sabía si confiarse a las Widgett, pero pasó dos tardes enteras hablando con Constance sin referirse al asunto. También escribió a *Miss Miniver* y le hizo algunas insinuaciones cuyo significado su amiga no logró alcanzar.

Y al fin amaneció la mañana del último día que pasaría entero en Morningside Park. Se levantó muy temprano y se puso a pasear por el jardín, calentado por los rayos del sol, mientras recordaba toda su infancia. Estaba diciendo adiós a su infancia, a su hogar y a todo lo que hasta entonces había sido su vida; estaba a punto de salir a enfrentarse con el mundo, y esta vez no regresaría. Era la víspera de la experiencia más grande en la vida de una mujer. Visitó el rincón que había sido su jardín particular y donde las flores estaban ocultas por la hierba; visitó las plantas que

habían servido de marco a su primer amor con aquel niño vestido de terciopelo, y el invernadero donde solía leer sus cartas secretas. En aquel sitio era donde se escondía huyendo de la persecución de Roddy... La parte exterior de la casa había sido para ellos los Alpes que solían escalar... Y allí, contra una pared, estaban los ciruelos cuya fruta habían robado a pesar de las órdenes de su padre. Recordó también que una vez, cuando comprendió que su madre había muerto, había escondido la cara entre la hierba a la sombra de un olmo que se levantaba al final del huerto y había llorado con toda su alma.

¡Cuán lejana y remota estaba aquella pequeña Ana Verónica! El corazón de aquella niña había desaparecido para siempre. La niña que se había enamorado de un príncipe de cuento de hadas con traje de terciopelo y bucles de oro, amaba ahora a un hombre de carne y hueso llamado Capes, de voz agradable y manos firmes y sensitivas. Pronto, muy pronto, iba a ir hacia él, iba a refugiarse en sus brazos para siempre. Andaría de su mano por un mundo nuevo y desconocido... La vida la había absorbido tanto hasta entonces, que no había vuelto a pensar en aquellas imágenes de su infancia. Ahora, de pronto, se hacían reales de nuevo, aunque muy remotas y y distantes, y ella venía a despedirse...

Durante el desayuno estuvo excepcionalmente cariñosa con los suyos y después salió a coger el tren anterior al que solía coger su padre. Hizo esto para agradecerle porque sabía que él detestaba viajar en segunda clase con ella, y que también detestaba viajar en primera y en el mismo tren, cuando su hija iba en una clase inferior, pensando en lo que diría la gente. De modo que la solución era ir en distinto tren. En la avenida, Ana Verónica se encontró con Ramage.

Fue un encuentro que le produjo una impresión extraña. Le vio con su clásico sombrero, en el extremo opuesto de la avenida. De pronto Ramage pareció tomar una decisión, cruzó hasta donde estaba ella y la saludó.

—Necesito hablar con usted —dijo—. No puedo olvidarla.

Ana Verónica dio una respuesta vaga, asombrada por el cambio que se había operado en él.

Ramage inició una conversación llena de pausas que duró hasta que llegaron a la estación. Ana Verónica apresuró el paso y él hizo lo mismo, sin dejar de hablar. Ella, más que responderle, le interrumpía con palabras que no estaban relacionadas con la conversación, ya que apenas le escuchaba. Sin embargo, creyó oírle jactarse de su inflexible voluntad y de que al fin siempre conseguía lo que deseaba. Después cambió de tono, volvió a amenazarla con el cheque y el escándalo y luego le pidió perdón rogándole que tuviera compasión de él porque su vida carecía de sentido si no la tenía a ella. Era evidente que estaba nervioso y que deseaba impresionarla. Para Ana Verónica aquel encuentro fue un acontecimiento, porque de pronto comprendió que Ramage y su indiscreción con él carecían ya de importancia. Hasta la deuda que tenía con aquel hombre era algo minúsculo y trivial.

Y, además se le ocurrió una idea brillante. Asombrada por no haber pensado antes

en ella, le dijo de pronto que sin falta le pagaría las cuarenta libras la semana siguiente.

—Me alegro de que no volviera a enviarme aquellos billetes —dijo Ramage.

Ana Verónica se esforzó en vano por explicar lo inexplicable.

—No lo hice porque pensé que sería preferible mandárselo todo al mismo tiempo.

Él fingió no oír estas palabras, y, siguiendo con su idea fija, dijo:

—Usted y yo vivimos el uno al lado del otro. Debemos ser... modernos.

Ana Verónica sintió los latidos de su corazón. Aquélla era otra ligadura que tendría que romper. ¡Ser modernos! ¡Ella iba a ser tan primitiva como el pedernal!

2

Aquel atardecer, cuando Ana Verónica estaba cortando flores para adornar la mesa, su padre se dirigió hacia ella por encima del césped.

—Deseo hablarte, *Vee* —dijo.

Ana Verónica sintió que sus nervios en tensión se sobresaltaban y le contempló fijamente, en silencio, preguntándose qué sería lo que tendría que decirle.

—Esta mañana estuviste hablando con ese Ramage en la avenida y te acompañó hasta la estación.

—¿De modo que se trataba de eso? Se dirigió a mí y me habló.

—Sí, ya lo sé —dijo *Mr. Stanley*—. Bueno, pues no quiero que hables con él —añadió con firmeza.

Ana Verónica hizo una pausa antes de contestar.

—¿Crees que no debo hacerlo? —preguntó con aire de sumisión.

—No. —*Mr. Stanley* tosió y contempló la fachada de la casa—. No es hombre que... Es un hombre que no me gusta y no me parece correcto... No quiero que surja ninguna intimidad entre tú y un hombre de ese tipo.

Ana Verónica reflexionó.

—He tenido dos o tres conversaciones con él, papá.

—No tengas ninguna más. Yo... En fin, sólo puedo explicarte que es una persona que me resulta profundamente desagradable.

—¿Qué haré si viene hacia mí y me habla?

—Vosotras las mujeres tenéis siempre mil medios de mantener a un hombre a distancia, si queréis hacerlo. —Ana Verónica arrancó una margarita—. No tendría nada que objetar si no corrieran toda clase de historias acerca de Ramage. Él vive en un mundo que queda totalmente fuera de los límites de tu imaginación, y la manera con que trata a su esposa es indignante. En resumen, se trata de un hombre disipado y sin decoro.

—Intentaré no volver a verle —dijo Ana Verónica—. No sabía que mereciera de ti esa opinión, papá.

Hubo una pausa. Ana Verónica se preguntó lo que haría su padre si ella le contara

con detalles toda la historia de sus relaciones con Ramage.

—Un hombre como ése, mancha la reputación de una joven por el mero hecho de dirigirle la palabra. —Se ajustó las gafas sobre la nariz y titubeó antes de seguir hablando—. Hay que tener cuidado al elegir a los amigos y a los conocidos, porque insensiblemente éstos acaban por influirnos. *Vee*, supongo que no ves mucho a las Widgett ahora, ¿verdad?

—De vez en cuando voy a charlar con Constance.

—¿Ah, sí?

—En el colegio éramos íntimas amigas.

—Sí, pero de todos modos no sé si me gusta mucho que... Creo que debo decirte francamente lo que siento. —Su voz era tranquila y moderada—. Por supuesto, no me importa que la veas de vez en cuando, pero de todas formas hay ciertas diferencias, diferencias de ambiente, que pueden influir en nosotros, aun en contra de nuestra voluntad, y antes de que hayas tenido tiempo de darte cuenta puedes encontrarte metida en un lío. No quiero ser inflexible en este asunto, *Vee*... pero se trata de artistas. Ésa es la verdad. Y nosotros no tenemos nada en común con ellos.

—Supongo que no —dijo Ana Verónica volviendo a arreglar las flores que tenía en las manos.

—Generalmente las amistades que marchan a la perfección entre dos colegialas no son tan satisfactorias más adelante, a lo largo de la vida, a causa de las diferencias sociales.

—Yo quiero mucho a Constance.

—No me cabe duda, pero hay que ser razonable. Como tú misma reconociste una vez, hay que hacer concesiones al mundo. Con gente de esa clase pueden ocurrir muchas cosas que nosotros no deseamos que ocurran.

Ana Verónica no contestó y su padre sintió el vago impulso de justificarse.

—Es posible que te parezca exagerado, pero no puedo olvidar lo que le sucedió a tu hermana. Ya sabes que ella se metió en un grupo de gente de teatro sin ningún sentido de las conveniencias.

Ana Verónica deseó oír más detalles de la historia de su hermana desde el punto de vista de su padre, pero él no continuó y entonces le lanzó una rápida mirada. Ahí estaba, a dos pasos de ella, ansioso y preocupado porque creía que la responsabilidad de la vida de su hija caía sobre sus hombros, completamente ignorante de lo que era aquella vida y de lo que iba a ser muy pronto; ignorante también de la naturaleza de sus ideas y pensamientos y explicando todo lo que en ella existía y él no podía comprender, como tonterías y caprichos. Nunca como en aquel momento había demostrado a Ana Verónica con tanta claridad, que las mujeres sólo podían agradarle de un modo: limitándose a cumplir sus deberes domésticos y no teniendo contacto con el mundo exterior. Ya tenía él bastante con ir y venir a la ciudad y cuidarse de que su familia no careciese de nada, sin necesidad de que ellas obraran también por su cuenta. No comprendía a Ana Verónica ni la había comprendido desde que fue

demasiado mayor para sentarse en sus rodillas, y para que todo se deslizará sin contratiempos, cuanto menos conociera del mundo, mejor. Al comprender esto, Ana Verónica sintió que su corazón se endurecía hacia él.

—Es posible que no vea a las Widgeott durante algún tiempo, papá —dijo lentamente—. No, no creo que vuelva a verlas por el momento.

—¿Ha surgido algo entre vosotras?

—No, pero creo que no vamos a vernos hasta dentro de mucho tiempo.

Ana Verónica se preguntó qué diría él si añadiera que aquello ocurriría porque pensaba marcharse muy lejos.

—Me alegro mucho —dijo *Mr. Stanley* sin disimular su satisfacción—. Me alegro muchísimo. —Y dando por terminado el asunto, añadió—: Nos estamos haciendo sensatos y creo que empiezas a comprenderme.

Titubeó momentáneamente y al fin se apartó de ella y se dirigió hacia la casa. Mientras, su hija le seguía con la mirada, pensando que todo su ser, hasta la curva de sus hombros y su modo de andar, parecía traducir una sensación de alivio ante la aparente obediencia de Ana Verónica.

«¡Gracias a Dios! —Parecía decir aquella figura que se alejaba—. Eso es asunto terminado. Hice mal en preocuparme por *Vee*». Seguramente se decía que su hija menor no le daría nunca más un disgusto y se alegraba de poder empezar una nueva novela o trabajar en paz en su micrófono, sin preocuparse lo más mínimo por ella.

¡Qué terrible desilusión le esperaba! Ana Verónica sintió el vago impulso de correr tras él, de exponerle su caso y de hacerle comprender lo que la vida significaba para ella. Mientras veía alejarse a su padre se calificó duramente de hipócrita.

«Pero ¿qué puedo hacer?», se dijo por fin.

3

Se arregló con sumo cuidado para cenar. Se puso un traje negro que le gustaba mucho a su padre porque le daba un aire respetable y hogareño. La cena transcurrió con normalidad mientras su padre leía un folleto y tía Mollie hacía proyectos para el gobierno de la casa durante el mes que la cocinera tenía de vacaciones. Después de cenar, Ana Verónica se dirigió a la sala con *Miss Stanley*. Su padre subió a su estudio para fumarse a solas una pipa. Ana Verónica le oyó silbar alegremente y se apiadó de él.

Estaba intranquila y excitada y no quiso tomar café, aunque sabía que de todas formas no iba a poder dormir en toda la noche. Cogió una de las novelas de su padre, que dejó en seguida. Subió a su cuarto para encontrar algo en qué entretenerse, se sentó en la cama y contempló la habitación que iba a abandonar para siempre, volviendo por último al salón, con una media para zurcir. Su tía se estaba haciendo un par de puños de ganchillo a la luz de una lámpara recién encendida.

Ana Verónica se sentó en la otra butaca y durante unos minutos se dedicó a zurcir

en silencio y con muy poca habilidad. Después contempló a su tía y estudió su peinado y la línea clásica de sus facciones.

De pronto sus pensamientos se tradujeron en palabras.

—¿Has estado enamorada alguna vez, tía Mollie? —preguntó.

Miss Stanley levantó la vista sobresaltada y juntó las manos, que dejaron de trabajar.

—¿Por qué me preguntas eso, *Vee*?

—Porque de pronto se me ocurrió pensarlo.

—Ya sabes que fui la prometida de *él* durante siete años y que después murió —contestó en voz baja.

Ana Verónica murmuró unas palabras que su tía no pudo oír.

—Era un pastor y pensábamos casarnos cuando ganara lo suficiente. Era un *Wiltshire Edmondshaw*, una de las familias más antiguas.

Ana Verónica vaciló antes de hacer la pregunta que de pronto se había formulado en su imaginación.

—¿Y no te has arrepentido nunca de haber esperado, tía?

Miss Stanley tardó un momento en contestar.

—No ganaba lo suficiente para poder vivir los dos —dijo al fin saliendo de su abstracción—. Hubiera sido un paso precipitado e imprudente.

Ana Verónica contempló con penetrante curiosidad sus pensativos ojos grises y su cara de líneas delicadas. Por último *Miss Stanley* suspiró profundamente y consultó el reloj.

—Creo que voy a hacer un solitario —dijo.

Se puso en pie, dejó los puños que había estado haciendo en su cesta de labor y se dirigió al escritorio para sacar las cartas. Ana Verónica se levantó de un salto para traerle la mesa de juego.

—No conozco este nuevo solitario que haces ahora —le dijo—. ¿Me permites que me sienta a tu lado, querida?

—Es muy difícil —repuso su tía—. ¿Quieres ayudarme a barajar?

Ana Verónica la ayudó y observó cómo colocaba las hileras de a ocho cartas sobre la mesa. Después permaneció quieta y en silencio, contemplándose de vez en cuando los brazos que había juntado sobre sus rodillas. Aquella noche se sentía extraordinariamente bien y la consciencia de su propio cuerpo le producía una sensación de puro deleite, pero se esforzó por fijar su atención en las cartas hábilmente manipuladas por las manos enojadas de *Miss Stanley*.

Ana Verónica se dijo que la vida era maravillosa. Le parecía increíble que su tía y ella fueran criaturas de la misma sangre y parte del mismo torrente de vida que había inventado los faunos y las ninfas, *Astarté*. *Afrodita*, *Freya* y toda la belleza de los dioses. Su sangre cantaba canciones de amor en todos los tiempos, el perfume nocturno llenaba la atmósfera y las polillas que revoloteaban alrededor de la lámpara la hicieron soñar despierta con besos a la luz de la luna. Y, sin embargo, su tía, con el

ceño fruncido, sorda a todas aquellas sensaciones y deseos, estaba haciendo solitarios... haciendo solitarios como si al morir su prometido hubiera muerto todo el amor del universo. Un sonido que llegó hasta ella desde el piso superior le reveló que también la petrografía seguía su curso. ¡Un mundo gris y monótono! ¡Un mundo desprovisto de pasiones! Un mundo en el que las horas, sin significado alguno, se seguían unas a otras, esperando que algún día, un día lejano e incalculable, ocurriera aquello de lo que nadie podía escapar. Era la última noche que pasaba en aquel mundo contra el cual se había rebelado. La cálida realidad estaba ahora tan cercana que hasta le parecía poder oír su pulsación. En aquel momento, en Londres, Capes estaría haciendo las maletas y disponiéndolo todo; Capes, el hombre maravilloso cuyo contacto la convertía en un fuego ardiente. ¿En qué estaría pensando? Le faltaba ya menos de un día, menos de veinte horas... dieciséis horas. Lanzó una mirada al reloj que tictaqueaba impasible encima de la repisa de la chimenea y se sumió en rápidos cálculos. Para ser exactos, faltaban dieciséis horas y veinte minutos. Las estrellas habían esperado desde siempre aquel momento. A través de los cristales de la ventana vio como brillaban. Al día siguiente no habría luna...

—¡Creo que me va a salir! —dijo *Miss Stanley*—. Todo porque me han salido los ases.

Ana Verónica volvió bruscamente a la realidad, cambió de postura y de nuevo se dispuso a prestar atención al solitario.

—Mira, querida —dijo—, puedes poner ese diez encima de ese «valet».

Capítulo XVI

EN LAS MONTAÑAS

1

Al día siguiente Ana Verónica y Capes se sentían como recién nacidos, como si hasta entonces no hubieran vivido y se hubieran limitado a anticipar la existencia. Estaban sentados el uno frente al otro, con sus mantas y mochilas en el portaequipajes, en el tren nocturno que sale de *Charing Cross* y que enlaza en Folkestone con el barco de Boulogne. Los dos se esforzaban por concentrar su atención en revistas ilustradas y admiraban el paisaje de Kent a través de las ventanillas.

Cuando cruzaron el Canal aún no se había ocultado el sol y una leve brisa adornaba el mar con pinceladas de plata. Algunos de los pasajeros pensaron, al verles juntos, que debían ser recién casados por la felicidad que irradiaban, y otros, al comprobar la confianza y la familiaridad que había entre los dos, daban por sentado que llevaban casados muchos años.

En Boulogne cogieron un tren para Basilea. A la mañana siguiente desayunaron juntos en el bufete de la estación y subieron después al expreso de Interlaken, yendo de este modo por Spies a Frutigen. En aquellos días el tren no llegaba más allá de Frutigen, de modo que mandaron el equipaje por correo a Kandersteg y se dispusieron a ir andando por un camino, a la izquierda de los precipicios de Blauer See, donde las enormes ramas de los árboles se sumergen en las azules profundidades de un lago helado y los pinos nacen de las rocas. Al pie de una de éstas, hay una pequeña posada suiza, donde se despojaron de sus mochilas, almorzaron y descansaron mientras aspiraban el perfume de la resina. Después se internaron en un bote en las misteriosas profundidades del See y juntos contemplaron los innumerables tonos azul y verde de aquellos parajes. Ya entonces les parecía que llevaban viviendo juntos veinte años.

Con la excepción de una excursión a París organizada por el colegio, Ana Verónica no había salido hasta entonces de Inglaterra, por lo que le pareció que el mundo entero había cambiado y que hasta la misma luz era diferente. En lugar de casas y villas inglesas había chalets y casas de construcción italiana de un blanco reluciente; había lagos de esmeraldas y zafiros y tales montañas, tales masas de nieve como jamás hubiera podido soñar. Todo le parecía hermoso, desde los modales cariñosos del zapatero de Frutigen que le clavó unos clavos en las suelas de las botas, hasta las florecillas silvestres que brotaban por todas partes. Y Capes se había

convertido en el hombre más alegre y más expresivo del mundo. En el tren, el mero hecho de tenerle a su lado, de haber cenado con él en el coche restaurante, y de verle después dormido en el asiento a un metro de distancia, hizo que su corazón latiera tan tumultuosamente que temió que sus compañeros de viaje pudieran oírlo. Aquello era demasiado maravilloso para ser real. Se había esforzado para no dormirse, temiendo perder un momento siquiera la sensación de su proximidad. Andar a su lado vestida como él, cargados los dos con una mochila, era la felicidad absoluta. Cada paso que daba le parecía un paso más en el umbral del paraíso.

Sólo una sombra se cernía sobre aquel cielo sin nubes: el recuerdo de su padre.

Se había portado mal con él, le había causado un profundo dolor y lo mismo había hecho con su tía. A los ojos de ambos, el paso que había dado era imperdonable y ya nunca podría convencerles de que había hecho lo único que podía hacer. Se acordó de su padre en el jardín y de su tía haciendo solitarios, como les había visto... ¿hacía cuántos siglos...? ¡Hacía sólo unas horas! Sintió como si les hubiera atacado por la espalda, y su recuerdo le hizo experimentar un profundo remordimiento, que no hacía disminuir en absoluto el océano de felicidad en que se hallaba sumergida. Pero deseó poderle dar a lo que había hecho una explicación que para ellos no resultara tan dolorosa como la realidad. La imagen de sus caras y especialmente la de su tía, cuando comprendieran lo ocurrido, no se apartaba de su mente.

—¿Por qué no pensará todo el mundo igual? —exclamó de pronto.

Capés contempló las gotas de agua que caían de la punta del remo.

—No lo sé, pero es evidente que todo el mundo piensa distinto.

—Yo siento que lo que hemos hecho es lo más lógico y lo más noble que podíamos hacer y quisiera decírselo a todo el mundo, quisiera jactarme a los cuatro vientos...

—Sí, ya lo sé.

—Les dije una mentira, muchas mentiras. Ayer escribí tres cartas y las tres las rompí. Era imposible decirles la verdad y por fin inventé una historia.

—¿No les dijiste cuál era nuestra situación?

—Di a entender que nos habíamos casado.

—Acabarán por descubrir que no es así.

—No lo descubrirán en seguida.

—Pero sí más pronto o más tarde.

—Es posible que poco a poco se enteren de la verdad... pero así, de pronto, era imposible explicárselo. Les decía en mi carta que sabía que papá no tenía confianza en ti ni en tu trabajo, que tú compartes las opiniones de Russell, y puesto que él aborrece a Russell, no podíamos esperar que diera su consentimiento para nuestro matrimonio. ¿Qué otra cosa podía decirle? Pensé que sería preferible que pensara lo que quisiera...

Capés introdujo el remo con fuerza en el agua.

—¿No te parece bien que lo hiciera así?

—Sí. Pero me hace sentirme culpable. —Y añadió, moviendo la cabeza—: Culpable respecto a ellos.

—También a mí...

—Lo malo que siempre ha ocurrido en las relaciones entre padres e hijos, es que no podemos evitar ponernos en su lugar. Ni los hijos creemos que ellos tienen razón, ni ellos creen que la tenemos nosotros. Es un callejón sin salida. En cierto sentido los equivocados somos nosotros, pero, sea como fuere, una de las dos partes tiene que sufrir.

—Desearía que nadie tuviera que sufrir —dijo Ana Verónica—. ¡Soy tan feliz! No quiero pensar en ello. La otra vez que les abandoné no me importó en absoluto, pero esto es muy distinto...

—Existe una especie de instinto de rebelión —dijo Capes— que no se relaciona únicamente con nuestros tiempos, aunque la gente así lo crea. Este instinto es parte integrante de la adolescencia. Mucho tiempo antes de que la religión y la sociedad lo consideraran como un problema, la adolescencia se rebelaba en lo más profundo de su corazón. No hay un instinto que sea lo suficientemente fuerte como para mantener unidas a las familias, que únicamente se mantienen así por costumbre, sentimentalismo y conveniencia económica. No creo que exista ningún afecto personal fuerte entre los padres y los hijos adolescentes. No lo hubo entre mi padre y yo. En aquellos días, yo no me permitía a mí mismo contemplar las cosas como eran, pero ahora puedo hacerlo con toda libertad. Él se aburría a mi lado mortalmente y yo le aborrecía. Esto está en contra de todas las leyes y costumbres, pero es la verdad... Sé que entre padre e hijo existen sentimientos afectuosos y tradicionales, pero eso es precisamente lo que impide el desarrollo de una amistad sincera entre los dos. Los hijos que idolatran a sus padres son esclavos y más tarde, en la vida, no sirven para nada. Hay que procurar ser mejor que el propio padre, o de lo contrario, ¿de qué sirven las generaciones sucesivas? La vida es rebelión, o de lo contrario no es vida.

Dio unos cuantos golpes de remo en silencio, contempló los remolinos del agua y reanudó el hilo de sus pensamientos.

—Quisiera saber si llegará un día en que no sea necesario rebelarse contra las costumbres y las leyes. ¿Se suprimirán alguna vez las discordancias? ¡Quién sabe! Es posible que alguna vez los viejos no guarden a los jóvenes prisioneros de sus ideas, y que los jóvenes no tengan que escapar a espaldas de los viejos. Es posible que se enfrenten con los hechos como tales y los comprendan. ¿Te das cuenta de lo maravilloso que sería el mundo si la gente se enfrentara con los hechos y supiera comprenderlos? No hay otra salvación. Algún día los seres humanos romperán las barreras de incompreensión que se alzan entre ellos, y las tragedias íntimas que ahora les desgarran no tendrán lugar... Es posible que el mundo llegue a una autoeducación que le saque de sus ideas fijas sobre la moral... ¿Crees tú, Ana Verónica, que cuando nos llegue la hora a nosotros sabremos comprender? La joven contempló el vuelo de un pájaro sobre sus cabezas.

—No lo sé. Me gusta dar un tono elevado a las estrellas y a las ideas, pero soy mujer y, como tal, deseo ser dueña de lo que me pertenece.

2

Capes reflexionó.

—Es curioso... —dijo—. En mi mente, sé perfectamente que lo que hacemos está mal y, sin embargo, lo hago sin sentir el menor remordimiento.

—Yo nunca estuve tan segura como ahora de que he obrado bien.

—Como dices, eres mujer —sonrió él—. Pero yo no estoy tan seguro como tú y siempre miro las cosas dos veces. La vida está compuesta de dos cosas mezcladas. La vida es ética... la vida es aventura. La aventura es más importante, pero la ética es la que la rige. La ética nos dicta una regla de conducta, pero la aventura es la que determina nuestros impulsos. Si la ética tiene algún significado, éste consiste en respetar las cadenas que nos atan, respetar las costumbres tradicionales. Si el individualismo tiene algún significado, éste estriba en romper esas cadenas... la aventura. ¿Qué preferirías tú? ¿Ser moral y ser la especie, o ser inmoral y ser tú misma? Nosotros ya hemos decidido ser inmorales, hemos desertado del puesto que teníamos en la sociedad, hemos cortado con nuestros deberes y obligaciones y nos hemos expuesto a riesgos que pueden destruirnos. No sé... Cumplimos las leyes para poder ser libres y estudiamos la naturaleza para no dejarnos gobernar ciegamente por ella. Supongo que en realidad la moral no tiene sentido, a menos que seamos fundamentalmente inmorales.

Ana Verónica le contempló en silencio mientras él daba libre curso a sus reflexiones.

—Piensa por ejemplo en nosotros —prosiguió Capes levantando la vista hacia ella—. Ninguna fuerza humana podrá convencerme de que no somos culpables. Tú desertas de tu hogar; yo abandono mi puesto y arrojé a los cuatro vientos el futuro que hubieras podido tener de seguir tu carrera. Aquí estamos, fingiendo ser lo que no somos, fingiendo que nuestra aventura está basada en los principios más elevados. Cuando tú abandonaste tu hogar por primera vez, no fui yo quien te impulsó a ello y, sin embargo, saliste como una hormiga que sale para su noche de bodas. Nos conocimos por casualidad sin que en ello interviniera para nada el destino. Nos conocimos por casualidad y aquí estamos, un poco asombrados de lo que hemos hecho, habiendo dejado a un lado todos los principios morales y sintiéndonos orgullosos de nosotros mismos. De todo esto hemos sabido sacar una especie de armonía y... ¡es maravilloso!

—¡Es divino! —dijo Ana Verónica.

—¿Qué pensarías si alguien te expusiera con crudeza los hechos desnudos de nuestro caso y de lo que estamos haciendo?

—No me importaría —repuso Ana Verónica.

—¿Y si otra persona te pidiera consejo? Supón que alguien te dijera: «Mi profesor, un hombre casado y doce años mayor que yo, está apasionadamente enamorado de mí y yo de él. Nos hemos propuesto romper todas nuestras ligaduras, abandonar nuestras obligaciones, dejar a un lado los convencionalismos de la sociedad y empezar a vivir los dos juntos...». ¿Qué le dirías?

—Si me pidiera consejo le diría que no hiciera semejante cosa, que el hecho de sentir la menor duda convertiría aquel proyecto en un imposible.

—Pero dejando ese detalle a un lado...

—De todos modos sería distinto. Porque no serías tú.

—Tampoco serías tú... Supongo que éste es el eje central de la cuestión. Las reglamentaciones están bien siempre que no se trate de especificar. Las reglas están hechas para cosas establecidas, como las piezas y las posiciones de un juego. Pero ni los hombres ni las mujeres son cosas establecidas, sino que todos ellos son experimentos... Cada ser humano es un nuevo objeto y existe para hacer nuevas cosas. Hay que saber decidir qué es lo que se quiere, asegurarse de que es eso efectivamente y hacerlo sin vacilar, tanto si para conseguirlo se vive como si se muere, porque se ha cumplido el fin para que se vino al mundo. Y nuestro fin era esto...

Capes guardó silencio y siguió remando, estremeciendo y haciendo temblar las profundidades azules del lago.

—Tú eres mi mundo —dijo Ana Verónica en voz muy baja mirándole a los ojos.

Dejó descansar después la mirada en las copas de los pinos que cubrían las montañas iluminadas por el sol, contempló el cielo y una vez más fijó los ojos en su amado. Aspiró profundamente el aire fresco y dulce de la montaña. Sus ojos estaban llenos de ternura y sus labios, firmes y decididos, dibujaban la más feliz de las sonrisas.

3

Más tarde pasearon por el camino que serpenteaba por encima de la posada y hablaron de su amor. El reciente viaje les había causado cierto cansancio agradable, la tarde era cálida y tibia y parecía imposible respirar un aire más dulce. Las flores y el césped, las mariposas y los guijarros, les parecían tan interesantes como las mismas montañas. Sus manos se buscaban continuamente y entre ambos se producían profundos silencios.

—Yo había pensado seguir hasta Kandersteg —dijo Capes, pero me gusta este lugar. La posada está completamente vacía. Pasemos la noche aquí. Ya pensaremos mañana lo que hacemos y adonde vamos.

—De acuerdo —dijo Ana Verónica.

—Después de todo, ¡es nuestra luna de miel! Y este lugar es muy hermoso.

—Cualquier lugar sería hermoso... —dijo Ana Verónica en voz baja.

Durante unos instantes siguieron andando sin hablar.

—Muchas veces me pregunto —dijo al fin Ana Verónica— por qué te quiero y por qué te quiero tanto. Ahora sé lo que es una mujer perdida. Yo soy una mujer perdida y no me avergüenzo de ello. Quiero ponerme en tus manos. Quisiera poder empequeñecerme tanto que pudieras cogerme con la mano y rodearme con los dedos. Quiero que me aprietes con fuerza. Quiero que me envuelvas y no me dejes nunca libre... Quiero que lo tomes todo. ¡Todo mi ser! Ofrendarme a ti es un puro gozo. Nunca hasta ahora he hablado de este modo a ningún ser humano y me he limitado a soñar, huyendo asustada de mis propios sueños, como si mis sentimientos más recónditos estuvieran precintados. Pero ahora rompo los precintos para ti. Mi único deseo sería poder ser mil veces, diez mil veces, más hermosa...

Capes cogió una de sus manos y la besó con ternura.

—Eres diez mil veces más hermosa que ninguna otra criatura viviente. Tú eres tú. Tú eres toda la belleza del mundo. La belleza no significa, no ha significado nunca, otra cosa que tú. Era un simple heraldo de ti, una promesa de ti.

4

Echados en el suelo sobre el musgo, contemplaron como la tarde se convertía en noche en las grandes simas que les rodeaban. Varios chalets divisados a distancia y un trozo de la carretera les recordaron el mundo que habían dejado atrás, y comenzaron a hablar de él y de sus planes para el futuro.

—Tendremos que enfrentarnos con un mundo indeciso que fluctuará entre repudiarnos o perdonarnos, manteniéndose a la expectativa.. Incapaz de decidir si debe apedrearnos...

—Eso depende de si nosotros damos a entender que esperamos que nos apedree y nos repudie.

—Lo que no haremos.

—¡De ningún modo!

—Y entonces volverá a apreciarnos y procurará olvidar lo sucedido.

—Si le dejamos que lo olvide, ¡pobrecillo mundo!

—Eso si triunfamos —dijo Capes—, porque si llegamos a fracasar...

—Pero es que no fracasaremos —aseguró la joven.

Aquel día a Ana Verónica le parecía la vida una empresa sencilla y gloriosa. El saber que Capes estaba a su lado la hacía estremecerse y toda ella vibraba de un amor heroico, tan heroico, que llegó a creer que si los dos empujaban a los mismos Alpes, éstos se moverían sin ninguna dificultad. Siguió tumbada contemplando el cielo y arrancó una brizna de hierba.

—¿Fracasar? ¡Bah...!

5

Poco después se le ocurrió a Ana Verónica preguntarle los detalles del viaje que había proyectado. Capes sacó el mapa que tenía guardado en el bolsillo y se sentó con las piernas cruzadas como un ídolo indio, mientras ella continuaba en el suelo y seguía con la vista todos los movimientos de su dedo sobre el mapa.

—Esto es el Blauer See, y aquí descansaremos hasta mañana. ¿Te parece bien?

Hubo un breve silencio.

—Es un lugar muy agradable —repuso por fin Ana Verónica, mordisqueando la brizna de hierba mientras una sombra de sonrisa jugueteaba en sus labios—. ¿Y después?

—Después iremos al Oeschinensee, un lago rodeado de precipicios y barrancos con un hotel rústico desde el que se contemplan siempre las aguas del lago. Pasaremos unos días entre los árboles y las rocas, sin hacer absolutamente nada. Hay botes para atravesar el lago y grandes bosques de pinos. Después de descansar allí un día o dos, haremos alguna pequeña excursión y un poco de alpinismo. Después iremos a una cabaña que existe en este desfiladero y veremos el glaciar de Blumlisalp.

Al oír estas palabras Ana Verónica surgió del ensueño en que había estado sumida.

—¿Un glaciar? —preguntó.

—Sí, bajo la *Wilde Frau*..., a quien bautizaron con este nombre acordándose de ti.

Se inclinó hacia delante, besó a Ana Verónica en el pelo y una vez más fijó su atención en el mapa.

—Un día —continuó—, saldremos temprano y bajaremos a Kandersteg. Subiremos por estos caminos en zigzag y dejando atrás el Daubensee llegaremos a un pequeño hotel en el que no creo que haya mucha gente, situado casi al borde mismo de una roca. Allí podremos sentarnos a comer el uno junto al otro y contemplar el valle del Ródano, y allá a lo lejos el Matterhorn y el Monte Rosa y un número infinito de montañas bañadas por el sol y cubiertas de nieve. Y contemplándolas, queremos ir hasta ellas, que es lo que siempre ocurre con las cosas hermosas. Descenderemos como hormigas por una pared, hasta llegar al Leukerbad, y de allí iremos a la estación de Leuk, donde cogeremos el tren que nos llevará al valle del Ródano. Una vez allí, y con el frescor de la tarde, emprenderemos la subida, contemplando por encima y por debajo de nosotros, cielo, montañas y rocas. Dormiremos en un albergue que existe a medio camino y al día siguiente saldremos para Saas Fée, el Saas de la Magia, el Saas del Pueblo Pagano. Allí nos encontraremos una vez más entre hielo y nieve, y unas veces pasaremos entre las rocas y los árboles y otras nos dedicaremos a escalar. Haremos una excursión por lo menos al valle desolado de Mattmark, de donde iremos al Monte Moro y allí estaremos a un paso del Monte Rosa, que es el mejor de todos.

—¿Es muy hermoso?

—Lo era cuando yo lo contemplé. Era maravilloso, era la reina de las montañas

con sus ropajes de un blanco brillante y deslumbrador. Se elevaba por encima del nivel de todas las demás montañas, y a unos miles de pies más abajo había una masa de nubes de algodón. De repente, aquellas nubes empezaron a deshilacharse y a descubrir cañadas profundas cubiertas de musgo y de pinos, que bajaban por la ladera hasta tropezar al fin con un grupo de tejados del tamaño de cabezas de alfiler y con una diminuta carretera blanca. Aquello era Macugnana, en Italia. El día que contemples ese pueblecito de Italia será un día inolvidable para ti. Y ése será el final de nuestro viaje.

—¿No podemos ir a Italia?

—No, no tenemos tiempo. Tendremos que decir adiós a las montañas y a la nieve y volver a Londres para trabajar.

—Pero Italia...

—Italia es para las niñas buenas —dijo Capes poniendo una mano sobre el hombro de Ana Verónica—. No te preocupes, querida. Algún día iremos a Italia también.

—Oye, ¿sabes que verdaderamente eres tú el que manda?

—Sí, parece que soy yo el organizador de esta excursión —dijo él después de una pausa.

Ana Verónica apoyó una mejilla en una de las mangas de su chaqueta.

—Me gusta tu manga —dijo.

Continuó rozándola con la mejilla unos instantes y al fin levantó la mano de Capes que reposaba en el suelo y la besó.

—Oye, *Vee*: ¿no te parece que llevas las cosas un poco demasiado lejos? —exclamó Capes—. Esto es..., es degradante. No debes hacer estas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque eres una mujer libre e igual a mí.

—Lo hago por propia y libre voluntad —dijo Ana Verónica besando de nuevo su mano—. Y esto no es nada comparado con lo que voy a hacer.

—Bueno..., supongo que no es más que una fase pasajera.

Capes se inclinó y dejó descansar la mano sobre el hombro de Ana Verónica durante unos instantes, sintiendo que el corazón le latía aceleradamente y que todos sus nervios estaban en tensión. Ella permanecía completamente inmóvil, con las manos contraídas y el cabello revuelto. Capes se acercó más aún y la besó en la nuca con infinita ternura.

6

Hicieron casi todo lo que se habían propuesto, pero escalaron más de lo que creyeron que harían al principio, porque Ana Verónica demostró tener la cabeza firme y ser valiente, incluso demasiado valiente, aunque estaba dispuesta a moverse con cautela si él se lo ordenaba. Una de las cosas que más sorprendían a

Capes en ella era su capacidad de ciega obediencia. Era evidente que disfrutaba cuando él le ordenaba la menor cosa.

Capes conocía bastante bien las montañas que rodeaban el Saas Fée, que anteriormente había visitado dos veces, de modo que a menudo se separaban de los demás turistas y subían a las alturas, donde se sentaban, comían emparedados, hablaban de mil cosas y trepaban por rincones inexplorados. Descubrieron también que sus intereses eran comunes y que se comprendían perfectamente. Se sentían completamente felices y satisfechos el uno del otro, y ambos descubrieron que los dos eran mejor de lo que habían esperado.

—Eres..., no sé... —dijo Ana Verónica en un momento dado—. Eres espléndido.

—No es que yo sea espléndido ni que lo seas tú —repuso Capes—, sino que los dos nos satisfacemos mutuamente, sabe Dios por qué. Es extraño; nunca creí que dos seres humanos pudieran llegar a tal extremo de fusión. ¿De qué crees que está compuesta? ¿A qué crees que se debe? ¿A la contextura de nuestra alma, o a la contextura de nuestra piel? Nunca he sido un romántico ni un sentimental y creo que tampoco lo has sido tú, pero sé que si jamás te hubiera conocido y sólo me hubiera tropezado con un trozo de tu piel encuadernando un libro lo hubiera guardado siempre junto a mí. Todas tus faltas no son más que pequeñeces que contribuyen a convertirte en un ser real y humano.

—Las faltas y los defectos son lo mejor de todo —repuso Ana Verónica—. Hasta nuestras malas tendencias corren en el mismo sentido. Hasta nuestra animalidad...

—¿Animalidad? —repitió Capes—. Ni tú ni yo la tenemos, Ana Verónica.

—Pues aunque la tuviéramos.

—Lo principal es que tú puedes hablar conmigo y yo contigo sin que para ello tengamos que hacer el menor esfuerzo. Y ésta es la esencia de la vida, que está compuesta de cosas pequeñas como el diámetro de un cabello y de cosas tan grandes como la vida y la muerte. Yo siempre soñé con esto y nunca creí que pudiera existir. Ha sido la suerte más extraordinaria el encontrarlo, el accidente más increíble de mi existencia. Todas las personas que yo conozco, parecen haberse casado con extraños y hablar un lenguaje incomprensible para el compañero elegido. Todos parecen tener miedo de lo que el otro sabe y de su incomprensión. ¿Por qué no saben esperar?

—Nadie espera —dijo Ana Verónica—. Supongo que tampoco yo hubiera esperado, pero, como tú dices muy bien, he tenido una suerte maravillosa y he encontrado el compañero ideal.

—Los dos hemos encontrado al compañero ideal. Somos una excepción entre los mortales. Entre nosotros no existe ni una mentira, ni un fingimiento, ni una idea oculta que nos separe. No tenemos miedo, no nos preocupamos ni sentimos la necesidad de tener consideración por los sentimientos del otro. Hemos quemado los harapos que nos envolvían ligándonos a la vida civilizada y falsa... ¡Hemos salido de ellos bailando y estamos desnudos!

—¡Desnudos! —repitió Ana Verónica—. ¡Completamente desnudos!

Al volver de la escalada de aquel día —habían subido al Mittaghorn— tuvieron que avanzar por una pared al borde de una garganta entre rocas. El paso era difícil y peligroso, ya que las rocas aparecían cubiertas de trozos sueltos y resbaladizos. Utilizaron la cuerda, aunque no fue absolutamente necesario, y ello porque a Ana Verónica le resultaba simbólico y porque además les aseguraba que morían juntos, caso de que pisaran en falso y cayesen. Capes iba primero, buscaba los puntos adecuados para agarrarse y ayudaba a Ana Verónica a poner los pies en lugar seguro.

Cuando estuvieron a mitad de camino y todo parecía marchar a la perfección, Capes tuvo un sobresalto.

—¡Cielo santo...! —exclamó Ana Verónica con horror—. ¡Dios mío!

Y dejó de avanzar.

Capes se puso rígido y no se movió durante una fracción de segundo. Silencio.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—¡Tendré que pagarlo!

—¿Eh?

—Me olvidé completamente. ¡Maldita sea!

—¿Eh?

—Dije que se lo mandaría.

—¿El qué?

—¡Eso es lo peor de todo!

—¿Lo peor?

—¡Olvidarme de este modo! ¡Es el colmo!

—¿Olvidarte?

—¡Y le dije que no me olvidaría! ¡Y le juré que haría cualquier cosa! ¡Le juré que me pondría a hacer camisas!

—¿Camisas?

—Camisas, sí, a un chelín y no sé cuánto la hora. ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es una estafa! ¡Ana Verónica, eres una estafadora!

Pausa.

—¿Quieres explicarme a qué viene todo esto? —preguntó Capes.

—Se trata de cuarenta libras.

Capes esperó con paciencia.

—Lo siento..., pero tendrás que prestarme cuarenta libras.

—¿Es el delirio del mal de altura? Creí que te sentías perfectamente.

—No, ya te lo explicaré luego. No te preocupes. Ahora, sigamos adelante. Se trata de algo que incomprensiblemente había olvidado, pero que puede esperar. Cuando estuve en Londres la primera vez viviendo por mi cuenta, pedí prestadas

cuarenta libras a *Mr. Ramage*. Gracias a Dios que tú lo comprenderás. Por eso fue por lo que dejé plantado a Manning...

Sí, ya estoy lista, vamos adelante. Todo esto lo había borrado completamente de mi memoria... Por eso se indignó tanto, ¿comprendes?

—¿Quién se indignó?

—*Ramage*..., por las cuarenta libras. —Ana Verónica colocó un pie sin ningún titubeo en un punto firme—. Amor mío —añadió—, no cabe duda de que me haces olvidarme de todo...

8

Al día siguiente hablaron nuevamente de su amor, sentados sobre una roca que dominaba un gran banco de nieve y un precipicio a la derecha del glaciar. El sol había aclarado de tal modo el cabello de Capes que parecía casi blanco. Los dos estaban bronceados y se sentían en inmejorables condiciones físicas. Las faldas que Ana Verónica trajera consigo al valle de Saas las había dejado en el hotel; así, vestía pantalones largos sujetos por un cinturón de cuero, indumentaria que le sentaba mejor que ninguna otra. Su cutis había resistido maravillosamente los efectos de la nieve y los rayos del sol habían acentuado su dorado color natural. Se había quitado las gafas negras y sonreía contemplando las cornisas iluminadas, las sombras azules, las enormes masas de nieve y la asombrosa luminosidad del *Taschhorn* y el *Dom*. No había ni una nube en el cielo, que exhibía un azul intenso.

Capes contempló admirado su belleza y comenzó a encomiar sus atractivos, los de aquel día maravilloso y los de su mutuo amor.

—Los dos brillamos como la luz a través de los cristales, y la vida es magnífica sintiendo este aire en la sangre y este calor en todo nuestro ser. ¿Volverá a ser tan maravillosa alguna vez?

Ana Verónica le tendió la mano, y exclamó:

—¡Es magnífica! ¡Es gloriosa! ¡Es divina...!

—Mira esa ladera cubierta de nieve y el precipicio que se ve al fondo. ¿Ves aquella mancha de color en medio del hielo, a mil pies o más de distancia? ¿Lo ves? Pues piensa..., no tendríamos que hacer más que dar diez pasos, echarnos en la nieve y abrazarnos y la ladera nos impulsaría hacia abajo. Caeríamos como una nube de espuma para quedar sumergidos en un sueño sin fin. Entonces estaríamos juntos eternamente, Ana Verónica. Entonces tendríamos la absoluta certeza de no separarnos jamás.

—Si me tientas mucho, lo haré —dijo la joven después de una pausa—. No necesito más que levantarme de un salto y arrojarme sobre ti y luego, mientras cayéramos, tú tendrías que explicarme... Pero sé que ni por un momento lo has pensado en serio.

—No, pero resulta hermoso imaginarlo.

—¿Por qué no lo dijiste en serio?

—Porque supongo que lo que tenemos por delante es mejor aún. ¿Qué otra cosa podría ser la razón? Nuestra vida en el mundo será completa, pero mejor. Si nos dejáramos deslizar por el glaciar, sería como estafar a la vida, como cobrarle el precio exigido y después negarse a vivir. ¡Y vamos a vivir, Ana Verónica! Sin duda alguna habrá malos ratos y dificultades en nuestra vida, pero tenemos cerebro y corazón para remontarlas y lengua para hablar el uno con el otro. Entre nosotros no habrá nunca incomprendiones y, además, tenemos valor suficiente para enfrentarnos con el mundo entero..., que creerá que le tenemos miedo si nos negamos a vivir. ¿Quién pensó en morir? Vamos a trabajar, vamos a vivir juntos, vamos a tener hijos...

—¡Niñas! —exclamó Ana Verónica.

—¡Niños! —replicó Capes.

—¡Las dos cosas! ¡Y muchos!

—¡No eres muy victoriana, que digamos! —exclamó Capes riendo.

—¿Qué importa? ¿Por qué negar que quiero tener docenas de hijos tuyos?

9

—**V**amos a hacer toda clase de cosas. Más pronto o más tarde vamos a solucionar el problema de las cárceles como la que me describiste. Lo haremos todo los dos solos. Es magnífico pensar que lo mismo podemos amarnos encima de una cornisa de los Alpes, que trasladando cubos de agua de un lado a otro. Nos amaremos en todas partes. La luz de la luna y la música son accesorios muy agradables, pero no imprescindibles. Al fin y al cabo, nos conocimos disecando animales. ¿Te acuerdas del primer día que pasamos juntos? Por todas partes nos envolvía aquel olor a alcohol metílico... Amor mío, es maravilloso recordar todas las ocasiones en que hemos estado juntos y las cosas que hemos hechos, como si se tratara de las cuentas de un rosario, o, mejor, de pepitas de oro. No quisiera que se perdiera ni un solo grano, pero inevitablemente algunos tendrán que desaparecer entre nuestros dedos.

—A mí no me importa que desaparezcan —dijo Ana Verónica—. No me importan los recuerdos, porque lo único que me importa eres tú. El momento actual es inmejorable... hasta que llega el siguiente. Así es como yo siento. ¿Por qué hemos *nosotros* de amontonar reservas? Nosotros no vamos a extinguirnos. Sólo los desgraciados que saben que su amor tendrá fin, necesitan agarrarse a los pequeños detalles y anotarlos en los libros para poder recordarlos. Nosotros nunca viviremos del pasado, sino que nos amaremos de nuevo a cada momento. Somos dos seres idénticos y afines y seguiremos siéndolo para siempre.

—Dos seres idénticos y afines —repitió Capes, llevándose a la boca, y mordiéndola, la punta del dedo meñique de Ana Verónica.

—Creo que nosotros no nos hacemos ilusiones falsas —dijo Ana Verónica.

—Ninguna. Nos conocemos perfectamente y, sin embargo, siento como si te hubiera conocido ayer. Cada día que pasa descubro que eres más maravillosa de lo que me había imaginado la noche anterior.

10

—¡Pensar que eres diez años más joven que yo! —exclamó Capes—. Hay momentos en que me haces sentirme muy pequeño e insignificante a tu lado. Todo eso del certificado de nacimiento y demás papelerías no son más que mentiras. Tú eres uno de los inmortales. ¡Eres inmortal! Tú existías en el principio, y todos los hombres que desde entonces han sabido lo que es el amor se han rendido a tus pies. Eres mi amiga querida, no eres más que una niña, pero en algunos momentos, cuando apoyaba la cabeza en tu pecho y tu corazón latía junto a mis oídos, he comprendido que eres una diosa, he deseado ser tu esclavo, he deseado que pudieras matarme para tener la felicidad de morir a tus manos. Eres la gran sacerdotisa de la vida...

—Soy tu sacerdotisa —susurró Ana Verónica con dulzura—, una pobre sacerdotisa que no sabía nada de la vida hasta que vino a ti.

11

Durante algún tiempo permanecieron silenciosos, sumidos en el gozo de su mutuo amor.

—Bueno —dijo Capes al fin—, tenemos que bajar, Ana Verónica. La vida nos está esperando.

Se puso en pie y esperó a que ella se moviera.

—¡Dios santo! —exclamó Ana Verónica—. ¡Y pensar que no hace aún un año era yo una colegiala rebelde, ignorante, perdida en un mar de confusiones y sin poder adivinar que esta incontenible fuerza de amor se estaba abriendo camino para llegar a mí! Todos aquellos descontentos y aquellas dudas informes, no eran más que los dolores del alumbramiento del amor. Sentía que vivía en un mundo falso, sentía como si tuviera los ojos vendados, me sentía envuelta en tupidas telarañas que me cegaban y que se introducían hasta en mi boca. Mientras que ahora..., mi amor querido... La primavera vive en mí. Soy amada. ¡Quisiera saber cantar y bailar! Me alegro de vivir porque tú vives, me alegro de ser mujer porque tú eres hombre... ¡Soy feliz! Doy gracias a Dios por darme la vida y por darme a ti. Doy gracias a Dios por acariciar tu cara con un rayo de su sol. Doy gracias a Dios por la belleza que amas y por las imperfecciones que amas también, y doy gracias a Dios por todas las cosas grandes y pequeñas que nos hacen ser como somos. ¡Oh, amor mío! Siento en mi interior todo el gozo y el llanto de la vida y toda la gratitud. Jamás una libélula recién nacida que extendiera las alas para volar, en la primera mañana de su vida, se sintió más feliz de lo que yo me siento ahora.

Capítulo XVII

EN PERSPECTIVA

1

Unos cuatro años después, cuatro años y cuatro meses después, para ser exactos, *Mr. y Mrs. Capes* estaban juntos sobre una antigua alfombra persa que cubría el suelo del comedor de su piso y contemplaban la mesa puesta para cuatro personas, iluminada por una luz discreta y adornada con un ramo de guisantes de olor.

Capes apenas había cambiado en aquel intervalo de tiempo, pero Ana Verónica había crecido unos tres centímetros, su expresión era al mismo tiempo más fuerte y más dulce y toda ella producía una impresión mucho más femenina que en los lejanos días de su rebelión. Ahora era ya una mujer hasta en las yemas de los dedos; había dicho adiós a su adolescencia en el jardín de la casa de su padre cuatro años atrás. Estaba vestida con un traje muy sencillo de seda color crema con bordados antiguos y se había sujetado el cabello con una cinta de tisú de plata. Un collar de plata realzaba la belleza de su cuello. Marido y mujer fingieron una gran indiferencia a beneficio de la doncella que daba los últimos toques en el comedor.

—No está mal —dijo Capes.

—Creo que están todos los detalles —dijo Ana Verónica abarcando la habitación con la mirada de una buena ama de casa, aunque no de una fanática—. ¿Tú crees que habrán cambiado? —preguntó por tercera vez.

—En eso no puedo sacarte de dudas —repuso Capes.

Atravesó un gran arco enmarcado por cortinas de color azul oscuro y entró en la habitación que servía de vestíbulo. Ana Verónica le siguió, después de lanzar una última mirada a los preparativos para la cena y se reunió con él, frente al alegre fuego de la chimenea.

—Todavía no salgo de mi asombro por el hecho de que vayamos a ser perdonados —dijo.

—Supongo que lo debes a mi atractivo personal.

—¿Le hablaste del registro civil?

—No..., al menos no con tanto énfasis como le hablé de la obra.

—¿Te dirigiste a él movido por una inspiración momentánea?

—Me sentí osado. No había estado en la «Royal Society»... desde que me raptaste. ¿Qué es eso?

Los dos permanecieron en silencio, escuchando. Pero no se trataba de la llegada de los invitados, sino de la doncella, que se movía en el vestíbulo.

—¿Sabes que eres un hombre maravilloso? —dijo Ana Verónica acariciándole una mejilla con el dedo.

—Me interesé de verdad por su trabajo. Hablé con él *antes* de leer su nombre en una tarjeta junto a la fila de microscopios. Al verlo seguí hablándole y comprobé que sustentaba una pobre opinión de sus contemporáneos. Por supuesto, él no tenía la menor idea de quién era yo.

—Pero ¿cómo se lo dijiste? No me lo has contado. ¿Hubo una escena?

—Vamos a ver... Le dije que hacía cuatro años que no acudía a la «Royal Society» y llevé la conversación al tema de los mendelianos. Le atraen los mendelianos porque detesta los nombres de los filósofos de fin de siglo. Después creo que le dije que la ciencia estaba vergonzosamente mal remunerada, y le confesé que yo había optado por dedicarme a trabajos más provechosos. «Soy un nuevo autor teatral —le dije—. Mi nombre es Thomas More. ¿Lo conoce?». ¡Y lo conocía!

—Se ve que eres famoso.

—¿Verdad que sí? «No he visto su obra, *Mr. More* —me dijo—, pero tengo entendido que es lo mejor que están representando en Londres. Un amigo mío, Ogilvy...» (supongo que se tratará del Ogilvy que resuelve todos los casos de divorcios, ¿no es cierto, *Vee*?) «... mi amigo Ogilvy la alabó muchísimo».

Capes contempló sonriente a su mujer.

—Estás desarrollando una memoria demasiado buena para las alabanzas —dijo Ana Verónica.

—Son una novedad y estoy pasando por la primera fase de asombro. Pero no te preocupes, que ya se me pasará. Inmediatamente le dije con toda franqueza que la obra me iba a dar diez mil libras de beneficio, y después asumí un aire de ave de mal agüero para prepararle a la revelación.

—¿Cómo asumiste aire de ave de mal agüero? ¡Hazlo para que yo lo vea!

—Cuando estoy a tu lado no puedo hacerlo, pero te aseguro que lo hice entonces. «Mi nombre no es More, *Mr. Stanley* —le dije—. More no es más que un seudónimo».

—¿Y entonces?

—Entonces continué, bajando la voz: «El hecho, *Mr. Stanley*, es que soy su yerno, Capes. ¿Quiere venir a cenar con nosotros cualquier noche? Mi mujer se sentiría muy feliz si lo hiciera».

—¿Y qué dijo él?

—¿Qué dice uno cuando le espetan una invitación a la cara como un pistoletazo? «Le recuerda constantemente»; le dije sin darle tiempo a que se repusiera de la sorpresa.

—¿Y aceptó sin rechistar?

—¿Qué podía hacer? No podía improvisar una escena cuando aquella bomba inesperada le había dejado casi mudo. ¿Qué querías que hiciera si yo me comportaba como si la situación no pudiera ser más normal? Y en aquel momento el cielo envió

en mi socorro a Manningtree. No te he contado la afortunada intervención de Manningtree, ¿verdad? Tenía un aspecto enormemente distinguido, con una gran banda púrpura en el pecho. No sé qué era lo que aquella banda significaba, pero lo que sí sé es que tiene un título nobiliario: «¡Hace mucho que no se le ve por aquí. Capes!», me dijo poniéndome una mano en la espalda. Como una flecha aproveché la ocasión y se lo presenté a mi suegro, y creo que entonces fue cuando éste acabó de decidirse. Sí, fue Manningtree quien decidió a tu padre a aceptar mi; invitación. Él...

—¡Aquí están! —dijo Ana Verónica cuando el timbre comenzó a sonar.

2

Recibieron a sus invitados en el vestíbulo con auténtica y sincera emoción. *Miss Stanley* se quitó un abrigo negro, revelando un discreto traje de seda color castaño y abrazó a Ana Verónica con cariño.

—Hace una noche tan fría que temí que volviera la niebla —dijo con un ligero nerviosismo.

La presencia de la doncella impedía que todos dieran rienda suelta a sus emociones. Ana Verónica pasó de su tía a su padre, le abrazó y le dio un beso en cada mejilla.

—¡Papá querido! —exclamó, comprobando con infinito asombro que sus ojos se llenaban de lágrimas. Pero logró sobreponerse y le ayudó a quitarse el abrigo.

—¿De modo que éste es tu marido? —oyó preguntar a tía Mollie.

Los cuatro entraron en la sala y *Mr. Stanley* se acercó a la chimenea y extendió las manos delante del fuego.

—Hace demasiado frío para la época del año en que estamos —declaró.

—Tenéis un piso muy bonito —dijo *Miss Stanley* mientras Capes le hacía tomar asiento en una butaca.

—¡Vee, deja que te mire! —exclamó *Mr. Stanley* mirando a su hija con afecto.

Ana Verónica, que sabía que el traje que llevaba puesto la favorecía, hizo una reverencia.

Afortunadamente, no esperaban a nadie más y la joven se alegró de haber ordenado que sirvieran la cena en seguida. Capes permaneció de pie junto a la tía Mollie, que sonreía de un modo ligeramente forzado, y su suegro, esforzándose por aparentar naturalidad, tomó posesión de la chimenea.

—¿No tuvieron ninguna dificultad en dar con nuestro piso? —preguntó Capes, temiendo que se hiciera un silencio embarazoso—. A veces no se ven bien los números de las puertas. Deberían poner un farol.

Su suegro declaró que no habían tenido ninguna dificultad.

—La cena está servida —dijo la doncella desde la puerta.

Y lo peor había pasado.

—Vamos, papá —dijo Ana Verónica, disponiéndose a seguir a su marido y a la tía

Mollie. Con un impulso de ternura filial, apretó cariñosamente el brazo de su padre.

—Un muchacho excelente —le dijo éste sonriendo—. Lamento no haberlo comprendido antes.

—Un piso encantador —dijo *Miss Stanley*—. ¡Encantador! ¡Y tan admirablemente decorado!

La cena fue excelente; todo marchó a la perfección y todo estaba en su punto, desde la sopa hasta el postre de *marrons glacés* con crema. Capes y *Mr. Stanley* se enzarzaron en una agradable conversación que las dos damas escucharon en un silencio apreciativo, salpicado de comentarios breves. En una o dos ocasiones se tocó el tema de la controversia mendeliana, pero se evitó cuidadosamente toda discusión seria y hablaron sobre todo de las letras y de las artes y del teatro inglés. *Mr. Stanley* opinó que la censura debía extenderse a la buena literatura moderna, que amenazaba con verse contaminada por la tendencia viciosa de la época. Declaró que un libro no podía ser satisfactorio si dejaba mal sabor de boca, aunque mientras lo leyera el lector lo hubiera encontrado interesante. Declaró que a él personalmente no le agradaba recordar los libros que había leído ni las comidas que había hecho, una vez terminadas, y Capes se mostró al punto de acuerdo.

—Ya es bastante complicada la vida sin necesidad de que las novelas nos la compliquen más aún —sentenció *Mr. Stanley*.

Por un momento Ana Verónica perdió el hilo de la conversación al escuchar un comentario de su tía acerca del plato de pescado y lo bien preparado que estaba, y cuando volvió a prestar atención a los hombres descubrió que estaban hablando del problema de la depreciación de la propiedad urbana a causa del tráfico siempre creciente del West End. Entonces se dijo que aquella escena debía sin duda pertenecer a un sueño. Le pareció que su padre no había cambiado en absoluto y sintió que la inundaba una oleada de ternura hacia él. Era evidente que le había costado mucho hacerse el lazo de la corbata. ¿Por qué observaba detalles tan insignificantes como aquél? Capes estaba perfectamente tranquilo y seguro de sí mismo, pero ella sabía que era sólo en apariencia y que en el fondo le dominaba el nerviosismo. Deseó que la cena terminara para que pudiera fumar y calmarse un poco. ¿Qué había esperado ella de la reconciliación? Se estaba haciendo demasiado impresionable...

Deseó que su padre y su tía no comieran con tanta satisfacción. Los dos hombres, que habían estado un poco pálidos en el primer momento, comenzaban a acalorarse. Era una lástima que hubiera que comer para vivir.

—Creo poder asegurar —decía *Mr. Stanley* en aquel momento— que he leído al menos la mitad de las novelas de mayor éxito durante los últimos veinte años. Suelo leer tres a la semana, y si son cortas, a veces hasta cuatro. Las cambio por las mañanas en Cannon Street.

Ana Verónica pensó entonces que era la primera vez que veía a su padre en una cena fuera de casa, la primera vez que le contemplaba como a un igual. Observó que con Capes se mostraba casi deferente, actitud en que jamás le viera hasta entonces.

La cena resultó más extraña de lo que se había imaginado. Era como si su padre se hubiera quedado pequeño, como si siempre hubiera sido, sin sospecharlo, un personaje secundario y su hija lo descubriera entonces por primera vez. Cuando al fin llegó el momento de poder dirigirse a su tía preguntándole si la acompañaba a la sala, se sintió intensamente aliviada.

Los hombres se pusieron en pie. *Mr. Stanley* dio un paso hacia las cortinas. Ana Verónica se dio cuenta que era uno de esos hombres a quienes no se presta mucha atención en sociedad.

Y, mientras tanto, Capes estaba pensando que su mujer era una criatura maravillosamente hermosa. Cogió del aparador una caja de plata con cigarros y cigarrillos, la puso delante de su suegro y, por el momento, se hizo el silencio entre los dos. Después Capes se dirigió a la chimenea, arregló un poco el fuego y se volvió hacia él.

—Ana Verónica tiene muy buen aspecto, ¿no cree?

—Mucho —afirmó *Mr. Stanley*—. Tiene un aspecto magnífico.

—La vida..., las cosas... Nuestro porvenir ahora es brillante.

—Los dos estaban en una situación muy difícil —declaró *Mr. Stanley*, que se interrumpió inmediatamente temiendo pisar terreno prohibido. Lanzó una mirada a la botella de Oporto y pensó que aquello era el mejor recurso—. Todo está bien si acaba todo bien —añadió—, y cuanto menos se hable de ello, mejor.

—Naturalmente —dijo Capes arrojando al fuego, por puro nerviosismo, un cigarro recién encendido—. ¿Un poco más de Oporto, *Mr. Stanley*?

—No me parece mala idea —dijo el suegro.

—Creo que Ana Verónica no ha tenido nunca mejor aspecto —repitió Capes volviendo deliberadamente una vez más al tema prohibido.

3

Por fin pasó todo. Capes y su esposa acompañaron a *Miss* y a *Mr. Stanley* hasta la calle y les dejaron instalados en un taxi.

—Son encantadores —dijo Capes, cuando el vehículo desapareció de su vista.

—¿Verdad que sí? —Ana Verónica hizo una pausa y añadió, pensativa—: Pero los dos han cambiado.

—Vamos adentro. Vas a coger frío.

—Parecen más pequeños, incluso físicamente.

—Lo que pasa es que tú has crecido... A tu tía le gustó mucho la cena.

—Le gustó todo. ¿No la oíste alabar hasta la vajilla?

Subieron en silencio en el ascensor.

—Es extraño... —dijo Ana Verónica cuando entraron de nuevo en el piso.

—¿Qué es extraño?

—Todo.

Se estremeció y se acercó al fuego. Capes se sentó en una butaca a su lado.

—La vida es extraña —dijo la joven arrodillándose frente a las llamas—. ¿Tú crees que algún día llegaremos a ser como ellos? —Contempló a su marido con el rostro iluminado por el resplandor del fuego—. ¿Se lo dijiste? —preguntó.

Capes sonrió levemente.

—Sí.

—¿Cómo se lo dijiste?

—Con bastante torpeza.

—Pero ¿cómo?

—Le serví una copa de Oporto y le dije: «¡Va usted a ser abuelo!».

—¿Y se alegró?

—Se lo tomó con bastante calma. Dijo..., ¿te enfadarás si te lo repito?

—¡Claro que no!

—Dijo: «La pobre Alice tiene ya un sinfín de críos».

—Los niños de Alice son distintos —declaró Ana Verónica—, completamente distintos, porque ella no eligió al hombre que amaba... Yo también se lo dije a tía Mollie. Querido, me parece que habíamos calculado muy por alto la capacidad emotiva de mi familia.

—¿Qué dijo tu tía?

—Ni siquiera me dio un beso. Me dijo: «Espero que no te sientas muy mal, Vee, y no dejes de cuidarte mucho». Creo que debió pensar que no era muy delicado hablar de ello... considerando las circunstancias, pero se esforzó por estar cariñosa y vivir al día.

—Tu padre —dijo Capes contemplando el rostro pensativo de su mujer— dijo que todo está bien si acaba bien, y que estaba dispuesto a olvidar el pasado...

—¡Y yo que sufrí tanto pensando en su dolor!

—No dudes de que entonces debió sentirlo. Estoy seguro de que lo sintió.

—¡Quizá hasta hubiéramos renunciado a nuestra aventura por él!

—No hubiéramos renunciado por nada.

—Supongo que tiene razón y que todo está bien si acaba bien. Sin embargo, esta noche..., no sé...

—Yo me alegro de que se haya suavizado todo. Me alegro mucho... Pero si hubiéramos cedido...

Se contemplaron en silencio, y Ana Verónica tuvo uno de sus fugaces destellos de penetración.

—Nosotros no somos de los que cedemos. Hace mucho que decidimos no ceder... ¡Pensar que ese hombre es mi padre! Él se cernía sobre mí como una roca imponente, él era para mí la personificación del orden social y de toda la sabiduría. Y, sin embargo, viene a mi casa por primera vez, examina nuestro mobiliario para comprobar si es bueno, y no se alegra siquiera de que al fin podemos atrevernos a tener hijos.

Se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar.

—¡Amor mío! —exclamó arrojándose en brazos de su marido—. ¿Te acuerdas de las montañas? ¿Recuerdas cómo nos amamos? ¡Con cuánta intensidad nos amamos! ¿Recuerdas la luz en que todo estaba bañado? Quiero tenerlo todo, quiero hijos, como quiero las montañas, la vida, el cielo y el amor. Hemos sido felices, hemos luchado y hemos vencido, y ello es como los pétalos que caen de una flor. He amado el amor, querido mío, he amado el amor y te he amado a ti. Ahora ha pasado la primera fase y tengo que tener hijos, muchos hijos, y cuando acabe seré ya vieja. Han caído los pétalos, los pétalos rojos que tanto amábamos... Hemos triunfado por fin y tenemos la subsistencia asegurada. Pero, ¿te acuerdas de las montañas, amor mío? Deseo que no las olvidemos nunca, ¡nunca! Deseo que no olvidemos nunca aquel banco de nieve y nuestras palabras sobre la muerte. ¡Podíamos haber muerto entonces! Aunque seamos viejos, aunque seamos ricos, deseo que no olvidemos los días en que nuestro único bien era estar juntos, en que lo arriesgamos todo por nuestro mutuo amor, en que la vida era para nosotros luz y fuego. ¿Lo recuerdas? ¡Dime que nunca lo olvidarás! ¡Dime que estas cosas secundarias no te harán olvidar los pétalos rojos! Toda la noche he estado deseando llorar encima de tu hombro, pensando en ellos. ¡Pétalos! ¡Qué absurdo, amor mío! Nunca en mi vida he tenido estos ataques de llanto...

—Amor de mi corazón —susurró Capes apretándola contra su pecho—. Sé muy bien lo que sientes...



HERBERT GEORGE WELLS, más conocido como H.G. Wells (21 de septiembre de 1866 en Bromley, Kent - 13 de agosto de 1946 en Londres), fue un escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción, género con el que consiguió convertirse en un clásico de la literatura de anticipación.

Tuvo varios trabajos y comenzó a formarse en Biología. Debido a su falta de recursos económicos, tardó varios años en licenciarse. Poco después, debido a problemas físicos, decidió dedicarse a la escritura de manera constante. Su obra es prolífica, con más de cien libros y multitud de cuentos, y en ella podemos encontrar tanto obras de ciencia ficción, como *La guerra de los mundos* (1898) o *La máquina del tiempo* (1895) —ambas llevadas al cine en más de una ocasión—, como obras de corte social, *Tono Bungay* (1909), o centradas en el estudio de la historia.

De fuertes convicciones políticas, H.G. Wells defendió la posibilidad de una sociedad utópica, y criticó duramente a políticos y mandatarios, sobre todo en relación a los conflictos armados y las guerras mundiales.

Por sus escritos relacionados con ciencia, en 1970 se decidió en su honor llamarle H.G. Wells a un astroblema lunar ubicado en el lado oscuro de la Luna.